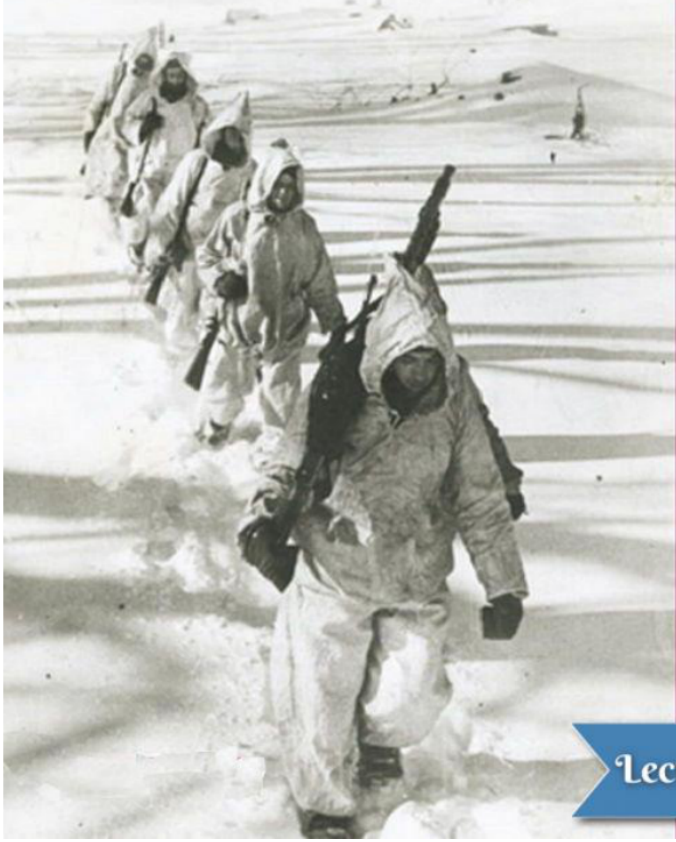
Xosé M. Núñez Seixas
y Oleg Beyda (eds.)

Un ruso blanco en la División Azul

Memorias de Vladímir Kovalevski (1941)



Lectulandia

Este libro recoge las memorias inéditas —con edición, estudio introductorio y notas de los historiadores Xosé M. Núñez Seixas y Oleg Beyda— del exiliado ruso blanco Vladímir Ivánovich Kovalevski (1892-?), quien tras servir en la Legión Extranjera francesa recaló en España en 1938 como voluntario en las filas franquistas. Tras establecerse en San Sebastián, en junio de 1941 se alistó como voluntario e intérprete en la División Azul. Desde su perspectiva de veterano anticomunista y patriota ruso, Kovalevski muestra en sus memorias su pronta decepción con el proceder de la Wehrmacht en Rusia como ejército ocupante, y adopta una postura crítica hacia el comportamiento de los soldados de la División Azul y sus mandos —desde el general Muñoz Grandes hasta Fernando Castiella, posterior ministro de Asuntos Exteriores franquista—. Describe igualmente con ironía los problemas de indisciplina, rivalidades internas, pillaje y abusos contra la población civil —en particular las lógicas de la lucha contra los partisanos— llevadas a cabo por guardias civiles convertidos en policías militares. Como observador que percibía las perspectivas divergentes de ocupantes y ocupados, el autor también narra los sufrimientos que tuvo que soportar el pueblo ruso bajo la ocupación. Kovalevski volvió a España en abril de 1942, deprimido y devorado por sus contradicciones. Diez años después redactó estas memorias. Ofrece en ellas una perspectiva muy novedosa de la experiencia de la División Azul, pero también de la guerra germano-soviética en conjunto.

Vladimir Kovalevski

Un ruso blanco en la División Azul

Memorias de Vladimir Kovalevski (1941)

ePub r1.0
Titivillus 17.02.2021

Título original: *Un ruso blanco en la División Azul*
Vladimir Kovalevski, 2019
Traducción: Jorge Ferrer Díaz
Editores: Xosé M. Núñez Seixas & Oleg Beyda

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

1

INTRODUCCIÓN. EL EXILIO RUSO BLANCO, LA GUERRA DE ESPAÑA Y LA DIVISIÓN AZUL (1920-1945)

Xosé M. Núñez Seixas
Universidade de Santiago de Compostela

Oleg Beyda
Universidad de Nueva Gales del Sur, Camberra

EL EXILIO RUSO DE 1920-1921 Y LA DIÁSPORA MILITAR DEL EJÉRCITO BLANCO

La conversión del Imperio zarista en el nuevo Estado soviético estuvo marcada por una violenta sucesión de guerra mundial (1914-1918), revolución (1917) y guerra civil (1917-1922), que se cobró millones de vidas humanas [1]. Los perdedores del conflicto interno contra los comunistas o bolcheviques, los llamados *rusos blancos*, una etiqueta bajo la que se refugiaba una gran variedad de facciones políticas, grupos étnicos y sociales, protagonizaron a continuación un exilio de gigantescas proporciones. Según varias estimaciones, tras la revolución de octubre de 1917 abandonaron las fronteras del antiguo Imperio ruso unos dos millones de personas, bien a través de Finlandia y Noruega, bien desde los países bálticos hacia Europa central. Otra ruta de salida fue el mar Negro. Un momento crucial del éxodo fue la derrota del Ejército Blanco dirigido por el general Piotr N. Wrangel, que abandonó la península de Crimea en noviembre de 1920. Una flota de varias decenas de barcos, que transportaba a 150 000 personas, incluyendo hombres, mujeres y niños, zarpó con rumbo a lo desconocido [2].

Tras la evacuación del Ejército Blanco, parte de la flota se quedó en los Dardanelos, mientras que otros navíos y unos 5600 hombres se acogieron a la protección francesa en el puerto tunecino de Bizerta. Los cosacos, unidad de élite que sumaba casi 50 000 hombres, fueron confinados en la isla griega de Lemnos por las autoridades francesas hasta octubre de 1921, mientras que el Primer Cuerpo de Ejército, alrededor de 26 000 hombres, se dirigió a la península de Galípoli, donde también fueron internados en un campo improvisado. Los civiles fueron instalados en parecidas condiciones cerca de Estambul [3]. A pesar de las penalidades, los *guardias blancos* convirtieron su internamiento y derrota en un símbolo: una profecía autocumplida de que la lucha continuaría.

Surgió así el «espíritu de Galípoli», una mesiánica conciencia de ser combatientes irreductibles [4]. Muchos de ellos abandonaron el campo ya a fines de 1920 [5].

Los integrantes del Ejército Blanco, al igual que miles de civiles rusos, se dispersaron de forma progresiva. Primero, buena parte de sus miembros se refugiaron en Bulgaria y Yugoslavia; desde allí continuaron su emigración hacia el oeste, tanto a Checoslovaquia como a Europa occidental y el resto del mundo. El núcleo principal del exilio blanco fue Francia, donde hacia 1930 residían entre 100 000 y 200 000 expatriados rusos, en buena parte concentrados en París. Lo que quedó del Ejército Blanco constituyó la base de una organización peculiar, destinada a preservar sus cuadros de mando, aunque buena parte de sus miembros retornaron a la vida civil: la Unión de Servicios Armados Rusos (*Russkii Obschshe-Voinskii Soiuz*, ROVS), fundada en Yugoslavia por el propio general Wrangel en septiembre de 1924, que integraba grupos preexistentes, como la Sociedad Galípoli creada tres años antes. Su objetivo no sólo consistía en mantener la cohesión del bando blanco: pretendía velar armas para que los exiliados pudiesen, en algún momento, enrolarse en una nueva guerra contra la Unión Soviética. De hecho, bajo sus siglas se camuflaba un ejército desmovilizado de voluntarios, unido por fuertes lazos de camaradería [6].

La ROVS adoptó el sistema de *otdely* (secciones), unidades administrativas que se dividían en subsecciones, dotadas de su propia jefatura y mandos. Cada una de ellas cubría un país o grupo de países en los que residía una comunidad de exiliados rusos: la Primera Sección abarcaba Francia, Italia, los Países Bajos y África del Norte; la Segunda comprendía Alemania; la Tercera Sección actuaba en Bulgaria, la Cuarta en Yugoslavia, y la Quinta en Bélgica. Conforme se intensificó la dispersión territorial de los expatriados se fundaron subsecciones más pequeñas en Finlandia, Estados Unidos, Australia, Canadá, Brasil y Argentina [7]. Cada sección mantenía un estrecho contacto con las organizaciones de base local fundadas por los soldados rasos del Ejército Blanco [8].

Las organizaciones de veteranos eran también sociedades de socorros mutuos. Además de fomentar el espíritu de hermandad, buscaban trabajo y subsidios a los excombatientes y sus familias. Junto a asociaciones religiosas, profesionales y educativas

(incluyendo universidades), pretendían ofrecer un ámbito de sociabilidad específico, en el que recreaban la nostalgia de su patria de origen. Con ese fin celebraban periódicamente fiestas y reuniones, y conformaron una esfera pública propia, articulada por cabeceras de prensa, lugares de sociabilidad, conmemoraciones y ritos [9]. Los *guardias blancos* se consideraban a sí mismos como la última institución que quedaba en pie de la Rusia imperial: los expatriados serían la auténtica nación rusa [10]. Frente a quienes habían permanecido en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), que se habrían convertido en soviéticos y habrían perdido sus tradiciones, empezando por la religión, los exiliados se veían a sí mismos como la reserva espiritual del porvenir de su patria [11].

No obstante, la vida de los exmilitares zaristas fuera de la comunidad era dura y prosaica. La gran mayoría de ellos, altos oficiales incluidos, tuvieron que buscar un trabajo en la vida civil. Su integración no fue fácil en las sociedades de acogida: sufrieron restricciones en sus derechos civiles y a menudo fueron considerados como apátridas, ya que se negaban a solicitar un pasaporte soviético. Para resolver su estatus legal, el diplomático noruego Fridtjof Nansen, al frente de la Alta Comisión para los Refugiados y Repatriados Rusos fundada en 1921 por la Sociedad de Naciones, ideó un documento de identidad específico, conocido como «pasaporte Nansen» (1922 [12]). En ciudades como París, Berlín, Praga y Estambul, que también albergaban una nutrida comunidad de inmigrantes eslavos y judíos de Europa oriental, los numerosos rusos blancos transformaron algunos barrios en auténticos enclaves étnicos. En la capital francesa, donde residían más de cien mil exiliados en los años treinta, los *blancos* se concentraban en distritos como el 15.º y el 16.º, así como en Boulogne-Billancourt —sede de las fábricas de Renault, donde trabajaron casi cinco mil obreros rusos—, Vincennes y otros lugares. Allí se desempeñaban como carpinteros, taxistas, camareros u obreros fabriles; en otras regiones, como en el norte de Francia y en Bélgica, fueron muchos los que se emplearon como mineros [13]. Cuando se reunían, volvían a ser oficiales imperiales, desempolvaban sus viejos uniformes y ostentaban sus condecoraciones. Eran personajes característicos del Berlín o del

París de entreguerras, lo que dio lugar a algunos brotes xenófobos en la opinión pública local; pero también despertaban curiosidad en los visitantes foráneos. Según una anécdota, acaso apócrifa, el general Francisco Franco, de paso por París en febrero de 1935, cogió un taxi cuyo conductor resultó ser un general ruso blanco. El encuentro habría hecho reflexionar sobre el peligro comunista al militar español [14].

La gran diversidad ideológica, cultural y hasta étnica del exilio ruso blanco, dividido entre distintas facciones monárquicas, nacionalistas radicales, mencheviques, social-revolucionarias y otros grupos, perpetuaba la heterogeneidad que había sido un talón de Aquiles de su bando desde un principio [15]. Empero, un elemento común a la mayoría de los excombatientes, a los *guardias blancos*, era el culto a la memoria de la guerra civil, así como su cosmovisión nacionalista e imperial rusa. Durante al menos dos décadas, buena parte de los oficiales exiliados consideraron que su propia guerra no había terminado. Esperaban por una definitiva «ofensiva de primavera», una intervención contra la URSS. Pero los años pasaban y el Estado soviético, lejos de flaquear tras la muerte de Lenin (1924), se consolidó bajo Iósif Stalin.

En la década de 1930 hubo intensos debates en el seno del exilio ruso acerca de la estrategia a seguir. Las opciones eran dos: colaborar con potencias extranjeras interesadas en destruir el Estado soviético, u optar por una vía propia e independiente. Se conformaron entonces dos bandos, «defensores» (*oborontsy*) y «derrotistas» (*porazhentsy*). Los primeros consideraban lesa traición cualquier connivencia o colaboración con potencias extranjeras en una invasión de Rusia. Los segundos mantenían que cualquier medio sería legítimo, incluida la colaboración con aliados foráneos, para alcanzar el objetivo principal, la destrucción del Estado soviético. Muchos oficiales daban prioridad a una alianza con Gran Bretaña, y hubo contactos con Finlandia; para otros, la cooperación con las potencias fascistas sería inevitable. La mayoría de los oficiales exiliados y de los afines a los círculos monárquicos y de derecha radical eran partidarios de la vía derrotista [16]. Rechazaban por absurda la idea de hacer causa común con los soviéticos para defender Rusia; y su antibolchevismo visceral era un acicate para participar en cualquier conflicto en el que se

reprodujese la divisoria entre comunismo y anticomunismo [17]. Ese camino, como veremos, llevó a algunos de ellos a España; y, por esa vía, a volver a su patria en las filas de un ejército de ocupación.

Hasta julio de 1936 la presencia del exilio ruso en suelo ibérico había sido casi anecdótica. Desde 1917, los sucesivos gobiernos españoles mantuvieron una postura muy restrictiva hacia el ingreso de ciudadanos huidos de la revolución y la guerra en el conjunto del antiguo Imperio zarista. Se temía la infiltración de elementos revolucionarios, fuesen bolcheviques, mencheviques o de otra orientación. El Estado español, por ello, nunca reconoció el pasaporte Nansen. Según el censo de población de 1930, residían en ese año en España un total de 171 rusos, 84 varones y 87 mujeres. Se concentraban sobre todo en Barcelona y Madrid, además de en Valencia y Santa Cruz de Tenerife, y eran en su mayoría profesionales liberales, industriales y comerciantes; algunos se desempeñaron como traductores de literatura rusa. Su dispersión geográfica impedía que conformasen comunidades cohesionadas. Únicamente en Barcelona se reunían algunos aristócratas para practicar el culto ortodoxo en una capilla privada [18]. A ellos se unían no más de tres o cuatro decenas de rusos que se habían alistado años antes en la Legión y residían en el Protectorado de Marruecos.

LA LUCHA CONTINÚA: LOS RUSOS BLANCOS Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Tras 1921, una buena parte de los oficiales rusos siguieron ejerciendo su oficio de militares cualificados y con acreditada experiencia de combate. Al igual que muchos alemanes desmovilizados y numerosos excombatientes del Ejército austrohúngaro, los *blancos* se convirtieron en aventureros trotamundos, que acumularon vivencias bélicas y civiles en diversos escenarios y continentes. Fueron así unos peculiares actores transnacionales del período de entreguerras[19]. Los *guardias blancos* se enrolaron como voluntarios en otros ejércitos y se involucraron en variopintos conflictos bélicos, unas veces movidos por simpatías ideológicas, otras veces como simples mercenarios.

Por citar algunos ejemplos, cerca de un centenar de exiliados rusos comandados por el general Serguéi Ulagay participaron en diciembre de 1924 en el derrocamiento del Gobierno del presidente de Albania, Fan Noli —líder de la «revolución de junio» del mismo año—, a favor de su contrincante, Ahmet Muhtar Zogu, apoyado por Yugoslavia[20]. Varios cientos de rusos blancos, provenientes sobre todo de Siberia y Asia central, lucharon igualmente como mercenarios en Manchuria, región a la que habían huido algunos miles de exiliados desde Siberia, y el norte de China a favor de diversos «señores de la guerra» de orientación anticomunista[21]. Unos setenta oficiales blancos, tras establecerse como colonos en Paraguay en 1924, combatieron por ese país en la guerra del Chaco contra Bolivia
(1932-1935),
empezando por el comandante en jefe del Ejército paraguayo, Iván T. Beliáyev (Juan Belaieff[22]). Y, finalmente, hasta diez mil combatientes rusos sirvieron entre 1920 y 1940 en la Legión Extranjera francesa, cuyos reclutadores ya se presentaron en Galípoli en 1921: un 12 % de sus efectivos totales —segunda nacionalidad extranjera más numerosa tras los alemanes—, y mayoritarios en unidades como el Regimiento Extranjero de

Caballería de la Legión formado en 1922, compuesto por cosacos [23].

También el Ministerio de la Guerra español tanteó en 1922 la posibilidad de un alistamiento masivo de rusos blancos residentes en los Balcanes y Centroeuropa para el Tercio de Extranjeros, la Legión, fundada dos años antes en Marruecos. Ya en 1921 varias decenas de *guardias blancos* rusos, así como algunos ucranianos, se presentaron en las legaciones diplomáticas españolas de Sofía, Praga y Túnez para enrolarse en el Tercio. Sin embargo, el temor al contagio revolucionario por parte del Gobierno de Madrid, que recelaba del posible contacto de los legionarios rusos con tropas metropolitanas de reemplazo, y la escasa disponibilidad de fondos para su transporte a España, hicieron fracasar el proyecto de atraer a los rusos, lo que deseaban tanto el Ejército como los propios mandos de la Legión. Los contactos con Wrangel y con Beliáyev no dieron resultados; y los intentos por retomarlos en 1924 tampoco fructificaron, en parte por la insistencia de Wrangel en mantener los cuadros organizativos del Ejército Blanco y que sus hombres se asentasen en el Protectorado de Marruecos, formando colonias semiautónomas. En consecuencia, hasta 1930 poco más de tres decenas de rusos (32) se alistaron en la Legión [24].

Aunque la guerra civil española de
1936-1939
no fue el conflicto en el que intervino un mayor número de voluntarios blancos, sí fue probablemente el que revistió un mayor significado simbólico para el conjunto del exilio ruso. En España, los *guardias blancos* no fueron mercenarios al mejor postor, sino voluntarios idealistas en una confrontación armada que parecía reproducir líneas de fractura sociopolítica semejantes a las que habían vivido tres lustros antes en Rusia, y que se inscribía en la larga *guerra civil europea* que había enfrentado, desde 1917, a comunistas y anticomunistas tanto en Rusia como en Finlandia, Hungría y Alemania. Una guerra civil europea en la que el exilio ruso y sus protagonistas desempeñaron también un cierto papel como referentes y difusores del miedo a la revolución bolchevique [25].

El estallido de la guerra española en julio de 1936 incidió con fuerza en el estado de latente agitación que imperaba en las filas del

exilio militar ruso. Además, la supuesta responsabilidad de la URSS en el estallido del conflicto, y la dependencia servil de los republicanos españoles con respecto a Stalin, interesado en hacer de España una colonia a su servicio, constituyó desde muy pronto un *leitmotivrecurrente* del discurso de los alzados en armas contra la República. Se trataría de una guerra de «españoles contra rusos», una nueva *Reconquista* contra una invasión comunista foránea ayudada por traidores. Eran argumentos que recordaban a varios de los utilizados por el bando blanco durante la guerra civil rusa de 1917-1920, o por los blancos finlandeses en la guerra civil de 1917-1918 [26]. Para muchos fascistas, católicos militantes y conservadores radicales europeos, en España estaba ahora en juego la defensa de la fe cristiana y la civilización europea, dos principios invocados de forma recurrente por los varios cientos de voluntarios irlandeses, franceses, portugueses y latinoamericanos que acudieron a España para unirse a los insurgentes. Allí vivieron una experiencia forjadora de un fascismo transnacional, con diversos matices e influencias mutuas [27].

En el caso de los exiliados rusos, los *defensores*, así como los exiliados izquierdistas (mencheviques, socialistas revolucionarios y otros sectores), empezando por el antiguo presidente del Gobierno revolucionario en febrero de 1917, Aleksandr Kérenski, condenaron la rebelión militar española, que compararon con el intento de golpe del general Lavr G. Kornílov contra el Gobierno provisional ruso en agosto de 1917. El triunfo de los generales españoles supondría un reforzamiento de la Italia fascista y la Alemania nazi, así como de las ligas fascistas en Francia, que se oponían a la política de regularización de inmigrantes rusos que favorecía el Gobierno frentepopulista de Léon Blum. Por el contrario, la ROVS y otros grupos de exiliados de derecha radical sostuvieron una interpretación optimista de los acontecimientos españoles; deseaban además «limpiar» el nombre de Rusia, demostrando al mundo que no se trataba de un conflicto entre españoles y «rusos», como afirmaba la propaganda de los sublevados, sino entre españoles y «rojos». El 19 de julio de 1936 la ROVS expresó su apoyo a los alzados contra la República; las noticias acerca de asesinatos de religiosos y profanaciones en la retaguardia republicana reavivaron

además la solidaridad del exilio blanco. Uno de los que primero cruzó los Pirineos, el general de brigada Nikolái V. Shinkarenko, escribiría entonces que todo en España le recordaba a la guerra civil rusa[28]. El general Anatoli V. Fok fue aún más entusiasta: «Aquellos de nosotros que lucharán por la España nacional, contra la III Internacional y […] contra los bolcheviques, estarán cumpliendo su deber ante la Rusia blanca»[29].

Algunos voluntarios rusos empezaron a llegar por iniciativa propia a la España insurgente entre fines del verano y el otoño de 1936. Entre los primeros que cruzaron la frontera de forma ilegal figuraban dos generales (Fok y Shinkarenko) y al menos cuatro capitanes de diversas armas: el georgiano Konstantín A. Gognidzhonashvili, Pável I. Rashevski, Iákov Polukhin y Vladímir Dvoichenko. Como a muchos *guardias blancos* se les suponía dominio del francés, el Mando insurgente barajó la idea de juntarlos con los voluntarios legitimistas franceses; pero la idea disgustaba a los rusos. Al final, buena parte de los recién llegados fueron autorizados a sumarse a las unidades de requetés carlistas, en cuyo ardor religioso, tradicionalismo y monarquismo cerril apreciaban grandes semejanzas con sus propios ideales: el lema *Dios, Patria, Rey* les parecía un trasunto del zarista *Fe, Zar y Patria*. El grupo más nutrido de rusos blancos se unió al Tercio requeté Doña María de Molina, integrado por carlistas aragoneses. Hacia mediados de mayo de 1937 luchaban en sus filas dieciséis voluntarios rusos, y ocho más en otras unidades. Un año después, eran 35[30]. Para distinguirse, les fue permitido llevar un escudo con los colores de la bandera tricolor rusa; también acostumbraban a ostentar sus propias condecoraciones, como la Cruz de San Jorge. Empero, su situación económica era bastante precaria. Carentes de apoyos familiares y de sueldo, salvo los alistados en la Legión, los antiguos oficiales zaristas tenían además que resignarse a aceptar lo que para ellos era una humillación: no ver reconocido su rango anterior, ni valorada su experiencia militar. Tuvieron en su mayoría que alistarse como simples soldados. Aristócratas como Shinkarenko mostraban desdén por los oficiales españoles, en quienes apreciaban falta de maneras caballerescas y escasa competencia técnica; varios voluntarios rusos tuvieron roces con sus superiores.

Otros rusos, al menos una decena, se incorporaron de forma

individual en varias banderas de la Legión hasta 1938. Y hasta una docena combatió en las filas del Corpo Truppe Volontarie (CTV) italiano; en julio de 1937, varios voluntarios *blancos* pedían ser admitidos en ese cuerpo, descontentos por la falta de reconocimiento que hallaban en las unidades españolas [31].

La ROVS intentó desde un principio que luchase en España una unidad integrada únicamente por voluntarios rusos, con sus propios mandos, y que sirviese de embrión para un gran ejército que reagruparía las dispersas fuerzas *blancas*. Para ello, la organización contactó con representantes del bando insurgente a fines de noviembre de 1936, a través de la legación de la España *nacional* en Roma; desde el Cuartel General de Franco se prestaron oídos a lo que la ROVS tuviese que ofrecer, por boca de su máximo representante en ese momento, el teniente general Yevgueni K. Miller. En diciembre, una delegación de la ROVS encabezada por el general Chatilov fue recibida en Salamanca: pedían dinero para poder reclutar al menos dos millares de combatientes. Sin embargo, Franco rechazó la posibilidad, y sólo admitió que los voluntarios rusos se alistasen en las filas de la Legión, siempre que cada uno de ellos aportase un documento que confirmase su pertenencia a la ROVS; si el número era suficiente, podrían tal vez conformar dentro de ella unidades propias. Tanto los dirigentes parisinos del exilio ruso como quienes ya luchaban en España, como Shinkarenko, deseaban que los blancos conformasen una unidad propia, o al menos pudiesen escoger en qué cuerpo armado querían servir [32].

A principios de febrero de 1937 la ROVS hizo un llamamiento para que sus miembros se alistasen para ir a España. La respuesta, sin embargo, halló un eco inferior al esperado: en Bulgaria ningún exiliado se apuntó; en Yugoslavia, sólo dos. En pequeños grupos (de ocho a diez hombres cada uno) se reunían en la Sociedad Galípoli de París, y desde allí partían hacia el sur para cruzar la frontera, entrando por Irún. El primer grupo de siete hombres salió de París a principios de marzo; otro salió a mediados de mes. Dos expediciones más partieron para España entre fines de marzo y principios de abril [33]. La frontera pirenaica estaba cerrada, por lo que los voluntarios intentaban cruzarla por sus propios medios. No todos lo conseguían. El 16 de abril de 1937, un grupo fue arrestado al intentar atravesar el confín. Con ello, la ROVS puso fin a los

envíos. Por entonces, apenas 32 miembros de su Primera Sección se habían incorporado a las fuerzas de Franco[34]. Otros voluntarios siguieron llegando por distintas vías hasta entrado el año siguiente.

La principal revista del exilio militar ruso, *Chasovoi* (*Centinela*), publicada en Bruselas, dio amplia cobertura en sus páginas al conflicto español, se alineó decididamente con los rebeldes, y se hizo eco de las vivencias de los voluntarios en tierras ibéricas. El conflicto fue etiquetado como una «guerra hispano-soviética», mientras que las fuerzas franquistas pasaban a ser el bando «blanco», y los republicanos simples «rojos», manejados desde Moscú. *Chasovoi* publicó además numerosas cartas de los voluntarios rusos, cuyas experiencias en España transmitían una vivencia muy similar[35]. Shinkarenko, con el pseudónimo de *Belogorski*, titulaba su primer artículo «Un saludo a los hombres de Kornílov españoles»: muestra de que, para él, los insurgentes españoles eran un reflejo de lo que había sido el bando blanco en la guerra civil rusa[36]. Otro oficial anónimo escribía: «Es exactamente lo mismo […] que hemos vivido durante los primeros meses del Ejército voluntario [blanco]»[37]. Para los voluntarios rusos, la lucha en España era una continuación en todo de la guerra que habían librado en Rusia. Uno de ellos, incorporado a la Legión, atribuía a Stalin el mando supremo del bando «rojo» español, suponía que en él se aplicaban los mismos métodos disciplinarios utilizados en el Ejército Rojo quince años antes, fusilamientos masivos incluidos, y afirmaba batirse en España por «nuestra Iglesia, nuestra fe y la cultura europea»[38]. La ROVS también felicitó a los defensores del Alcázar de Toledo, cuya liberación se habría debido a la intercesión divina y a la abnegación de los «héroes blancos»[39].

En abril de 1937 el Cuartel General de Franco consideró otra vez la conformación de una unidad rusa, con mandos también rusos. Sin embargo, el modesto número de voluntarios —un centenar a lo sumo— hacía irrealizable la idea. Los oficiales blancos de mayor graduación, Shinkarenko, Fok y Chatilov, se dirigieron de nuevo a Franco tres meses después para conseguir la formación de una unidad bajo mando ruso, que según ellos actuaría de imán que atraería a España a cientos de *guardias blancos* dispersos por

Europa y América; una vez concluido el conflicto español, serían el embrión de un gran ejército que acometería la reconquista de Rusia. La idea no generaba entusiasmo en el mando franquista, quizá escarmentado por el bajo rendimiento de otras unidades voluntarias extranjeras, y receloso ante la posibilidad de que los rusos escapasen a su control directo. Shinkarenko, quien afirmaba combatir en España por «la cultura de Europa y la Cristiandad», llegó a entrevistarse con el Caudillo; pero sus esfuerzos resultaron infructuosos[40].

En combate, los voluntarios rusos demostraron motivación y abnegación, lo que compensaba su edad. Algunos, como Rashevski, habían dejado su familia en Francia; otros se ajustaban al prototipo de excombatiente inadaptado y aventurero. Shinkarenko fue gravemente herido en abril de 1937 y tuvo que afrontar una larga convalecencia[41]. Gognidzhonashvili tuvo actuaciones destacadas, fue herido varias veces y perdió el ojo izquierdo, y lo ascendieron a teniente en pocos meses[42]. Los blancos también tuvieron sus mártires particulares en suelo español. El 24 de agosto de 1937 la ofensiva republicana en Belchite y Quinto de Ebro, en la que destacaba la XV Brigada Internacional, causó fuertes bajas a los franquistas. Entre los defensores de la posición de Quinto de Ebro se contaba la 2.ª compañía del Tercio Marco de Bello, donde servían como tenientes de milicias —tras ascender por méritos de guerra— Polukhin y Fok[43]. Polukhin cayó el mismo día 24, y la última posición requeté resistió dos días más. Los oficiales que la comandaban se negaron a rendirse, entre ellos Fok. Según recordaba un brigadista norteamericano, «vimos a un oficial ruso blanco. […] Gritaba en ruso: "¡Cerdos rojos! ¡Cerdos rojos!". Y después en español: "¡Si os acercáis más, disparo!". […] Pistola en mano se voló los sesos»[44]. Otro brigadista se ufanaba de haber «ejecutado a 32 oficiales y un guardia blanco ruso, mientras que un oficial nazi se suicidó»[45]. Los defensores de Quinto, glorificados por la propaganda franquista, recibieron la Cruz Laureada de San Fernando a título colectivo[46].

El 24 de abril de 1939 los voluntarios rusos participaron en el desfile de la victoria en Valencia, portando sus insignias[47]. También desfilaron en Madrid semanas después. A fines de junio, todos ellos fueron oficialmente licenciados. El 25 de octubre un

grupo de excombatientes blancos, encabezados por el coronel Nikolái N. Boltin, aristócrata que actuaba como «decano» de sus compatriotas, se entrevistaron con el general Jose´ Moscardo´ —el *héroe* del Alcázar, mito venerado por los guardias blancos—, y tres días más tarde con el propio Franco, ante quien Boltin expresó que los rusos deseaban unirse a la Legión para ejercer de militares y garantizarse un sustento[48]. Nombrado coronel honorario de la Milicia Nacional tras 1939, Boltin gozaba de la protección del dirigente de Falange Española Tradicionalista (FET) de las JONS Raimundo Fernández-Cuesta, y realizó prolijas gestiones ante el Ministerio del Ejército para que a los excombatientes rusos del bando vencedor les fuesen reconocidos los grados militares de alférez o teniente honorífico, y así disponer de ingresos mientras buscaban un empleo en la vida civil[49].

Los rusos fueron un componente sin duda exótico, pero anecdótico, entre los *internacionales* de Franco. Frente a los 79 000 italianos, 25 000 alemanes (en su mayoría personal no combatiente), casi 10 000 portugueses, 2000 franceses, 700 irlandeses y entre 200 y 300 latinoamericanos, los guardias blancos apenas superaban el centenar[50]. Según algunas estimaciones, lucharon en el bando franquista entre 150 y 170 voluntarios rusos blancos, de los que 19 habrían muerto y muchos más habrían sido heridos[51]. Otros testimonios contemporáneos rebajaban la cifra a 50, de los que habrían fallecido siete[52]. El propio Boltin, cuando se dirigió en abril de 1940 al Ministerio del Ejército para interceder por los excombatientes rusos, mencionaba que habían llegado al país 72 voluntarios, «casi todos oficiales del Ejército Ruso», de los que habrían muerto 34 en combate[53]. Hubo también rusos de simpatías izquierdistas que, desde Canadá y Francia, se presentaron voluntarios para luchar a favor de la República española. Su número se ha estimado en 285, si bien no todos formaban parte del exilio blanco[54].

Para los exiliados derechistas rusos, entrados en años y bajos de ánimos, la participación en la guerra de España desempeñó un importante papel simbólico, que realimentaba sus esperanzas de retorno triunfal a la patria. Con todo, algunos, como Shinkarenko, también lamentaban el bajo número de voluntarios que habían

luchado en España. El entusiasmo entre los exiliados había sido limitado, a pesar de la propaganda; y la ROVS, minada por conspiraciones internas, carecía además de medios para subvenir a las necesidades de un número masivo de voluntarios. En ningún momento fue capaz de poner en pie una movilización transnacional equiparable a la promovida por la III Internacional en favor de la República española [55]. La mayoría de los guardias blancos eran ya maduros, su relevo generacional era débil, desconocían el castellano y España estaba demasiado lejos de Rusia. Para una minoría de expatriados, sin embargo, la prioridad era combatir a los bolcheviques en cualquier escenario [56].

Quienes lucharon en España fueron aclamados por la comunidad exiliada como los dignos sucesores de los héroes de la guerra civil de
1917-1921.
Los jefes de las organizaciones blancas veían en los excombatientes rusos de España un revulsivo para salvar a los cuadros de la ROVS del desaliento y mantener su espíritu combativo [57]. En este sentido, la victoria de los franquistas tuvo dos funciones para los exiliados rusos. Les proporcionó una leve apariencia de revancha por su derrota de 1920; y, además, constituyó un estímulo para que los «derrotistas» ávidos de destruir el Estado soviético a cualquier precio aunasen fuerzas. Como escribió el capitán Antón
P. Yaremchuk II
en 1939, volver a empuñar las armas contra el enemigo por antonomasia había reforzado su autoestima. Se sentían de nuevo soldados:

Aquí experimentamos la alegría del guerrero, la consecución de la victoria sobre el enemigo, que resultaba ser también el enemigo de nuestra patria […]. Y nosotros, voluntarios del Ejército Nacional español, cumplimos nuestro deber, ya que aprestamos nuestros esfuerzos a la lucha de las fuerzas de la luz contra el enemigo común, y ayudamos a la victoria sobre el comunismo, que fue pulverizado aquí en España. Esto nos da el derecho de creer que el comunismo que ha esclavizado nuestra Gran y Bella Patria, Rusia, se derrumbará, y la bandera tricolor rusa ondeará de nuevo sobre suelo ruso. Creemos que la hora está cercana [58].

Por su parte, Pável Rashevski manifestaba a un requeté riojano

cuáles eran sus planes de futuro cuando concluyese la guerra en España: «Iremos contra los rojos franceses… y luego todos juntos: Italia, Alemania, Portugal, España y Francia, en fraternidad civilizadora, marcharemos sobre los odiosos tiranos de mi país» [59].

Sin duda, tanto Yaremchuk como Rashevski y el conjunto del exilio militar ruso eran incapaces de reconocer las debilidades políticas y militares de su propio movimiento. En 1939 no había ninguna perspectiva de que el camino de Madrid acabase por llevar a Moscú. Sin embargo, en poco tiempo la oportunidad para combatir de nuevo a sus enemigos tradicionales y en su propio suelo se volvería a presentar, aunque bajo condiciones muy distintas.

LA «OFENSIVA DE PRIMAVERA»: LOS RUSOS BLANCOS Y LA OPERACIÓN BARBARROJA (1941)

Desde sus orígenes muniqueses en los primeros años veinte, el movimiento nacionalsocialista alemán y los exiliados rusos habían mantenido algunos contactos e interacciones mutuas. Con anterioridad al intento de golpe protagonizado por Adolf Hitler y sus seguidores, con el apoyo del general Erich Ludendorff y otros conspiradores, en noviembre de 1923, había existido un cierto grado de cooperación política entre el primer Partido Obrero Nacional Socialista Alemán (NSDAP) y algunos grupos de exiliados monárquicos y nacionalistas rusos, a través de la organización *Aufbau* (Reconstrucción[60]). El personaje central de esa red era Max von Scheubner-Richter, un estrecho colaborador de Hitler que tenía conexiones con los exiliados de extrema derecha rusos, y capaz de recaudar subsidios entre ellos. Algunos nazis apoyaron durante un tiempo al gran príncipe Kirill Romanov, que residía en Coburgo, como candidato al vacante trono del zar; y varios exiliados rusos en Múnich de ideología antisemita y antidemocrática eran próximos al NSDAP. Fueron ellos quienes, hasta cierto punto, influyeron en la adopción por parte de Hitler del vínculo conceptual entre judaísmo y bolchevismo, en un momento en el que el pensamiento político del líder nazi se hallaba en fase de formación. El periodista y antiguo diputado de la Duma Nikolái Snessarev, que en el exilio mantuvo posturas filofascistas y antisemitas, colaboró estrechamente con Hitler durante un tiempo. Hasta 1924, el líder nazi creyó en una alianza duradera entre Alemania y una Rusia monárquica como el mejor baluarte contra el comunismo y el capitalismo internacional judío. Fue a partir de su adopción entusiasta del antisemitismo conspirativo, del racismo biológico y de la idea de espacio vital, patentes en *Mein Kampf* (1925-1926),
cuando Hitler empezó a propugnar la expansión hacia el este[61].

A grandes rasgos, el nacionalsocialismo se basaba en la combinación de cuatro principios: antisemitismo y racismo

biológico-genético, anticomunismo, nacionalismo alemán y la idea de espacio vital, que legitimaba la expansión territorial de Alemania. Los «derrotistas» rusos, casi todos ellos conservadores radicales o ultraderechistas, compartían con los primeros nazis el anticomunismo visceral, así como un antisemitismo de raíz cultural y religiosa. Apenas un pequeño grupo de exiliados adoptó los postulados del racismo biológico; muy pocos estaban dispuestos a ceder territorio ruso a los anhelos expansionistas alemanes. Aunque muchos guardias blancos leyeron *Mein Kampf*, no creían que Hitler hablase en serio. Como escribía el general Aleksandr S. Lukomski en febrero de 1939, sólo eran «palabras terribles» [62]. Algunos exiliados consideraban además que cualquier opción era preferible a la subsistencia del régimen soviético: aunque los tudescos persiguiesen sus propios objetivos, también eran los únicos que podían destruir a Stalin. Alemania nunca podría «absorber» Rusia, pues el «poderío biológico del pueblo ruso» sería insuperable para cualquier adversario [63].

Los alemanes, nazis o no, jamás vieron con buenos ojos la posibilidad de integrar a los rusos blancos en sus fuerzas armadas. Tampoco consultaron a los exiliados y colaboracionistas sobre la administración de los territorios ocupados de la URSS [64]. Con todo, la poliarquía del Estado nazi, en cuyo seno coexistían y competían distintas esferas y aparatos de poder superpuestos, creaba intersticios y espacios en los que los exiliados podían hallar interlocutores e incluso cierta receptividad hacia sus demandas, permitiendo que algunos exiliados ingresasen en la Wehrmacht. Era el caso de la mayor predisposición del ministro para los Territorios Ocupados, el baltoalemán Alfred Rosenberg, a escuchar las ofertas de colaboración de los exiliados anticomunistas rusos, los nacionalistas ucranianos o caucásicos [65].

Sin embargo, la guerra contra la URSS no sería una campaña cualquiera, sino una guerra de exterminio, con profundas motivaciones de orden ideológico y geopolítico. Sus directrices fueron fijadas por Hitler y sus colaboradores, pero sus líneas fundamentales eran compartidas por buena parte de los generales de la Wehrmacht [66]. Ya en marzo de 1941 los dirigentes del Tercer Reich excluyeron toda posibilidad de contar con los emigrados rusos en la planeada invasión: la *intelligentsia blanca*

sería poco útil en territorio ocupado, pues era dudoso que después de dos décadas de ausencia aquélla fuese «aceptada por el pueblo ruso»; resultaba, además, poco de fiar por su nacionalismo y su hostilidad de fondo hacia Alemania. El Alto Mando de la Wehrmacht (OKW, *Oberkommando der Wehrmacht*) sostenía que «en ninguna circunstancia debemos permitir que el Estado bolchevique sea sustituido por una Rusia nacionalista», la cual, como demostraría la historia, se enfrentaría de nuevo a Alemania [67].

Ignorantes de esta decisión, y con la convicción de que la guerra era inevitable, los líderes de la ROVS intentaron ofrecer sus servicios a la Wehrmacht, como cinco años antes los habían brindado a Franco. El 21 de mayo de 1941 el jefe de la autónoma ORVS [68], el teniente general Alekséi A. von Lampe, escribió una carta al comandante en jefe del Ejército de Tierra, mariscal Walther von Brauchitsch, poniendo a disposición del Tercer Reich sus recursos, y solicitando que se les diese una oportunidad para tomar parte en la lucha que se avecinaba [69]. Sin embargo, el 18 de junio la Policía política (Gestapo) prohibía el regreso a su país sin autorización previa de los inmigrantes rusos que residiesen en territorio del Reich [70].

El desencadenamiento de la Operación Barbarroja en la madrugada del 22 de junio de 1941 precipitó los acontecimientos. Fascistas, católicos y anticomunistas radicales de toda la Europa ocupada vieron en las tropas alemanas y sus aliados el instrumento decisivo que acabaría con el poder bolchevique. Ante las inesperadas ofertas recibidas desde diversos países europeos, neutrales y ocupados, para constituir cuerpos de voluntarios con el fin de participar junto a la Wehrmacht en la conquista de la URSS, el 30 de junio tuvo lugar en Berlín una reunión de los representantes del NSDAP, del Ministerio de Exteriores (*Auswärtiges Amt*), el OKW y de las SS (*Schutzstaffel*). En ella acordaron las directrices generales para encuadrar a los distintos contingentes nacionales, proporcionándoles uniforme alemán en legiones o unidades nacionales, de acuerdo a una cuidada jerarquización étnica. Las propuestas recibidas por parte de exiliados rusos, colaboracionistas checos y representantes de pueblos no rusos de la URSS serían descartadas. Las embajadas y

consulados alemanes recibieron de Berlín la orden de rechazar las demandas para enrolarse en la Wehrmacht de exiliados rusos, incluyendo también a los «de carácter nacional-separatista», desde caucásicos a ucranianos. Los solicitantes debían ser tratados de forma «cordial, pero dilatoria» [71].

Ignorantes aún de esas decisiones, los «derrotistas» de la ROVS dieron la bienvenida a la invasión de la URSS: los expatriados habrían esperado «por este minuto durante veintiún años». El entusiasmo cundió entre las comunidades rusas del exilio. Varias «asambleas solemnes», a las que asistieron cientos y hasta miles de participantes, tuvieron lugar en las principales ciudades europeas. En ellas se expresaron alabanzas a Hitler y a la nueva Rusia que surgiría tras la pronta victoria [72].

RUSOS BLANCOS EN LA DIVISIÓN AZUL: EXPERIENCIA Y MEMORIA

La España franquista mantuvo su postura de no beligerancia cuando el Tercer Reich, en connivencia con Rumanía, invadió la URSS el 22 de junio de 1941. Los sectores falangistas, ansiosos por participar en la reconfiguración del Nuevo Orden Europeo que se avecinaría bajo la hegemonía del Tercer Reich, promovieron la formación de un cuerpo expedicionario de voluntarios a iniciativa de Falange. No obstante, el entusiasmo germanófilo también era compartido por buena parte del Ejército español, y por amplios sectores católicos y anticomunistas que veían en las tropas de la Wehrmacht una suerte de instrumento divino para forzar la destrucción del comunismo y el retorno de Rusia al regazo de la fe cristiana.

Franco adoptó una solución salomónica: enviar una división de voluntarios al frente ruso, en lo que se suponía que sería un paseo militar, integrada por oficiales y suboficiales aportados por el Ejército, y tropa reclutada por Falange, que se integraría en la Wehrmacht como una división más, aunque sometida a su propio código jurídico. En pocos días, se cubrió el cupo inicial de voluntarios, aunque el entusiasmo entre los partidarios del régimen mostró notorias desigualdades territoriales. A principios de julio partieron para el frente ruso 17 000 hombres. Entre ellos abundaban los falangistas, pero también católicos anticomunistas, oportunistas, suboficiales y sargentos provisionales ansiosos por hacer méritos para su carrera militar, así como oficiales movidos por parecidos deseos. Entre los primeros voluntarios había un número no desdeñable de antiguos cautivos y perseguidos en zona republicana que no habían podido hacer la guerra en el bando franquista, así como estudiantes falangistas que no habían participado en la guerra civil [73].

La apertura de banderines de enganche para reclutar voluntarios para la División Española de Voluntarios, rápidamente bautizada como División Azul, constituyó para el puñado de voluntarios rusos blancos que habían permanecido en España tras 1939 una

oportunidad soñada para volver a su país y derrotar a su viejo enemigo. Otro grupo partió para Rusia con la Legión de Voluntarios Franceses contra el bolchevismo (LVF), y algunos más también sirvieron en las filas del cuerpo expedicionario italiano en Rusia. Tras el contingente francés, la que sería la 250.ª División (*Spanischen Freiwilligen-Division*) de la Wehrmacht contaba con el mayor número de exiliados rusos blancos en sus filas [74].

Al poco de producirse la invasión de la URSS, varios rusos blancos se dirigieron a la embajada alemana en Madrid, donde se personó Nikolái Boltin para ofrecerse como voluntario, y adjuntó un memorándum en nombre de 29 exiliados que habían combatido en la guerra civil española y que, según él, disponían de ciudadanía española. Sin embargo, allí se les informó de las instrucciones recibidas desde Berlín: no podrían incorporarse a la Wehrmacht, salvo que se tratase de casos especiales; en un futuro podría hacerse una excepción con ciudadanos de las repúblicas bálticas, anexionadas por la URSS en 1940. Ante esa respuesta, Boltin ofreció el concurso de sus camaradas, al menos, en tareas de propaganda dirigidas a la población civil en territorio conquistado; pero su nueva petición no obtuvo respuesta [75]. Así lo recrearía Yaremchuk:

Por la mañana nos llamaron de la jefatura española y nos dijeron que un coronel que se desempeñaba como agregado militar en la embajada de Alemania quería vernos. Varias personas acudimos a la reunión. Con visible turbación, nos informó de que había una orden de Hitler que prohibía a los rusos blancos participar en la guerra contra la URSS en las filas del Ejército alemán. Fue como si nos arrojasen un cubo de agua fría […]. La única excepción se haría con unos pocos rusos que habían servido como oficiales en la Legión española. Más tarde se supo que los alemanes habían permitido esa excepción dado que eran oriundos de Malorossía, la Rusia menor, y los estúpidos de ellos supusieron que se trataba de ucranianos sedientos de venganza. Más tarde exigieron que fuesen devueltos a España, pero el jefe de la División Azul, el general Agustín Muñoz Grandes, les respondió que no tenía oficiales rusos en sus filas pues «allí todos eran oficiales españoles» […]. A los alemanes no les quedó más remedio que tragarse aquello [76].

De forma paralela —los rusos jugaban a dos bandas—, el 28 de junio Boltin también hizo llegar al Ministerio del Ejército español una lista de 18 «voluntarios de origen ruso que lucharon en las filas del Glorioso Ejército Español y los cuales continúan en servicio militar», cuyo propósito era unirse a la «Cruzada para la liberación de Rusia del enemigo común, el comunismo». Cinco días después, Boltin mandó una nueva lista, incluyendo sus rangos en el Ejército blanco y los adquiridos en la guerra civil, cuyo número había subido a 28[77]. La prensa, mientras tanto, había informado de que algunos rusos blancos se habían apuntado de forma espontánea como voluntarios. Y los corresponsales españoles en Berlín informaban del entusiasmo de los expatriados rusos ante la posibilidad de volver a su patria con la Wehrmacht[78].

Como recogía Yaremchuk, los militares españoles hicieron lo posible para sortear las instrucciones alemanas. El teniente coronel Joaquín Romero Mazariego contactó con Berlín, desde donde se le reiteró que los rusos blancos no podrían ser enrolados, salvo que tuviesen ciudadanía española. De los 28 voluntarios, 18 estaban naturalizados en España, y del resto no se conocían antecedentes. El Estado Mayor del Ejército remitió las listas al general Muñoz Grandes, el recién designado comandante en jefe de la División Azul, «por si estima asignarles las misiones que estime convenientes». También un aviador ruso, Víktor Voronin, deseaba prestar servicio en el frente oriental. Todo indica que Muñoz Grandes decidió sortear la prohibición alemana y aceptar a todo el contingente, que sin duda sería útil en tierra desconocida. Salvo el caso peculiar de un políglota intérprete provisto de un pasaporte Nansen, criado como hijo de rusos blancos de origen alemán en Estonia y en Buenos Aires, prácticamente nadie tenía nociones de ruso en el cuerpo expedicionario español. Y los voluntarios rusos, aunque entrados en años y en varios casos con secuelas de sus heridas, mostraban gran entusiasmo. Uno de los dos rusos de la Jefatura de Milicias de Guipúzcoa que se enrolaron en la División Azul —Aleksandr Bibíkov y Vladímir Kovalevski— escribía en el diario falangista *Unidad* que los blancos partían ahora con las maletas «preparadas para emprender el gran viaje de vuelta, con el que tantos años soñamos», dispuestos a cantar el *Cara al sol* y continuar «en nuestra estepa» la gesta iniciada en 1936 «en el Alto

de los Leones», y concluía su misiva con un «¡Viva Rusia Nacional! ¡Arriba España!»[79]. Por su parte, el alférez de 46 años de edad Ali Gurski, tártaro de Crimea que había luchado en la Legión y en los Tercios Doña María de Molina y Montejurra, herido varias veces y caballero mutilado que desempeñaba a la sazón sus servicios en la Escuela Superior del Ejército, solicitó por escrito a Franco el permiso para alistarse en el Ejército alemán. Sus motivaciones mezclaban comunismo, nacionalismo y ciertas dosis de antisemitismo:

Cuando el Fhürer [*sic*] Hitler ha declarado la guerra a los comunistas, bolchevistas [*sic*] y judíos que derrotaron a mi Patria de nacimiento, y ha entrado en Rusia, considero que es mi deber sagrado como antiguo oficial ruso y patriota, ir inmediatamente allá, para ayudar otra vez con todas mis fuerzas y mis conocimientos a liberar a mi antigua Patria del horrible Terror del comunismo[80].

Como Ali Gurski, los nuevos voluntarios rusos creían que las tropas de la Wehrmacht y sus aliados anhelaban, ante todo, destruir el comunismo. La campaña representaría la gran oportunidad para la resurrección de la Rusia imperial. No sospechaban que la invasión había sido concebida por el Tercer Reich como una guerra de exterminio y sojuzgamiento racial y geopolítico de Rusia y de los pueblos eslavos[81].

Al pequeño contingente de rusos se sumaron, además del peculiar caso de Pável Rashevski —cuyo historial militar presentaba algunas máculas, por lo que, después de alistarse, fue retenido en España—, otros dos expatriados blancos que ya residían en España antes de 1936: Ígor Perchine y Serguéi Ponomariov. El primero era un hijo de exiliados rusos crecido en Madrid, que trabajaba como traductor y en la censura; Ponomariov se había establecido en Barcelona y declaraba ser miembro de Falange desde 1934, para lo que realizó gestiones ante la Jefatura Provincial de FET de las JONS y el consulado alemán con el fin de incorporarse a las «fuerzas imperiales rusas que luchan al lado de Alemania»: el 26 de junio partió con destino a Irún y se incorporó a la División Azul. También llegaron dos ofrecimientos de rusos residentes en Bucarest y en Marruecos, que fueron rechazados por el Estado Mayor del Ejército en septiembre[82]. Como muchos rusos blancos enrolados en

unidades del Eje, sirvieron de forma mayoritaria como intérpretes; algunos de los que no fueron aceptados ni en la Wehrmacht ni en la División Azul hallaron un lugar en las tropas italianas del frente oriental [83]. Ya en Rusia, hubo varios casos de civiles que, adolescentes aún, se unieron a los españoles en el frente y acabaron sirviéndoles de intérpretes circunstanciales. Alguno volvió a España con la División [84].

Españoles y rusos en el frente y la retaguardia

Tras un período de adiestramiento de escasamente seis semanas en el campo de instrucción de Grafenwöhr (Alto Palatinado), la División Azul salió para el frente ruso a fines de agosto. Tras una larga marcha a pie por la Polonia oriental ocupada, Lituania y parte de Rusia, las primeras unidades españolas llegaron a la sección que les fue adjudicada por el Grupo de Ejércitos Norte de la Wehrmacht, el frente del Vóljov y el lago Ilmen, a mediados de octubre de 1941. Allí se desplegarían al norte y sur de la ciudad de Nóvgorod y participarían en varias acciones ofensivas, como el cruce del río Vóljov en octubre-diciembre de 1941; no obstante, desde enero de 1942 los españoles fueron utilizados sobre todo en tareas defensivas por el mando alemán, salvo momentos concretos y unidades específicas —como las que participaron en las operaciones de la Bolsa del Vóljov, en mayo-junio de 1942—. Entre agosto de 1942 y noviembre de 1943, la División fue desplegada en el flanco sur del cerco de Leningrado, en ocupaciones de índole predominantemente defensiva, sólo interrumpidas por golpes de mano y algunas operaciones específicas llevadas a cabo por algunos batallones o unidades, así como por el intento soviético de romper el cerco en febrero de 1943, que causó fuertes bajas a los españoles en los combates de Krasni Bor. Nuevos relevos de voluntarios —con motivaciones diversas— llegaron desde España para suplir bajas y heridos. En total, casi 47 000 combatientes españoles pasaron por el frente ruso; unos 5000 soldados dejaron su vida en Rusia; un número mucho mayor de heridos retornó a España, incluyendo 2200 mutilados; y unos 400 fueron hechos prisioneros, de los que 115 murieron en campos soviéticos.

En la memoria de los civiles soviéticos que vivieron bajo la ocupación en el Vóljov y el frente de Leningrado, los españoles gozaron de un recuerdo más benigno que sus camaradas alemanes, o que los rusos colaboracionistas que integraban las unidades auxiliares de la Wehrmacht. La imagen de los españoles como «buenos ocupantes», similar en buena medida a la de los italianos en el frente del Don, fue cultivada con fruición por la memorialística divisionaria de posguerra, y reproducida a través de decenas de libros de memorias, algunas películas de ficción, las publicaciones de las asociaciones de veteranos y la propia política conmemorativa del régimen franquista, perviviendo en buena parte de la esfera pública española tras la transición a la democracia [85]. Con todo, las investigaciones empíricas y comparadas han mostrado un panorama más matizado.

En general, las prácticas de ocupación de la División Azul en las áreas del frente y su inmediata retaguardia fueron menos duras de lo que era la tónica usual en las áreas de ocupación germana. Así se puso en evidencia en el trato a los prisioneros soviéticos, aunque persiste un halo de duda acerca del cumplimiento por parte de los oficiales españoles de la orden de los comisarios (la instrucción, vigente hasta entrado 1942, de ejecutar en el acto a los comisarios políticos del Ejército Rojo una vez capturados). Y el comportamiento de los ocupantes españoles hacia la población civil, con sus claroscuros, fue mejor que el de tudescos, húngaros o rumanos. A eso contribuían varios factores: un frente mayormente estático, una actividad partisana en la retaguardia menos intensa que en otras zonas del frente oriental, un tiempo medio de permanencia en el frente (de diez a doce meses) más bajo que el de los soldados alemanes, y la ausencia de adoctrinamiento racial de tipo biológico-genético en los años anteriores. En el caso español no se registró un embrutecimiento de las condiciones de combate tan intenso como en otras unidades y sectores del frente oriental; tampoco existía una predisposición ideológica hacia el exterminio entre los combatientes [86].

Ciertamente, los soldados españoles cayeron con cierta frecuencia en el pillaje; hubo casos de abusos sexuales, y también tuvieron lugar algunas muertes de civiles [87]. Los informes de la Plana de Enlace alemana, y de los diversos cuerpos de Ejército de la

Wehrmacht en los que estaba integrada la División Azul, así como las dispersas memorias de los civiles rusos, incluyendo sus respuestas a la comisión que en
1944-1945
investigó las atrocidades cometidas por los ocupantes en las regiones reconquistadas por el Ejército Rojo, coinciden en señalar la propensión de los españoles al saqueo y el hurto caótico [88]. Pero, a diferencia de muchas unidades germanas, magiares o rumanas en otros frentes, los soldados españoles no practicaron represalias indiscriminadas o colectivas, desde la ejecución de civiles en venganza por ataques partisanos a la quema de aldeas enteras. Tampoco se distinguieron por su sadismo. En aspectos como la guerra antipartisana, la menor brutalidad española se explica en parte por la escasa asunción de funciones represivas por parte de la División Azul, la limitada ocupación y penetración del territorio de retaguardia, y la escasa eficacia de las secciones encargadas de ese cometido [89]. En ese sentido, el testimonio de Kovalevski viene a corroborar, pero también a matizar, buena parte de las afirmaciones de la historiografía profesional.

En la memoria de los ciudadanos soviéticos que colaboraron o trabajaron para los españoles predomina una imagen de los ibéricos como invasores caóticos, pero a menudo presentados bajo un prisma positivo: menos predecibles y disciplinados que los alemanes, pero también menos mecánicos y despiadados. Los testimonios de los colaboracionistas soviéticos tienden a presentar a los soldados españoles como ocupantes distintos: cristianos devotos, mayormente amables e incluso generosos, que compartían su ración con las familias campesinas, y con actitudes hostiles hacia los alemanes, cuyo racismo y crueldad no compartirían [90].

Los rusos blancos eran una minoría entre los divisionarios; muchos servían en los estados mayores de la División o de los diversos regimientos y batallones, con lo que su relación con los soldados rasos en las posiciones de avanzada no siempre fue intensa. De hecho, aunque mencionados de forma episódica en la literatura memorialística generada por los veteranos de Rusia, rara vez ocupan en ellas un lugar destacado. Su elevada media de edad, superior a los cuarenta años, tampoco facilitaba una estrecha complicidad con sus jóvenes camaradas. Con todo, algunos

alcanzaron cierta popularidad entre sus compañeros de armas españoles: era el caso de Konstantín Goncharenko, persona sociable y músico aficionado, mencionado en algunas cartas de oficiales divisionarios [91].

Existen igualmente escasos testimonios acerca de la opinión de la población ocupada sobre los rusos blancos de la División Azul. De entrada, los autores soviéticos raramente mencionaron la existencia de exiliados rusos al servicio de los españoles. Según un periodista soviético, los emigrados servían en las unidades de gendarmería de campaña de la División, y uno de ellos disfrutaba maltratando a los prisioneros; igualmente, esos traductores serían propensos a dejarse corromper [92]. Al menos un escritor exiliado, Lev Fabritsius, introdujo a los intérpretes rusos en sus obras de ficción. En una de ellas, el protagonista, el prisionero soviético Antón Belago, es interrogado por un antiguo capitán del Ejército Blanco al servicio de la División Azul. El desdén inicial de Antón hacia el que ve como un traidor se torna rápidamente en simpatía hacia el exiliado, con el que acaba compartiendo anécdotas sobre el pasado [93].

A pesar de su bajo número, el protagonismo de las tres decenas de intérpretes en las interacciones entre ocupantes y ocupados, ya que los más de ellos servían en el Estado Mayor en tareas de inteligencia o interrogatorios de prisioneros, les confería una especial visibilidad a ojos de la población ocupada. Los escasos testimonios disponibles proceden en su mayoría de otros colaboracionistas soviéticos que servían a los españoles o los alemanes. Era el caso de Borís Filistinski, natural de Nóvgorod, quien a fines de 1941 tuvo intenso trato con el alférez Goncharenko, cuyas impresiones acerca de la Rusia soviética reprodujo años después. Según su testimonio, Goncharenko relataba que no esperaba hallar las aldeas de su Rusia natal en el estado en que las encontró: al igual que Kovalevski —como veremos—, había imaginado que los campesinos varones serían, o bien acérrimos bolcheviques, o mártires, mientras que las mujeres campesinas habrían caído en «alguna suerte de abandono en el pecado». Sin embargo, tras años de ausencia pudo comprobar que las gentes de Rusia mantenían muchos signos de normalidad aparente, y conservaban buena parte de sus tradiciones: «Cantan canciones, son joviales, cordiales, sencillos. Por supuesto, se sirven de la astucia, e

intentan engañarte, pero eso también es bueno —nos ven como extranjeros, enemigos—». Goncharenko compartía historias de la guerra civil rusa con sus amistades soviéticas. Según narraba, su motivación para alistarse con los ocupantes era la venganza: cuando tenía diecisiete años, había contemplado el fusilamiento de su padre y su tío a manos de los bolcheviques [94].

Otro caso era el de la colaboracionista residente en Pávlovsk, Lidia Osipova, que esperaba impaciente que llegasen los alemanes, en quienes veía a liberadores del yugo estalinista. Cuando los ocupantes arribaron, se aprestó a cooperar con ellos. En su diario también reflejó la convivencia con los nuevos ocupantes españoles desde agosto de 1942, cuando aquéllos se instalaron en su ciudad y ella pasó a gestionar la lavandería de la División Azul. En su labor tenía trato frecuente con algunos de los intérpretes, en especial con dos. Uno era Aleksandr Tringam (cuyo apellido transcribió erróneamente como «Trikdan»), quien se ganó su simpatía. Para ella, el exiliado representaba una cultura rusa distinta y distante de la que conocía, la soviética. Pronto Osipova tuvo oportunidad de conocer de cerca a otro intérprete, Lev Totski («Dotski» en su diario), que se ganó su desprecio por ser un hombre sin educación ni escrúpulos («un vulgar embaucador»), además de corrupto. Durante los interrogatorios, Totski traducía de forma incorrecta las declaraciones de los civiles rusos y denunciaba a la gente que no le gustaba. Robaba a la población local para congraciarse con los oficiales españoles, compraba iconos a bajo precio y los revendía a los ocupantes. Si los campesinos se resistían, «les arrebataba el icono por la fuerza, amenazando a los propietarios con su pistola» [95]. Otro ejemplo que ilustra la complejidad de las relaciones entre rusos blancos y civiles soviéticos es el de Iván Bratyshenko, quien vivía en el pueblo de Grigórovo, cerca de Nóvgorod, y guardaba un buen recuerdo de los oficiales blancos que conoció durante la ocupación. Trabó además cierta amistad con uno de ellos, Ali Gurski, quien en una ocasión protegió a la familia de Bratyshenko de unos soldados alemanes que irrumpieron en su casa en estado de embriaguez [96].

Además de las memorias de Kovalevski, son pocos los testimonios legados por los intérpretes rusos acerca de su experiencia al volver a su país. En ellos, de manera retrospectiva, su

relación con la población rusa se describe como cordial y sin mácula. Fue el caso de Aleksandr Tringam, quien en noviembre de 1941 se alojó en la casa de una mujer con dos hijos. En la primavera del año siguiente, según cuenta, salvó la vida de la mujer durante un bombardeo. Y en noviembre de 1943 Tringam se casó con la cantante de ópera Tatiana G. Shitnikova, que era viuda de un capitán zarista fallecido en 1936, avecindada en Tallin y colaboradora de la Compañía de Propaganda de la Wehrmacht. Tras prolijas gestiones, incluidos los testimonios favorables de otros intérpretes, le fue concedida autorización para casarse por parte del Ministerio del Ejército. Regresó con su esposa a España en febrero de 1944 [97]. Si en el caso de Tringam se encontraban un exiliado ruso y una viuda de un oficial blanco, en 1942 el también intérprete Totski, según Osipova, «encontró aquello con lo que había soñado durante todos sus años de exilio», y desposó igualmente a una mujer rusa, con la que volvió a España. En el invierno de 1943 era otro intérprete, Nikolái Krivosheia, el que se casaría con una civil rusa natural de Nikolskoe, Maria Bondina, con la que retornó a España [98].

Las presiones de los Aliados sobre el régimen franquista, y el progresivo cambio de orientación estratégica de Franco, llevaron a que en septiembre de 1943 el Gobierno de Madrid ordenase la retirada de la División Azul, que se produjo entre octubre y noviembre, y su sustitución por una unidad más reducida también (en teoría) de voluntarios, la Legión Española de Voluntarios o Legión Azul, integrada por tres batallones o banderas y que sumaría 2269 hombres. Sin embargo, las renovadas exigencias aliadas obligaron al régimen a retirar definitivamente la Legión Azul en marzo de 1944. Sólo algunos centenares de combatientes españoles pelearían por su cuenta en unidades de la Wehrmacht y las Waffen SS hasta el final de la guerra.

Con la División Azul retornaron a España los intérpretes rusos, salvo tres que cayeron en combate y el georgiano Gognidzhanoshvili, que permaneció en la Legión Azul con el grado de teniente. Un pequeño grupo de oficiales rusos desmovilizados que habían servido en las fuerzas italianas se encontraron con los soldados españoles de retorno en la ciudad alemana de Hof. Salvo Gognidzhanoshvili, quien a pesar de sus distinciones en combate

disfrutaba de reputación dudosa, el resto de los intérpretes rusos eran bien vistos por sus compañeros de armas [99]. La mayoría de ellos retornaron a España, donde siguieron sirviendo en el Ejército o, en algunos casos, hallaron un empleo en la vida civil [100].

Durante los años de la Guerra Fría, los exiliados rusos cultivaron hasta el final una visión nostálgica de sus luchas pasadas: el mito de los irreductibles de Galípoli seguía vigente varias décadas después [101]. Con todo, era amargo comprobar que, a diferencia de sus correligionarios en Finlandia o España, ellos sí habían perdido la guerra contra Stalin: «El destino sonreía a los blancos españoles: ellos habían ganado. Y era cruel con nosotros: sólo tenemos memorias de un pasado glorioso… e incontables tumbas sin nombre esparcidas por el mundo» [102]. Esa imagen apenas sufrió cambios. La salida de Crimea en 1920 no significaba sólo la derrota de los guardias blancos, sino también de quienes luchaban por Rusia y por «toda la humanidad». Los irreductibles expatriados nunca habrían deshonrado ideales como el patriotismo, el espíritu de sacrificio y la solidaridad con sus camaradas y coterráneos [103]. Si varios veteranos rusos se retiraron tras

a sus vidas privadas, otros no cedieron en su ardor combativo. Vadim Klimenko sufrió la amputación de sus dos piernas; pese a ello, consiguió licenciarse en la Escuela Superior del Ejército, y se mantuvo políticamente activo en los medios del exilio anticomunista [104]. A otros, la historia militar les servía a veces de consuelo. Cuando a principios de los cincuenta Nikolái Kremnev visitó el Museo del Ejército en Madrid, escribió que había tenido la impresión de que la historia de España era la suya propia. Pero ahí, los blancos habrían contribuido a la prosperidad del bando vencedor [105].

VLADÍMIR KOVALEVSKI (1892-?): EL ENIGMA DE SU VIDA

Vladímir Ivánovich Kovalevski no difería en mucho del patrón usual entre los voluntarios rusos de la guerra civil que después se alistaron en la División Azul. Sin embargo, nos ha llegado relativamente poca información acerca de su trayectoria anterior a 1936, en particular durante los quince primeros años de su exilio; y aún menos sobre su vida tras el retorno a España desde el frente ruso en 1942, de modo que ni siquiera podemos precisar la fecha y el lugar de su muerte.

Según los datos aportados por él mismo al enrolarse en la División Azul, así como al solicitar el reconocimiento de sus haberes en 1944, Vladímir Kovalevski Grant —nombre que adoptó en España— era hijo de Iván y Marguerita, y había nacido en Járkov (Ucrania) el 30 de marzo de 1892, donde en 1941 aún residiría su hermana Galina. Su lengua era el ruso, y como buen guardia blanco, su identidad nacional era la de la Rusia imperial. A la altura de 1941 estaba soltero, medía 1,80 metros, tenía pelo claro, ojos azules, tez morena y aire «marcial», según su ficha de inscripción, desafortunadamente, sin foto.

Kovalevski se graduó en la Academia de Oficiales de Kiev, y participó en la Primera Guerra Mundial. Zarista convencido, desde 1917 combatió en las filas del Ejército Blanco, empezando por una de sus primeras unidades, el Regimiento Georgievski («Los de San Jorge»), formado en agosto de 1917 y compuesto por oficiales procedentes de Kiev; su unidad sucesora, la Compañía de San Jorge, se unió después al Ejército de Choque del general Kornílov. Posteriormente, sirvió como subteniente de ametralladoras en el primer Regimiento de Fusileros del Kubán, creado en marzo de 1918. Participó en los combates que rodearon la primera Campaña del Kubán o Marcha del Hielo (febrero-mayo de 1918), y fue condecorado por ello —con una medalla conmemorativa muy apreciada por los guardias blancos— por el propio Kornílov. Eso revestía un cierto significado simbólico: Vladímir Kovalevski

pertenecía a la élite de los guardias blancos, pues muy pocos oficiales sobrevivieron a la Marcha del Hielo. Recibieron por ello el apodo de *pervopokhodniki*, «los que marchan los primeros».

En 1920 Kovalevski salió de Crimea con las tropas de Wrangel. Como sus camaradas, pasó un tiempo en el campo de Galípoli. ¿Qué hizo a continuación? Según declaraba en 1944, había sido después cabo del Ejército inglés [*sic*] y sargento de la Legión Extranjera francesa **[106]**. Aunque se ha apuntado que combatió en la guerra del Chaco, no existen evidencias fidedignas de ello **[107]**. Lo más probable es que pasase varios años en la Legión Extranjera, y que al licenciarse del cuerpo se estableciese en Yugoslavia, país donde residían más de cincuenta mil exiliados blancos, y tal vez parientes o allegados suyos.

De hecho, Vladímir Kovalevski llegó a España a principios del verano de 1938 procedente de Yugoslavia, gracias a un salvoconducto concedido por el representante del Gobierno de Franco en Bucarest, Pedro Prat y Soutzo. Una vez en la España *nacional*, se incorporó como voluntario en el Tercio de Navarra el 1 de julio, y sirvió con su unidad, la compañía de ametralladoras del Tercio (integrado a su vez en la 11.ª División) en el frente de Toledo y en el de Extremadura **[108]**. En enero de 1939 fue destinado al frente de Badajoz, donde permaneció hasta fines de febrero, y después en el frente de Toledo-Talavera. El 23 de marzo fue trasladado al Tercio Doña María de Molina, en cuyas filas permaneció hasta el final de la guerra. Prestó servicios entonces en guarnición e instrucción en la localidad valenciana de Llíria, y participó en el desfile de la Victoria celebrado en Valencia a fines de abril, pasando después por varias localidades **[109]**.

Tras su licenciamiento, y apremiado como los más de sus coterráneos por la falta de ingresos, Kovalevksi disfrutó de un permiso de dos meses y formó parte de un grupo artístico que interpretaba canciones y danzas típicas rusas. En una pequeña gira recolectaron fondos para sufragar un Colegio de Huérfanos de Guerra promovido por la propia esposa de Franco, Carmen Polo, quien recibió a los rusos en audiencia. A principios de octubre obtuvo la ciudadanía española, junto con varios de sus compatriotas **[110]**. Poco después, se benefició de la petición elevada a las autoridades militares por Nikolái Boltin para que los

excombatientes rusos disfrutasen del empleo de alférez u oficial. En su caso, le fue concedido el rango de alférez, aunque al ser destinado a Milicias, en razón de su edad (47 años), se vio rebajado de nuevo a sargento, máximo grado en ese cuerpo.

En mayo de 1940 Vladímir Kovalevski, que había ingresado en FET de las JONS pocos meses antes, fue destinado a la Jefatura Provincial de Milicias de Guipúzcoa. A ella habían ido también a parar otros dos veteranos rusos: Vladímir Dvoichenko, oficial de caballería aristócrata nacido en 1884 en Crimea, y Alexandr V. Bibíkov (1906-?), natural de la ciudad de Vladímir, quien tras su paso por la Legión Extranjera francesa había combatido en España en las filas de la Legión. El georgiano Gognidzhonashvili compartió destino con ellos hasta principios de mayo. Era un lugar tranquilo, y sus tareas —adiestramiento paramilitar de la juventud, bajo control del Ejército— poco gravosas. En Biarritz, al otro lado de la frontera, podría, si quería, frecuentar la compañía de la colonia de rusos exiliados que residía allí. La guerra germano-soviética y la constitución de la División Azul alteraron esa rutina. Probablemente, los tres rusos participaron en la modesta manifestación que, al igual que en otras ciudades, fue promovida por la organización local de FET en San Sebastián la tarde del 25 de junio, coreando consignas contra la URSS [111]. Pero sólo dos, Bibíkov y Kovalevski, pudieron enrolarse en la División que partía hacia su país. Dvoichenko se quedó en San Sebastián, pues a sus 57 años era inútil para el servicio, y se limitaba a desear suerte a quienes marchaban para la patria; falleció pocos años después [112]. También la avanzada edad de Kovalevski generó dudas para admitirlo a filas: en la lista de personal ruso adscrito a la División alguien escribió junto a su nombre una diáfana anotación: «Viejo». En teoría, sólo serviría como intérprete. Con todo, consiguió ser aceptado.

Sin embargo, al principio Kovalevski sirvió en la División Azul en varios puestos, tanto en la primera línea del frente como, sobre todo, en tareas de Estado Mayor e información que se desarrollaban en la retaguardia próxima. Desde el 1 de julio de 1941 hasta el 29 de noviembre de 1941 estuvo adscrito a la 4.ª Compañía de ametralladoras del 262.º Regimiento, desempeñando además diversas funciones; a partir de la última fecha, pasó a prestar sus

servicios en el Cuartel General divisionario como intérprete de la Segunda Sección, dedicada a la contrainteligencia e información. Según sus propias palabras tres años después, colaboró en «servicios de limpieza con la Guardia Civil, tomando parte en la captura del Estado Mayor de los Francotiradores, siendo evacuado enfermo al Hospital de Campaña de Grigórovo el día 27 de febrero de 1942». Al día siguiente fue trasladado a la retaguardia, y acabó en un hospital militar en Alemania, concretamente cerca de Colonia, donde permaneció hasta ser dado de alta.

Kovalevski cruzó la frontera de vuelta el 17 de mayo de 1942[113], y se reincorporó a su puesto en la Jefatura de Milicias de San Sebastián, donde aún residía en febrero de 1944, cuando solicitó el reconocimiento de sus haberes por los servicios prestados. Se había restablecido de sus heridas y era útil para el servicio de las armas, si bien declaraba preferir un puesto de contable en intendencia. Ya había combatido demasiado, y era consciente de que nunca volvería a Rusia[114]. Al disolverse la Milicia Nacional de FET en julio de 1944, ignoramos si Kovalevski ingresó en la Guardia de Franco o si se le dio otra ocupación. Su rastro, simplemente, se esfumó a partir de esa fecha. Tal vez permaneció en tierras guipuzcoanas. Quizá cruzó la frontera y buscó refugio en la comunidad de rusos blancos asentada en Biarritz. O acaso se embarcó para América.

LA DIVISIÓN AZUL Y LA CAMPAÑA DE RUSIA: UNAS MEMORIAS PECULIARES

Las memorias que aquí presentamos en versión castellana fueron localizadas en 2016 en los archivos de la Hoover Institution, ubicada en la Universidad de Stanford (Palo Alto, California [115]). El texto mecanografiado se halla en los fondos legados por la veterana editorial exiliada en idioma ruso Globus Publishers, fundada en San Francisco a mediados de la década de 1970 por Vladímir N. Azarenko-Zarovski [116]. Se puede suponer, por tanto, que el manuscrito había sido finalizado por el autor hacia principios de los años cincuenta, o incluso más tarde, bien para ser publicado, bien para uso del propio Kovalevski, y que él mismo o algún albacea lo remitiese a la editorial Globus. Sin embargo, el proyecto nunca llegó a materializarse. No existe información alguna acerca de la fecha concreta en que fue enviado, aunque algunas referencias del manuscrito permiten fechar su redacción entre 1948 y 1951, con varios retoques o modificaciones posteriores.

Se trata, ante todo, de una fuente excepcional. Hasta la fecha, son muy escasos los diarios o memorias conocidos de rusos blancos exiliados que hayan combatido en las filas de la Wehrmacht, o en legiones nacionales adheridas a ella. Cabe señalar el diario de otro expatriado ruso, Rostislav V. Zavadski, un cadete formado en el colegio ruso de Bela Crvka (Yugoslavia), quien volvió a Rusia en las filas de la Legión Valona [117]. Las memorias de Kovalevski reproducen, de forma relativamente amena, una perspectiva de la guerra germano-soviética original y distinta, pues combina varias miradas. Una visión «desde abajo», de un suboficial y combatiente con diversas vivencias en el frente y la retaguardia; la perspectiva de un invasor, pero también la experiencia del frente oriental vista a través de los ojos de un ruso: un nativo que vuelve a su patria tras más de veinte años de ausencia y constata los cambios inducidos por el régimen comunista. No comparte la visión «convencional» rusa, la de los combatientes o civiles soviéticos [118]; pero tampoco reproduce la de un ocupante cualquiera (español o alemán). Es la

interpretación de un ruso antisoviético que, por su propio origen, tampoco comparte los prejuicios y percepciones de muchos de los textos legados por los soldados de la Wehrmacht o de sus ejércitos aliados.

En 1941 Kovalevski era, además de un hombre maduro y apreciablemente culto, un experimentado trotamundos capaz de comprender el idioma de los ocupados (ruso) y los de los ocupantes (castellano, pero también alemán, lengua que conocía bastante bien). Así, podía percibir detalles y matices que a la mayoría de sus camaradas les pasaban inadvertidos: diferenciaba a bielorrusos de polacos, a rusos de lituanos, y apreciaba matices que sus camaradas españoles eran incapaces de distinguir. Igualmente, era capaz de descifrar situaciones complejas en las que interaccionaban ocupantes y ocupados que a duras penas se entendían. Eso le otorgaba, además, ciertas ventajas: como traductor, podía ejercer a menudo de *traduttore traditore*, y gestionar arreglos favorables a una de las partes[119].

A pesar de sus arraigadas convicciones anticomunistas, Kovalevski dista de ofrecer en sus memorias una visión edulcorada de sus experiencias durante la guerra germano-soviética. Tampoco intenta justificar su decisión de enrolarse en la División Azul en el verano de 1941, y de adaptar sus motivaciones y reflexiones a la narrativa dominante en los testimonios alemanes o italianos durante la Guerra Fría[120], presentando su participación en la guerra germano-soviética como una iniciativa anticomunista y en nombre de la civilización europea, que preludiaría el posterior antagonismo entre el *mundo libre* y cristiano y el enemigo comunista.

Por el contrario, la perspectiva de Vladímir Kovalevski es crítica, amarga y no exenta de resentimiento hacia España, hacia Alemania y también hacia sí mismo; es además una visión muy diferente de la que expresa en su descripción de los combates de 1939, mucho más plástica y realista. Cercano a los sesenta años, solo en un país en el que no llega a integrarse del todo, el autor parece sentir una necesidad de escribir típica de muchos veteranos insatisfechos con el retorno a la esfera civil; pero también de descargar sus frustraciones y, quizá, alguna forma de estrés postraumático enquistado en su mente, que llevaba a un retorno de la guerra a su esfera íntima[121]. Lo sugiere así el hecho de que Kovalevski no

concluye sus memorias con su vuelta a España en la primavera de 1942, sino mucho antes, y de forma abrupta, con el suceso en que mueren varios partisanos —en realidad, combatientes rezagados del Ejército Rojo— en una acción de retaguardia a fines de 1941.

Sin duda, en estas memorias no nos hallamos ante *la Verdad* con mayúsculas, sino ante una visión o interpretación de lo visto y vivido en la campaña de Rusia, tamizada por el remordimiento y el desengaño. Un sentimiento de culpabilidad por haber participado en una guerra que, como Vladímir Kovalevski intuyó desde muy pronto, no tenía como objetivo liberar al pueblo ruso de una tiranía. Era un nacionalista que sentía que había coadyuvado al sufrimiento de sus compatriotas bajo la ocupación nazi. Igualmente, las inexactitudes en fechas y detalles factuales son abundantes en su relato y lo mismo se puede afirmar en lo relativo a los personajes que cita, a quienes —en el caso de los españoles— a menudo identifica con nombres incorrectamente transcritos, a lo que se unía la confusión que le generaba el hecho de que sus camaradas tuviesen dos apellidos. También abundan en sus memorias los juicios de valor poco contrastados. Con todo, y como ya señalamos, el valor de su testimonio radica sobre todo en las peculiaridades de su perspectiva. Es una historia de la guerra tal y como él la veía, plena de claroscuros, pero carente de épica: las obscenidades, abusos y vulgaridades son, de hecho, parte inseparable de cualquier historia auténtica de la guerra[122]. ¿Cuáles son las propiedades específicas de las memorias de Vladímir Kovalevski?

En primer lugar, y además de describir con detalle la naturaleza de sus tareas y sus destinos durante la campaña de Rusia, Kovalevski no oculta sus fuertes prejuicios y estereotipos nacionales. Ante todo, sus visiones preconcebidas hacia los españoles en sentido genérico, hacia su mentalidad colectiva y muy en particular hacia la cultura militar del Ejército franquista, a pesar de llevar residiendo más de diez años en España cuando redactó sus memorias y de mantenerse gracias a su colaboración con el Ejército español. En ello intervenía el peso de lo vivido, así como una mentalidad con un toque de distinción, de militar cultivado y hombre de mundo, capaz de intercalar términos en alemán y francés en su relato. Aunque nada indica que Kovalevski procediese de una familia noble, su educación militar en tiempos del Imperio

ruso había reforzado en él una autopercepción elitista. Compartía así con otros guardias blancos que participaron en la guerra civil —caso de Shinkarenko— su desdén general, salvo excepciones, hacia la preparación técnica, valentía y modales de muchos de los oficiales españoles. Exagera considerablemente el número de desertores, y gusta de describir situaciones casi de opereta para subrayar la incapacidad militar de los mandos, como cuando narra las dificultades de su unidad para hallar la posición que tenía que ocupar recién llegada al frente del Vóljov.

Con todo, el autor también guarda respeto hacia aquéllos de sus camaradas de armas que juzga competentes y disciplinados, y siente especial aprecio por quienes, como requeté, había conocido tres años antes en el Tercio de Navarra. Como suboficial, adopta además una perspectiva favorable hacia los sargentos y alféreces provisionales que participaron en gran número en la División Azul. Unos cuadros intermedios que a menudo fueron juzgados con cierto desprecio en los testimonios de divisionarios falangistas, quienes les achacaban una excesiva rudeza chusquera, incultura y falta de conocimientos técnicos, además de un escaso entusiasmo ideológico. En Kovalevski, por el contrario, hallamos un ángulo distinto: tiende así a menospreciar a los *señoritos* falangistas, a los hombres *del partido* que, de manera distorsionada, presupone que son favorecidos en el cuerpo de oficiales. Quizá trasluce en ello la animosidad hacia los carlistas, mayoritarios en las unidades en que había combatido y en la organización de FET en Guipúzcoa, con los que había convivido. Pero también parece en ocasiones atribuir a los falangistas una suerte de influencia política en la conducción de la guerra que estaban lejos de ejercer, y que vendría a ser un reflejo de lo que ocurría con los comisarios políticos en el Ejército Rojo.

Vladímir Kovalevski sí coincidía con otros testimonios, como el de Dionisio Ridruejo y otros divisionarios falangistas, en sus críticas hacia la cultura militar del Ejército español y hacia algunas de sus inveteradas prácticas operacionales y logísticas. En particular, centra sus dardos en las corruptelas de la intendencia militar, en los privilegios de los oficiales —abundancia de asistentes, apropiación indebida de mayores raciones y suministros—, y en las penurias que por ello debía pasar la clase de tropa, causa a su vez de la propensión de los soldados al pillaje de la población civil, como

compensación por la parquedad de las raciones recibidas. Aunque algunas de sus descripciones tienen un aire hiperbólico, el autor denuncia la permisividad o impotencia de los mandos españoles hacia los llamados *despistados* —aquellos que abandonaban las posiciones del frente hacia la propia retaguardia—, y por reflejo tiende a idealizar la organización y disciplina de la Wehrmacht. Se deleita así en describir los desencuentros entre soldados y oficiales divisionarios y sus instructores o aliados germanos. No obstante, conforme avanza por territorio ruso, Kovalevski también empieza a apreciar la mayor crueldad de los ocupantes alemanes en su trato de prisioneros y partisanos, y la falta de escrúpulos de la dominación teutona sobre los civiles. Al final de su relato apenas queda rastro alguno de su inicial admiración profesional por el Ejército alemán.

El autor advirtió pronto que no cabía esperar ecuanimidad por parte de quienes juzgaban los abusos de los ocupantes a la población civil, empezando por la Guardia Civil, que desempeñaba la función de Policía militar (*Feldgendarmerie*) en la División española[123], y unos oficiales a menudo cautivos de sus fuertes prejuicios hacia los rusos, vistos como un pueblo culturalmente inferior. El hecho, además, de juzgar a los ocupantes españoles desde su posición distante de extranjero, de observador participante, le permite tratar con mayor libertad, y hasta con condescendencia, facetas de la vida castrense que por lo general son tabú en las memorias de guerra. Sorprende así la prolijidad con la que describe un caso de homosexualidad en el campamento de instrucción de Grafenwöhr entre dos sargentos, citados por sus nombres; o su relato de la cobardía o ineptitud que caracterizaría a algunos oficiales, empezando por su descarnado y ácido retrato del general Muñoz Grandes, primer comandante en jefe de la División Azul. Tampoco se recata en describir los casos de amancebamiento de oficiales divisionarios con mujeres rusas. Asimismo, herido en su sensibilidad, toma nota de los comentarios desdeñosos verbalizados por algunos de sus camaradas españoles hacia los rusos como colectivo.

En segundo lugar, y a diferencia de la tónica habitual en el *relato divisionario* de posguerra, caracterizado por una visión positiva del comportamiento hacia la población civil, prisioneros y

partisanos, el intérprete juzga con lupa precisa, y muy crítica, las actitudes hacia los nativos por parte de los ocupantes españoles. En ese aspecto, su relato coincide con las observaciones coetáneas de los oficiales de enlace alemanes, así como con los testimonios de civiles y colaboracionistas. Los divisionarios aparecen aquí como caóticos ocupantes, dedicados a menudo al pillaje, incapaces de entender el sufrimiento que, directa o indirectamente, infligían a una población civil resignada y carente de recursos. Kovalevski no ofrece en este aspecto datos factuales estrictamente novedosos: los sucesos que describe, como el asesinato del síndico (*starosta*) de Nóvgorod, eran ya conocidos por la investigación especializada, al igual que algunas de las operaciones antipartisanas que también desgrana; sin embargo, ofrece detalles reveladores acerca del desarrollo de esas acciones, y de los particulares microespacios de violencia que las rodeaban o favorecían [124].

El testimonio de Vladímir Kovalevski confirma, en todo caso, que las prácticas de ocupación de la División Azul en el período que describe no incluyeron represalias colectivas, a diferencia de la tónica en las áreas de retaguardia del Cuerpo de Ejércitos Norte [125]. Pero su privilegiada posición de observador participante, que entendía por igual a rusos, alemanes y españoles, le permitía también juzgar situaciones que a ojos de los ocupantes adoptaban un perfil benevolente, autocomplaciente o engañoso. Por ejemplo, el hecho de que a los campesinos obligados a aceptar un pago en metálico a cambio de animales o provisiones, el dinero —marcos de ocupación— de poco les servía en tiempos de guerra. Así, es capaz de entender que para los ocupados poca diferencia había entre requisas o adquisiciones. O bien que las familias obligadas a hospedar soldados exóticos en sus isbas pasaban miedo y temían por sus pertenencias y su integridad física, a pesar de las carantoñas y dulces que esos ocupantes meridionales pudiesen repartir a los niños, o la amabilidad prodigada a los ancianos. También capta con ironía que las campesinas que cantaban piezas tristes y conmiserativas sobre su situación ante los soldados ocupantes distaban de expresar una supuesta idiosincrasia misteriosa y melancólica del alma rusa, sino que simplemente exteriorizaban su miedo y resignación. No se amilana en denunciar los casos de abusos contra civiles, y muestra su desagrado ante los prejuicios

culturales de los ocupantes hacia los rusos. Es especialmente incisivo a la hora de describir la situación de las mujeres civiles, obligadas en muchos casos a prostituirse para los ocupantes, de forma abierta o encubierta, a cambio de sustento para sus familias y ellas mismas. Con todo, el autor también retrata escenas de cordial convivencia entre ocupados y ocupantes, como la campesina que quería a un soldado español como un hijo; y tampoco salva de sus diatribas a algunos de los intérpretes rusos de la División, en especial a quienes participaban en las requisas de forma activa, traficaban con el sufrimiento de sus compatriotas, o proveían de compañía femenina a los oficiales ocupantes. Así, aunque exagera los hechos, sin duda fruto de la transmisión oral por parte de terceros, no tiene óbice en denunciar los abusos cometidos por uno de los intérpretes rusos, Serguéi Ponomariov, que hallan cierta confirmación documental.

En tercer lugar, es destacable su percepción de lo que había sido el pasado y cuál era el presente de la Rusia que vuelve a pisar. La cosmovisión zarista de Kovalevski es patente en cuanto entra en territorio polaco o pasa por los países bálticos: eso ya era el solar del Imperio ruso, y tiende a contemplar y valorar en sus conversaciones con los naturales del país todo aquello que recrea su visión nostálgica. Sin embargo, a las pocas semanas de estar en Rusia, y tras juzgar de primera mano los efectos del régimen comunista, es capaz de matizar parte de sus ideas preconcebidas.

Fueron varios los rusos blancos que vieron confirmados sus peores augurios al pisar suelo soviético: la miseria de los campesinos sería un nocivo efecto del comunismo. Pero el autor, al igual que otros intérpretes blancos, ve en la fe ortodoxa y las cualidades innatas, un *espíritu nacional* inmanente, del pueblo ruso una garantía de futuro. En su percepción, sin embargo, lo que halla no se corresponde del todo con la visión catastrofista y casi apocalíptica de la Rusia bajo el yugo estalinista que dibujaban las publicaciones del exilio blanco. Aprecia retrocesos en relación con la época zarista, pero también algunos progresos. Así, se sorprende al comprobar que muchas tradiciones que creía erradicadas, entre ellas el sentimiento religioso, perviven entre buena parte de los campesinos; y, sobre todo, percibe con lucidez que la principal fuerza motriz de la resistencia del pueblo soviético contra los

invasores no es en absoluto la lealtad a Stalin y la fe en el sistema soviético, sino un instintivo patriotismo ruso (o granrruso), una suerte de reacción visceral que sitúa a exiliados blancos como él, autoproclamados epítomes del sentimiento nacional ruso, en una situación paradójica. El enemigo antinacional por excelencia parecía llegar mejor a la auténtica fibra de la tradición rusa, aquella cuya esencia mejor creían salvaguardar los expatriados de 1920, quienes ahora descubrían con crudeza que, puestos ante la disyuntiva de escoger, pasaban a ser simples colaboracionistas. Es sintomática a este respecto su descripción de la solidaridad de los campesinos con los prisioneros soviéticos, a cuya alimentación se mostraban menos reacios a contribuir con parte de sus cosechas[126].

Mas, al mismo tiempo, Vladímir Kovalevski también es capaz de detectar incongruencias y matices, y en especial de destacar la colaboración entusiasta de muchos ciudadanos rusos con los ocupantes, así como el miedo que muchos labriegos soviéticos sentían también ante los partisanos, sus represalias y sus requisas. Percibe asimismo los ajustes de cuentas pendientes que se dirimían entonces en las comunidades locales, así como las diferencias de comportamiento entre diversos segmentos de la población civil, que distaba de presentar un comportamiento homogéneo ante los partisanos que a menudo visitaban las aldeas y hasta dormían en ellas, compartiendo a veces el espacio con los ocupantes en una suerte de tregua implícita[127]. La descripción minuciosa de las dinámicas locales y microsociales de las condiciones de vida de los campesinos rusos bajo la ocupación, de las denuncias por parte de los síndicos —alcaldes designados por los ocupantes entre los viejos del lugar— contra antiguos militantes del Partido Comunista o responsables de la colectivización de la tierra, o simplemente de las a menudo banales casuísticas que podían rodear conductas en apariencia sospechosas, ofrece una perspectiva única. Kovalevski identifica a grandes rasgos quiénes eran los colaboracionistas: antiguos oficiales zaristas, como él, y campesinos que anhelaban recuperar la propiedad privada de sus tierras. También señala quiénes eran objeto de denuncias: los cuadros locales del Partido Comunista que no habían huido antes de que los alemanes llegasen, así como funcionarios presuntamente leales al Estado soviético,

como los maestros. Con todo, capta que no siempre existía una ecuación directa entre la situación social de los campesinos antes de 1941 y su actitud hacia los ocupantes; y se pregunta a veces por qué los ocupados reaccionaban como lo hacían **[128]**.

En las memorias de Vladímir Kovalevski también emerge, en fin, una suerte de banalidad del horror: la omnipresencia de la violencia en la vida cotidiana de las regiones ocupadas. Algunas de las situaciones que describe recuerdan cuán delgada podía ser la línea que separaba la comedia de la tragedia: un detenido por rondar a la mujer de otro por la noche podía ser acusado de colaborar con los partisanos y fusilado. A ello se añadía su descripción de las prácticas de contrainsurgencia llevadas a cabo por la Sección de Inteligencia del Estado Mayor divisionario, y de las que se encargaban oficiales y agentes de la Guardia Civil. Su antipatía por los oficiales españoles alcanza aquí su cénit, presentándolos como soldados caracterizados por una mezcla de incompetencia, codicia saqueadora y ambición militar. Identifica con precisión la falta de medios y de aplicación de la División española en las tareas del combate contra los partisanos, que había que llevar hacia la retaguardia distante de las propias líneas, internándose en zonas boscosas y acudiendo a aldeas de difícil acceso. Era consecuencia de la falta de capilaridad de la política de ocupación divisionaria, obligada a cubrir una amplia extensión de terreno con escasos medios. Kovalevski detalla igualmente el caos logístico que imperaba en las operaciones antipartisanas, así como la deficiente coordinación entre españoles y alemanes a la hora de planificar esas acciones. Y, al mismo tiempo, las presiones desde arriba para conseguir resultados, que se unían al hambre de méritos y medallas por parte de oficiales y suboficiales. Si su retrato de los camaradas de la compañía de ametralladoras con los que compartió posición avanzada en el frente conocía claroscuros, su visión de la *Feldgendarmerie* divisionaria podría ser valleinclanesca y trágica a un tiempo.

Finalmente, cabe señalar que las memorias de Vladímir Kovalevski, pese a su descarnada perspectiva, también se caracterizan por algunos silencios, que comparte de forma inconsciente con el *relato divisionario* de posguerra. Así, en su descripción de la marcha a pie que el primer contingente de la

División Azul llevó a cabo a través de Polonia Oriental (actual Bielorrusia) y Lituania en septiembre de 1941, apenas recoge detalles acerca de las medidas nazis de segregación radical contra la población judía, que los divisionarios, sin captar aún la exacta dimensión de lo que veían, pudieron apreciar de cerca. El autor, sin duda tan antisemita como la mayoría de los guardias blancos de su generación, apenas se refiere a los judíos, si bien no utiliza el término despectivo que era común entre sus correligionarios exiliados. Diez años después de haber pasado por Grodno y otros lugares, cuya población hebrea fue exterminada en los meses siguientes al paso de la División española tras la puesta en práctica de la *decisión final* (enero de 1942), Kovalevski no considera de interés reflexionar mínimamente sobre ese hecho. El autor, obsesionado con sus remordimientos y sus fantasmas particulares, tiene una clara prioridad: su relación con su patria de origen.

Los fantasmas que pueblan las memorias de Kovalevski no eran exclusivos de los blancos. En 1975 el profesor Nikolái N. Nikulin, vinculado al Museo Hermitage de Leningrado, empezó a escribir sus memorias. Treinta años antes, como soldado de infantería, había participado en la defensa de la ciudad, y llegó después con el Ejército Rojo hasta Alemania. Pese a contarse entre los vencedores, el horror vivido lo torturó durante décadas:

Mis notas no pretenden ser publicadas. Son simplemente un intento de dejar fluir el pasado. Del mismo modo que en los países occidentales la gente va al psicoanalista, comparten sus preocupaciones con él, sus problemas, sus secretos, intentando ser sanados y hallar consuelo, yo las puse sobre el papel. Quería restregar los rincones oscuros de mi memoria, limpiar de ella […] la inmundicia que estaba asentada allí dentro. Quería liberarme de los recuerdos que me atormentaban **[129]**.

Las memorias de Nikulin fueron publicadas por el Hermitage a fines de la primera década del siglo XXI. El libro tuvo un gran impacto, y conmovió a los lectores por su honestidad y su realista e inigualable descripción de la violencia de guerra. Desde entonces, un escrito que sólo pretendía servir como un alivio del síndrome de estrés postraumático del autor ha conocido varias reediciones.

Pese a todas las tragedias que tuvo que vivir, tras 1945 Nikulin siguió viviendo en su país, tuvo una carrera profesional exitosa y

formó una familia. Algo fuera del alcance de Kovalevski, quien probablemente falleció solo e infeliz en algún lugar de su exilio, sin poder compartir sus fantasmas con casi nadie. Si algo unía a dos rusos tan diferentes era la experiencia de sus sufrimientos bélicos.

El texto que ofrecemos aquí a la atención del público lector, fruto de la colaboración entre dos historiadores de distintas generaciones y procedencias, residentes en dos hemisferios, es el resultado de un minucioso proceso de traducción, corrección idiomática y estilística, anotación crítica y documentación. Se han consultado para ello archivos y bibliotecas de varios países, tanto de la Federación Rusa como de España, Alemania, Estados Unidos y Australia. Nuestro agradecimiento se dirige en primer lugar hacia el personal de esos centros documentales, por su profesionalidad y eficacia. Carmen Jordá tuvo la amabilidad de consultar por nosotros algunos materiales del Archivo General Militar de Segovia, y los colegas Miguel Alonso, Miguel Cabo y José María Faraldo enriquecieron una primera versión de este texto con sus sugerencias críticas. Iñaki Fernández Vicente nos permitió consultar su tesis doctoral antes de ser defendida. La generosa acogida del proyecto inicial de traducción y edición de estas memorias por parte de la editorial Galaxia-Gutenberg, y en especial la amable profesionalidad de María Cifuentes, hizo posible que hoy salga a la luz el testimonio escrito por un veterano soldado ruso en la soledad de su exilio, hace siete décadas, y que durmió en los fondos de una editorial ruso-californiana. Un proceso tan transnacional como lo fue, muy a su pesar, la propia vida de su redactor y protagonista principal de esta historia.

Santiago de Compostela y Camberra, enero de 2019

2

VLADÍMIR I. KOVALEVSKI

LA DIVISIÓN AZUL Y LA CAMPAÑA DE RUSIA

Traducción de Jorge Ferrer; revisión y anotación
de Xosé M. Núñez Seixas y Oleg Beyda

Apártame de los que, jubilosos y parlanchines,
Se regocijan con los brazos hasta los codos de sangre,
Y llévame con quienes están agonizando,
En aras de la sagrada causa del amor.

«Caballero por una hora»,
NIKOLÁI NEKRÁSOV **[130]**

He de declarar, al sentarme a escribir mis recuerdos de la «campaña de Rusia», que me estoy haciendo cargo de una labor que supera mis fuerzas. Veinte años de residencia en el extranjero y la carencia de trato con personas y libros rusos en estos últimos cuatro años en España han provocado que comience a olvidar mi lengua materna. A mis cincuenta años, a menudo me cuesta horrores encontrar las expresiones o las palabras adecuadas para expresar una u otra idea. Los tonos de la lengua rusa, la más rica en matices entre todas las lenguas del mundo, ahora se escurren de mi memoria. De modo que me veo obligado a reconocer con mucha pena que lo mejor, lo más valioso de todo cuanto querré decir quedará atrapado en frases muertas y rígidas.

Pero «si las fuerzas no alcanzan, se elogia la intención»[131]. Y por eso creo que el lector, ya avisado, sabrá abordar estas páginas con condescendencia. Las escribo tanto para quienes se encuentran ahora del otro lado de la línea del frente[132], como para mis compañeros de exilio, desparramados por todo el mundo.

A quienes viven bajo el dominio soviético, me gustaría explicarles cómo pensamos los hombres del pasado, es decir, aquellos que no quisimos aceptar el yugo comunista y marchamos al extranjero, pero que todavía hoy, tras veinte años de exilio, abrigamos un inmenso amor por la patria que dejamos atrás. Los exiliados, por su parte, comprenderán al leer estas páginas cuán pesada me resultó la cruz con que tuve que cargar en este enfrentamiento entre Occidente y la URSS. Verán el cuidado que he puesto en separar lo «soviético» de lo «ruso», y cuán difícil me resultó a menudo defender a mis hermanos de sangre del castigo que le imponía un enemigo implacable. Con el cuerpo enfermo y destruido moralmente, me volví a España sin esperar al desenlace de esa lucha[133]. ¿Por qué lo hice? El lector encontrará la respuesta en esta exposición de escaso interés.

EL AUTOR

PRIMERA PARTE: EL CAMINO

San Sebastián, junio de 1941

Ya a mediados de mes se empezaba a vislumbrar que Alemania vivía las vísperas de una nueva contienda. La guerra contra la URSS. La ideología de ambos estados totalitarios era tan distinta, y sus intereses chocaban tan a menudo, tanto en el pasado remoto (la guerra de 1914) [134] como en los últimos tiempos (los Balcanes, o las protestas de la URSS contra la división de Yugoslavia [135]), que muy pocos se creían la firmeza de una «amistad» que había dado como fruto la división de Polonia [136].

En la misma Polonia los «aliados» [137] comenzaban a concentrar sus tropas. Como suele suceder en estos casos, los periódicos de ambos países negaban la posibilidad de un estallido bélico y apenas reconocían ciertas divergencias en las visiones sobre uno u otro asunto. Pero en la madrugada del 23 de junio el embajador alemán entregó a Moscú una nota que contenía la declaración de guerra [138], mientras que los aviones del Segundo Reich [139] ya bombardeaban los aeródromos soviéticos. Así dio comienzo esta guerra terrible en la que, por ambos bandos, han tomado parte fuerzas armadas de una magnitud que la historia no había conocido jamás.

Es fácil imaginar el estado de ánimo del exilio ruso en los días que precedieron al estallido de la guerra. Estas palabras de Brunetti [140] lo describen perfectamente: «Estaban como los judíos, que cada vez que escuchan caer un rayo o acercarse una tormenta, se asoman a la ventana a ver si es que ha llegado la hora de la aparición del Mesías».

Radiantes esperanzas cubrieron al exilio con sus alas. Se hicieron proyectos. Nadie se cuestionaba la oportunidad de regresar a la patria «con las banderas desplegadas». La hora de la revancha parecía haber llegado y la restauración de la Rusia Nacional estaba a tiro de piedra. Hitler, a quien dos años atrás, cuando se produjo el pacto entre Alemania y la URSS, se le tenía por el Anticristo, era considerado ahora una suerte de héroe nacional.

En cuanto a la propia guerra, la mayoría la concebía como una

empresa sencilla y de corta duración: una suerte de desfile marcial de los ejércitos acorazados alemanes. Era moneda común creer que ya en la próxima Navidad la URSS habría dejado de existir como Estado. Manifestar dudas al respecto entrañaba cierto peligro, porque a uno lo podían adscribir al bando de los partidarios de los Sóviets[141].

Los rusos que nos habíamos establecido en España tuvimos suerte: en cuanto se iniciaron las acciones bélicas en el este se comenzó a hablar de reclutar voluntarios y de crear un cuerpo expedicionario. Con el ardor retórico que es propio de los españoles, los diarios tronaban a favor de que España «desenvainara la espada» y saliera en defensa de la cristiandad y la cultura. Por todo el país tenían lugar nutridas manifestaciones que exigían la participación de España en la campaña contra la Rusia bolchevique[142]. «¡Muerte a Rusia!», «¡Abajo el comunismo!», «¡Llevadnos a Moscú!» se leía en las pancartas que encabezaban aquellas manifestaciones alimentadas con la ira popular. Respondiendo a «la voz del pueblo», el Gobierno abrió la inscripción de voluntarios en fecha tan temprana como el 25 de junio[143]. Así fue como «los rusos blancos» nos vimos de repente ante la oportunidad de volver a enfrentarnos a «los rojos» y, además, de hacerlo en nuestra propia tierra.

No obstante, conseguirlo no resultaba nada fácil y los obstáculos aparecían por doquier. Del sueño de crear un cuerpo independiente ruso, idea acariciada por nuestro líder, N. N. Boltin[144], ni hablar. Tampoco se nos permitió integrar el cuerpo expedicionario español manteniendo el rango militar que habíamos adquirido en el Ejército ruso. A pesar de que el general Franco así lo había dispuesto —«Enviad a estos señores con el rango que tuvieron en el Ejército ruso»—, la embajada alemana se negó en redondo, pues había una orden personal de Hitler en contra de la participación de «los rusos blancos» en la guerra. Y como quiera que fuese, los amos eran los alemanes[145].

Al final, hubo que contentarse con poco: los rusos que al término de la guerra civil española continuaron integrando las filas del Ejército o la Milicia Nacional[146] lo tuvieron fácil, ya que fueron aceptados con el rango intacto. A los demás no les quedaba otra opción que alistarse como soldados rasos. Hay que conocer las

condiciones de vida de un soldado español, su falta de disciplina y, sobre todo, sus prejuicios hacia todo lo extranjero para poder comprender lo difícil que nos resultaba a los rusos decidirnos a marchar a la «Campaña de Rusia» en calidad de soldados rasos del Ejército español. De ahí que el número de rusos que se enrolaron fuese reducido: apenas unas once o doce personas, de las que sólo cuatro eran oficiales [147]. Mi amigo A. V. Bibíkov [148] y yo, ambos sargentos de la Milicia en San Sebastián, tuvimos «suerte», pues nos reconocieron el rango [149].

Las condiciones económicas eran inmejorables [150]: 1000 pesetas para uniforme; una paga mensual como en la Legión, pero un 30 % más elevada; y, lo mejor, que te mantenían el puesto que hubieses ocupado en España y la familia del voluntario podía cobrar su paga mensual, o él mismo cobrar de golpe todo el acumulado cuando volviera del frente. El aluvión de solicitudes fue enorme [151]. La edad de los aspirantes estaba limitada: sólo podían solicitar la admisión quienes tuvieran entre 20 y 28 años y, además, se les exigía ser miembros de Falange [152]. No sé si fue porque el acceso a Falange estaba abierto a todo el mundo sin distinción, o porque se ignorasen las condiciones en el momento de reclutar a los voluntarios, pero lo cierto es que hubo muchos «rojos» que consiguieron infiltrarse en las filas de voluntarios. Ello queda sobradamente acreditado por el elevado número de españoles que se pasaron a las filas de los bolcheviques durante el inicio de las operaciones militares [153].

El propio acto de reclutamiento ya llevaba en sí el germen de las penosas consecuencias que después se verían, puesto que a los postulantes nadie les advertía de las duras penalidades que les esperaban y, sobre todo, de los sangrientos combates en los que se verían obligados a participar. Por el contrario, les llenaban los oídos con desfiles marciales en Berlín y Moscú, con una marcha triunfal a través de Rusia y un pronto regreso a casa.

La confusión era tan grande que se temía «no llegar a tiempo para la toma de Moscú» [154]. De la extraordinaria prisa da testimonio el hecho de que aun antes de haber concluido el reclutamiento el 2 de julio, un día antes, el primero de julio, ya se envió un convoy cargado de voluntarios hacia el lugar de concentración del cuerpo expedicionario [155].

La despedida fue bastante solemne. Marchamos por las calles [de San Sebastián] al son de la música de una orquesta de viento. Bibíkov y yo, como abanderados, abríamos la marcha [156]. Detrás nos seguía la larga columna de voluntarios. Que fuéramos vestidos con ropas variopintas restaba algo a la solemnidad de la procesión. Pero en la oficina de reclutamiento sólo nos dieron a cada voluntario una *boina roja* [157] y una *camisa azul* [158]. El público que nos veía pasar, bastante numeroso, nos saludaba con notable frialdad. Algunos familiares de los voluntarios lloraban, lo que nos hacía reír a muchos de nosotros: ¡si sólo estábamos emprendiendo un paseo breve y agradable!

En la estación de San Sebastián nos esperaban las *autoridades* [159]. Se pronunciaron ardientes discursos, que buscaban encender los ánimos, tanto de quienes marchaban como de quienes se quedaban. Después se cantaron los himnos nacionales (en España tienen tres: la *Marcha real*, el himno de la Falange y el himno de los carlistas), se gritó «*¡España una, grande y libre!*» [160] y se dieron vivas a Franco. Tras repartirnos estampas de la Virgen y amuletos, el convoy se puso en marcha. Yo no viajé ese día porque me tocó ocuparme del segundo convoy, que partía al día siguiente.

Ya el 2 de julio nuestra salida fue muy «sencillita», por decirlo así. Aparte de los representantes de la Milicia y la Falange, nadie más acudió a la estación. Al mando de la tropa de unos cuarenta a cincuenta hombres quedamos nosotros, los dos sargentos. La Milicia de San Sebastián sólo aportó un oficial en calidad de voluntario. Los demás se inscribieron como voluntarios, siendo como eran convencidos falangistas; pero su estado de salud les inhibió de participar en la *Cruzada* [161] contra los bolcheviques.

Al quedar como «líder» provisional de aquel pequeño destacamento y conociendo la laxitud moral de los españoles, tuve serios temores de que surgieran complicaciones o algún tipo de incidentes durante el viaje. Pero por muy a la ligera que se tomaran el futuro, los muchachos se mantuvieron bastante tranquilos: armaban algo de bulla en el vagón, pero sin pasarse demasiado; y como apenas estábamos unos minutos en las estaciones en que parábamos, no les daba tiempo a «montarla».

La única parada larga que hicimos fue a medio camino de Burgos, en la estación de Vitoria. Y allí una madre que buscaba a su

hijo de diecisiete años, huido de casa, lo encontró entre mi tropa. Se produjo una escena absolutamente conmovedora. La mujer tomó al hijo entre sus brazos, mientras él buscaba zafarse, y, temerosa de que se lo arrancaran de nuevo, intentó atraerse la compasión de la gente que había en el andén por medio de gritos y sollozos. «¡Se llevan a mi único hijo, se lo llevan a la Rusia fría y lejana!», gritaba. «¡Allá se me morirá de frío o me lo matarán los bárbaros! ¡No os lo daré! ¡No os lo daré! ¡No os lo daré!», repetía. Pero ya a esas alturas de la escena a nadie se le pasaba por la cabeza quitárselo.

Cuando la gente supo que yo era ruso y a la vez el sargento que mandaba la tropa, los ánimos se volvieron contra nosotros. Hubo gritos amenazadores. Había que salir de allí a toda prisa [162]. Pedí al maquinista que apresurara los trámites y abandonamos con rapidez la estación, dejando atrás a la madre y a su hijo.

Más tarde, en Rusia, tuve ocasión de recordar a aquella madre, cuyos pesados presentimientos vencieron las halagüeñas promesas con que reclutaron a su hijo. Gracias a ello pudo salvarle la vida.

Burgos

Llegamos a Burgos, que fue capital de la España nacional en los tiempos de la guerra civil, a las seis de la tarde. Allí nos encontramos con muchos otros convoyes llegados de otras ciudades del noroeste de España. Las filas de recién llegados avanzaban por toda la ciudad de camino a los cuarteles de infantería. En el patio de uno de esos cuarteles encontré una gran animación: soldados, falangistas y gente vestida de paisano caminaban en todas direcciones, o charlaban en improvisados corros. Por todas partes se podía ver a gente que se saludaba ruidosamente, dándose los abrazos típicamente españoles que consisten en «golpearse mutuamente en los riñones».

Dos o tres oficiales intentaban afanosa e inútilmente encuadrar a los recién llegados. Pero allí todo el mundo parecía hacer cuanto podía para entorpecer una tarea ya de por sí compleja: se apartaban de los lugares donde se les había pedido quedarse, no se daban por enterados cuando el encargado del recuento pronunciaba sus nombres, y con todo ello no hacían más que contribuir al lío

monumental que se había montado. Por lo tanto, uno podía estarse allí largas horas sin que acabaran de asignarle un puesto en alguna de las unidades que se estaban formando.

Me vi bastante desconsolado en aquella situación. Pero la ayuda surgió de donde menos la habría esperado. Un desconocido con una cara inequívocamente rusa y vestido de paisano me abordó cuando más perdido me encontraba en aquel patio de cuartel. «Pável Iványovich Rashevski», se presentó. Era el mismo Rashevski que en su momento, dos o tres años atrás, había dado tanto que hablar. Aunque inicialmente se le consideró un héroe —fue uno de los primeros voluntarios rusos en participar en la guerra civil española —, después acabó en la cárcel, donde pasó cerca de dos años, por circunstancias aún no del todo esclarecidas[163]. Ahora había conseguido salir milagrosamente en libertad y ya se disponía a marchar de nuevo a la guerra. Al conocer mi «desconsuelo», se ocupó inmediatamente de conseguirme un puesto, y diez o quince minutos más tarde ya me habían destinado a uno de los grupos de ametralladoras. Supe por él que tan sólo éramos tres rusos en Burgos, y que él había sido asignado a una batería, mientras que Bibíkov lo fue a una unidad antitanque.

La energía y la despreocupación de Rashevski me fascinaban. Después de dos años de encierro, con su vida familiar destruida y la salud minada, miraba al futuro con alegría, como un niño. No parecía afectado por el hecho de que apenas tuviera rango de *cabo*[164] y que la amenaza de volver a la cárcel pendiera sobre él. «¡Me pasearé por el frente con guantes blancos y empuñando una fusta!», repetía constantemente. No sé si lo decía para mostrar su ignorancia de la jerarquía militar o el desprecio que le inspiraban el enemigo… y los españoles.

Tras presentarme brevemente al comandante en jefe de nuestro grupo de ametralladoras me fui a la ciudad en busca de un lugar donde pasar la noche. Ya se había hecho tarde y los sargentos no teníamos cama en los cuarteles. También debíamos procurarnos el alimento por nuestra cuenta. Y dado que nuestra estancia en Burgos se prolongó doce días, tuve que gastar entre quinientas y seiscientas pesetas. Los primeros días me alojé en una habitación de una casa particular, y comía en establecimientos baratos; pero después me las apañé para hallar hospedaje en régimen de pensión completa,

que me proporcionaba lecho y alimento por trece pesetas al día.

La primera impresión de la compañía no fue mala. Su jefe provisional era un capitán de la Legión medio ciego. Su ayudante, un *teniente*[165], era igualmente un oficial con experiencia en combate que había sido herido cuatro veces durante la guerra civil española[166]. Aunque daba la impresión de ser alguien que no estaba en sus cabales, era en realidad era un hombre magnífico y simpático. De los tres *alféreces*[167] sólo uno, R., era un tipo repugnante: grosero, imbécil, ególatra y dueño de una gran opinión sobre sí mismo. Más tarde resultó ser un cobarde de cuidado, que abandonaba rápidamente la posición para ponerse a cubierto detrás de los carros. La intendencia y el papeleo recaían sobre los hombros del *brigada*[168], un hombre joven pero ya cargado con el peso de una familia. No era mala persona, pero debido a su escasa educación cayó desde el primer día en manos de los «mercaderes», gente hábil y desvergonzada que se preocupaba más de su propio enriquecimiento que del bienestar de la compañía.

Acerca del nuevo oficial al mando de la compañía, el capitán Fernández[169], corrían toda suerte de rumores malsanos, que afirmaban que era un tirano y un jefe quisquilloso. Y, en efecto, a los españoles, tan poco habituados a la disciplina, su llegada les pareció una catástrofe. No obstante, era en mi opinión un magnífico oficial, el mejor de todos los oficiales españoles que conocí en España. Severo consigo mismo, llegaba a la instrucción antes que el resto de los oficiales y en ocasiones aún antes que muchos sargentos. Desde que se puso al mando, llovieron las regañinas a los consentidos y degenerados oficiales de rango inferior, consiguiendo así que reinara el orden en su compañía.

La jornada transcurría de la siguiente manera: a las siete de la mañana la compañía ya debía estar formada. Entre las ocho y las doce recibíamos instrucción militar en un robledo ubicado a poca distancia del cuartel. Tengo que reconocer que, a mis cincuenta años, pasar tantas horas marchando y realizando ejercicios con las armas resultaba bastante duro; pero no podía hacer otra cosa, dado que no estaba previsto que nuestra compañía integrara traductores. Así que tuve que actuar como cualquier otro sargento, con la única diferencia de que mientras los demás integrantes de la tropa tenían entre veintidós y treinta años, yo ya contaba cincuenta.

Después de la comida volvíamos a recibir instrucción entre las tres y las cinco de la tarde, casi siempre teoría. La idea era estudiar el reglamento, pero como el capitán no solía hacer acto de presencia a esas horas, la gente se pasaba el rato andando de un lado a otro por el patio del cuartel a la espera de que llegara la hora de escapar a la ciudad.

La estancia en Burgos se hizo tediosa y monótona. Pasaba los ratos libres en compañía de P[ável]. I. Rashevski, que resultó ser un interlocutor encantador y maravilloso. Sólo se me hacía pesada la necesidad de acompañarle en sus eternas estancias en cafés y bares, porque, por desgracia, hay que reconocer que aquel hombre dulcísimo era un devoto adorador del dios Baco. Hay que decir, no obstante, que se comportaba siempre de manera impecable, aunque por efecto de alguna copa de más le venía el recuerdo de los duros años pasados en prisión y se ponía a inventar planes futuros, en los que aparecía invariablemente «con guantes blancos y empuñando una fusta».

Pero nada dura eternamente. Todos los preparativos para nuestra marcha estaban hechos: se proveyó de ropa a los soldados, los oficiales y los sargentos recibieron nuevos uniformes y el comandante del regimiento, el coronel Pimentel **[170]**, pasó revista a la tropa. No podría afirmarlo con certeza, pero es probable que en el pasado Pimentel fuera un buen oficial en combate; sin embargo, en la actualidad se asemejaba más bien a una vieja gruñona. Nos soltó un encendido discurso, que pronunció a gritos, histéricamente, con los ojos dando vueltas en son de amenaza. Era un Marte moderno con figura de Tartarín **[171]**.

En la mañana del 13 de julio nos pusimos en marcha. Atravesamos las calles de Burgos con paso marcial y, ya en la estación de ferrocarril, nos agasajaron de nuevo con una ristra de discursos. La misma escena se repitió en San Sebastián, aunque con mayor pompa aún. ¡Cuánta vanilocuencia! Creo que la División Azul escuchó más discursos antes de partir a Rusia que hombres la integraban.

He de recordar que el pobre Rashevski no pudo incorporarse a nuestra División. Todavía figuraba en los ficheros de la Policía local, que procedió a detenerlo. Mucho después supe que consiguió finalmente escabullirse de la España que tan poco hospitalaria se

había mostrado con él y, si mis datos son ciertos, logró que los alemanes lo alistasen en el Ejército húngaro. Me parece que tuvo suerte, mírese como se mire…

A Alemania

Las esperanzas de muchos que ya se veían desfilando frente al general [Franco] en Madrid no se cumplieron. Nos llevaban al norte. Pasamos por mi querido San Sebastián, donde tuve ocasión de despedirme de nuevo de mis compañeros de la Milicia. Desde allí nos separaba una hora de viaje de la Francia ocupada por los alemanes.

En Hendaya tuvimos el primer encuentro con los mandos alemanes. Se nos brindó un ligero refrigerio. Los soldados lo tomaron directamente en el andén y los oficiales y los sargentos en los salones de 1.ª y 2.ª clase. Ahí se notó por primera vez la diferencia en el trato que los oficiales alemanes y los españoles dispensan a los oficiales de rangos inferiores. Mientras que a los españoles les parecía de todo punto natural que los sargentos tomaran la comida en el mismo salón junto a los oficiales, a los alemanes no les hacía ni pizca de gracia, aunque no les pareció adecuado pedir que nos desalojaran. Esa tendencia de los alemanes a privar a los sargentos de la autoridad que debían tener ante la tropa acabó por acarrear nefastas consecuencias.

La llegada de un paquete postal que me envió un maestro de Burgos al que había conocido en la calle de pura casualidad fue una agradable sorpresa. Me conmovió profundamente la generosidad de una persona con la que apenas había tenido trato. Como no conocía mi apellido, puso como destinatario: «Para el Sargento mayor, el ruso». Eso sí, fue una lástima que los militares españoles dieran comienzo a su noble misión abriendo un paquete que no estaba dirigido a ellos, y quedándose con la mejor parte de su contenido, del que me dejaron apenas un pequeño bote de judías en conserva de escaso valor. ¿Qué se le iba a hacer? Ya era hora de ir acostumbrándome a la manera en que se distribuirían los alimentos entre la tropa.

Fieles a su naturaleza, los españoles mataban el tedio del viaje

dejándose arrullar por radiantes esperanzas. Ya se veían desfilando por París, y paseando por los concurridos bulevares de la capital francesa llevando del brazo a frívolas francesitas. Pero tales sueños no se iban a cumplir, porque el tren atravesaba como un bólido los campos franceses y, en lugar de amables jóvenes francesas, lo que veíamos eran las miradas torvas que nos dedicaban los habitantes del país, que levantaban el puño a nuestro paso y nos daban irónicas enhorabuenas, que acompañaban de sus vivos deseos de que nos cortaran la garganta[172]. Pero a los españoles aquello les traía sin cuidado: no paraban de divertirse, de meterse con las mujeres que veíamos en las estaciones y de cantar himnos falangistas. En términos generales, su comportamiento era el propio de quienes ya están viajando de vuelta de una guerra que han ganado.

En la noche del segundo día de viaje cruzamos la frontera de Francia con Alemania. En la semipenumbra de un bosque nos sirvieron una cena. Unas hermanas de la Caridad alemanas nos repartieron café, galletas y un ligero refrigerio[173]. Los españoles, que en apenas dos días de viaje ya habían tenido tiempo de echar de menos el trato con mujeres, se pusieron a hacer la corte —a su manera, como es natural— a las adustas chicas alemanas: *guapa*[174], *niña*[175], *rubia*[176], *morena*[177], les decían. Sus galanteos caían en saco roto, pero los tozudos caballeros no se daban por vencidos y se contentaban, a falta de otra cosa, con los gruesos embutidos alemanes y el té dulce.

A la mañana siguiente hicimos una parada en la primera ciudad alemana por la que pasamos para desinfectar la ropa y recibir las vacunas[178]. Vale la pena anotar que no fueron pocos los españoles que consiguieron hurtarle el cuerpo a las vacunas, porque en aquel entonces los alemanes todavía no estaban familiarizados con la figura del *pícaro*[179] español. Como consecuencia de ello, más tarde, ya en el frente de batalla, muchos españoles enfermaron de tifus «a pesar de las vacunas». Como reza el refrán: «Tirar por el atajo no siempre ahorra trabajo»[180].

Lo que sí había cambiado completamente era el paisaje que nos recibía ahora. La gente saludaba a los aliados que acudían a echarle una mano al Ejército alemán. Se advertía claramente la ausencia de hombres en edad militar. Sólo se veían ancianos, niños… y unas

mujeres a cada cual más fea, como si las hubieran elegido con toda intención: mujeronas gruesas y corpulentas, ajenas a cualquier idea de feminidad…

En la estación ferroviaria de Karlsruhe, la antigua capital del Gran Ducado de Baden, nos ofrecieron un banquete. Toda la estación estaba adornada con banderas alemanas y españolas. Las mesas fueron servidas en el andén y un poco más allá, guardada por un muro de gendarmes, se agolpaba la gente agitando banderitas. Hay que decir que la comida era bastante escasa. Por lo visto, la escrupulosidad alemana no se avenía con la idea de derrochar alimentos en aquella situación imprevista…

No obstante, ello no fue óbice para la calidez del encuentro y, en cuanto hubimos acabado de comer, los vecinos de Karlsruhe pudieron pasar al andén a departir con los visitantes. Los jóvenes trabaron amistad inmediatamente. Y aunque cueste creerlo, en aquel pequeño espacio de tiempo (unos veinte minutos, si acaso) y, lo que es aún más notable, sin conocer el idioma, los españoles se las apañaron para hacer amigas, encontrar madrinas y, sobre todo, *novias*[181]. Más sorprendente resulta aún el hecho de que muchas de esas *novias*[182] se tomaron en serio la relación. Más adelante, ya en Rusia, leí numerosas cartas de esas jóvenes que, asumiendo plenamente el rol de *novias*[183], planeaban sus futuras bodas con los morenos chicos españoles… En la mayoría de los casos, y dado que conozco a los españoles, sentía pena por aquellas muchachas[184]. Tenía razón Shakespeare cuando afirmaba que los españoles son traicioneros.

En realidad, no supimos a dónde nos llevaban hasta el último momento. Al principio corrió el rumor de que nos conducían a Polonia, donde nos equiparían y nos darían instrucción militar a la manera alemana. Pero después fueron apareciendo otros posibles destinos. De ahí que nos lleváramos una gran sorpresa cuando arribamos a nuestro destino en la mañana del 17 de julio.

El convoy se detuvo junto a una modesta estación de ferrocarril en medio de un pinar. La niebla cubría el terreno pantanoso. Los oscuros nubarrones parecían colgados sobre las copas de los pinos. Caía una fina llovizna. El ambiente era frío y húmedo.

El campamento de Grafenwöhr, en Baviera

Supimos que habíamos llegado al campamento de Grafenwöhr, situado junto a la ciudad del mismo nombre. Hasta los españoles, alegres por naturaleza, se hundieron en el desaliento. Como se suele decir, estábamos fritos. Nos apeamos del convoy y echamos a andar en formación hacia el campamento, a unos dos kilómetros de distancia de la estación. Honestamente, yo no me esperaba nada bueno y suponía que nos albergarían en unos sucios barracones de madera a juego con el clima y el bosque. De ahí que me llevase una grata sorpresa cuando, en lugar de encontrarme frente a unas chozas, fuimos conducidos a los cuarteles. Aquello no era un mero campamento, según la noción que de ello tenemos los rusos, sino más bien un asentamiento militar. Un largo centenar de edificaciones de dos y tres plantas se alzaban a ambos lados de una ancha carretera. Frente a cada una de las casas había parterres y prados, de manera que allí nada indicaba que uno estuviera en un cuartel capaz de albergar a todo un cuerpo de ejército.

El interior de las edificaciones era un monumento a la sencillez, pero con todas las comodidades. La mayoría de las habitaciones estaban provistas de literas de hierro de dos niveles. Algunas tenían también catres con bastidor de muelles. En previsión de la estación invernal había macizas estufas de hierro fundido por todas partes. El comandante del regimiento fue tan amable que me proporcionó una habitación para mí solo. Era difícil esperar condiciones mejores que aquellas.

En general, y superando con creces mis expectativas, los primeros días de estancia en Alemania me resultaron muy gratos. Los suboficiales del grupo de ametralladoras habían sido escogidos con buen tino. Con pocas excepciones puntuales, los sargentos eran gente educada y buenos camaradas, que me trataban con respeto[185]. Y aunque las marchas cotidianas me resultaban apenas soportables, las horas de descanso me permitían olvidar el tormento matutino. En las noches salíamos a dar una vuelta por el pueblo, donde nos las apañábamos para encontrar algo que comer, a pesar de que no estábamos provistos de cartillas de racionamiento. Después de los duros ejercicios de la instrucción, salía cada tarde con un apetito tremendo, y nos daban de comer

muy parcamente[186]. En aquel momento, todavía creía a los españoles cuando afirmaban que la escasez del rancho era culpa de los alemanes. Sólo más tarde descubriría la técnica española para la distribución de los víveres.

Con todo, el bienestar me duró poco tiempo, y pronto las cosas empeoraron cuando fui trasladado al Estado Mayor del batallón[187]. Tuve entonces que dejar mi habitación y pasar a compartir dormitorio con otros cuatro compañeros de armas, quienes no resultaron ser muy simpáticos que digamos. También los nuevos jefes dejaban mucho que desear: el comandante[188] era un tipo atrabiliario que no paraba de gruñir, y su ayudante, el teniente Izquierdo[189], se distinguía por impartir órdenes que sólo servían para complicar las situaciones que intentaba solucionar. Cuando las cosas iban «de pena», bastaba la intervención del ayudante para que toda esperanza de solución se desvaneciera en el aire. Dos *brigadas*[190] sin personalidad completaban el personal del Estado Mayor.

Por si todo ello fuera poco, de repente llegó la orden de distribuir las tareas entre los sargentos. La orden provocó un buen lío entre estos últimos, porque ya en Burgos, un mes antes, habían mandado a casa a veinte sargentos… por considerarlos inútiles. A mí me nombraron responsable de los efectos personales (es decir, de la impedimenta), aunque todavía hoy no sé exactamente qué se esperaba que hiciera… Sólo quedaba claro que me correspondía cuidar de las bestias de tiro, todas ellas de segunda categoría[191]. Cuando hice notar que lo tendría difícil para realizar el trabajo de intérprete si me mantenía en el Estado Mayor, a una decena de kilómetros de la línea del frente, se me dijo que el cargo de intérprete ni siquiera existía, de acuerdo a las ordenanzas.

Lo absurdo de mi nombramiento se hizo evidente más tarde: todos los efectos personales fueron perdidos o robados; y, ya en Rusia, las bestias de tiro con que contaba el batallón se habían reducido a tres o cuatro jamelgos asignados a la cocina y a la carreta de víveres (en realidad, un trineo); mientras tanto, en mi condición de intérprete, yo tenía que ocuparme de un montón de tareas, cargando con una gran responsabilidad. Pero mi concurso habría debido ser mucho más valioso en los acuartelamientos, o en los interrogatorios a los prisioneros, que acarreando agua.

Como quiera que fuese, el caso es que en Grafenwöhr me pusieron a cargo de las caballerizas del batallón, donde había por entonces unos 35 caballos. Y me hicieron sudar de lo lindo, como suele decirse: cada mañana me tenía que levantar entre las cuatro y las cuatro y media de la mañana, según le diera la gana al caprichoso ayudante, para despertar a los cocheros. Esto era lo más difícil, porque ninguno quería levantarse. Los amenazabas, intentabas hacerles entrar en razón, les suplicabas… pero casi siempre tus esfuerzos resultaban estériles. De las veinte a veinticinco personas que estaban obligadas cada mañana a darles de comer a los caballos, apenas se conseguía reunir a seis o siete cada vez, siempre los mismos, los más responsables. Los demás eran, al decir de los españoles, unos *despistados* **[192]** que sólo aparecían muy de vez en cuando por la caballeriza para preguntar si había nuevas órdenes.

Dos de mis colegas sargentos, adscritos como yo a la caballeriza, aparecían sobre las ocho o las nueve de la mañana, ya bien desayunados, y eso cuando venían. Quejarse de esa situación no tenía sentido alguno, pues una de las características del servicio militar en España radica en el miedo de los jefes a «complicar la situación», si recurren a los castigos. Y no se trata de que los jefes sean bondadosos, no, sino de que les horroriza complicarse la vida al tener que enfrentarse a sus subordinados y, sobre todo, a los protectores de sus subordinados. Y de protector, los españoles siempre tienen a alguien…

Según testimoniaban los propios españoles, no hay ningún otro país en el mundo (con la excepción de los países hispanoamericanos) en el que se cometan tantas faltas que queden impunes como en la propia España. En muchas ocasiones el criminal no pierde la posición social que ocupa, aun después de haber cometido un grave delito, si cuenta con parientes o amigos influyentes. En cambio, aquel que proteste ante lo que se hace mal, o lo señale, se arriesga a sufrir penosas consecuencias. Como es evidente, los cambios de régimen no provocan obligatoriamente que se vuelvan a barajar las cartas. De este modo, no ha de sorprender que quienes son hoy tus amigos influyentes, mañana sean vulgares delincuentes (y acaso también delincuentes políticos)…

Pero volvamos a la vida en el campamento. Mientras más

tiempo pasábamos allí, menos eran los soldados que acudían a ejercer las tareas que tenían encomendadas y, por tanto, mayor el descaro con el que se conducían. Por primera vez en toda mi vida, me vi tan fuera de mí allí que tuve que golpear a un subordinado. Y debo añadir que vino muy bien que lo hiciera, porque coseché muy buenos resultados de esa paliza. En adelante, ese mismo subordinado se convirtió en un eficacísimo ayudante y hasta en amigo mío.

Entretanto, los jefes se conducían de una manera muy original. A los pocos que acudían a las caballerizas «por propia voluntad» o arrastrados por mí les asignaban enseguida, por orden de un *alférez* **[193]** o del ayudante de marras, otros trabajos. De manera que muchas veces yo acababa solo en las caballerizas. Los caballos, sucios, hambrientos y sedientos, sujetos a los carros ofrecían un espectáculo tan lamentable que no me quedaba otra que colgar mi chaqueta de sargento, coger el cepillo y la pala y ponerme a trabajar. En esa soledad me encontró una mañana el general Muñoz Grandes, comandante en jefe de la división. No sé si al general le sorprendió que estuviera solo allí. ¡Parece que no! Lo que sí le causó gran sorpresa fue saber que yo era ruso **[194]**.

Finalmente, llegó el momento de que nos vistieran con los uniformes alemanes y nos entregasen el correspondiente equipamiento. Ahí surgió de nuevo la cuestión del rango, que al no ser resuelta debidamente acarreó penosas consecuencias. La dificultad estribaba en que el paso de *Gefreiter* **[195]** (cabo) al primer rango de oficial ocurre, en el Ejército alemán, de acuerdo a una jerarquía muy pormenorizada, mientras que en el sistema español sólo existen los rangos de *sargento* **[196]** y *brigada* **[197]** (*Feldwebel* **[198]** o alférez de segunda), considerándose el segundo ni siquiera un rango, sino un cargo. Por tanto, al trasladar el rango de los sargentos españoles al sistema de rangos alemán había que tener un gran cuidado.

El abismo que existe entre un oficial y un soldado en el Ejército español es inmenso. La institución de «oficiales *honoríficos*» **[199]** que rige en España es un anacronismo en toda Europa. En ningún otro lugar del mundo he visto un número tan alto de oficiales que carecen de toda formación militar. Un buen tercio de los oficiales del regimiento no saben mandar. Y como no tienen el menor interés

en la vida de los soldados, toda la responsabilidad de mantener la disciplina recae sobre los suboficiales. El orden de una compañía depende de la autoridad que el sargento tenga sobre ella. Los sargentos deben ser amigos de sus subordinados, pero no pueden compartir con ellos ni las tareas ni el tiempo de ocio **[200]**.

En un primer momento, a los sargentos se nos dieron los signos de distinción de los *Feldwebel* **[201]**: hombreras y galones con una estrellita bordada. Pero unos días más tarde, debido a las protestas de los alemanes y a consideraciones de índole económica, nos mandaron quitarnos las estrellitas. Eso nos convirtió en alféreces de segunda, lo que tampoco pareció complacer a los alemanes, que no cejaron en su empeño de reducirnos a la condición de simples suboficiales. Y dado que en el Ejército alemán los suboficiales viven, trabajan y comen junto con los soldados, también a nosotros nos tocó hacerlo. El hecho de que muchos sargentos desoyeran las órdenes y continuasen llevando la estrellita en los galones no sólo no mejoró nuestra situación, sino que la empeoró, dado que todo el mundo los tenía por simples *embusteros* **[202]**. Y la naturaleza de todo español es ser un *embustero*. A partir de ese momento se podía ver a los sargentos guardando fila para el rancho, la distribución de equipamiento e incluso, simplemente, para entrar al cine. Y a cualquiera de ellos que intentara pasar saltándose la cola le perseguían los gritos de «¡*A la cola*!» **[203]**. Como las filas solían degenerar en caóticos alborotos, y sólo los más descarados y hábiles conseguían llegar a la delantera, cualquier sargento que quisiera preservar su dignidad y despreciara las tretas innobles se veía empujado siempre al final de la fila. En suma, todo aquello provocaba que los soldados españoles, ya de suyo poco amigos de la disciplina, se convirtieran, sin freno alguno que los sujetara, en genuinos bandidos.

Mis nuevos camaradas, los otros sargentos del Estado Mayor, despertaban poca simpatía. El sargento Tomillo **[204]**, encargado de las comunicaciones, era un tipo repugnante. En su persona se juntaban la arrogancia más desmedida y el espíritu más miserable. Había en él un ansia permanente de representar un papel, de importunar con sus observaciones y mandar en todo, unida a un desenfreno que no conocía límites. En una ocasión me despertaron unos gritos. ¿Qué estaba sucediendo? Resultó que el sargento

Tomillo había abordado a su amigo el sargento Cortez [205], y estaba intentando… violarlo. Este último no encontró mejor modo de escapar que arrojarse hacia el interruptor de la luz y encenderla. Era un espectáculo digno de ver el de ambos sargentos en ropa interior con uno de ellos intentando salvar su honor en aquella postura tan peculiar. A la mañana siguiente puse en conocimiento del sargento Tomillo que no volvería a tolerarle ningún tipo de comentario relativo al servicio o a la vida privada, además de que me gustaría no tener que presenciar de nuevo escenas como aquella. En cuanto al propio Cortez, reaccionó desapareciendo durante dos días enteros, probablemente por la vergüenza. No obstante, no creyó necesario poner a los jefes en conocimiento de lo ocurrido [206].

Los días seguían pasando. Algunos nos dedicábamos a trabajar, mientras otros se pasaban la jornada sin dar palo al agua. Nuestros hombres, ayudados por los instructores alemanes, debían aprender a utilizar las armas que se les habían entregado. Incluso para los soldados de infantería, la guerra moderna exige la utilización de un número enorme de artilugios técnicos y las apenas dos semanas que nos señalaron para la instrucción resultaban de todo punto insuficientes para el necesario aprendizaje, aun dedicando a ello el mayor esfuerzo [207]. Dada la pereza de los españoles, la tropa marchó al frente de batalla sin ninguna preparación. Los salvó, no obstante, la valentía innata que es también propia de los españoles y su naturaleza de indolentes aventureros. Como dice el proverbio ruso: «Dios cuida de los niños y los borrachos».

La desidia y la falta de disciplina de los españoles traían de cabeza a los instructores alemanes. Al principio intentaron «sacudir» a los españoles: les gritaban, enviaron quejas a los mandos alemanes y españoles…, Más tarde, conscientes de la inutilidad de su esfuerzo, cayeron en un estado de profunda apatía e insensibilidad. «¡Allá ustedes!», debieron pensar.

Los españoles, por su parte, criticaban todo lo alemán, decían que los alemanes se comportaban como máquinas, se ufanaban de la «sana disciplina» española y escurrían el bulto de las sesiones de instrucción cada vez que podían [208]. En una cosa los españoles sí llevaban razón: la ametralladora única alemana (tanto la ligera como la pesada) no valía mucho [209]. Ya en el frente de batalla, se

negaba a funcionar cuando hacía mucho frío. En esos días echábamos mano de las ametralladoras ligeras rusas Degtiarev [210] arrebatadas al enemigo.

El momento de nuestra marcha al frente estaba cada vez más próximo. Ahora el batallón salía casi a diario a hacer largas marchas de instrucción, o bien a realizar prácticas de tiro. En esos días también me sacaban a mí de las caballerizas y marchaba sin «caerme de bruces en el fango», como esperaban algunos. Entretanto, muchos españoles más jóvenes que yo perdían el paso enseguida. Pienso que esto último se debía a que no acababan de habituarse al pesado calzado alemán, y tenían prohibido hacer prácticas militares en sus adoradas *alpargatas* [211].

Poco antes de nuestra partida, mis jefes cayeron en la cuenta de que en mi calidad de sargento a cargo de la impedimenta me correspondía ir a caballo, de manera que acabé sirviendo en la «caballería». Eso sucedió de la siguiente manera: al principio, los caballos de montar asignados a la intendencia, unos diez o doce, estaban muy solicitados. Todos querían ir a caballo, calzar botas de caña alta y llevar espuelas. Pero después resultó que el placer de montar iba aparejado a toda una serie de incomodidades que afectaban, sobre todo, a los malos jinetes. Algunos caballos se ponían muy nerviosos en manos inexpertas. Además, requerían muchos cuidados, había que limpiar los arreos y la silla y los propios jinetes tenían que acudir a clases de montar. Por regla general, los españoles son unos penosos jinetes, y el cuidado de los caballos les es algo completamente ajeno: carecen de la necesaria constancia y amor a los animales [212].

Antes de confiarme el caballo, el ayudante estuvo largo rato preguntándome si sabía montar y conseguiría mantenerme erguido en la silla. ¿Qué podía decirle? Nunca he montado mucho a caballo, ni he recibido instrucción para montar, pero creo que me sostengo con firmeza sobre la silla. Los primeros días el caballo que me asignaron se ponía muy nervioso, daba coces, se encabritaba y hasta pegaba mordiscos, pero con el tiempo nos acostumbramos el uno al otro y le cogí mucho cariño. Más tarde, cuando lo comenzaron a utilizar como animal de tiro, acostumbraba a correr detrás de mí como un perro. Pero si era fácil hacerse con un caballo, mucho más difícil resultaba conseguir botas y espuelas. De hecho, sólo en Rusia

conseguí hacerme con la equipación completa que necesitaba. A los vanidosos españoles, aunque no montaran, les encantaba ir haciendo sonar las espuelas.

Antes de partir al frente, todavía debíamos prestar juramento al *Führer*. El acto fue preparado con la debida marcialidad, y se desarrolló en una plaza ubicada a unos doce o quince kilómetros del campamento. Primero se organizó una suerte de ensayo general, pero las condiciones en que éste transcurrió fueron bastante penosas, porque nos cayó un diluvio encima. Como «pollos mojados» desfilamos ante la tribuna en lo que más que un desfile militar parecía un rebaño huyendo a la carrera. El acto de jura que celebramos al día siguiente transcurrió mucho mejor. En filas de dieciocho hombres marchamos frente a la tribuna guardando una alineación casi perfecta. El regimiento iba encabezado por un coronel español y un comandante alemán [213]. Fue muy curioso que durante la ceremonia religiosa la orquesta, entre otras marchas, tocara la rusa *Porque nuestro Dios lleva su gloria en Sión* [214]. Si se trataba de una mera casualidad, hay que reconocer en ello una ironía del destino…

De camino a Rusia

Finalmente, el día 20 de agosto nuestro «regimiento Pimentel» comenzó a hacer los bártulos para partir con dirección al este [215]. Debido al enorme volumen de la carga cada batallón requirió dos convoyes. El convoy en el que viajaron el Estado Mayor y los regimientos 1.º y 2.º se puso en marcha a las seis de la tarde. Previendo atinadamente que las noches iban a ser frías, me acomodé en el vagón en el que viajaba la caballería. E hice muy bien, pues mientras que los que viajaban en los vagones de pasajeros pasaban frío por las noches y se quejaban de la estrechez, yo viajé la mar de bien tumbado sobre el heno entre ocho caballos y en compañía de tres ordenanzas muy agradables.

Es verdad que a veces, sobre todo cuando el convoy daba alguna sacudida, el ajetreo y el pataleo de los caballos nos sacaban de nuestros dulces sueños. Pero bastaba con unas suaves voces para que los inquietos caballos se calmaran y volviéramos a dormirnos,

arrullados por los bufidos de las bestias y el monótono golpear de las ruedas sobre los raíles. De día, la acogida de la población que nos veía pasar era cada vez más calurosa, algo debido, probablemente, a que sobrevaloraban el papel que habríamos de desempeñar en la guerra. La gente creía que éramos miles y miles de efectivos. En realidad, la División Azul contaba con dieciséis o diecisiete mil hombres, de los que unos diez mil eran aptos para el combate, y el resto era personal adscrito a los estados mayores, la intendencia, el transporte, los hospitales de campaña y los puestos veterinarios **[216]**.

Todos esos efectivos que no formaban parte de la tropa que entraba en combate eran «la crema de la crema» de la división. Debido a sus relaciones con el partido y contando con el apoyo de la jefatura, se inmiscuían en todo, tenían toda suerte de exigencias y, lo peor de todo, comían dos o tres veces más de lo estipulado para cada hombre. Se trataba de un «enemigo interno» en toda regla. En plena desorganización, en los meses de invierno corrían a la retaguardia, mantenían aterrorizada a la población local e inundaban los hospitales de campaña. Uno veía por todas partes a aquellos hijitos de papá, que jamás se habían expuesto al fuego enemigo, pero ya se habían agenciado todas las condecoraciones españolas y alemanas habidas y por haber. Con la llegada de la primavera, todos pugnaron por volver a España **[217]**.

En cuanto a la tropa que sí combatía, estaba integrada por tres regimientos de infantería (Pimentel, Vierna y Esparta) de tres batallones cada uno, un batallón de infantería de reserva y variada artillería: la de los batallones, la de los regimientos, la antiaérea pesada y la antitanque pesada. La división no contaba con un cuerpo de caballería. También había aviación española, pero actuaba con independencia de la División Azul, coordinándose directamente con las unidades alemanas **[218]**.

Finalmente, nos ordenaron bajar en Suwalki. El caos que se armó fue enorme. Fue mucho lo que quedó olvidado en los vagones y mucho también lo que se perdió una vez descargado. Por todas partes, a lo largo de la línea férrea, había fardos con grano, sacos de cebada, cubos de fieltro y diversos arreos. Hice lo que pude por recoger algunas cosas que íbamos a necesitar mucho en nuestro largo viaje, pero no alcancé a hacer gran cosa: ya estaban llamando

a formación. Una larga fila de hombres empezó a desplegarse y, sin demorarse en la ciudad que fue rusa en el pasado, echó a andar. Teníamos por delante treinta o treinta y cinco verstas[219] de marcha hasta la población de Sieni[220], cuyo nombre ruso desconozco.

Por culpa de la falta de hábito de calzar botas, una treintena de hombres acabó subida a los carros y camiones con los pies destrozados[221]. Ya cayendo la noche llegamos a las afueras de la ciudad, donde nos alojamos en una espaciosa casa de cuatro plantas. Allí pasamos dos días y, aunque tenía mucho trabajo con la caballería y no podía dejarme caer mucho por la ciudad, tuve ocasión de conversar con ciudadanos de la URSS por primera vez en veinte años, con gente que había padecido el yugo comunista hasta el último día.

Los refugiados del llamado «segundo exilio»[222], como Solonevich[223], Besedovski[224] o Dmitrievski[225], solían cargar sus testimonios de dramatismo y muchas veces faltaban a la verdad en sus valoraciones extremadamente subjetivas acerca de los líderes que se negaban a reconocer. La familia ruso-polaca con la que entablé relación me sorprendió, primero, por su cohesión, y después, y eso sí que me pasmó de veras, por su optimismo. Como les sucede a las personas que han superado una grave enfermedad, los rusos liberados de la tutela soviética me sorprendieron con su enorme entusiasmo y desmedida energía. Por mucha que fuese la miseria que los rodeaba y largos los días de hambre que no tardarían en llegar, la libertad y la posibilidad de comenzar a trabajar para sí mismos en lugar de hacerlo para la cruel maquinaria comunista los embriagaba. Esas cosas no nos las contaron los Solonevich, los Besedovski ni los Dmitrievski.

Otra cosa que me causó una gran sorpresa fue constatar que los polacos de la ciudad, que acababan de perder su independencia, se mostraban mucho menos hostiles hacia los alemanes que hacia los bolcheviques. Los doce meses gobernados por gente llegada de Moscú bastaron para inculcarles una gran repugnancia por el «paraíso» comunista. La opinión general era que los alemanes eran mejores que los bolcheviques[226]. Y, sin embargo, yo, como ruso, no percibí ningún tipo de hostilidad hacia mi persona. Más bien todo lo contrario. Por todas partes, en la calle y los comercios, la

población hablaba en ruso con agrado, y los más viejos recordaban con añoranza los tiempos del zar, cuando todo el mundo vivía como le venía en gana. La gente se afanaba por serme de alguna utilidad y en media hora me fabricaron entre todos unas tiras con las que sujetar las espuelas que tanta falta me hacían.

Con todo, en las jornadas que pasamos cruzando Polonia rara fue la noche que pudimos pasar a cubierto. Es difícil decir por qué, si por la inclinación de los alemanes a mantener a los españoles lejos de los polacos con quienes compartían una misma fe o por las ganas que tenían nuestros jefes de «jugar a los soldaditos» y montar una Cruzada en toda regla… Sin embargo, fuera el que fuera el propósito, lo cierto es que no se consiguió nada. En cuanto llegábamos al lugar de acampada, la gente abandonaba el campamento y marchaba a la población más cercana, siendo imposible establecer cualquier tipo de control sobre ella. Y si se pernoctaba en las afueras de una población o en la población misma, nadie lo hacía en las calamitosas tiendas de campaña y, los primeros, los jefes[227].

Lo pasé muy mal. El inútil ayudante no estuvo tranquilo hasta conseguir que se me obligara a pasar las noches, sin excusas ni pretextos, en una tienda de campaña instalada cerca de la caballería. Las frías noches de septiembre, cuando las tiendas amanecían cubiertas de escarcha, las pasaba envuelto en una manta raída y temblando de frío. Tampoco es que pudiera dormir mucho, por cierto. Era rara la noche en que los caballos hambrientos no se soltaran y huyeran al campo. Entonces tocaba organizar su persecución y despedirse del sueño. No obstante, a las cuatro o las cinco ya tenía que estar otra vez en pie para dar de beber y comer a los caballos. Después, aún me quedaba un rato para calentarme junto a las hogueras que terminaban de arder antes de que nos pusiéramos en camino. La gente atormentada por el frío —a nuestros sabios jefes se les ocurrió quitarnos las guerreras para que así nos aclimatáramos más rápido a las bajas temperaturas— intentaba calentarse bailando o apurando el paso.

Yo estaba muy interesado en todo lo que veía. Como quiera que fuese, el territorio que pisábamos había sido antiguamente Rusia. Se me olvidaba que me encontraba en Polonia y que los polacos son católicos y no suelen hablar ruso. Para mí aquello era RUSIA y

punto [228]. A veces me encontraba a personas que, sin ser rusas, hablaban y pensaban como si lo fueran. Y ahí nos poníamos a recordar los «buenos viejos tiempos» y nos parecía que tampoco había pasado tanto desde entonces. Los españoles se metían constantemente en las conversaciones que yo mantenía con los lugareños e intentaban, por esa envidia y vanidad que les son innatas, atraer su atención. El medio que utilizaban era subrayar que eran católicos, como los polacos, y no cismáticos como yo… Se sacaban de la camisa los crucifijos y las imágenes de santos y, besándolas con afán, proclamaban su fidelidad a la Iglesia católica romana. ¡Pero de nada les valía! Se equivocaban de lleno, porque con eso no causaban impresión alguna a los polacos [229].

Muy pronto a los españoles les tocó afrontar la hostilidad manifiesta de la población, en cuanto comenzaron los robos y los actos de pillaje en las poblaciones por las que pasaban. Ahí, ¡mi participación no podía ser más ingrata! Trasladar al oficial responsable las quejas de la población era totalmente inútil. Aquél siempre respondía lo mismo: «Eso no lo hicieron los nuestros». Los españoles robaban sobre todo animales domésticos, como ovejas y gallinas. No obstante, en la casa de un terrateniente no se limitaron a eso y rompieron una puerta para llevarse una maleta, un traje, un reloj y dinero. Daba pena ver al viejo *pan* [señor] polaco, en especial después de que los españoles lo acusaran de «bolchevique» por las injurias que vertía sobre el Ejército español [230].

Con la llegada a Lituania la hostilidad se tornó aún más manifiesta. A mí, como ruso, los lituanos me trataban con suma desconfianza y ninguno quería hablarme en lengua rusa. Cruzamos la frontera de Lituania en un par de ocasiones y yo no me aclaraba dónde comenzaba y acababa el país, realmente… En Lituania, por cierto, me tocó presenciar uno de los espectáculos más horribles que he visto en la vida.

Una jornada en la que realizábamos una penosa marcha a través de un bosque, la columna se detuvo de repente: una larga fila de prisioneros soviéticos avanzaba a nuestro encuentro. ¡Si vierais el estado en que venían! Formando hileras de cinco hombres, se sujetaban a tiras de alambre de espino extendida, a todo lo largo de la columna, desde el primer hasta el último hombre. La gente, en la columna, se cogía también con fuerza de las manos. Nadie podía

permitirse quedar rezagado. Y horrorizaba ver a aquellos esqueletos vivos con un indescriptible susto en los ojos avanzando a trompicones. Los que iban en las últimas filas casi corrían para mantener el paso. La terrible porra de goma del soldado que cerraba la marcha (generalmente, un lituano) golpeaba sin cesar el lomo de los rezagados. Y si los porrazos no ayudaban, entonces un certero disparo de fusil libraba de su infortunio al pobre desgraciado. Nadie podía parar siquiera un instante para recobrar el resuello, porque sus inhumanos captores los conducían como si fueran ganado. No se tenía piedad con ellos. Cuando ya los hubimos dejado atrás y seguimos camino nos encontramos los cadáveres de tres rezagados con la cabeza aplastada.

No sé cuántos kilómetros de largo tenía aquella horrenda columna. Pero había miles de personas, eso seguro. Miles de candidatos a una muerte segura. La impresión que causaba aquel espectáculo era tan honda, que se dejaban oír los hondos suspiros de muchos españoles todavía después de haberlos dejado atrás, incapaces de comprender cómo todo aquello podía ser real [231].

Yo comprendí algo enseguida: había que ser muy corto de miras para suponer que, tratando así a los prisioneros, la guerra iba a ser corta… Porque ya en las filas de los rojos sabían lo que les esperaba en caso de rendirse y caer prisioneros.

Nuestros pasos nos conducían a Grodno [232], pero atravesamos la ciudad sin detenernos en ella. Sólo en el centro se apreciaba destrucción. Las callejuelas estrechas y sucias estaban llenas de judíos [233], ahora muy fáciles de distinguir por las estrellas de cinco puntas y color amarillo que llevaban cosidas en la parte derecha del pecho. En general, la situación de las personas de esa raza en las zonas ocupadas por los alemanes era bastante grave. Todos los judíos sin distinción estaban obligados a trabajar desde la mañana a la noche en la reparación de las carreteras. Y aun sin olvidar los crímenes de los hombres de su tribu, daba pena ver a muchachas que todavía ayer vivían como unas señoritas cubiertas ahora de polvo y sirviendo de hazmerreír a cualquier transeúnte [234]. A los judíos se les obligaba a vivir en barrios determinados de cada ciudad, los guetos, o en campos de concentración [235]. Tenían prohibido el trato con los cristianos. Ni sus derechos ni sus propias vidas estaban protegidos por las leyes y

si a alguien se le iba la mano les podían pegar un tiro o adoptar otras medidas represivas contra ellos[236].

La División Azul no se dirigía a su destino siguiendo la ruta más corta, sino que por razones que nos eran desconocidas elegía el camino más largo e intrincado. Al salir de Grodno, por ejemplo, no nos dirigimos directamente a Vilna, sino que nos encaminamos a Lida y Zidomia[237], y a unos quince o diecisiete kilómetros de Grodno levantamos campamento en la linde de Obuchovici. Recuerdo bien ese lugar, porque pasamos tres días acampados allí; y de él guardo uno de los recuerdos más gratos de toda la campaña.

Allí trabé conocimiento con la simpática familia polaca de Osip Obujovich. La mujer había vivido en Moscú de joven y era completamente rusa. Osip y sus tres hijos mayores también hablaban el ruso con fluidez. Todo el tiempo que me dejaban libre mis responsabilidades lo pasaba con esa familia. Cuando me fui, me despidieron como si fuera un miembro más de la familia, proporcionándome toda suerte de víveres para el largo viaje que me esperaba. Yo me preguntaba qué se había hecho de la vieja enemistad entre rusos y polacos, tan manoseada por la prensa extranjera. Toda la política del Estado polaco se ha basado siempre en esa presunta enemistad, una verdad que se tiene por incontrovertible y ya vemos el resultado de esa miopía. Sólo cuando la desgracia se cernió sobre ellos, comprendieron los polacos que la política antirrusa es una política suicida.

Nuestra estancia en esa población se coronó con un acontecimiento muy raro para el Ejército español. A saber, la ejecución pública de un saqueador. Más tarde, nuestro teniente Nikoláii Krivosheia[238], integrante del Estado Mayor del regimiento, me comentó que eso había sido posible gracias a su personal insistencia. Sea como fuere, lo cierto es que la ejecución causó una enorme impresión en la tropa. Después de ella no se conocieron más actos de pillaje durante un tiempo, hasta que después, ya en Rusia, volvieron a aparecer, y en el frente, ayudados por la desidia de la jefatura, adoptaron un carácter totalmente desbocado.

Hasta ese momento, como realizaba el viaje a caballo, no me cansaba demasiado, pero tenía claro que no pasaría mucho tiempo antes de que perdiera ese privilegio. Debido a la escasez de

alimento y al peso de la carga, los caballos de tiro iban cayendo uno tras otro. El carro alemán de cuatro ruedas era un vehículo muy pesado en sí mismo y, cargado como iba hasta los topes con toda suerte de enseres, la pareja de caballos sólo podía llevarlo si la carretera era plana. Pero en cuanto la carretera subía en cuesta o se convertía en un camino vecinal, los caballos comenzaban a sufrir y ni las voces de mando ni los golpes de fusta servían de nada. Los caballos se encabritaban y rompían las riendas, pero el carro no se movía. En esos casos no quedaba otra que cambiar los caballos cansados por otros frescos, pero eso consumía mucho tiempo y paralizaba la marcha. Por añadidura, también la mayoría de los caballos de montar iban quedando inservibles debido a la falta de cuidados y a la manera deficiente en que los ensillaban. Casi todos tenían el lomo quebrado, y muchos jinetes inexpertos temían montarlos y acabar siendo arrojados al suelo.

Yo fui uno de los que conservó su caballo durante más tiempo, pero al final acabé teniendo que cederlo para que sirviera como caballo de tiro. Eso ocurrió cuando nos aproximábamos a Vilna. Por cierto, no entramos en la capital de Lituania, pero algunos miembros de nuestro Estado Mayor que sí lo hicieron contaron después que la ciudad apenas había sido afectada por las bombas, y que en ella había mucha vida, así como diversión en abundancia **[239]**.

Molodechno fue una de las últimas ciudades lituanas por las que pasamos **[240]**. Allí dejamos parte de la carga y los caballos enfermos para que los llevaran en convoyes ferroviarios. Nosotros seguimos a pie. Molodechno se grabó en mi memoria porque allí encontré a un «ucraniano», en realidad un soldado ruso hecho prisionero, a quien se le permitía trabajar en régimen de libertad, gracias a que era originario de Poltava **[241]**. Pero había poco en él de «ucraniano» y se burlaba del proyecto alemán de desmembrar Rusia, mientras aseguraba que la idea de la «independencia» **[242]** que tanto cundió entre la gente en los años de Petliura **[243]** y el *hetman* **[244]**, no merecía atención alguna.

SEGUNDA PARTE: RUSIA

Primeras impresiones

Finalmente, a la una de la tarde del 17 de septiembre de 1941 cruzamos la frontera de la URSS[245]. Un pequeño puente separaba Lituania y el reino de los Sóviets. Al otro lado, en lo alto de una pequeña colina, se alzaban unas pocas chozas cuyas paredes ya estaban cubiertas de carteles con el retrato de Hitler. Nos separaban dos o tres horas de marcha de la población más cercana, Maslovici, en la región de Minsk, donde acampamos para pasar la noche. Los pueblos de Bielorrusia apenas se diferencian de los que se pueden encontrar en Polonia o Lituania. Tan sólo la presencia de las dependencias del *koljós*[246] nos recordaba que nos encontrábamos en el «paraíso soviético». Esas construcciones —cobertizos, cabañales o *kluni*[247], el centro de encuentro comunal— suelen estar ubicadas en las afueras de cada población, y ocupan un área considerable. La vida de los pobladores gira en torno a ellas durante el día, cuando sólo se ven en las chozas niños y ancianos. Toda persona en edad de trabajar ha de servir al «amo soviético».

Ese orden de cosas se mantuvo invariable hasta nuestra llegada, puesto que los alemanes apenas tocaron el sistema de trabajos forzados en el *koljós*, aunque relajaron algo las condiciones. Así continúa siendo aún hoy[248]. En definitiva, la resolución de la cuestión de la tierra fue dejada para el final de la guerra, y sólo se cambió a los presidentes de los *koljós* y se prometió que se mejorarían los jornales y se destinarían terrenos a los trabajadores más diligentes[249]. Por lo que respecta al ganado, tan sólo se repartieron caballos, mientras que el resto fue requisado por necesidades del Ejército. También se puso bajo estricto control la producción de pan, patatas y heno.

Si se exceptúan las dependencias del *koljós*, las poblaciones tienen un aspecto lamentable y la pobreza asoma por doquier. Dentro de las chozas se advierte limpieza y una gran abundancia de iconos[250]. Según los habitantes, en los últimos años cesó la persecución religiosa, y la práctica de la fe es totalmente libre[251].

No se encuentra un solo hombre en edad militar. Se los han

llevado a todos a la guerra. Y aunque cada familia tiene a uno o dos miembros peleando en las filas del Ejército Rojo, tengo la convicción de que nadie desea la victoria de los Sóviets. La sincera alegría por haberse librado del yugo bolchevique está presente en la cara de todo el mundo. Hay una sola idea en boca de todos: «A ver si se acaba pronto esta guerra y podemos volver al trabajo, pero a trabajar para nuestro propio beneficio».

Para comprender las delicias del régimen soviético basta con prestar oídos a lo que cuenta la gente. A cada cabeza de familia se le destinaban cincuenta o sesenta centésimas partes de una *desiatina* [252], una minúscula porción de terreno por la que tenían que pagar un impuesto de entre quinientos y ochocientos rublos al año. Y, no obstante, el uso de la tierra estaba reglamentado: se podían plantar vegetales, pero en modo alguno se permitía sembrar trigo. En caso de saltarse esa prohibición, al campesino se le imponía una fortísima multa. Se les permitía también poseer una vaca, pero sólo una, y había que pagar por ella al Estado lo que costaban 45 kilos de carne de ternera. Los que tenían gallinas, fueran una o varias, tenían que entregar entre 180 y 200 huevos al año al Estado. Y esas no eran, ni mucho menos, las únicas exacciones a las que sometían a los campesinos.

¿Y qué daba el *koljós* al campesino? Heno para la vaca no le aportaba casi nunca. A veces, pero muy de tanto en tanto, el *koljós* le prestaba un caballo para ir a algún lado, o para realizar una tarea. Cada miembro del *koljós* recibía también una ración de pan, pero ésta resultaba insuficiente para la alimentación de la familia. De ahí que se viera obligado a comprar pan en la ciudad, donde también se encontraba otra limitación: sólo se permitía la venta de un kilogramo por persona. Después, si quería comprar suficiente pan para todos los miembros de su familia, tenía que cargar con todos ellos en su viaje a la ciudad.

La jornada de trabajo en el *koljós* se valoraba de forma distinta, de acuerdo a la tarea realizada, el número de horas de trabajo y la temporada. La jornada se pagaba a partir de quince kopeks [253]. En los años de mala cosecha, cuando resultaba imposible cumplir la norma de producción establecida, el campesino no recibía nada del *koljós*.

Nuestro batallón no fue el primero que circuló por la carretera

que pasaba junto a Maslovici. Por lo tanto, todo lo que había allí ya había sido requisado, comprado o simplemente robado. No se veían ovejas, cerdos o pollos por ningún lado. En contra de las severísimas disposiciones alemanas que prohibían obligar a la población local a vender animales de granja en contra de su voluntad, los españoles, que habían ido a Rusia «a comer pan blanco», entendían que requisar cualquier cosa comestible, la mayor parte de las veces sin pagar nada por ello, era su derecho inalienable[254]. Y a pesar de ello, los pobres habitantes del «paraíso soviético» recibían a los recién llegados con entusiasmo, porque venían a liberarlos de los privilegios de que gozaban.

En cuanto al trato que me dispensaron a mí, todo lo que diga es poco. En España pensaba que, al considerárseme un traidor, sería acechado en cada esquina para pegarme un tiro. Y, no obstante, me vi sorprendido por un trato extraordinariamente amistoso y cordial en cada población rusa que pisaba. Si algo se podía conseguir, él único que lo lograba era yo. Tal situación, a fin de cuentas, acabó por colocarme en una posición que me atormentaba, toda vez que los españoles me utilizaban tanto como podían para exprimir de la población cualquier cosa de provecho. ¿Qué podía hacer yo en tales circunstancias? Pues, cuando no podía negarme a cumplir las órdenes de la jefatura, al menos obligaba a pagar el máximo posible por las compras. Mas ¿qué era el dinero para una población hambrienta, cuando nada se podía comprar con él?

Mi primera impresión de las personas que vivían bajo el yugo soviético fue que la erosión de la moral que esperaba encontrar no saltaba a la vista. La falta de matrimonio eclesiástico, o el hecho de que hubiera dejado de ser obligatorio, no habían dado al traste con la familia. El viejo orden que regía la familia en la Rusia prerrevolucionaria no se había visto afectado. El poder del padre y la madre sobre los hijos continuaba siendo fuerte. Y no percibí manifestaciones de insolencia o desobediencia por parte de los más pequeños hacia sus padres. Las relaciones que los jóvenes de ambos sexos mantenían entre sí se habían cargado de espontaneidad, pero no habían caído en el vicio[255].

También se advertían algunas novedades. Los hijos mayores, buena parte de ellos ya graduados de la escuela secundaria, continuaban ayudando a su familia con el trabajo. Y me resultó

extraño ver a una *kursistka* [256] vestida como el resto de chicas del pueblo y trabajando descalza en la huerta. No había guiño alguno a la prédica de Lev Tolstói aquí, no [257]. Y se veía a las claras que a las muchachas no se les caían los anillos por tener que trabajar en el campo: entre los jóvenes de las aldeas no se distinguía entre señores y siervos.

Cada encuentro que mantenía con jóvenes me sumía en un sentimiento de humildad cada vez mayor, y me infundía confianza en el futuro de Rusia. Eran jóvenes sanos en el aspecto físico, sin mayores daños morales, dotados de una sed de conocimiento enorme y con muchas ganas de trabajar. Si una impresión me llevé es la de que los exiliados tenemos que modificar radicalmente nuestras opiniones acerca de las gentes que viven en Rusia bajo el sistema soviético [258]. Puede que el régimen soviético sea más horrible de lo que acostumbramos a creer, pero aun sometidos a sus tormentos, lo cierto es que los rusos, y sobre todo las rusas, han sabido conservar la pureza de su alma. Unos meses después de haber llegado a Rusia adquirí trato con un español de cierta edad que había sido asignado al Estado Mayor de la División Azul. Era un hombre profundamente religioso, que había marchado a Rusia imbuido de la idea de que participaba en una Cruzada contra gentes bárbaras y ateas; sin embargo, se vio sorprendido por la sencillez y la belleza del alma cristiana de los rusos. Me decía que, en su opinión, el pueblo ruso estaba más cercano al ideal de la vida cristiana que cualquier otro pueblo [259].

Tras pasar día y medio acampados junto a la primera población rusa, nuestro batallón siguió camino. Y en ese primer desplazamiento me vinieron de pronto unos dolores de vientre que no me quedó otra que pararme en seco y tumbarme. La cosa no paró ahí y en un momento determinado, recostado en la linde de un bosquecillo, me di cuenta de que no podía abrigar esperanza alguna de continuar viaje. Los regimientos pasaban uno tras otro por mi lado y fui consciente del riesgo de ser abandonado sin más, hasta que un generoso *alférez* [260] mostró compasión por mí: «Parece que hay alguien que se está muriendo aquí», dijo.

Bajo la fina llovizna que comenzaba a caer, me subieron a un carro, donde me sumí en un estado de inconsciencia. No recuerdo cuánto tiempo permanecí allí tumbado y desvanecido, pero cuando

volví en mí el cielo resplandecía con tonos primaverales y la tropa avanzaba con buen paso por una carretera recta y lisa como un suelo de parqué. Era la famosa «carretera de Stalin», la autopista que unía Minsk y Moscú, cuya construcción había terminado poco antes del estallido de la guerra **[261]**. Tengo que ser honesto: era una carretera estupenda. Más tarde, tuve ocasión de ver muchas autopistas en Alemania, pero ninguna se comparaba con ésta. Los alemanes le sacaban mucho partido: decenas de automóviles, tanques y carros blindados pasaban a cada minuto en una u otra dirección, sin sufrir enojosos atascos. Había sitio para todos en aquella autopista, incluso para nosotros, un vivo anacronismo, que avanzábamos en larga fila con nuestros feos y pesados carros tirados por caballos que apenas se tenían en pie **[262]**…

Los jefes se acordaron de mí en la primera parada que hicimos para pernoctar. Dieron con mi paradero entre la tropa y me enviaron a buscar algo para comer. La orden era comprar todo lo que fuera comestible… (El dinero, como es sabido, no valía para nada). No puedo decir que aquellas encomiendas fuesen de mi agrado. Conocedor de la miseria en la que vivía aquella gente, me daba vergüenza ir a comprar por las casas (básicamente, tenían que vender por obligación [ilegible]).

Por ridículos que fueran los precios que se pagaban, a los españoles todo les parecía siempre demasiado caro. Yo pagué diez marcos por un becerro (su precio era de cinco marcos, según la tasación alemana); por diez kilos de patatas pagué tres marcos (1,75 marcos, según la tasación alemana); pero, aun así, los españoles no quedaban contentos con el apaño. De la paga de cada soldado se detraían veinticinco *pfennings* **[263]** cada día para mejorar el rancho mediante adquisiciones sobre el terreno. De esa manera, para un regimiento integrado por

160-200

efectivos, cada día se destinaban entre 40 y 50 marcos para esas compras. Pero en realidad, ni la mitad de la suma que se descontaba a los soldados de nuestro batallón se destinaba a la compra de alimentos. El «excedente» iba a parar directamente a los bolsillos de los encargados de la intendencia del batallón.

Si bien no podía dejar de hacer la vista gorda en el asunto de las compras para el batallón, sí que me negaba en redondo a satisfacer

las peticiones de los señores oficiales para que les adquiriese gallinas, terneritos y cochinillos. Porque tuve que ver muchas veces el dolor de esas familias campesinas cuando se les arrancaban esos últimos animales, el postrer recurso que les quedaba, la única alegría de los niños [264].

Me resultaba tremendamente penoso tener que salir a buscar comida que comprar —en ocasiones tenía que caminar decenas de verstas— al término de larguísimas marchas, cuando los demás se quedaban descansando. Un día tuve que cruzar a nado el río Dviná con los animales que había comprado a cuestas, mientras que un aeroplano enemigo me bañaba de plomo. En otra ocasión me hallé en medio de una disputa entre unos «compradores» españoles y la Policía militar alemana, que tenía todos los visos de acabar a tiro limpio [265].

Y, sin embargo, todo aquello caía en el olvido gracias a los minutos que uno podía pasar en el seno de una familia rusa cualquiera. Corrían los días de otoño, no hacía tanto que los cañones habían tronado allí y los soldados se mataban unos a otros con rabioso encono; y, no obstante, toda aquella buena gente, sin reparar en el infortunio y la miseria, ya miraba al futuro con la vista alegre puesta en la primavera. «En cuanto acabe la guerra, nos pondremos a trabajar», decían. Hay en Rusia una suerte de culto al trabajo… ¡Qué lejos está la nueva Rusia de esos países en los que se mira el trabajo como un castigo de Dios!

Nadie sabía a qué frente nos dirigíamos. Todavía en España, lo mismo que después en Alemania, hacíamos planes. Todo el mundo quería ir a Ucrania. Aunque los españoles sabían muy poco de Rusia, eran conocedores de que el clima en Ucrania es más suave, y que allá podrían comer el *pan blanco* [266] que tanto codiciaban después de la hambruna padecida en España [267]. Pero el camino que emprendimos después de apearnos en Suwalki no prometía nada bueno.

Con todo, la esperanza no se perdió hasta que abandonamos la carretera que llevaba a Moscú y tomamos dirección norte, a Vítebsk. Ahora avanzamos por un estrecho camino entre los árboles. Las noches son frías en el bosque y después de la puesta de sol, el frío y la humedad en las tiendas de campaña son terribles. Es raro que encontremos pueblos, de manera que no hay dónde cobijarse

para entrar en calor. La aviación roja nos visita cada noche y por eso tenemos prohibido encender hogueras en la oscuridad.

Por las mañanas levantamos el campamento muy pronto, porque los cortos días de otoño apenas nos son suficientes para recorrer los 30 o 35 kilómetros que hacemos cada jornada. Los regimientos pierden efectivos día tras día, ya no cuentas ni cien hombres cuando los ves pasar, y los que les quedan van cojeando y tropezando en cada desnivel del terreno. Para gente habituada a andar en «alpargatas» (unas sandalias de lona atadas con cuerdas), el pesado calzado alemán constituye un verdadero tormento. Los vehículos sanitarios recogen a diario a los heridos y los cojos. Y, entretanto, la marcha no cesa…

Por fin estamos a las afueras de Vítebsk. A unos ocho o diez kilómetros de la ciudad montamos el campamento y esperamos a que nos llegue toda la carga para subir a los trenes. En los tres o cuatro días que permanecimos allí tuve ocasión de conocer la vida en la ciudad. El centro de Vítebsk está destruido, pero los barrios de las afueras siguen en pie y rebosantes de vida. Todo el campamento intenta escaparse a la ciudad en busca de diversión. Yo fui unas dos veces. Tenía un interés muy especial, porque, como quiera que fuese, Vítebsk era la primera ciudad rusa que podía ver tras veinte años de ausencia.

Sin embargo, las primeras impresiones no fueron precisamente alentadoras: calles llenas de personas pobremente vestidas, digamos que «rusas», corriendo de un lado a otro en busca de cualquier cosa. Miseria y hambre. Largas filas de gente junto a las numerosas tiendas con los escaparates vacíos, las panaderías con las lunas rotas y los comedores baratos. Hay un gran alboroto en la plaza central de la ciudad, junto al puente. Personas de aspecto siniestro van de un grupo a otro preguntando qué se compra y qué se vende. Todo se puede comprar allí, desde medias de señora que están bastante lejos de ser de estreno, hasta una mujer, casi una niña a sus catorce o quince años, de aspecto cansado y toda pintarrajeada…

Empero, el producto estrella es el vodka. Los soldados alemanes son sus principales proveedores. Pero el suyo es un vodka de alta calidad, y por eso mismo caro. La población de Vítebsk se las apaña mejor con una suerte de aguardiente mezclado con gasolina. Una porquería absoluta. Pero se vende bien, porque los borrachos, que

por lo visto son muy numerosos en la ciudad, necesitan algo con que embriagarse. Entablé conversación con dos o tres hombres entrados en años. Hablan con tono forzado, su comportamiento es artificial, intentan congraciarse conmigo, están levemente ebrios. Me dedican un remedo del saludo fascista: «¡Saludo a un luchador por la liberación de Rusia! Yo también fui oficial del Ejército», me dice uno. Enseguida le brotan las lágrimas por la efusión de sentimientos, y no tarda en formular una petición: «Amigo, ¿no tendrás algo que dejarme para una *kosushka*?»[268].

Como no quería comer en el comedor público, acepté la invitación que me cursó un vecino y fui con él a su casa. A modo de agradecimiento, ya que el hombre se negó en redondo a aceptar dinero, compré bebidas con las que acompañar el condumio. Honestamente, después lamenté tanto el dinero invertido (veinte marcos) como el tiempo desperdiciado. La comida, como tal, no estuvo mal; pero todo el ambiente y el derroche de sentimientos que la siguió fueron repugnantes. Al ágape asistió una viuda de unos cuarenta años, mujer no exenta de atractivos, el «gancho» de la reunión, por decirlo así. Y cuando, después de haber bebido y comido en abundancia, en lugar de los cautivadores cánticos prometidos empezó a dar chillidos como un cerdo, no sabía dónde meterme. Tras las lágrimas ebrias de la viuda y la serie de abominables confesiones que hizo, sentí que no podía aguantar más aquello y consideré llegado el momento de retirarme y dejar a la viuda y al anfitrión terminar a solas las botellas.

Da grima contemplar Vítebsk tras la caída de la noche. A ambos lados de las calles desiertas se alzan las chimeneas solitarias de las casas derruidas. No se ve un alma por ninguna parte, ni tampoco luces que inviten a acercarse. Tampoco los ladridos de los perros rompen el silencio, porque los alemanes los mataron a todos por temor a que los usasen para espiarlos. De tanto en tanto el aire se estremece por la explosión de alguna bomba dejada caer por la aviación enemiga y un resplandor rojizo colorea el cielo: los aviones soviéticos arrojan bombas sobre la División Azul a medida que avanza.

Pero las bombas enemigas no son el único peligro al que se enfrentan los voluntarios españoles. Su camino por Rusia quedó sembrado de cadáveres y aquí, en las afueras de Vítebsk, una súbita

muerte alcanzó a uno de los sargentos más simpáticos de nuestro batallón. Mientras examinaba su pistola ametralladora, apretó el gatillo sin querer. Sonaron varios disparos y el español cayó desplomado sin remedio. Tenía el estómago destrozado por las balas. Y esa no era la primera muerte de ese tipo en nuestro regimiento. Los españoles son tan descuidados en la retaguardia como ansiosos en el frente. Lo mismo le estalla a uno en las manos una de las muchas granadas que los rojos dejaron abandonadas en su retirada, que alguna de nuestras patrullas manda al otro mundo a un compatriota, incrementando así el número de los caídos por España, aunque no precisamente abatidos por el enemigo. Pienso que esa lista ya debe de ser bastante larga y la integran personas caídas por las causas más diversas **[269]**…

Por fin llegó la hora de partir. Nos asignaron un tren de mercancías sin un solo coche de pasajeros. Esta vez el jefe del batallón, el amable anciano De Rivera **[270]**, me ordenó subir con él a su vagón. Por el camino nos entretenía la radio y en las paradas jugaba al ajedrez con el oficial médico, o bien… me peleaba con el ayudante del batallón. El Estado Mayor lo completaba un sacerdote católico vestido con el uniforme de oficial alemán (pienso que debe de tratarse de la primera vez que algo así ocurría en las filas del Ejército alemán **[271]**). A decir verdad, me sentía mucho más a gusto viajando en el vagón con los caballos. Aquí, en presencia de los jefes, tenía que estar siempre tieso y no podía disponer libremente de mi tiempo. Allá era el jefe del vagón y viajaba tumbado dulcemente sobre el mullido heno y, lo más importante, no pasaba frío. Pero qué le iba a hacer: *noblesse oblige*…

Avanzábamos con mucha lentitud, nos pasábamos horas enteras parados en las estaciones para dar paso a otros convoyes. De noche no había circulación de trenes, porque ya entonces los partisanos hacían de las suyas. En la estación de Dno nos cambiaron a otro convoy que rodaba sobre una línea férrea de menor ancho de vía, construida por los alemanes. Ahora viajábamos en vagones más cómodos y nos movíamos más rápido. Ya no era un secreto que nos dirigíamos a la estación de Chúdovo (en la línea de ferrocarril de Nikolaevsk), en cuyas inmediaciones tomaríamos por fin contacto con el frente de guerra.

Nos apeamos. Retrocedimos unos quince kilómetros por una

carretera en dirección a Nóvgorod. Realizamos una parada prevista para dos horas en un pueblo ubicado junto a la carretera, con el fin de descansar y comer algo, pero acabamos quedándonos allí dos días. El segundo batallón de nuestro regimiento ya está ocupando posiciones al otro lado del río. Pero en eso llega una nueva orden: recoger todo, subirlo a unos camiones y movernos en dirección a Nóvgorod, a unos 40 o 45 kilómetros de donde nos encontramos. Y hay que reconocer que fue una suerte que llegase esa orden, porque poco después los rojos arrasaron ese segmento del frente y fueron pocos los defensores de Chúdovo y sus alrededores que consiguieron salir con vida de allí[272].

Nóvgorod y sus alrededores

No puedo creer en la historia del pasado, cuando veo cómo se escribe la historia del presente…

Llegamos bastante rápido a Nóvgorod o, mejor dicho, al lugar donde antes estuvo Nóvgorod. De la antigua ciudad sólo quedaban ruinas. De Vítebsk al menos seguían en pie los barrios más alejados del centro, pero aquí ya no había nada o casi nada. Un buen número de templos de estilo bizantino se alzan entre las ruinas. La mayoría de ellos tiene las cúpulas «recostadas» a un lado, pero hay dos o tres que han permanecido indemnes. También siguen en pie los muros del Kremlin y, por ironías del destino, el monumento en honor del milenio de la fundación de Rusia… Y aun así, en aquella ciudad borrada de la faz de la tierra todavía vivía gente, como pude constatar más adelante.

Pero esta vez no nos detuvimos en la ciudad: teníamos prisa. Acampamos en un juncal a las afueras de la misma. Cuando hubimos bajado toda la carga, el oficial al mando, un comandante, me hizo llamar. Acompañados del capitán Fernández y dos oficiales «de comunicaciones» nos internamos entre unas zarzas. Tras examinar durante un buen rato el mapa, el comandante me ordenó conducirlos a un par de poblaciones que estaban situadas una junto a otra: Bolshóye Lobánovo y Máloye Lobánovo. Tras vagar un buen rato de un lado a otro conseguimos llegar a la primera de ellas. A pesar de su nombre[273], se trataba de una pequeña aldea que

apenas tenía unas pocas cabañas. El síndico [274] nos brindó los cobertizos del *koljós* para alojar a la tropa.

A media versta se encuentra Máloye Lobánovo, adonde ya han llegado los alemanes. Intentar llevar allá a nuestra tropa no tiene ningún sentido. Finalmente, nuestros regimientos empiezan a arribar a Bolshóye Lobánovo. Corro de un lado a otro buscando instalar a los oficiales en las dependencias administrativas. Comienza la eterna lucha por las patatas, un producto sin el que los españoles no soportarían permanecer allí. ¡En verdad! Una vez que el sueño de «una Rusia llena de pan blanco» saltó por los aires, buscaron consuelo en las patatas. Y hay que reconocer que ingerían tal cantidad de ellas que mil kilogramos diarios apenas eran suficientes para alimentar a un batallón. Y esa era sólo la compra a cuenta del Estado, porque cada soldado robaba, compraba o conseguía, a fuerza de pedir, unas patatas más que se cocinaba aparte para sí mismo.

Finalmente, cuando ya está lista *la patata* [275] de los soldados y la leche para los oficiales y algunos otros «privilegiados», me convoca el comandante. Me espera una sorpresa mayúscula: resulta que no hemos acampado donde debíamos hacerlo, y tenemos que avanzar hasta alcanzar otras dos poblaciones, Bolshie Jlevisha y Malie Jlevisha, a unas quince verstas de nuestro emplazamiento. La desafortunada confusión se debió a que el comandante del batallón, que no sabía ruso, leyó equivocadamente los mapas. Y ahora, percatados del error, recurrieron a mí, me pusieron el mapa ante las narices y me ordenaron llevarlos allá.

Se hacía de noche y había comenzado a caer una lluvia muy fina. Avanzar por los caminos embarrados se hacía muy duro. La gente estaba cansada y los carros aún no llegaban. Se precisaba un guía y, siguiendo el consejo de Kipling [276], ya se sabe que es mejor confiarse a alguien muy joven, que sea casi un niño [277]. Antes de ponernos en camino pregunté al niño que seleccioné si de veras se conocía el camino «como la palma de su mano», y si se veía capaz de orientarse en la penumbra de la noche. Para estar aún más seguro, le pregunté sobre algunos detalles del itinerario que seguiríamos. Finalmente, nos pusimos en marcha. Con nosotros llevamos un solo un carro de la aldea cargado de munición.

Teníamos una noche muy dura por delante, sobre todo los

responsables de las ametralladoras, que cargaban con ellas desarmadas en pesadas partes. La oscuridad era impenetrable, sobre todo para mí, que tan mal veo de noche. El penoso estado del camino nos hacía resbalar, tropezar, caer… El viaje se estaba haciendo insoportablemente largo. El ayudante ya ha corrido varias veces hasta la cabeza de la columna, para preguntarme si estoy seguro de que vamos por el camino correcto. Advierto cierta desconfianza hacia mi persona.

Finalmente, cruzamos una línea férrea que, de acuerdo con nuestro guía, se hallaba a medio camino entre el origen y el destino, y nos dimos de bruces con una cerca de alambre. ¿Qué hacer? Ya era tarde para darse la vuelta, de manera que, confiando ciegamente en el guía, echamos abajo la cerca, llenamos de troncos la zanja que había al otro lado y nos vimos de repente, para mayúscula sorpresa de los soldados alemanes, en medio de una posición germana. Más tarde, tanto el comandante como su ayudante me confesarían que en esos instantes creyeron, sobre todo el ayudante, que o yo estaba loco o era un traidor.

Los alemanes nos indicaron cómo volver a la carretera, y la tropa se animó en cuanto pusimos pie en ella. Pero todavía nos quedaba un largo camino hasta alcanzar la primera de las dos Jlevisha. Y llegados a ella supimos que tampoco era allí donde levantaríamos el campamento, porque era el sitio destinado a los miembros del Estado Mayor y a nadie más. Al resto de la tropa la esperaban otros siete u ocho kilómetros de marcha. Cambiamos de guía y continuamos camino. Ya era noche cerrada cuando llegamos a Bolshie Jlevisha, ubicada en la orilla del lago Ilmen. Estuvimos paseándonos largo rato por el pueblo en busca del síndico. Por fin, llamamos a una puerta y una asustada voz de mujer nos informó de que el síndico se había marchado a Nóvgorod. Le exigimos ver al «guardia rural» o a su subalterno (lo que antes se conocía como *desiatski*). Pero la mujer no daba señales de estar dispuesta a cumplir la orden. Hubo que tratarla con enorme firmeza para obligarla a obedecer.

Pero la espera se hace larga, y tanto el comandante como su ayudante se ponen a refunfuñar, echándome en cara mis escasas dotes de mando. Cuando por fin aparece el guardia rural, recorremos con él todo el lugar en busca de locales donde alojar a

la tropa. La tarea es compleja, y lo es más a esas horas de la noche. Lo más difícil es encontrar albergue para los oficiales y los «privilegiados». De estos últimos hay muchos y nada los satisface. Todos esos escribientes, armeros, maestros armeros o, simplemente, personas próximas a los comandantes de batallones o regimientos son una verdadera calamidad. Me viene a la mente el proverbio que reza: «El zar te perdona, pero el criado jamás». No sé en otros ejércitos, pero lo que es en el español, la dependencia de esos «criados» es inmensa [278] …

Cuando ya prácticamente habíamos concluido con el alojamiento de la tropa, un sujeto se nos unió de repente en plena calle, y a partir de ese momento no dejó de acompañarnos en nuestra búsqueda. Llamé la atención del guardia rural sobre su presencia: «¿Quién es este hombre, y qué quiere de nosotros?», inquirí. «Ah, este es el síndico de la aldea», fue su respuesta. Resultaba que el síndico no se había marchado a ningún lado y que, simplemente, cuando llamamos a la puerta de su casa y escuchó voces hablando en ruso afuera, creyó que éramos de los partisanos que operaban en aquella zona, por lo que prefirió esconderse. Un comportamiento comprensible, por otra parte.

¡Cuán trágico es el destino de estas poblaciones que crecen en la orilla del lago Ilmen! Cuando acampan aquí las tropas alemanas sufren toda suerte de exacciones y requisas insaciables. En ausencia de los alemanes, reciben la visita de los partisanos e incluso de destacamentos de las tropas regulares del Ejército Rojo, que vienen del otro lado del lago. El síndico que había mostrado tanta cautela ante nuestra llegada resultó ser después muy eficaz. Trabajando hombro con hombro a lo largo de la semana que permanecimos acampados allí, juntos conseguimos montar un suministro ejemplar de alimentos y combustible a nuestra tropa. El combustible se hizo particularmente necesario dado que por esos días llegaron las primeras heladas del invierno. Y recuerdo muy bien que el 7 de octubre cayeron las primeras nieves, que ya no se fueron hasta el fin del invierno.

Cuando hablo de alimentos hay que entender, sobre todo, que me refiero a las patatas, el único recurso disponible en aquel país empobrecido. Las patatas las pagábamos a tres marcos los cien kilogramos, que era el precio establecido por los alemanes para el

comercio libre. Pero eso, ay, era un robo en toda regla, dado que por un marco no se podía comprar nada en absoluto. Los propios alemanes requisaban las patatas que necesitaban sus soldados, pagando por ellas a 1,75 marcos los cien kilogramos. Exigían además la entrega gratuita de patatas, destinadas a alimentar a los prisioneros de guerra. Esas entregas, sin embargo, eran realizadas por la población de buena gana, y con una celeridad increíble. En media hora o una hora a lo sumo, las campesinas reaparecían cargadas con diez sacos de patatas, y ellas mismas los subían a los carros que se dirigían a los campos de prisioneros. «Nuestros hombres no pueden pasar hambre», se decían unas a otras en susurros y era raro ver siquiera a alguna que no se enjugara una lágrima recordando al hijo o el marido que tenía «allá»: «No importa que lo tengan prisionero, con tal que esté vivo…», pensaban [279].

Pero nuestros españoles nunca tenían bastante. A pesar de que la cocina de cada regimiento cocinaba cada día cien kilogramos de patatas que yo adquiría en el mercado, cada grupo de voluntarios querían cocinarse sus propias patatas adicionales en los alojamientos que ocupaban. Y si no conseguían las patatas mediante canje o de regalo, las robaban sin más. Precisamente en Bolshaia Jlevisha forzaron la puerta de una bodega y robaron seis sacos de patatas destinadas a la siembra. El síndico se puso hecho una fiera y amenazó con quejarse al mando alemán. Yo lo tranquilicé como pude y le prometí que encontraría a los culpables y pagaría por todo lo que habían robado.

Encontrarlos no era difícil, porque yo sabía bien quiénes habían sido, pero castigarlos era algo que no estaba a mi alcance. Todos aquellos desmanes se cometían con el conocimiento, y a veces hasta con el estímulo, de los jefes de *suministro* [280]. Todos esos «señores», en su mayor parte «gente del partido» [281], habían convertido la «campaña rusa» en una empresa muy ventajosa: se enriquecían, se labraban una carrera en el Ejército (¡y qué carrera!), y con tal de satisfacer esa vanidad tan profundamente española, una vanidad que no prescinde de ningún exceso con tal de verse satisfecha, se llenaron el pecho de signos de distinción, empezando por la Cruz de Hierro y acabando con toda suerte de condecoraciones españolas creadas especialmente para la ocasión.

Vaya usted a saber por qué, la jefatura consideraba que pasaríamos una buena temporada allí. Por eso uní mis fuerzas a las del síndico para reparar las estancias donde se albergaba la tropa y el establo, que dejamos prácticamente nuevo. Desgraciadamente, tanto trabajo fue en vano, porque no nos quedamos mucho tiempo más allí.

De Bolshie Jlevisha guardo el recuerdo de las jóvenes mujeres soviéticas. La cabaña donde me alojé pertenecía a dos huérfanas. Es difícil imaginar dos muchachas más modestas, pudorosas y trabajadoras que aquellas. Trabajaban de sol a sol. Ningún trabajo les parecía demasiado pesado, toda vez que las mujeres habían aprendido a hacer de todo en el *koljós*, lo mismo labrar la tierra que segar las mieses. Ambas muchachas se esmeraban en servirme y compartían conmigo hasta el último grano comestible. Debo reconocer avergonzado que nunca rechazaba los víveres que me ofrecían, porque las estúpidas normas que regían en el acuartelamiento establecían que, aunque yo estuviera adscrito al Estado Mayor y me alojara con él, me correspondía recoger mi ración en otra población, que distaba tres kilómetros de allí. De ahí que muchas veces, cuando llovía, prefiriera abstenerme de ir hasta «el quinto pino» en busca de mi condumio.

Había otra joven, la que hacía las veces de responsable del *koljós*, que contrastaba enormemente con mis anfitrionas. Tendría unos dieciocho o diecinueve años, era atractiva, había vivido un tiempo en la ciudad después de terminar los estudios en la escuela secundaria, y consiguió apañárselas muy pronto con la lengua española. A nuestros *chicos* **[282]** les causaba una viva impresión. Y a pesar de que todos ellos eran unos redomados holgazanes, nunca le faltaban voluntarios a la muchacha cuando necesitaba que alguien arrimara el hombro en alguna tarea a su cargo **[283]**.

Por fin, y cuando menos lo esperábamos, recibimos la orden de ponernos en marcha. La orden llegó en un momento en que el batallón se hallaba sumido en el caos, porque el recién llegado *comandante* **[284]** Enrico **[285]** andaba como loco y era difícil establecer cuál de los dos comandantes dirigía en realidad el batallón… Todo andaba patas arriba. La orden de levantar el campamento llegó en plena noche y a nadie se le ocurrió transmitírmela. Me enteré de ella cuando, al amanecer, me cercioré

de que el batallón estaba formando a las afueras de la población. Tirados por penosos jamelgos, los pesados carros alemanes apenas conseguían moverse por las carreteras cubiertas de nieve.

Tuve claro enseguida que con ese transporte no llegaríamos muy lejos. De ahí que me agenciase cuatro trineos con sus respectivos caballos de tiro (los españoles los bautizaron como «troikas»), uno para cada regimiento. Dado que conseguir los trineos me llevó un buen rato, acabé dando alcance a la tropa a varios kilómetros de distancia y sentado como todo un señor en un trineo. Sin ellos nos las habríamos visto muy crudas, porque los transportes alemanes resultaban completamente inadecuados para transitar por las carreteras rusas, especialmente en invierno. Nuestros pobres caballos resbalaban, caían y se quedaban sin fuerzas intentando mover aquellos pesados carros. El desplazamiento no era particularmente largo, pero perdimos casi un día. Al final, cargamos los enseres más importantes en los trineos (las ametralladoras, la munición y los alimentos) y abandonamos los carros.

En una de las poblaciones que atravesamos fuimos testigos del triste espectáculo de un incendio provocado por la negligencia de la tropa. Esa negligencia, y también la frivolidad y el completo desprecio que tenían los españoles por los intereses de la gente, convirtieron a nuestros «conquistadores» en una verdadera úlcera para la población local. Sus acampadas eran temidas como la peste. Y cada vez que ardía un incendio en algún poblado de la retaguardia, los campesinos decían con la resignación propia de quienes viven bajo el régimen soviético: «Ese fuego será obra de los españoles» **[286]** …

Y así fue en este caso. La isba donde vivían hacinadas dos familias estaba a punto de quedar reducida a cenizas. Los cuerpos carbonizados de los caballos despedían un olor a carne chamuscada, mientras una madre, transida de dolor, daba carreras en busca de sus tres hijos pequeños. Dos o tres españoles muy desenvueltos y un oficial con la cara picada de viruelas comentaban entre bromas y chascarrillos la «extraña coincidencia» de que una hoguera encendida en un zaguán pudiera prenderle fuego a un techo de paja. Que fueron precisamente ellos los causantes del dolor infligido a esa pobre gente rusa, que acababa de perderlo todo, era algo que no les pasaba por la cabeza. Eso sí: veían toda suerte de aspectos

cómicos en aquella «aventura».

No me pude aguantar e, ignorando la subordinación, le pegué un buen rapapolvo al oficial haciéndole notar cuán fuera de lugar estaban aquellas bromas, tanto más inadecuadas en su boca cuanto que él había sido el causante del incendio. Lo avergoncé, llamé su atención sobre el estado miserable de aquella pobre gente y le sugerí que intentara aliviar su situación cuanto pudiera. «No se trata sólo de una cuestión de caballerosidad», le dije, «sino de un deber».

El oficial quedó desconcertado en un primer momento, pero después se ruborizó y propuso hacer una colecta entre los numerosos españoles que presenciaban la escena. En un cuarto de hora se alcanzó la suma de 615 marcos. A continuación, el oficial, que seguro que no era un mal tipo, nos llamó al síndico y a mí para conocer nuestra opinión acerca del procedimiento que debía seguir a la hora de repartir el dinero entre las víctimas. En su opinión, que expuso con vehemencia, lo mejor sería dar 500 marcos a la dueña de la choza y 115 a la mujer con los tres niños pequeños que vivía allí de alquiler. Tanto el síndico como yo le sugerimos que dividiera el dinero a la mitad. Pero el español insistía en que prevaleciera la proporción que había propuesto, aunque prometió reunir algo más de dinero. No sé en qué acabó la cosa, porque nuestro batallón tuvo que ponerse en marcha enseguida. Supongo que al final el dinero fue repartido convenientemente…

En las trincheras

Atravesamos la ciudad de Nóvgorod. A ambos lados de la carretera sólo hay ruinas. En la distancia retumba la artillería pesada soviética, cuyos proyectiles nos caen muy cerca. Cruzamos el río Vóljov por un puente de pontones y llegamos a la antigua zona comercial de la ciudad. Allí todo son edificios semidestruidos, huertas y, sobre todo, monasterios y más monasterios… Desde el interior de chozas sin ventanas y techos desvencijados asoman rostros llenos de curiosidad.

En una esquina hay una joven vestida con un traje deportivo de color azul. Sendas trenzas doradas enmarcan su dulce carita

infantil. Sus ojos azules sonríen con ternura. La guerra cae en el olvido de repente, porque esas caras tan afables sólo las tienen las mujeres rusas. Incluso los españoles se animan, a pesar del cansancio. La colman de piropos baratos: «*Guapa, guapa*», «*rubia*»[287]… Pero hay que darse prisa, porque la penumbra de la noche comienza a rodearnos y aún hay que andar un buen trecho.

Llegamos a las afueras de la ciudad, donde se ubica el Jardín Metropolitano. La mitad de los árboles centenarios que acoge han caído por el impacto de los proyectiles o las bombas arrojadas por la aviación, pero todavía se alzan aquí o allá coloridos quioscos, y sobre las alamedas desiertas cuelgan aún las guirnaldas de papel, como greñas sucias. Un viento gélido y penetrante sopla desde el río. Todos pensamos con horror en la noche que nos espera. Terrible. Hasta los más recalcitrantes charlatanes se han quedado mudos.

Salimos al campo y hacemos un alto en un montículo que el viento barre por todos lados. Hace frío y no hay donde sentarse. Comemos de pie. Ingiero la ración que me corresponde de las conservas de carne, pero al acabar siento aún más hambre que la que ya traía. Nada de lo que extrañarse: las pequeñas latas de conservas las dividimos en siete raciones y las latas un poquito más grandes tienen que dar de comer a diez hombres.

La «aristocracia» asignada a la cocina o la armería se zampa con desvergüenza raciones mucho más consistentes a la vista de todos: conservas de pescado, mantequilla, mermelada. Y todo ello abundantemente regado con vodka o coñac. La mayoría de los soldados del regimiento simula ignorar el festín que se están regalando sus privilegiados compañeros de armas, pero los más desvergonzados merodean en torno a los dichosos «señores», con la esperanza de que les arrojen alguna cosa comestible o, mucho mejor aún, les brinden un trago de ese alcohol que calienta tan estupendamente.

Empecé a temer que tendríamos que pasar allí la noche. Con tal de mantenerse en calor, la gente daba pasos sin moverse del sitio, abría los brazos o boxeaba. Mas todo era en vano: la humedad que todo lo impregnaba se te colaba en el cuerpo y una invencible sensación de desesperación se apoderaba del espíritu…

Pero mis temores resultaron infundados. Se dio la orden de

avanzar y todo el mundo se puso en movimiento. Aquellos que habían aprovechado la oportunidad para tumbarse en el suelo se levantaron de un salto, estremecidos de frío. Los «privilegiados» se apresuran a guardar en los morrales toda suerte de viandas, terminada abruptamente la fiesta. Todos están felices. ¿De qué se alegran, exactamente? Pues de marchar a la distante penumbra, más cerca del enemigo. Marchar allá de donde muchos no volverán o lo harán mutilados, helados, con muñones donde hoy les crecen las extremidades. No se ve nada en la oscuridad y los pies se hunden en el barro.

Entramos en una aldea, cuyas calles están atiborradas de carros, cocinas de campaña y piezas de artillería. Hay que prestar mucha atención para evitar perderse en la oscuridad y el caos, y quedar rezagado del avance de tu regimiento. Alimentamos la esperanza de quedarnos aquí a pasar la noche en alguna de estas chozas. ¡Qué va! Nos hacen avanzar más en la oscuridad. Sentimos la cercanía de la línea del frente. Hemos recibido la orden de mantenernos en silencio y abstenernos de fumar. Los proyectiles no paran de estallar ante nosotros, y de vez cuando se escuchan las piezas de artillería tronando a lo lejos.

Un ordenanza que va dando alcance a los regimientos a la carrera pregunta algo entre susurros. Estoy aterido y soñoliento, y apenas presto atención a lo que me rodea. Pero alguien me pega un tremendo empujón por la espalda: «¿Qué hace ahí callado? ¿No ve que le están buscando?». Por lo visto me buscaban para llevarme ante el comandante del batallón. El viejo *comandante* **[288]** estaba algo achispado. Mi presencia lo alivió a todas luces: «¡Al fin han dado con usted! El cabo V., que me sirve de intérprete de alemán, se ha perdido por ahí y no consigo hacerme entender por los alemanes a los que tenemos que sustituir. ¡Sígame!».

Salimos a una encrucijada. El cielo se había aclarado, no sé si iluminado por las bombas enemigas o porque el viento se había llevado las nubes. A la izquierda se dibujan con prístina claridad los blancos troncos de los abedules y a la derecha se advierten unos montículos que resultan cubrir las estancias bajo tierra donde opera el Estado Mayor del batallón. Un estrecho sendero permite avanzar entre los socavones dejados por el impacto de las bombas.

Encogido por el frío, el *Feldwebel* **[289]** alemán está impaciente

por cerrar el traspaso y marchar a descansar con su batallón. Pero ponerse de acuerdo con los españoles no resulta fácil: «se dejaron» la compañía de ametralladoras en la retaguardia, en una de las aldeas que atravesamos. Hubo que mandar a buscarla y, para entretener la espera, los soldados se acomodaron en las zanjas al borde del camino para fumar un pitillo, contraviniendo las normas. Saltaba a la vista que los alemanes no daban crédito a lo que veían y palabras como *Donnerwetter* **[290]** y otras aún más fuertes salían abundantes de sus bocas.

Algo más de media hora más tarde, aparecieron por fin los sofocados operadores de las ametralladoras. Enseguida surgió una nueva complicación: dos de las ametralladoras se habían «adelantado» por su propia cuenta y ya ocupaban posiciones avanzadas. Comenzó la distribución de la tropa por las diferentes posiciones. Una media hora más tarde ya todo el batallón había ocupado sus posiciones, y sólo quedábamos tres hombres allí: el comandante, el oficial alemán y yo mismo. El alemán nos condujo a los refugios bajo tierra en los que estaba instalado el Estado Mayor. El montículo más grande albergaba el puesto de mando del comandante. El alemán y yo esperábamos que éste dictara alguna instrucción respecto a mi destino, pero el jefe se limitó a refunfuñar: «¿Qué demonios hacéis aquí molestando a todo el mundo?».

Finalmente, el alemán tomó la iniciativa por su cuenta. Con sumo tacto en atención a mis canas, me preguntó: «Usted es, a todas luces, el capellán del batallón, ¿no es verdad? ¿Dónde prefiere que le situemos para atender sus obligaciones religiosas?». Puesto en esa tesitura, no me entretuve en negar mi condición de sacerdote. Y dado que ya el comandante no necesitaba de mí, recordé la amabilidad con que me había tratado otro comandante del regimiento de ametralladoras, el capitán Fernández, y pedí a los alemanes que me pusieran a disposición de ese cuerpo en particular. «Pero si están ya en las trincheras y sometidos al fuego de fusiles y ametralladoras del enemigo», me dijo sorprendido el alemán, mientras nos adentrábamos en la oscuridad. Por lo visto, acababa de adquirir un enorme respeto por los capellanes españoles que cumplían con sus obligaciones eclesiásticas en las trincheras de vanguardia…

El capitán Fernández se quedó estupefacto al verme aparecer,

porque una cosa era haberme invitado antes por propia voluntad y otra bien distinta tener que instalarme entre sus propios hombres, siendo yo además un ruso que tenía responsabilidades poco definidas dentro de la tropa. No obstante, no se privó de utilizar mis servicios: «Usted vaya con este alemán por la línea de trincheras —me dijo—, para que le muestre en qué lugares tenemos que apostar a los centinelas, y cuando vuelva ya habré tomado yo las medidas necesarias para su ubicación». Muerto de cansancio como estaba, me vi obligado a abandonar el cómodo refugio del capitán y salir a la intemperie. Recorrí todas las trincheras. El grueso de los alemanes ya se había retirado a la retaguardia, y apenas quedaban unos pocos sargentos para darnos las instrucciones necesarias. De modo que mi llegada al regimiento de ametralladoras no pudo haber sido más oportuna.

Por último, acabado el recorrido por las posiciones de nuestros hombres, volví al refugio del capitán. Allí me encontré a un alférez alemán que parecía un niño. Resultó que precisamente él había estado al mando de la posición ocupada por el 4.º Regimiento hasta nuestra llegada. Una vez más ayudé a que aquellos dos hombres de naciones distintas pudiesen mantener una conversación y me dije que aquel día me había ganado el pan con creces.

Me sentía terriblemente cansado y apenas me tenía en pie. Anhelaba el sueño como se ansía un placer divino. Pero mi tormento todavía no tocaba a su fin. Después de que se marchara el alemán, el capitán me tuvo todavía media hora entretenido con su parloteo: «¿Queda muy lejos su tierra? ¿Cuándo se marchará a casa? Entiendo que usted aquí en su país habrá sido coronel cuando menos, ¿no?»… En un momento dado, me atreví a cortar aquella charla que tanto interesaba al jefe y le pregunté: «¿Dónde me instalará para pasar la noche, capitán? Tendrá que perdonarme, pero es que estoy terriblemente agotado». «¡Ah sí! Me había olvidado de ese asunto», me dijo. Y llamó: «¡*Enlace* [291] ! Llévese al sargento Kovalevski con el brigada y dígale que el sargento se quedará con él… Que tenga una buena noche, sargento. Venga a verme mañana a primera hora y recorreremos las posiciones juntos».

Abandoné el cómodo refugio del capitán y eché a andar detrás del enlace en la oscuridad, chapoteando en el barro. Me hundí en

dos ocasiones en ciertas depresiones del terreno, en una de ellas pisé un cuerpo, me enfangué tremendamente, pero al final conseguí llegar al refugio del brigada, que como era de esperar, no tenía el mismo grado de confort que el del capitán, aunque ofrecía bastantes comodidades. Aquí no había espejos en las paredes, ni el techo estaba cubierto con chapa de madera, pero se contaba con algunas comodidades, como una estufa forrada de azulejos y un filtro para el agua. Viniendo como venía yo de la humedad y del frío, la agradable sensación de bienestar que reinaba en aquella caldeada habitación me levantó el ánimo. Saltaba a la vista que, por mucho que acabaran de instalarse, habían sabido hacerlo con toda suerte de comodidades. El fuerte aroma del café acariciaba el olfato y en la amplia mesa había expuestos toda suerte de víveres: conservas de pescado, mantequilla, mermelada.

A todas luces, mi aparición en compañía del «enlace» no fue bien recibida por los inquilinos del refugio. Y aunque tanto el brigada como su inseparable escribiente me habían mostrado afecto en otras circunstancias y «dado palmas en los riñones» (que es como los amigos españoles se abrazan), ahora, ya ocupando una posición en el frente y en situación harto ventajosa, no estimaron necesario mostrarse excesivamente amables conmigo. La orden de instalarme allí que recibieron del comandante se la tomaron como un insulto personal. ¡Hay que ver lo rápido que se esfumó la gentileza española!

El brigada corrió como un bólido a hablar con los jefes, mientras que el escribiente Echeverría **[292]**, como viejo amigo mío que era, pues coincidimos en el Tercio de Navarra durante la guerra civil española **[293]**, se puso a explicarme por qué no podían tenerme allí con ellos. No perdí el tiempo disputando sus razones, porque sabía que, siendo yo ruso, no me darían la posibilidad de gozar de las comodidades de su privilegiada situación. En efecto, el brigada no se hizo esperar demasiado y volvió acompañado de un cabo de pequeña estatura y aterido hasta los huesos. «Aquí tiene a su compañero de refugio, Kovalevski», le presentó. Y añadió: «El capitán ha convenido conmigo en que usted no se sentiría cómodo con nosotros. Es que aquí hay gente entrando y saliendo todo el tiempo y lo molestarían. Así que se alojará con este cabo armero y el rancho lo compartirá, igualmente, con él. ¡Hasta la vista!».

Mientras me tomaba mi tiempo antes de salir otra vez a la gélida noche, el hábil cabo se las apañó para afanar algunos comestibles de la mesa de «los señores». Y atragantándose con algún sabroso bocado farfullaba no sé qué, mientras que al mismo tiempo también rugía de satisfacción. Sus bramidos me permitieron hacerme a la idea de que su refugio era muy estrecho y estaba anegado, pero que uno podía conciliar el sueño si se envolvía bien en la manta y cubría la cabeza con una tienda de campaña impermeable…

Llegamos ante una suerte de zanja. «¿Llevas una linterna eléctrica?», me preguntó. «No», respondí. «Pues, entonces enciende una cerilla o caerás al agua… Tienes que saltar a la litera». Encendí una cerilla, pero el viento me la apagó. Después de desperdiciar una docena de fósforos, ya había visto lo suficiente como para saltar sobre los tablones que me iban a hacer las veces de cama. El cabo saltó primero y se encaramó a la litera de arriba. Había entrado mucha agua en el refugio y continuaba cayendo por los muros agua de la nieve que se fundía arriba. El agua acumulada alcanzaba las yacijas. Siguiendo el consejo del cabo, me envolví en la manta hasta la cabeza, pero ni así me libré del frío y los temblores me mantuvieron despierto largo rato. Arriba, el propio cabo temblaba de frío y sus sacudidas hacían caer sobre mí una lluvia de fina paja que se colaba por las rendijas entre los tablones. Toda la noche se la pasó refunfuñando y mascando algo, bien porque se había aprovisionado de un buen número de víveres, o porque dominaba la técnica de los rumiantes y era capaz de masticar eternamente la comida ya ingerida…

Examiné nuestra vivienda a la mañana siguiente. Estaba clarísimo que aquel agujero lleno de agua no era apto para servir de alojamiento. Se trataba de un nido de ametralladoras o un emplazamiento para un mortero en un hueco de metro y medio, cubierto con una plancha de metal. Sus muros laterales no estaban revestidos con tablones, como solía ser costumbre en los refugios alemanes, y la entrada no disponía de una puerta. El agua alcanzaba el nivel de los bajos de la litera y no paraba de subir. De hecho, lo primero que hicimos al despertar fue ponernos a achicar agua ayudándonos de una lata de conservas.

Con la llegada de las primeras luces del alba pude orientarme. A la derecha, en dirección a Nóvgorod y el curso principal del río

Vóljov, se encontraba desplazada nuestra 1.ª Compañía, la que mandaba el capitán Leiva [294], célebre por su crueldad. De todos los regimientos del batallón, ellos eran los que más próximos estaban al enemigo, del que los separaba un estrecho afluente del río. Las trincheras allí eran muy profundas y estaban protegidas por una ininterrumpida barrera de defensa hecha de alambre. Nuestra 4.ª Compañía (de ametralladoras) estaba ubicada en medio de la posición, a unos 250 o 300 metros del afluente del río y un pequeño lago. Aproximadamente a esa misma distancia del agua, pero del otro lado, se situaban las trincheras enemigas. Nuestras trincheras no eran muy profundas, pero los arbustos y la maleza seca que las bordeaban nos permitían desplazarnos ligeramente encorvados sin ser advertidos por el enemigo.

En el lado izquierdo, la 2.ª Compañía ocupaba una porción significativa de la línea del frente y en los juncales al otro lado del río se abría una *tête-de-pont* [295] [296], muy próxima al enemigo, que a veces les permitía a los alemanes entregarse a su modo predilecto de hacer la guerra: el combate con granadas de mano [297].

Y por último, ya en la salida y en una cómoda posición, estaba la 1.ª Compañía, mandada por un capitán culto y simpático, que mostraba un gran interés por la lengua rusa [298]. La compañía se mantenía en permanente comunicación con el 213.º Regimiento [299]. Unos quinientos metros por detrás de nuestra compañía se hallaba instalado el Estado Mayor del batallón. Aquí, los refugios excavados en la tierra formaban calles enteras y gozaban de mayores comodidades que las que teníamos en la posición más avanzada. Aunque la distancia que los separaba del enemigo era tan pequeña, estaban allí algo más seguros que nosotros. No obstante, cuando a la jefatura de los rojos le daba por bombardear esas posiciones adelantadas, todos los oficiales del Estado Mayor se repartían por nuestras trincheras en busca de protección. En uno de los refugios se celebraba misa los domingos, pero acudía poca gente debido a la estrechez del espacio.

El comandante de mi compañía, el capitán Fernández, acabó trasladado muy pronto a ese Estado Mayor, porque el comandante Rivera demostró ser incapaz de ejercer el mando [300]. Nuestra compañía quedó entonces a las órdenes de dos alféreces. A uno de

ellos, el *alférez*[301] Boadilla[302], todavía lo recuerdo con enorme respeto: era la encarnación viva de un tipo de héroe español ya desaparecido. A diferencia de la mayoría de sus compatriotas, era un hombre sereno, valiente, modesto y se conducía con extrema sencillez en el trato con sus subordinados. Tuve ocasión de entablar una estrecha relación con él durante nuestro viaje a Rusia, porque en varias ocasiones nos tocó adelantarnos a la tropa para tirar de ella o cerrar la marcha cuidándonos de que nadie se quedase rezagado. También acostumbrábamos a visitar las posiciones en funciones de reconocimiento, algo que hacíamos acompañados de una pareja de soldados. En esas ocasiones íbamos siempre cogidos de la mano, y no porque nos tuviéramos cariño, sino por culpa de mi sordera: no iba uno a estar pegando gritos tan cerca del enemigo, así que intercambiábamos opiniones en susurros. Por desgracia, no permaneció mucho tiempo con nosotros: otros regimientos sufrieron muchas bajas, y el alférez Bo[b]adilla fue enviado a uno de ellos en calidad de refuerzo de los grupos de ametralladoras. Tres días después de llegar a su nuevo destino en el frente, murió en un ataque nocturno a causa de un grave traumatismo sufrido en la cabeza.

El segundo *alférez*[303] de nuestra compañía estaba en las antípodas de Bo[b]adilla. Era un hijo genuino de nuestro tiempo: un hombre miserable, fanfarrón y dotado de una sádica crueldad. Cobarde impenitente, no fue capaz de aguantar más de tres días en la posición y corrió a buscar cobijo en la retaguardia, a Dereviánitsy, donde habíamos dejado nuestros enseres y la cocina. En algún momento, la «merma» que padecíamos provocó que la defensa de un tramo del frente de medio kilómetro descansara exclusivamente sobre mis hombros y los de otro sargento. Para ello contábamos con apenas treinta soldados, de los que un tercio carecía de cualquier tipo de armamento por estar asignados a sendos pelotones de morteros. El reglamento alemán establecía que a los soldados de esa condición no les correspondía llevar fusiles y se les dieran sólo revólveres, pero a los españoles no se los habían entregado. O tal vez en algún momento se los dieron y ellos los «perdieron»… ¡Vaya lío se habría montado si el enemigo se hubiera enterado de lo mal que asegurábamos la defensa del frente! Especialmente de noche, cuando los morteros apenas servían de

nada.

Los días transcurrían entre el tedio y la monotonía. Por la noche dormíamos en grupos de seis o siete personas en los refugios, sin desvestirnos ni descalzarnos. Las bajas no ayudaban a que estuviéramos más cómodos, porque los refugios que quedaban vacíos se desmontaban para utilizar sus puertas, suelos y ventanas como combustible. De los veinticinco o treinta refugios construidos por los alemanes, los españoles ocupaban sólo diez o doce, y el resto se hallaban abandonados e inundados de agua.

Por la mañana, al despertarnos, encendíamos la pequeña estufa. Antes de que el frío se hiciera insoportable, salíamos en busca de patatas por el camino que conducía al Estado Mayor. Con enorme esfuerzo, las arrancábamos de la tierra ayudándonos de picos y palas. Se trataba de una empresa harto peligrosa, porque el enemigo tomaba a los buscadores de patatas por soldados abriendo trincheras y los bombardeaba sin piedad con todo el poder de fuego de su artillería. De manera que a la búsqueda de patatas mandábamos a la gente por turnos y a partir de cierto día nos vimos obligados a interrumpir esas expediciones, porque el frío de 30 y 35 grados bajo cero ponía la tierra dura como una piedra. Era tanto el frío que, aunque lograras sacar una patata del suelo, se te deshacía entre las manos como si fuera polvo.

Esa circunstancia constituía una verdadera desgracia para los españoles, porque la distribución que hacían de las raciones había conducido a una situación de verdadera miseria con la alimentación. Ahora las raciones ya diferían sensiblemente de las que recibían los soldados alemanes, raciones plenamente satisfactorias y un poco más ricas que las que nos correspondían a nosotros. Antes de llegar a las manos del soldado, su ración pasaba por seis instancias españolas distintas: la intendencia, el regimiento, el batallón, la compañía, el pelotón y el departamento. Y cada vez los «repartidores» arañaban algo para sí mismos y sobre todo cogían lo que resultaba más nutritivo: la mantequilla, que repartían dos veces a la semana, no llegaba jamás a las trincheras. El azúcar, del que algo daban al principio, aunque fuera en cantidades microscópicas, también se lo quedaban. De la sustracción de la carne hay poco que decir, porque en la comida caliente que se repartía una vez al día nadaban a veces trocitos de grasa, pero

hablar de trozos de carne habría sido una gran exageración.

Como es natural, yo habría dado crédito a la versión española de que «los alemanes nos están matando de hambre»[304], de no ser porque en numerosas ocasiones pude asomarme a la mesa de nuestros «aristócratas», los maestros armeros que vivían en la retaguardia bien pegados a la cocina de la compañía: pan abundantemente untado de mantequilla, una gran cantidad de azúcar, filetes del tamaño del plato, dulces, conservas, café. Según me dijeron los alemanes y yo mismo comprobé más adelante, la ración de los españoles debía ser incluso mejor que la suya, porque se recibían muchos alimentos desde España, donde se organizaban colectas a esos efectos entre la población, y, además, se retenía cierta cantidad de la paga de los soldados para mejorar la alimentación de la tropa[305]. Lo cierto es que ya a finales de noviembre de 1941 el hambre más atroz se había apoderado de las trincheras y todo el que podía se iba a la retaguardia, donde se estaba más cerca de las fuentes de suministro. Los que quedaban atrás vagaban como almas en pena y difícilmente se levantaban de sus míseros lechos, llenos de pulgas y barro[306]. De noche apenas se podía dormir, porque dado el escaso número de efectivos en las trincheras se acumulaban las tareas y la situación era en verdad alarmante. El enemigo se pasaba la noche lanzando bengalas de diferentes colores y, como los españoles eran incapaces de descifrar los mensajes que esas bengalas transmitían, se entregaban a las conjeturas más disparatadas.

A recomendación mía, colocamos una avanzadilla trescientos metros por delante de las trincheras, cuando antes estaba establecida a tan poca distancia de ellas que no habría resultado de utilidad si se produjese un ataque enemigo. Lo que no pude conseguir jamás fue que se respetase el sistema de «santo y seña» por parte de los centinelas. Los españoles eran incapaces de pronunciar, y ni siquiera de memorizar, los vocablos alemanes, y no se decidían a crear sus propios santo y seña. Esa circunstancia dio lugar a diversos hechos lamentables. Uno de ellos se produjo poco después de que ocupáramos la posición. Los alemanes a los que habíamos sustituido nos avisaron de que unos días más tarde regresaría «desde el otro lado» un agente que actuaba infiltrado. El santo y seña, en alemán, fue notificado a todas las compañías. Pero

pronto se supo de un hombre abatido cuando trataba de cruzar las líneas. Y resultó que se trataba precisamente del infiltrado alemán.

En otra ocasión fueron los españoles las víctimas de su propia negligencia. Una noche acudimos a buscar a nuestros centinelas, que tardaban en volver, y no los encontramos. Resultó que los rojos los habían capturado con facilidad, pues al acercarse y escuchar la pregunta «¿Quién vive?», respondieron con la que solían usar los españoles, que no era otra que «España». Así, el enemigo pudo capturarlos y llevárselos junto a sus fusiles. No ha de sorprender que los soldados soviéticos conocieran el santo y seña, dado que fueron muchos los españoles que se pasaron «al otro lado». Recuerdo en particular el caso de tres españoles de la 3.ª Compañía que huyeron juntos. Los nuestros los dispararon y consiguieron abatir a uno. De los dos que consiguieron entregarse a los rojos había uno que sabía algo de ruso, y más adelante supimos que se lo habían llevado en avión a Moscú [307].

Esos detalles nos los comunicaron tres soldados soviéticos que se pasaron a nuestro lado junto con su sargento unos días más tarde. Enviados en misión de reconocimiento en una barca, vinieron a recalar en nuestra orilla y se entregaron a una posición camuflada de los nuestros. Fui convocado al Estado Mayor para asistir a su interrogatorio. El comandante se animó tanto con aquel acto masivo de rendición y la información obtenida que me propuso cruzar inmediatamente al otro lado acompañado de los desertores para destruir los puestos de vigilancia enemigos. La ausencia de entusiasmo en mi rostro le irritó sobremanera, hasta el punto de que declaró su disposición a participar personalmente en la expedición. Costó mucho bajarle los humos y conseguir que se abstuviera de emprender aventura tan peligrosa.

Unos días más tarde nos llegó otra remesa de desertores: cinco soldados de una vez, cargados con una ametralladora ligera y con un sargento entre ellos. Llegaron al trecho del frente que ocupaba nuestra 2.ª Compañía. El sargento, un tipo culto, artista de profesión y oriundo de Tayikistán, me causó una espléndida impresión. Nos dibujó, por propia iniciativa, un retrato de su capitán que causó gran jolgorio entre nuestros hombres. Como ya era costumbre, me tocó acompañarlos al Estado Mayor de la División, en la retaguardia. Guiado por el propósito de no sacar de

las trincheras a soldados que les sirvieran de escoltas, ordené a los propios prisioneros que llevasen sus armas, de las que previamente había extraído la munición. Pero la aparición en plena retaguardia de un grupo de soldados soviéticos que, además, llevaban una ametralladora, causó un pánico generalizado. Tuve que explicar que permitirles marchar así era una manera de rendir honores a esos soldados soviéticos, que se entregaban voluntariamente y armados.

Esta vez, dado que había tenido que internarme quince kilómetros en la retaguardia, decidí visitar a mis compatriotas alojados a tres kilómetros de Grigórovo y a los que vivían en el bosque, donde se había establecido el Estado Mayor. En Grigórovo estaba el capitán Tringam [308] (sargento en el Ejército español), adscrito a la Compañía veterinaria. Tringam vivía con una familia rusa y gozaba de toda suerte de comodidades. Su día a día se repartía en visitas a la oficina en las horas estipuladas y ocasionales salidas en automóvil, bien en solitario o acompañado de su capitán, en busca de forraje. Pertenecía al rango de los privilegiados en lo que se refería al acceso a alimentos, y vivía magníficamente. De origen escocés, Tringam era un hombre extremadamente ahorrador y, por lo que se veía, no le causaba demasiada impresión la manera en que los españoles trataban a Rusia y a los rusos. Eso complacía a los españoles…

Otro ruso, Totski [309], nunca me resultó simpático. Era un hombre grosero, cínico, materialista hasta los tuétanos y eternamente poseído por los efluvios del vino. De carácter sombrío y con ánimo de buscapleitos, se diferenciaba bastante de Rashevski. Totski ejercía de chófer adscrito al hospital de campaña y parecía satisfecho con ello. Poco le interesaban la política, la patria o el patriotismo. Lo suyo era tener la barriga llena y contar con lo necesario para vivir.

Allí mismo, en Grigórovo, estaban guardadas nuestras pertenencias, uniformes y petates. El maestro herrador del batallón y un armero encabezaban esa colonia bien guardada en el fondo de la retaguardia. Se pegaban la gran vida los dos. El armero estaba como yo en los cincuenta y era un hombre extremadamente religioso a la manera española, es decir, que llevaba su religiosidad al extremo de rezar cada día las plegarias pertinentes. De acuerdo con el ritual católico, su ayudante estaba obligado a secundarlo. Los

rezos se hacían en público, después de encender previamente una vela clavada en un pequeño cráneo que le servía de soporte. Las oraciones farfulladas eran interrumpidas de vez en cuando por observaciones del armero que no guardaban relación alguna con Dios, Nuestro Señor. Yo mismo fui testigo de cómo el armero le pegaba un guantazo a su ayudante, cuando perdía el ritmo de la lectura de las plegarias…

Si recuerdo bien a ese armero es porque fue la primera persona a la que escuché vaticinar la irremediable derrota de los alemanes en Rusia. Nuestro desplazamiento a las posiciones cercanas a Nóvgorod coincidió con las primeras heladas y tormentas de nieve. Y al observar el calamitoso estado de nuestros soldados, el viejo armero se deprimió y maldijo la hora en que se había alistado en la División Azul. Desde entonces no paró de decir a todo el mundo y en términos categóricos que la guerra librada en esas condiciones estaba perdida.

El maestro herrador estaba hecho de otra pasta, y no tenía el menor interés por la política o los vaticinios. Toda la actividad que desplegaba en las horas que le dejaba libre el servicio la dedicaba a la conquista de los corazones de las mujeres del lugar. Como no disfrutaba de un físico envidiable, ni tampoco de juventud, empleaba la totalidad de su cuantioso salario y las abundantes raciones de comida en arrancar caricias al bello sexo. Tanto en Polonia como en Rusia y Alemania no hablaba de otra cosa que no fueran sus conquistas de señoras y jovencitas… Al final, acabó en un hospital de Alemania donde se trataban enfermedades venéreas. Los dos siempre fuimos muy buenos amigos, y ni siquiera el incidente ocurrido con su ayudante fue capaz de estropear nuestras relaciones. Conviene detenernos en el suceso en cuestión, porque muestra muy bien el ambiente moral que imperaba en la División Azul.

En cierta ocasión tuve que desplazarme a la retaguardia, donde estaban la herrería y las oficinas. Cuando me disponía a marchar, me percaté de que faltaba la marmita que utilizaba cuando abandonaba la posición. Alguien me sopló que el herrador de enlace me la había afanado, y que había sido visto sacándola de mi morral. Recuperarla me suponía caminar entre trece y quince kilómetros desde donde me encontraba, pero me puse en camino sin

pensármelo un solo instante. A las dos horas ya estaba en Grigórovo. El herrador se alegró de mi llegada, tan a tiempo para que comiéramos juntos, y ya se frotaba las manos imaginando la charla confidencial que mantendríamos después, sobre todo para hablar de mujeres. Pero le pedí que me concediera unos minutos para arreglar un asunto pendiente. La «prueba material» del delito, mi marmita, estaba sobre la mesa. El herrador de enlace bebía café de ella apaciblemente. A pesar de los largos años de mi carrera militar, nunca tuve ocasión de pelearme con nadie hasta que ingresé en el Ejército español. Sin embargo, en esta ocasión era la única manera de actuar, y pasando por alto la severa prohibición de pegar a los subordinados arreé al tipo un par de guantazos que le hicieron rodar por los suelos. «Puedes presentar una queja al comandante, si te parece», dije a su jefe, el hospitalario maestro herrador, y con la misma abandoné el lugar no sin antes agarrar mi marmita. No sé quién se ocupó de difundirlo, pero el caso es que a los dos días ya todo el batallón comentaba que «a Kovalevski le ha dado por el boxeo».

El robo en todas sus manifestaciones era una verdadera úlcera para la División Azul. Yo bendecía la hora en que guardé mi maleta en una casa particular alemana, en lugar de entregarla en custodia a la intendencia. Del morral que dejé en una ocasión en el almacén me robaron todo lo que tenía algún valor, incluida «la ración intocable» por cuya pérdida nos amenazaban constantemente con los castigos más severos[310]. Mis denuncias de robo, tanto en el propio almacén como en el Estado Mayor, eran ignoradas olímpicamente. Todos me regalaban condescendientes sonrisas, como si estuviera protestando por algo que era de lo más normal…

Mis frecuentes excursiones desde las posiciones hasta el Estado Mayor de la División son las responsables de muchos de los recuerdos que guardo. Uno de ellos fue mi hallazgo de una rica biblioteca en una casa semidestruida de las afueras de Nóvgorod. Me alegré enormemente de encontrar libros de autores rusos después de tantos años, obras de Aksákov[311], Gógol[312] o Saltykov-Shchedrin[313] y muchos libros de historia. Se me pusieron los ojos como platos a la vista de tamaño tesoro. Pero con el hallazgo surgió una pregunta: ¿qué uso dar a aquel tesoro? A las trincheras me podía llevar un libro o dos, pero sólo podía leer, si

acaso, en las horas de luz… Guardarlos carecía de sentido, porque la humedad acabaría pudriéndolos o los españoles podrían dejarlos tirados por ahí, por descuido. De modo que apenas alcancé a leer dos o tres libros de toda aquella biblioteca.

Era consciente de que en muchas casas de Nóvgorod se guardaban magníficas bibliotecas, y sabía que en el palacio que albergaba el Estado Mayor había una biblioteca pública muy valiosa. Daba grima imaginar que todos aquellos valiosos tesoros pudiesen acabar saqueados, hundidos en el barro o dispersos por el viento. Y de la misma manera que me dolía ver las montañas de cadáveres repartidos por los campos de nuestra patria, un sentimiento de idéntico dolor me embargaba al asistir a la destrucción de tantas obras en las que se plasmaba el genio ruso, fueran libros o monumentos históricos. Entonces surgió en mi mente la idea de salvar, antes de que fuese tarde, siquiera una parte de lo que mañana acabaría perdiéndose irremediablemente.

El *teniente* [314] N[ikolái]. Y. Krivosheia, ruso también y un buen hombre, era el intérprete del Estado Mayor del regimiento. Compartí con él mis preocupaciones y le pedí que me echara una mano para obtener la autorización que me permitiera visitar la biblioteca del palacio y otras bibliotecas de Nóvgorod de las que pudiera extraer los libros más valiosos. Después podría encontrar algún local en el que guardar esos libros, a la espera de tiempos más propicios. Desafortunadamente, todas esas gestiones resultaron infructuosas.

También tuve ocasión de entablar relación con otro ruso, oficial del Ejército español: el *teniente* [315] Goncharenko [316], asignado al Estado Mayor de nuestro 263.º Regimiento [317]. Era la única persona de toda la retaguardia con quien podía intercambiar impresiones. En una ocasión me encargaron llevar a un grupo de mujeres al Estado Mayor. Se las acusaba de espionaje, y habían sido detenidas por nuestra gente. Parece que las mujeres estaban sacando patatas y los españoles estimaron sospechoso su comportamiento. Las conduje al Estado Mayor, donde el subteniente Goncharenko cerró enseguida el caso y ordenó ponerlas en libertad, lo que irritó sobremanera a los españoles.

Este compatriota mío sufrió una profunda metamorfosis. En España, era uno de los pocos rusos que se había asimilado

rápidamente a las costumbres locales: iba de copas con los españoles, jugaba con ellos a las cartas, cortejaba a mujeres notables entre las que gozaba, por lo visto, de éxito, y tenía una carrera asegurada, porque le servía de garantía su rango de oficial. Pero fue pisar tierra rusa y todo su «españolismo» se esfumó como por arte de magia: pasó entonces a enredarse en peleas con los españoles con quienes bebía, negándole todo potencial a la cultura española y refutando la infalibilidad de la doctrina católica. También se mofaba abiertamente del aire de gallitos que se gastaban los *caballeros* [318] españoles, contraponiéndolo a la serena valentía de los rusos.

En una ocasión fui testigo de la brecha que se había abierto entre Goncharenko y los oficiales españoles, cuando volví al acuartelamiento con un diario soviético en lengua alemana de los que arrojaban los aeroplanos soviéticos sobre nuestras tropas. El periódico recogía un discurso pronunciado por Stalin en un aniversario de la revolución, que pulsaba muy bien las cuerdas patrióticas del pueblo ruso [319]. La cosa acabó en una agria discusión entre Goncharenko y los demás oficiales. Al marchar, y encontrándonos a solas, alerté a Konstantín Andréyevich del peligro que entrañaba abrir así su corazón en presencia de españoles, gente conocida por ser vengativa y despiadada.

Y en esto, y muy a mi pesar, resulté ser profeta: Konstantín Andréyevich Goncharenko murió en extrañas circunstancias sobre el hielo del lago Ilmen en febrero de 1942 [320], durante una incursión nocturna contra los rojos. La cosa fue tan extraña que el Estado Mayor creó una comisión especial para investigar los hechos, e incluyó en ella al teniente ruso de la Legión Ali Gurski [321], alguien que en modo alguno se iba a ahorrar decir toda la verdad a la jefatura.

Por lo visto, Goncharenko resultó levemente herido y los españoles lo dejaron abandonado sobre el hielo, expuesto a una temperatura de 30 grados bajo cero. No obstante, hay una circunstancia que resulta verdaderamente inexplicable en esta historia. En concreto, que la misma noche y a la misma hora en que murió Goncharenko también fallecía su adorada novia Nina Zhemchúzhnikova, quien trabajaba como médico en uno de los hospitales de campaña instalados a las afueras de Nóvgorod [322].

He ahí un misterio que nunca conseguirá ser desentrañado [323] …

El Cuartel General

Y por los actos del criado se juzgará a su señor.

El tedio de la trinchera, el barro, las pulgas, el hambre constante y las charlas con el comandante del batallón, casi siempre borracho, me motivaron a buscar una salida que mejorara mi situación. Pero nada me irritaba más que la «dispersión» del frente. Las trincheras estaban desiertas porque todo el que podía, de manera legal o ilegal, «se evaporaba». En más de una ocasión me encontré al comandante doblado sobre la lista de efectivos del batallón a su mando, buscando a sus hombres. Pero todos sus esfuerzos eran estériles, con lo que el anciano arrojaba rayos y centellas, profiriendo toda suerte de tacos, incapaz de hacer regresar a sus hombres a las trincheras.

Todo aquel que gozaba de algún tipo de protección en la jefatura o el partido se trasladaba a otro destino «en aras del servicio». Los oficiales no iban muy a la zaga de los soldados, de modo que a pesar de que el batallón no había sufrido muchas bajas en combate, faltaban hombres. Y no iba a ser yo tan tonto como para quedarme allí. Cada mañana, al amanecer, veía a los soldados exhaustos correr entre la niebla hacia la retaguardia. Al principio no entendía nada, hasta que comprendí que la tropa había observado que el enemigo atacaba siempre a primera hora de la mañana y, por lo tanto, huía a esa hora de las trincheras, porque, siendo tan escasos los efectivos, no veían cómo defender la posición. Al rato, regresaban. ¡Curiosa manera de salvar el pellejo y un muy original modo de conducir la guerra!

Gracias a mis visitas al Estado Mayor de la División, yo sabía que la demanda de intérpretes de ruso era muy alta. Los españoles habían comprendido por fin que sin el dominio de la lengua nativa no llegarían a ningún lado. Lo que no se conseguía arrancar a la población local ofreciendo dinero, o por medio de amenazas, se obtenía con facilidad y satisfacción de las dos partes con ayuda de un intérprete. Por ello, los intérpretes eran más necesarios en la retaguardia que en las trincheras, donde sus obligaciones se

reducían a practicar los interrogatorios a los prisioneros o a los desertores, cuyo número era cada vez menor.

Como resultado de mis gestiones, recibí dos ofertas: trasladarme a la Guardia Civil (la gendarmería), o a «Transporte», es decir, a la sección de la División encargada de mover la carga, donde se estaba más tranquilo y mejor surtido. Naturalmente, yo quería ir a Transporte. Pero cuando un breve examen que me hicieron en la jefatura desveló que también me manejaba de manera decente con el idioma alemán, fui trasladado a la Segunda Sección (la contrainteligencia [324]).

Pero la suerte no me iba a sonreír allí. Ali Gurskii ya me había advertido que tendría que hacer la vista gorda ante muchas cosas que, a mí, como ruso, no me iban a gustar, a la vez que tendría que mantenerme alerta, porque la Guardia Civil era la encarnación de la voluntad de la Jefatura Superior y sus acciones no podían ser discutidas ni sometidas a juicio. En el momento de ingresar en ese cuerpo, yo desconocía cuáles eran las funciones exactas de esa «guardia» y qué papel desempeñaría yo en ella. Me llevó un mes comprender ambas cosas.

Antes de ocuparnos de mi servicio dentro de la Guardia Civil, quiero hacer un rápido repaso del Estado Mayor de la División Azul y su día a día. Pasar un rato en ese Estado Mayor, conocer a los hombres que integraban el «cerebrito» del Ejército, entender qué los movía y dónde podía acabar por llevarnos la manera en que conducían la guerra, permitirá comprender el rol que la División Azul acabó desempeñando en Rusia. En resumen, nos permitirá aquilatar la justeza del proverbio ruso que dice que «el pescado apesta desde la cabeza».

Los barracones ocupados por el Estado Mayor se alzaban en un caserío a tres o cuatro kilómetros de la población más cercana, Grigórovo. No creo que este poblado surgiera con la guerra, porque en el mapa topográfico soviético de 1937 ya aparece señalado. Sin embargo, algunos barracones eran a todas luces de nueva construcción y seguramente fueron levantados por los alemanes, porque jamás vi a los españoles construir nada en Rusia. Los españoles sólo destruían…

Habría una docena de barracones. Estaban repartidos en medio del bosque, de manera que resultaban invisibles para la aviación

enemiga. En el tiempo que pasé allí nunca sufrimos ataques de la aviación roja, aunque había ametralladoras antiaéreas por todas partes. Una cerca de alambre de espino separaba al poblado del camino que lo bordeaba. Al otro lado de ese camino se alzaban tres o cuatro casas que servían de albergue a los oficiales de la División. El mando español tomó algunas medidas para desalojar a los habitantes originarios de esas casas antes de la Navidad de 1941. No sé si acabaron haciéndolo, aunque sí recuerdo el enorme pánico que esa amenaza sembró entre los rusos.

En medio de los barracones ocupados por los españoles se alzaba, como una «mancha», por así decirlo, un barracón ocupado por alemanes. Aunque se podía tener la impresión de que los españoles actuaban por su cuenta, lo cierto es que dependían de sus patronos en todo lo que hacían. Los alemanes mandaban sobre ellos hasta en las cosas más nimias, a la vez que los despreciaban tanto por su falta de disciplina como por la manera frívola con que encaraban cualquier asunto [325].

No obstante, la inmensa vanidad de los españoles les permitía ignorar el control que los alemanes ejercían sobre ellos. El general Muñoz Grandes, jefe de la División y «genial» general falangista, era tenido por los soldados españoles por ser la encarnación de la sabiduría y el valor militar. Muñoz Grandes estaba permanentemente rodeado por un sinnúmero de ayudantes o, mejor dicho, de aprovechados, porque en ningún lugar se vio jamás mayor cantidad de parásitos que en el Ejército español y, sobre todo, en la División Azul.

A diferencia de lo que sucede en cualquier Ejército regular, el cuadro de oficiales de la División Azul estaba lleno a rebosar de «*oficiales honoríficos*» [326] y gente del partido. Y aunque los hombres del partido no ostentaran rango militar, era gente tan poderosa como reacia a cualquier idea de disciplina. La «aristocracia» partidista —el *camarada* Girarte [327] y otros muchos camaradas, muchos de ellos mujeres— le daba más miedo al comandante de la División que el propio general Franco… En las filas de la División estos *camaradas* del partido estaban rodeados de una guardia pretoriana que dictaba sus propias leyes y no se sometía a la legislación española. ¡Muy mal lo llevaba el oficial, por elevado que fuera su puesto en la cadena de mando, que no le

cayera en gracia! El general Varela [328], entonces ministro del Ejército y dos veces Caballero de la Orden de San Fernando [329], la más alta condecoración española al valor, padeció no pocos sinsabores debido a sus discrepancias con la línea política del partido.

Aparte de los méritos que acumulaba en el partido, el general Muñoz Grandes distaba de ostentar varias de las características propias de los caudillos: el valor, las dotes de mando y, sobre todo, la preparación militar. Jamás lo vi visitar las posiciones. Y de sus dotes de mando dan fe la completa destrucción y el saqueo indiscriminado del que fueron víctimas tanto las propiedades del Estado como la población local. Nunca mejor ocasión, ¡ay!, para recordar la conocida expresión: «Es fácil hacer un salteador de un soldado, pero nunca se podrá hacer un buen soldado de un salteador».

En cierto modo, al general Muñoz Grandes lo disculpa el hecho de que desde el descubrimiento y la conquista de América, en los «*gloriosos tercios españoles*» [330] se afianzó una concepción muy peculiar de los derechos que tienen los vencedores sobre los bienes de la población de los países conquistados. De ahí que para ellos los derechos de los rusos no fueran más dignos de consideración que los de los indígenas de México o Perú. El principio de que «el fin justifica los medios» servía para explicar de antemano todos los excesos cometidos durante la *Cruzada* [331] en Rusia.

Otra justificación para el pillaje, que en este caso esgrimían los soldados, era la manera en que la jefatura abordaba la cuestión del bienestar y la alimentación de la tropa: la suma asignada para esos fines se gastaba según el capricho de los jefes. Y como el bienestar de la tropa era un asunto del que en la División Azul se ocupaban los hombres del partido, a los soldados hambrientos no les quedaba otra salida que robar.

El general Muñoz Grandes no hacía ostentación alguna de su preparación militar. Se dice que todo el peso de las operaciones recayó sobre los hombros del jefe del Estado Mayor, el coronel [332] [nombre omitido]. El general Muñoz Grandes, un hombre del partido, era profano en materia militar. La táctica utilizada en la guerra civil española, consistente en hacerse fuertes en diversos puntos en las montañas desconectados entre sí, fue sometida a

crítica en *Kampf um Spanien*, libro del autor alemán Werner Beumelburg, un fundamentado trabajo sobre España [333]. Cualquiera habría dicho que esa táctica no era aplicable en las llanuras rusas, pero esa doctrina militar estaba muy enraizada en la mente de la comandancia española y el orgullo y la suficiencia le impedían abstenerse de aplicarla.

El coronel [Martínez] Esparza [334], por ejemplo, a quien tanto los soldados como la población local consideraban un monstruo, no pudo ahorrarse lanzar una operación al otro lado del Vóljov, sobre las poblaciones de Shólojovo, Possad y Sitno. Ese intento de establecer un punto de apoyo a quince o veinte verstas de las posiciones españolas, en medio de un espeso bosque, resultó catastrófico. En esa operación murieron casi todos los hombres del 269.º Regimiento, se perdieron varias piezas de artillería, y los pelotones de ametralladoras de otros regimientos que fueron enviados en misión de auxilio sufrieron enormes pérdidas, tanto en hombres como en armamento. Pero como la vanidad impide a los españoles reconocer una derrota, aquella nefasta operación fue magnificada tanto en la División Azul como sobre todo en España, hasta convertirla en una suerte de gigantesca batalla que habría acabado en una aplastante victoria española. De los héroes de Possad y Shólojovo se hablaría como de los de las Termópilas o Lepanto. Todo aquello recordaba bastante a las hazañas de Tartarín de Tarascón [335]…

El general Muñoz Grandes no pasaba tanto tiempo en su Estado Mayor cerca de Nóvgorod como visitando los estados mayores de sus aliados alemanes. También realizaba frecuentes viajes a Berlín. Proclamando los méritos de su División, Muñoz Grandes se enaltecía a sí mismo, sin olvidarse de incluir a sus camaradas falangistas en las listas de propuestas de condecoraciones. Como quiera que se mire, las cruces de hierro de primera y segunda clase eran condecoraciones harto generosas en el cuello de un general que había mandado una División durante un año entero sin haber conseguido que aquella avanzase ni siquiera un paso… Los mandos de la División merecieron cientos de cruces de hierro. Creo que no hubo un solo oficial que no se ganara una, mientras que el resto de las órdenes fue a lucir en los pechos orgullosamente inflados de cocineros, ordenanzas, sanitarios, chóferes y, simplemente,

falangistas que resultaban simpáticos a sus jefes. Huelga decir que todos los líderes del partido que revoloteaban sin parar por el Estado Mayor y Berlín también fueron condecorados [336].

Y, sin embargo, en la mayoría de los casos, los verdaderos actos de valentía no merecían una condecoración. En un hospital de Alemania encontré a un joven español de unos diecisiete o dieciocho años al que le habían amputado los dedos de las dos manos. Se le habían congelado en el frente cuando huía del cautiverio soviético. El médico y las enfermeras no ocultaban su estupor por el hecho de que aquel joven héroe no hubiese sido condecorado. Hubo muchos casos así.

Desde el punto de vista español, ¿qué sentido tenía dar una condecoración a un joven aldeano? ¿Ante quiénes se iba a pavonear con ella en su remota aldea? Cosa distinta era dar condecoraciones a un miembro del partido, un petimetre de Madrid, un chulo cualquiera e, incluso, a algún degenerado descendiente de los judíos conversos [337]…

La acumulación de esa gran cantidad de gente inútil y de ánimo festivo concedía un sello muy particular al Estado Mayor español. Y dado que los españoles odian el tedio por encima de todas las cosas, a cualquiera que se asomase de pronto por allí le saltaba a la vista el ambiente libertino que se vivía en aquella «instalación militar». En cambio, en el barracón ocupado por los alemanes se vivía un ambiente radicalmente distinto.

En lugar de los rostros serios, adustos y preocupados de los *Hauptmann Major* [338] alemanes, en los pasillos del Estado Mayor español revoloteaban jóvenes capitanes y comandantes acicalados y eternamente sonrientes, que de tanto en tanto se paraban a galantear a jóvenes muy monas que trajinaban entre los militares. Sorprendía la abundancia de aquellas Katias, Natashas y Ólechkas de cabellos dorados y boinas rojas, que parecían haber asimilado a la perfección sus roles un poco de criadas, un poco de odaliscas. Y dado que en España «todas las edades se rinden al amor», todos los jefes de regimiento, e incluso el propio general, tenían sus concubinas [339]. Oficialmente, todas aquellas muchachas figuraban como empleadas de la cocina o del comedor del Estado Mayor. Ignorando las horas estipuladas para los ejercicios militares, con frecuencia se escuchaba música alegre que procedía del comedor

del Estado Mayor: alguna Nina o Katiusha endulzaba los oídos de los «fatigados» oficiales que tan aburridos estaban. Todo aquel mundo femenino generaba un gran número de intrigas y escenas cómicas, pero a veces también había tragedias.

El mismo día de mi traslado al Estado Mayor fui testigo de una escena harto desagradable, cuando una mujer ofendida acudió ante el propio general Muñoz Grandes con una queja contra el teniente Ali G.[urski], quien según ella le habría robado un gramófono portátil. G.[urski], aún somnoliento tras la juerga de la noche anterior, ofreció unas confusas explicaciones. El caso se solucionó a la manera española: la culpable fue puesta de patitas en la calle, y muy poco después apartada del entorno del Estado Mayor.

Los españoles jamás dejaron de ser fieles a un principio: «¿Para qué complicarse la vida y convertirla en una tragedia, cuando es tan divertida y tan llena de placeres?». Desconozco de dónde sacaron a aquellas «bellezas», pero lo cierto es que todas ellas eran tan guapas que parecían haber sido seleccionadas. A veces, aparecían muchachas venidas de otras aldeas asoladas por el hambre y se ofrecían para trabajar y lavar la ropa. Se empezaba «haciendo la colada» y se acababa encontrando algún protector. Fui testigo de cómo un apuesto capitán alemán echaba a patadas a dos de aquellas bellezas que habían aparecido en su barracón, y señalándoles el de los españoles les decía: «Os habéis equivocado de puerta. Id allí, donde os cuidarán y seréis satisfechas…».

Los escribientes, los ordenanzas, los cocineros y toda una pléyade de pequeños parásitos no le iban a la zaga a sus jefes en el arte de «ligar». El éxito de cada uno dependía de sus aptitudes y, sobre todo, de los medios de los que disponía. A tales efectos, los marcos alemanes no servían de ayuda. Tan sólo el pan, desaparecido por completo, era un valor seguro entre la hambrienta población. Mucho de aquello que los rusos consiguieron conservar y les fue decomisado después por los españoles, volvió a sus manos más tarde en pago por las caricias vendidas por aquellas desdichadas mujeres. Conozco el caso de unos soldados que regalaron a una joven una vaca que había sido requisada en la misma población donde ella vivía. En aquel caso pude mediar para que el «regalo» volviera a las manos de su legítimo propietario, porque los generosos caballeros no eran más que peones sin

importancia.

Hubo incursiones amorosas que tuvieron una gran resonancia, porque estuvieron protagonizadas por personalidades muy notables y acabaron en tragedia. El héroe de una de ellas fue el mismísimo coronel Esparza, tristemente célebre por su crueldad. Como todos los españoles, Esparza tenía dos debilidades: la buena mesa y la pasión por las mujeres. La primera de ellas la satisfacía fácilmente, porque tenía asignado un cocinero francés y cargaba con toda una granja avícola en sus carros («*Mon cher ami* —solía decirle el cocinero al intérprete ruso—, consígame un pavo cueste lo que cueste, que el coronel sueña con comerse uno»).

Para saciar su segunda debilidad, Esparza se servía de una joven, casi una niña, que tenía la peculiaridad de ser sordomuda. No sé de dónde la sacó, pero lo cierto es que su defecto físico le resultaba muy conveniente al coronel… Y todo iba de perlas hasta que la pobre desdichada se quedó encinta. No se puede decir que aquello fuese un escándalo, porque para un español Rusia y sus desdichados habitantes no significaban nada. Pero la situación generó toda suerte de burlas y bromas a espaldas del coronel.

Y el coronel [Martínez] Esparza solucionó el problema a la manera típicamente española, como correspondía a un *hijodalgo* **[340]**. Decidió someter a juicio público el «pecado mortal» cometido por aquella «licenciosa mujerzuela». Así, se escenificó un juicio en el que el propio coronel Martínez Esparza actuaba de presidente del tribunal y a la vez de fiscal acusador. Es difícil concebir una mayor humillación a una persona y a la moral. La escena era digna de un Dostoyevski o un Shakespeare: la pobre joven sordomuda frente a un juez implacable que era, a la vez, el principal culpable del «pecado mortal» que se juzgaba. Aquello era la Inquisición trasladada al siglo XX…

Pero la justicia ha de primar siempre y la inmoralidad debe ser castigada. Una confesión honesta de su pecado y el señalamiento del cómplice podían servir para que la culpable viera suavizada su culpa, aunque no ante el tribunal terrenal, sino ante Dios. Y esa confesión tenía que serle arrancada con la ayuda de un intérprete de lengua rusa. Esa dura tarea recayó en el sargento Aleksandr Bíbikov, que se convirtió entonces en la segunda víctima de la humillación, junto a la mujer, porque él sabía que todo aquello era

mentira, una comedia repugnante, y ofrecía mansamente su cuello al verdugo. Pero nadie consigue complacer a un déspota. Los dos primeros intérpretes convocados eran gente precavida y prefirieron escapar de las garras del terrible jefe, aun a sabiendas de que éste podría vengarse de ellos en el futuro acusándolos de espionaje o de contubernio con el enemigo. Pero el temeroso Bíbikov no quiso exponerse a esos peligros…

A la sordomuda no se le pudo arrancar confesión alguna. La pobre mujer no hacía más que llorar cubriendo su bonito rostro con el faldón del delantal. Pero el verdadero culpable no necesitaba confesión alguna y, echando mano a la lógica y su intuición, declaró culpable a su ordenanza. Las protestas de este último de nada sirvieron; fue apartado de la vista de su coronel y enviado con la tropa del regimiento. En cuanto a la «criminal», se dictó sentencia: quedaba desterrada de los predios ocupados por la División Azul. Y con una temperatura de 30 grados bajo cero, sin ropa de abrigo, fue acompañada por una patrulla que se cuidó bien de que ningún lugareño le ofreciera cobijo. Querían que se supiera que con la llegada de los españoles prevalecía «la justicia». Una vez concluido el juicio, el tribunal se disolvió, entre elogios al ingenio del coronel y reparos a la «inmoralidad» del pueblo ruso que tanto se había alejado de Dios [341].

En otro incidente fue la oportuna intervención del intérprete, el sargento Ali Gurski, la que evitó un desenlace fatal. La cosa sucedió así: un capitán del funesto 267.º Regimiento [342] se alojaba en el apartamento de una familia rusa, cuya hija se granjeó el favor de su benévola atención. Seguro de que sus atenciones habrían de constituir un gran honor para la muchacha, nuestro capitán procedió inmediatamente a emprender «la toma de la fortaleza». Pero la joven se negó en redondo a ceder a las atenciones que le prodigaba el oficial español. El rechazo enfureció al capitán, que recurrió a las amenazas y prometió que la acusaría de espionaje si no cedía a sus requiebros.

Y así acabó sucediendo, como acabó firmada la sentencia de muerte por fusilamiento. El comandante de la División se negaba en redondo a creer la versión del teniente Gurski, según la cual todo aquello no guardaba relación alguna con el espionaje. Todo acabó con que el propio denunciante fue pillado vanagloriándose por

teléfono de su «hazaña» y su involuntaria confesión fue trasladada al propio Muñoz Grandes. Una vez conocida, resultaba incómodo ajusticiar al condenado, de modo que se le conmutó la pena de muerte por el destierro. El capitán, entretanto, se fue de rositas con una leve amonestación por su «broma pesada».

En el Estado Mayor de la División Azul

Llegué al Estado Mayor de la División a finales de noviembre de 1941. No puedo decir que me fuera fácil escapar de mi batallón. A pesar de ponerle la resolución oficial en las narices, mi comandante se negó en redondo a dejar que me fuese. No sé si se tomó mi marcha como una ofensa personal o si de veras me creía imprescindible allí, pero lo cierto es que fueron necesarias largas negociaciones entre los estados mayores de la División y del regimiento para conseguir que el comandante del batallón se sometiera a la orden.

Yo empecé por recordarle sus propias palabras la primera noche que ocupamos esa posición —«¡Apártese de mi vista!»—, y ante sus quejas de que se quedaría sin un solo intérprete en todo el batallón, le recordé que contábamos con un español en el Estado Mayor que comprendía todo lo que se le decía en ruso y hasta era capaz de hacerse explicar con bastante suficiencia. Ese español no paraba de seguirme todo el tiempo como una sombra, ya fuera para mejorar su conocimiento del idioma o, simplemente, para vigilarme, porque los españoles sospechan de todo el mundo y no se fían de nadie. En todo caso, la despedida del jefe del batallón fue fría y el viejo ni siquiera me estrechó la mano. ¿Qué le vamos a hacer? No se puede complacer a todo el mundo…

Al llegar al Estado Mayor de la División me alojaron en la estancia de un barracón, que ya estaba atestada de gente. Las comodidades eran escasas: literas de cuatro niveles, un calor enorme por la estufa que ardía día y noche; la habitación era, en cierto modo, de paso, porque para llegar a los retretes había que atravesarla. Pero, aun así, después del tiempo pasado en mi agujero en las trincheras, aquel barracón me pareció comodísimo.

Sólo me inquietaba una cosa. A saber, el hecho de que los jefes

me hubieran asignado —«temporalmente», según dijeron— la litera de mi compatriota Ígor P.[ershin[343]]. De él se decía que era hijo de un general, que hablaba perfectamente en español y que profesaba total fidelidad al Movimiento Nacional. Hice algunas averiguaciones al respecto. De los rusos que estábamos en la División española ninguno proclamaba su adhesión al Régimen, ni hablaba en perfecto español, ni se presentaba a sí mismo como hijo de un general… De modo que esperaba con ansiedad conocer a Ígor P.[ershin], porque quería que me brindase informaciones acerca de los intérpretes rusos que prestaban servicio en el Estado Mayor, sus obligaciones, su día a día, cómo se sentían al encontrarse de nuevo en la madre patria y cuáles eran sus relaciones con la población local.

Los intérpretes rusos

Con la excepción de Bíbikov y Pershin, la mayoría de los intérpretes pertenecían a la vieja generación, la que abandonó Rusia hacía algo más de veinte años. La mayoría de los representantes de esa generación no «echaron raíces» y continuaban viviendo anclados en el pasado, mientras elaboraban planes para regresar a la Patria, a una Rusia liberada del comunismo. Todos y cada uno de ellos anhelaban pisar Rusia de nuevo, ya fuera para que sus huesos reposaran en su tierra, llenar sus pulmones de aire ruso, contemplar cubiertos de nieve los campos y los bosques donde habían crecido, o respirar la aromática fragancia que aquéllos desprendían en la primavera y el estío.

Todos teníamos ganas de abrazar a nuestros familiares, y hasta a los conocidos. Gracias a su gran número, los rusos que se habían establecido en Francia, Yugoslavia, Bulgaria o Norteamérica pudieron crearse una suerte de «Pequeña Rusia» a su alrededor: sus iglesias, sus teatros, sus restaurantes, sus bibliotecas. Muchos de ellos ni siquiera entablaron relación con las gentes del país, y tampoco aprendieron el idioma del lugar, a pesar de vivir en él durante años. Y si echaban de menos la Patria, se consolaban viviendo vidas rusas, inmersos en su cultura natal gracias a la constante relación con sus compatriotas.

La situación de los rusos en España era muy distinta. El pequeño grupo, que no pasaba de cincuenta personas, en su mayoría veteranos de la guerra civil rusa, estaban repartidos por todo el país y vivían entre gentes que les resultaban ajenas tanto por su cultura como por su religión y su raza. Ni hablar, pues, de contar con instituciones culturales propias. Un ruso perdido en una ciudad española cualquiera quedaba privado de la posibilidad de hablar en su lengua natal durante años enteros. Con tal de no olvidarla, se esforzaba en mantener una escasa correspondencia con otros compatriotas. No había ni una sola biblioteca rusa en toda España, y los pocos libros rusos que iban de mano en mano por todo el país eran conservados como reliquias sagradas [344].

En España uno se encontraba a compatriotas que habían olvidado la lengua rusa y preferían hablar en español. Quienes habían contraído matrimonio con mujeres españolas no enseñaban la lengua materna a sus hijos, y se veían obligados a criarlos en la fe católica. De ahí que sea comprensible el sentimiento que embargó a los intérpretes cuando pisaron la antigua Polonia rusa: viéndose en un entorno que ya no les era ajeno, sino muy próximo, daban lo mejor de sí mismos para ayudar a la población local a relacionarse con los españoles.

Pero en toda familia hay algún monstruo. Y entre nosotros, el único ejemplo de trato indecente y salvaje a la población rusa lo constituyó el aventurero Serguéi Ponomariov, quien se hacía llamar pomposamente «el nobilísimo príncipe de Imeretia». Acabó siendo entregado al tribunal de la División y juzgado por pillaje, saqueo y violencia contra las mujeres. En un primer momento el tribunal lo condenó a muerte, pero dado que en el caso juzgado estaban también implicados algunos oficiales españoles, Ponomariov acabó por ser repatriado a España con una condena de diez años de cárcel. Al poco de llegar al país, por cierto, fue puesto en libertad; medio año más tarde ya se había colocado en la Censura con muy buen salario. Ponomariov era el único ruso que tenía la medalla de la Vieja Guardia, que se entregaba a los fundadores de la Falange [345].

Ponomariov no fue el único intérprete ruso capaz de comportarse de forma ignominiosa en beneficio de su propia carrera, de condecoraciones o simplemente del favor de sus jefes.

Hubo otros dos intérpretes que, ahogando en su interior la voz de la conciencia, se comportaron con la población como si fueran «más monárquicos que el Rey»… El georgiano y *teniente* [346] de la Legión Konstantín Goguenashvili estaba poseído de una manía por la adulación que lo conducía a cometer las mayores bajezas, con tal de ganarse el elogio de unos jefes que lo despreciaban sinceramente por los mismos actos que le aplaudían [347]. Con tal de hacerse notar ante Muñoz Grandes, Goguenashvili corría como un perrito faldero detrás de los generales y coroneles, pregonando sus propias, e inexistentes, hazañas. Con tal de obtener la Cruz de Hierro fue capaz de denunciar a inocentes, sin pararse a pensar que al hacerlo los estaba conduciendo al paredón [348].

El segundo era un joven que respondía al nombre de Ígor Pershin. Oficialmente, Pershin figuraba como colaborador del diario que publicaba el Estado Mayor de la División [349]; pero, extraoficialmente, estaba asignado a la Segunda Sección, la encargada de vigilar a la población local y, por extensión, a nosotros, los intérpretes rusos. Desempeñaba su labor en la gendarmería y recibía toda suerte de condecoraciones por sus méritos en el servicio.

Pero he de insistir en que esas sólo fueron las excepciones. El *teniente* [350] Ali Gurski, por cuyas manos pasaron muchos prisioneros, se comportó siempre como un hombre muy justo, y salvó la vida a muchos rusos. Pudo hacerlo porque de su palabra dependía mucho; y si a muchos no los pudo salvar, no puede decirse que fuera culpa suya. Con el tiempo, y ya en la última etapa de su servicio, su credibilidad fue menguando y ello facilitó que «dieran de baja» a muchos inocentes a sus espaldas [351].

Tuve ocasión de asistir a interrogatorios de personas indocumentadas. A pesar de que el escribiente de la División Azul anotaba las preguntas y las respuestas en español, siempre había ocasión para intercambiar unas palabras en ruso con los interrogados y ganar así su confianza. Ali Gurski solía decir a los interrogados en estos casos: «Usted puede sincerarse conmigo, soy un viejo oficial ruso. Así que absténgase de mentir y diga claramente que usted huyó o le dejaron irse, que yo no le quiero perjudicar, sino defenderlo…» [352]. Y los detenidos acababan diciendo la verdad. La mayoría de ellos pertenecía a la

88.ª División [353] soviética, que se encontraba rodeada en los bosques, y el intérprete hacía todo lo que estaba en su mano por proporcionarles documentos y enviarlos a la retaguardia, en vez de al campo de prisioneros, donde les esperaba una muerte segura. Sólo en uno de los casos el interrogado resultó ser un espía. Más tarde me tropecé con él en la línea del frente, y consiguió esfumarse en la espesura del bosque.

La Segunda Sección de la Guardia Civil

Con el paso del tiempo fui conociendo a los nuevos jefes y enterándome de mis obligaciones. No obstante, nunca llegué a conocer al jefe de la Segunda Sección [354], ni siquiera su apellido. Según me dijo Gurski, era una absoluta nulidad y un mero peón en manos del capitán Martínez [355], su ayudante más próximo. Cuanto más pienso en ese capitán, más vívida y pintoresca es la imagen de él que me devuelve la memoria. Era un representante típico del pueblo español y su cultura. De baja estatura, regordete, con las mejillas rosadas, bonachón, de mirada afable… Pero bastaba pasar un mes sirviendo bajo sus órdenes para convencerse de que el capitán Martínez era capaz de impartir la orden de fusilar a personas inocentes sin que se le borrara del rostro su tierna sonrisa. Y lo principal era que sabía hacerlo sin que nadie se enterara de lo que había ordenado, ni alcanzara a averiguarlo después.

La sofisticada amabilidad del capitán Martínez [de Tudela] no era óbice para que practicara el pillaje más descarado y lo disimulara estupendamente. Cuando se le escuchaba canturrear con voz melódica una aria sentimental, seguramente estaba maquinando alguna acción de la peor índole. Y eso no debería sorprender a nadie, porque en las *corridas* [356] de toros se ve a mujeres de belleza angelical arrebatadas de alegría cuando el inflamado toro destroza las vísceras del rocín que cabalga el *picador* [357], o cuando ese mismo toro hinca los cuernos en la barriga del *torero* [358], envuelto en un traje de terciopelo bordado de oro y plata.

Naturalmente, Martínez se consideraba un genuino hijo de la misma Iglesia que mata la fe verdadera con la ayuda de la

espantosa Inquisición medieval, e inflama el odio entre los ricos y los pobres repartiendo indulgencias, esa herramienta que sirve para la expiación del pecado. Y, por supuesto, a los rusos los consideraba herejes y estimaba que «eliminarlos» era una obra de caridad, toda vez que resultaba imposible atraerlos al seno de la verdadera Iglesia, la católica… En una ocasión, la tentativa de atraer a uno de aquellos herejes al camino correcto por medio del intérprete Pershin no se coronó con el éxito y el pecador, un maestro comunista y cojo de Dólgovo, fue fusilado sin que se le pudiera arrancar antes una sola señal de arrepentimiento.

Mi primer encuentro con el capitán de la Guardia Civil Martínez me dejó una impresión muy favorable de él. Su ayudante más próximo era un teniente alemán que servía de enlace entre la Segunda Sección y los alemanes. Sin él, el capitán Martínez se habría quedado con un palmo de narices, a pesar de sus dotes detectivescas. El alemán había servido antes en la Legión española, hablaba castellano con un leve acento, llevaba largos años viviendo en España y había adquirido la nacionalidad española. No obstante, había conservado las cualidades típicas de los alemanes: la serenidad, el esfuerzo en el cumplimiento de sus funciones y la ausencia de fanatismo religioso. Fue precisamente él quien insistió en mi traslado a la gendarmería de la *Guardia Civil* **[359]** en calidad de intérprete.

Pero quien mandaba el destacamento de esa gendarmería era un teniente español, un tipo semianalfabeto, cuya única obligación era arrancar «trofeos» a los nobles lugareños. Uno de los capítulos que conformaban sus ganancias eran las raciones de los soldados, siendo así que cuando los gendarmes salían de «misión» toda su alimentación, con la excepción del pan, el azúcar y el tabaco, recaía en los hombros de la población local. De otras cuestiones —la seguridad del Estado Mayor, las incursiones con fines de inteligencia y los interrogatorios— no entendía nada. A esos efectos, el principal consejero del capitán era el brigada Zeiss **[360]**. Era con él con quien yo trataba, pues estaba directamente subordinado a su mando.

No pasé demasiado tiempo en el barracón central de la División. Volvió Pershin, cuya litera ocupaba yo, y el brigada insistió en que me trasladara al suyo para tenerme más a mano. Así lo hice. Era un

barracón bastante oscuro y sin tabicar, lleno del humo y del tufo que desprendían dos grandes estufas que ardían día y noche. La puerta no paraba de abrirse por la mucha gente que entraba o salía, y el aire gélido del exterior se colaba. Quitarse la guerrera estaba descartado, pues el espacio caldeado en torno a las estufas constituía el coto cerrado de los privilegiados, entre quienes se contaban el brigada y su entorno de amigos, pero no yo…

A ese círculo pertenecía un *cabo* [361] de la gendarmería de respetable edad, el cabo Galleoti [Galeote [362]]. Más adelante, ya licenciados de la División Azul, tuve ocasión de conocer de cerca a este hombre, y hasta llegamos a trabar amistad. De maneras suaves y en apariencia inofensivo, estaba poseído por el ansia de codicia. A lo largo de su prolongado deambular por Alemania jamás lo abandonó un enorme morral lleno de conservas, que nunca repartió entre la tropa para quedárselas él. Era armero y, de acuerdo a los estándares españoles, bastante bueno…

Galeote era la persona de edad más avanzada en aquel grupo de privilegiados. El más joven era un falangista de 16 o 17 años, casi un niño, muy cariñoso y servicial. Un día le pregunté qué hacía en la gendarmería y cuál era su estatus oficial allí. Me sorprendió sobremanera escucharle responder de forma alegre: «Estoy aquí arrestado». «¿Cómo que arrestado? ¿Qué puedes haber hecho tú a tus años?», le pregunté. A lo que él, sin abandonar el tono jovial, replicó: «Me han arrestado por asesinato». Yo seguía pensando que se trataba de una broma, pero fue más explícito: «Maté al *alcalde* [363] de Nóvgorod».

A continuación, sin esperar mis preguntas, me relató todos los pormenores de su crimen. Él iba con un amigo, los dos entregados al pillaje, y el otro quiso arrancar una sortija de la mano del alcalde de la ciudad. El alcalde se resistió. «Así que lo encañoné con el fusil y le pegué un tiro, porque no podía permitir que un ruso dejara a mi amigo en mal lugar…», me explicó. Así de simple fue la cosa. «No creo que le caiga un castigo muy grande por eso», intervino un tercero en la charla que manteníamos, «porque, en primer lugar, fue un acto en defensa propia y, en segundo lugar, qué importa un ruso más o un ruso menos, a fin de cuentas» [364].

Me asignaron un sitio en el nivel superior de los dos en que estaba dividido el barracón y me advirtieron de que habría mucho

trabajo el día siguiente. A pesar de cubrirme con dos mantas y la guerrera, el frío me impidió pegar ojo en toda la noche. Que mi vecino fuese un hombre rico en piojos ayudó también lo suyo. En la semipenumbra que imperaba en el barracón resultaba imposible salir de caza contra los piojos, porque el frío era tan intenso que no había quien se desnudara. En el exterior, entretanto, la temperatura era de 30 grados bajo cero.

A la mañana siguiente me tocó dar mis «primeros pasos» en la gendarmería. El brigada me dijo que iríamos a Nóvgorod para detener a una espía que hablaba perfectamente en español. «Usted tendrá que averiguar dónde aprendió a hablar tan bien el idioma y con qué propósito lo hizo», me instruyó y avanzó su sospecha: «Pienso que debe de ser una de las hermosas rusas que fueron enviadas a España en la época de dominio rojo».

Yo conocía bien la manía que tienen los españoles de ver espías en todas partes. Pero lo cierto era que aquel brigada superaba todos los parámetros conocidos. Como el motor del automóvil que utilizaba el capitán se había helado por completo, nos vimos obligados a viajar a Nóvgorod en un camión. Hacía un frío terrible y me quedé completamente helado. La comisión encargada del interrogatorio estaba compuesta por el brigada y dos guardias civiles. Uno de ellos, apellidado López[365], era más culto que los otros, pero igualmente repugnante: en todos los casos en los que le tocaba investigar, echaba la culpa a la población local y buscaba borrar las pruebas que acusaran a los españoles. No nos caímos bien desde el primer momento, y siempre intentaba hacerme quedar lo peor que podía.

A pesar de la impresión general de desolación, en Nóvgorod habían quedado muchas casas en pie y en estado habitable. En una de ellas —antes un museo y ahora un puesto de la gendarmería española— se iba a celebrar el interrogatorio. Ignoro en qué momento el museo había sido saqueado totalmente, si antes de que se instalaran en él los españoles o después. De lo que sí no cabía ningún género de dudas era de que el saqueo había sido obra de los españoles, porque, de acuerdo con una de sus vigilantes, los alemanes no habían tocado ni una sola de las reliquias que albergaba. Algunas de las piezas robadas se vendieron después en España y a precios muy altos, por cierto[366]. Así, por ejemplo, vi

el icono ofrecido al zar Alejandro III después del accidente que sufrió en Borki, cerca de Járkov [367], en venta nada menos que por 25 000 pesetas en San Sebastián.

El caso es que mientras esperábamos al calor de una hospitalaria lumbre en el museo, el habilidoso López partió en busca de la culpable. No se hizo esperar mucho. Volvió acompañado de dos jóvenes. Había algo en ellas que sorprendía: estaban vestidas con más refinamiento que cualquier otra mujer de las que teníamos a nuestro alrededor. Bien es verdad que esa ventaja resultaba relativa, porque dado el estado de miseria y ruina general, bastaba con que una mujer llevara un pañuelo nuevo cubriéndole la cabeza, o unas medias de hilo sin pegotes de barro, para que su atuendo pareciera un lujo.

Aunque no lo recuerdo con precisión, creo que se llamaban Katia y Natasha. La primera de ellas era la presunta espía. Ya desde el primer instante se veía que el brigada se había excedido con sus acusaciones. Aquella joven no sabía más de treinta o cuarenta palabras en español, tipo *beso* [368], *dinero* [369], *guapo* [370], *pan* [371], etc. En la mayor parte de los casos, eran palabras de uso muy común o que se parecían a palabras francesas. Dado el nivel de educación de la joven, y a la vista de su frecuente trato con jóvenes soldados españoles, se comprendía muy bien el conocimiento de esas palabras y la utilidad que aquél le reportaba. Preferí abstenerme de indagar en los motivos de su trato con militares, porque su comportamiento los ponía claramente en evidencia. De hecho, la joven no ocultaba que también contaba con numerosos «amigos» entre los alemanes. En cualquier caso, no parecía haber demasiados delitos que juzgar allí.

El brigada también se rindió a la evidencia: estaba claro que de aquel caso no había «nada que exprimir». López y sus camaradas, por su parte, cubrieron enseguida de piropos vulgares a las mismas mujeres que una hora antes se disponían a fusilar. La vista del caso fue pospuesta hasta que se reuniesen más pruebas. Mientras el brigada y yo nos marchamos al Estado Mayor, otros dos guardias se fueron a acompañar a las jóvenes para discutir con ellas el día y la hora de la próxima sesión del juicio. A esa segunda vista ya no fui invitado, porque por lo visto no se precisaba de intérprete para llevarla a cabo.

No obstante, la jornada no acabó ahí para mí. «Hay otro asunto del que debemos ocuparnos, Kovalevski —me dijo el brigada mientras comíamos—: No se imagina lo que les gusta a los alemanes meterse en todo lo que no les incumbe. Se pasan todo el tiempo prestando oídos a cualquier acusación contra nosotros, los españoles. Pero no se preocupe, que esta última denuncia la vamos a dejar en nada».

A la resolución de este asunto marchamos tres hombres: el brigada, López y yo mismo. Con el automóvil ya en marcha me explicaron que nos dirigíamos a la población de Koptovo, en la carretera de Leningrado, donde a cierta Fedosia Ivánovna le habían robado una vaca esa noche. Como el animal había sido inventariado por los alemanes, quienes sospechaban que el robo había sido obra de españoles, nos habían transferido la investigación del caso.

Tras una afanosa búsqueda, y ya cayendo la noche, dimos por fin con la mujer. Al principio se asustó, pero después se alegró al creer, ingenuamente, que veníamos a ayudarla. Me dolía ver su alegría, porque sabía de antemano que toda aquella investigación iba a ser una comedia. Todo lo que sucedió después confirmó mis peores augurios. Fedosia nos contó con toda suerte de aspavientos que unos hombres aparecieron en medio de la noche y se llevaron la vaca. Ella sospechaba que habían sido los mismos españoles que habían venido más de una vez a comprarle leche. «No será difícil dar con el paradero de la vaca, porque las huellas se ven claramente en la nieve», añadió.

Y, efectivamente, siguiendo las huellas grabadas en la profunda nieve llegamos hasta un patio donde estaba emplazada una cocina de campaña. Aquello no le estaba gustando nada al brigada, porque las pistas eran muy concluyentes. Pero no dejaba de ser español, así que no estaba dispuesto a rendirse a la evidencia. «No veo esto nada claro, Kovalevski —me dijo—, me parece que no hay que sacar conclusiones apresuradas. Y menos ahora, cuando lo que más nos interesa es mover el automóvil que se nos ha quedado atascado en la nieve. Dígale al síndico que reúna a la gente para que arrimen el hombro, y mientras tanto nosotros nos meteremos en alguna de estas isbas para entrar en calor». La casualidad quiso que entráramos en la isba del médico rural, quien se ocupó de contarle al brigada con todo detalle cómo habían sacado la vaca del patio de

Fedosia, la habían conducido hasta la cocina y la habían sacrificado en plena noche. Fue una charla «privada», por así decirlo.

Entretanto, los vecinos se habían reunido en el patio. A fuerza de empujar, casi habían sacado el automóvil de la nieve en que se había atascado. La excitada Fedosia era la más esforzada. No obstante, al brigada el robo no le interesaba demasiado. De hecho, se abstuvo de pasar a la cocina, donde con toda probabilidad se estaba cociendo la carne de la res en aquel mismo instante. Al salir de la isba nos encaminamos directamente al automóvil, listos para marcharnos. La pobre mujer se me acercó y me dijo en un susurro: «Camarada intérprete, recupéreme mi vaca, se lo ruego, que yo sabré agradecérselo con unos huevos y una mantequillita deliciosa». Y por duro que me resultara decepcionarla, no me pude aguantar y le dije mirando significativamente a los españoles: «Ya es tarde para eso, mujer. Antes tenías que haber guardado tu vaca de estos señores, porque ahora ya no les podrás arrancar nada de nada».

Fedosia abrió los brazos deshaciéndose en ayes, pero nosotros ya circulábamos en dirección al Estado Mayor. El brigada, que no me había quitado ojo de encima, me preguntó con vehemencia: «¿De qué estaba hablando usted con su compatriota, Kovalevski?». «Nada en especial —mentí—, sólo le prometí que volveríamos pronto». López, entretanto, ya se hallaba empeñado en armar una versión de los hechos que exculpara a los españoles: «En primer lugar, esas huellas más parecen de caballo que de vaca. Y, después, vale que pudieron haber sacrificado una vaca de noche, pero tal vez la habían comprado, que ya se sabe que estos rusos siempre intentan empañar la reputación de los españoles. Así que *no es verdad* [372] que los españoles hayan robado nada aquí». Y con eso se dio carpetazo a la investigación.

Harto como estaba de las «maquinaciones» de los alemanes, cuando éstos volvieron a pedirnos que investigásemos el asesinato de un contable que habría sido perpetrado, supuestamente, por españoles, el brigada rehusó desplazarse en persona y me envió a mí solo. Así, llegué a uno de los monasterios de Nóvgorod que habían resistido los embates de las bombas, y en el que se hacinaban ahora un montón de rusos sin hogar. Me encontré a la gente en un estado de febril excitación, que nada tenía que ver con el asesinato allí cometido, sino con que les habían concedido tres

horas para abandonar el recinto del monasterio que iba a ser ocupado por tropas alemanas. El *Feldwebelalemán* ya se había apostado puntualmente en las puertas del monasterio con un reloj en la mano y esperaba el cumplimiento de la orden.

El asesinato se había producido de la siguiente manera. En plena noche, un grupo de españoles irrumpió en el monasterio. Dijeron ir buscando a cierta mujer, por lo visto, una prostituta. Fueron llamando a las puertas, una tras otra, y cuando les abrían entraban a las celdas, palpaban con insolencia a las mujeres ya acostadas en sus lechos, les daban suaves cachetadas acompañadas de piropos como *guapa*[373], *bella*[374] o *preciosa*[375], y se marchaban a proseguir la búsqueda. De modo que el contable, que vivía con su propia mujer, se había negado a abrirles la puerta. De modo que sus asesinos la echaron abajo y a él lo arrojaron por la ventana. Todos los inquilinos del monasterio aseguraban, tal vez para protegerse a sí mismos, que era la primera vez que veían a aquellos españoles y se negaron, por lo tanto, a proporcionar datos más precisos acerca de ellos.

¿Qué podía hacer? La tensión se palpaba en el aire. Todos corrían a recoger sus bártulos y salir en busca de un nuevo alojamiento, tarea harto compleja en una ciudad destruida hasta los cimientos. La escena que tuve que contemplar a la salida del monasterio me sumió en un dolor aún mayor: un nutrido grupo de soldados esperaban la aparición de las mujeres, y se arrojaban sobre ellas para despojarlas de cualquier objeto de valor que aún llevasen encima: sortijas, brazaletes, colgantes… Pero nada me indignó más que ver a uno de los soldados arrancar de las manos de una niña de seis o siete años la cajita en la que llevaba sus pertenencias; y, al constatar que nada había en ella de valor, arrojarlo todo sobre la nieve con desprecio. La pobre niña prorrumpió en desgarradores sollozos. Yo estallé, incapaz de soportar aquello. Sólo la presencia del alemán impidió que aquellos saqueadores, a los que hicimos poner pies en polvorosa, me propinasen una paliza. Apenas unos pasos más allá, tuve ocasión de presenciar una escena radicalmente distinta: una anciana a la que habían echado del monasterio tiraba con esfuerzo de un pequeño trineo donde cargaba sus escasas pertenencias. El camino que seguía era cuesta arriba, y a la mujer le costaba avanzar. Entonces, un soldado alemán que marchaba con su

destacamento abandonó la formación, sujetó a su cintura los arreos del trineo de la viejecita y subió la cuesta a grandes zancadas. Conociendo la severidad de los alemanes cuando de disciplina se trataba, aquello fue un acto verdaderamente heroico. ¡Seguramente, a la memoria de ese soldado había venido de repente el recuerdo de la madre que había dejado en casa!

A la caza de partisanos

A la mañana siguiente el Estado Mayor despertó con los preparativos para nuestra salida a realizar una «operación». Yo no tenía ni idea de lo que nos esperaba. Sólo sabía que viajaríamos a veinticinco o treinta kilómetros de Grigórovo. Se cargaron provisiones para siete u ocho personas. López era el encargado de la intendencia. La «troika» integrada por el brigada, el anciano Galeote y López estuvo hasta bien entrada la noche conferenciando junto a la estufa y trasladando las conservas, el pan y el tocino de una bolsa a otra. Mi nombre afloraba de tanto en tanto en la charla que mantenían entre ellos, y en un momento dado el brigada me llamó y me preguntó con ánimo lisonjero, algo muy raro en él: «Esperamos que nos ayude mucho en la adquisición de provisiones, ¿verdad que lo hará, Kovalevski? A usted, que es ruso, le resulta más fácil». «No sé yo si podremos encontrar mucha cosa con la ruina que hay por todas partes», respondí. «Pero leche y patatas sí que habrá, ¿no? Sobre todo, cuando vamos a una zona por donde apenas han pasado tropas…», insistió el brigada, antes de que terciase López: «Lo importante es que encontremos gallinas y corderos. ¡Y algún ternero también nos vendría de perilla!», dijo.

Al leer en mi semblante que esas expectativas no me hacían ninguna gracia, López añadió enseguida: «Naturalmente, todas las adquisiciones que hagamos se pagarán, ya sea en dinero o mediante trueque. Le recuerdo que de camino hasta aquí hemos estado pagando los terneros a tres marcos. Además, como la gente aquí no tiene pan, seguro que se pueden obtener muchas cosas a cambio de una hogaza». Anticipé la pesada carga que caería sobre mis hombros ahora que, además de ocuparme de las pesquisas, los registros y la búsqueda de partisanos, me correspondería buscarles

yantar a los siempre insaciables españoles.

Desde primera hora de la mañana comenzó la carga del vehículo destinado a la intendencia. Se metieron en él tantos sacos de provisiones como de munición. Llevábamos fusiles, cajas con granadas de mano y una ametralladora con sus respectivos discos. El brigada mantuvo una larga reunión con el capitán Martínez. Igualmente, tuvo una prolongada conferencia con el frente a cuya retaguardia nos dirigíamos. Para mi mayúsculo asombro, cuando se comenzó a reunir a la gente que partiría, aparecieron tres ciclistas con sus respectivas bicicletas: nuestros futuros enlaces con el Estado Mayor. Me preguntaba, como no podía ser de otra manera, qué demonios iban a hacer aquellos caballeros en el momento más álgido del invierno, circulando entre montones de nieve por una carretera cubierta de placas de hielo.

A ambos lados de la carretera de Leningrado, de camino a Moscú, se alzaban numerosas poblaciones. Y resultaba muy difícil establecer dónde acababa una y comenzaba la otra. Finalmente, después de una larga hora de viaje llegamos a Podberezie o, como la bautizaron los españoles, «Pobereja». A pesar de que se hallaba situada en una zona castigada por el fuego de artillería enemigo, en Podberezie no se apreciaba mucha destrucción. Sólo había dos o tres isbas con los techos hundidos, si bien en los campos que las rodeaban se veían numerosos cráteres provocados por el impacto de los proyectiles. Por otra parte, si quedaba algo de los cristales de alguna ventana, no era más que un mosaico de vidrios rotos o, a veces, apenas unos trozos de papel que los sustituían. Nos detuvimos ante la primera isba, a la entrada de la población. Me sorprendió enormemente la ausencia de patios. No sé si siempre faltaron los patios en el norte de Rusia, pero no se veía ni uno: «Ni estaca, ni patio», como dice el dicho. Del zaguán de las casas se pasaba directamente al campo.

No creo que a los amos de las casas les hiciese felices vernos llegar, pero todos, haciendo gala de la sumisión que le es propia a la población de la Rusia actual, nos recibieron como un mal menor y hasta con agrado. Nos destinaron la mejor habitación de la isba, y en las yacijas, que todo parecía indicar que habían instalado los alemanes, había sitio para todos.

La familia de la casa donde nos alojamos era pequeña: una

madre con sus dos hijos. De uno de ellos, un chico de catorce años, nos cautivaron enseguida su sencillez y su talante servicial. Todos quedamos encantados con él. Creo que en España es raro encontrar jóvenes tan sanos como aquél, en lo que a moral se refiere. Me preguntaba por qué los niños pequeños en Rusia eran tan encantadores y dulces, y mostraban una espontaneidad y un candor en todo su ser como en ningún otro lugar, mientras que los niños españoles de diez o doce años impresionaban por su introversión y por sus primeras manifestaciones de hipocresía. A estos últimos sus padres les han insuflado la idea de que pertenecen a una nación amada por Dios, y con ello han conseguido embotar su alma infantil. Como amigo que soy de los niños, intenté muchas veces acercarme a ellos en España. ¡Inútil empresa! ¡Era conocerlos, soltar un escupitajo y darles la espalda! De esos niños sólo se puede esperar que crezcan futuros López y Martínez [376].

Pero volvamos a mis recuerdos de la URSS. Los españoles tenían una sola explicación para la amabilidad con que se comportaban los rusos. A saber, la achacaban a sus propias virtudes y especiales merecimientos. Ya el primer día me ordenaron apoderarme de un saco de patatas de la dueña de la casa, prometiéndole que se lo pagarían más adelante con pan o, en todo caso, con dinero. La crédula mujer no paraba de suministrarnos patatas a lo largo de nuestra estancia en su casa, y sólo muy de vez en cuando recibía a cambio algún trozo de pan, porque el brigada decidió que no correspondía pagarle en dinero contante y sonante. Su motivación era muy elemental: ¿acaso a la mujer no le bastaba con las sobras que le dejábamos [377]?

Pero no habíamos ido a Podberezie de vacaciones, precisamente. Aquella población era, en palabras del brigada, nuestro Estado Mayor. Nuestra misión allí era patearnos bien la región en busca de partisanos y agentes soviéticos. Al día siguiente de nuestra llegada, se me ordenó visitar al síndico para pedirle un par de trineos que nos sirvieran en nuestros desplazamientos. La situación de aquel representante del poder local era verdaderamente penosa: nombrado por los alemanes, su trabajo consistía en pasarse todo el día cumpliendo las órdenes de los nuevos amos, órdenes que muchas veces le resultaba imposible cumplir.

El empobrecimiento general convertía en un problema muy serio

encontrar dos trineos que proporcionarnos. Pero, finalmente, los medios de transporte acabaron apareciendo. El brigada mantuvo el secreto hasta el último momento, pero en cuanto estuvimos subidos a los trineos cargados [de] munición [dijo] que nos dirigíamos a Niejótovo, a unas cuatro verstas de distancia, una población que los españoles consideraban tan peligrosa que sólo podíamos visitarla armados hasta los dientes.

Dos ciclistas abrían la marcha y un tercero la cerraba. En el primer trineo había una ametralladora cargada y dispuesta a abrir fuego contra los matorrales que separaban la carretera del comienzo del bosque. A mí, todas aquellas precauciones me parecieron excesivas y frívolas desde el primer momento. Y, en efecto, cuando cruzábamos las vías del ferrocarril junto a un apeadero ubicado a medio camino de nuestro destino, nos encontramos a unos alemanes que paseaban tranquilamente. Al preguntarles si habían oído algo sobre la presencia de partisanos en aquella zona, nos miraron con expresión sorprendida y negaron con la cabeza.

Pero la refutación definitiva de nuestros miedos fue una caravana de trineos que venían a nuestro encuentro de vacío, en la práctica totalidad de los cuales viajaba un español abrazando con la mayor ternura a una conductora rusa de anchas espaldas y amplia sonrisa. Por lo visto, sí que había que tomar [medidas] de seguridad, pero no aquellas a las que había recurrido el brigada. Poco más adelante, encontramos tirado en la nieve el fusil que había perdido uno de los amorosos soldados. A partir de ese momento, el brigada comprendió que se le había ido la mano, y ordenó desmontar la ametralladora. Nuestra aguerrida vanguardia de ciclistas, por su parte, nos dejó atrás para pedalear a placer lejos de las miradas de los jefes ¡y de la mía!

Hicimos un alto en la primera isba [de] Niejótovo. En su interior, en una habitación muy limpia, nos encontramos a dos españoles comiendo algo. El brigada, guardando las formas, preguntó a la dueña de la casa si había visto partisanos por la zona y si había sido asaltada por ellos en alguna ocasión. Para nuestra sorpresa, la mujer se hincó de rodillas: «Apiádense de mí, camaradas oficiales, yo partisanos no he visto ni uno, porque por aquí de esos no hay; pero os ruego que me libréis de éstos», dijo señalando a los españoles. Y añadió: «No me dejan en paz, cada día

del Señor aparecen por aquí para pedir algo: que si un pollo, que si huevos, que si leche. Y a la vecina le afanaron un ternero. Libradme de ellos, os lo ruego, y os lo agradeceré como queráis».

Yo no estaba preparado para aquello. Y el brigada, aún menos. Pero ya se sabe que no hay manera de desanimar a un español. De modo que el brigada me ordenó decirle a la mujer que se investigarían los hechos que denunciaba, y salimos de allí a toda prisa. Yo, por mi parte, manifesté a la mujer que mejor haría en esconder bien cualquier cosa comestible que conservase, porque aquella plaga de langostas lo devoraría todo y ni siquiera le daría después las gracias.

De allí nos fuimos a ver al síndico. De camino a donde se encontraba reparamos en una casita a cuyas puertas se agolpaban un montón de españoles. Había dos o tres camiones y un par de motocicletas aparcados en el lugar. ¿Qué estaba pasando allí? Uno de los ciclistas, un capitán, se apartó del grupo y nos explicó que se trataba de una suerte de club local —más bien de un prostíbulo— donde se podía bailar y pasar un rato agradable. Antes de que el brigada tuviera tiempo de impartir a sus subordinados la orden de quedarse quietos en los trineos, ya sólo quedaban allí dos integrantes de nuestro pequeño destacamento para escucharla: él y yo. De modo que cuando nos fuimos a la reunión con el síndico dejamos los trineos donde cargábamos la ametralladora, los fusiles y las cajas de granadas de mano al cuidado de la muchacha que hacía las veces de conductora y del adolescente que la ayudaba. Hubo un gran contraste entre el celo puesto en el viaje, y el descuido y la desidia mostrados ahora.

El síndico de Niejótovo también había sido nombrado por los alemanes y era, como todos los de su clase, un hombre útil y de confianza. Al hacerse cargo de la vigilancia en aquella zona, nuestro brigada tenía grandes esperanzas depositadas en él, en tanto que informador y ayudante. Yo no tenía claro qué movía exactamente a una persona como aquella a esforzarse tanto por servirnos, y tampoco sabía de qué modo le pagaban los alemanes. Si no me equivoco, en aquella época no recibía absolutamente nada de los españoles, lo que obliga a creer que, si prestaba servicios con tanto celo, lo hacía llevado de sus convicciones anticomunistas o, simplemente, por su carácter retorcido.

En ocasiones se mostraba tan aplicado en sus denuncias que yo me veía obligado a ponerle coto. Daba la impresión de que [estaba] dispuesto a denunciar a cualquiera que no le resultara simpático, sobre todo a los vecinos de otras poblaciones. De acuerdo con él, en el propio Niejótovo ya no quedaba un solo comunista, ni venían los partisanos, pero en las dos poblaciones vecinas de Osha y Dólgovo, donde no se había acantonado Ejército alguno —ni el alemán, ni el español—, los comunistas y los partisanos campaban a sus anchas. «¡No quiero generalizaciones! ¡Quiero nombres! ¡Nombres!», le exigía el brigada.

El síndico se acarició la barba, sus ojitos bailaron en las cuencas y comenzó a cantar nombres en susurros, aunque en la isba no estábamos más que nosotros. «El primero, el expresidente del Consejo rural Arkashka Davidov, sobrino de Pável Ivánovich Davidov, a quien usted naturalmente conoce, ¿no?», me dijo. «¿Quién demonios es ése?», pregunté. Y él contestó: «Pável Ivánovich es un tipo muy importante para ellos —señalando al vacío con el dedo—, porque después de haber sido coronel de la gendarmería bajo el zar, se pasó "a su bando" y ahora es el jefe de la inteligencia». Y añadió, bajando tanto la voz que apenas se le escuchaba: «Un tipo muy hábil, muy peligroso. En más de una ocasión ha cruzado el río y ha visitado Nóvgorod y Grigórovo cuando vosotros ya estabais aquí».

Fue traducirle esas palabras al brigada español y verlo palidecer. «¿Cómo es posible que un espía rojo se pasee ante nuestras narices y nadie nos informe de ello?», exclamó. El síndico continuó con sus susurros: «Es que la gente le tiene un miedo que se muere y, encima, es muy difícil capturarlo, porque anda siempre cambiándose de ropa y es un artista del camuflaje. Precisamente, no hace mucho se le vio por aquí». El brigada se puso tan nervioso que salió corriendo a la calle sin esperar a que el síndico acabara con sus denuncias para asegurarse de que la ametralladora todavía estaba en el trineo guardado [por] los chiquillos.

Y mientras el brigada llamaba a gritos a sus subordinados, entregados al baile en la casa al otro lado de la calle, continué mi charla con el síndico. «A Pável Ivánovich sólo se le puede reconocer por sus gestos —me dijo—, porque cuando habla se pasa el rato explicando cada palabra con mímica, gesticulando. Por cierto,

intérprete —añadió—, Pável Ivánovich tiene una vivienda en Osia, el apartamento donde vive su hija, la que está casada con Odrik». «Tampoco sé quién es ese Odrik del que usted me habla», protesté yo.

El regreso del brigada interrumpió nuestra conversación sobre la parentela de Pável Ivánovich. Mi jefe retomó la conversación pidiéndome que le asegurara al informante que el mando español no olvidaría sus servicios y su entrega a la causa. «¡Explíqueselo bien, Kovalevski, para que se esfuerce de verdad! Y que me diga si hay más gente así en [en la población de] Osiele (Osia)», exigió. «¡Por supuesto que la hay! —se apuntó el otro a marchas forzadas —: Está Nikitin, el responsable del almacén, que siempre fue muy fiel al poder soviético. Pero el verdadero cabecilla es el maestro Kozmin[378]. Aun faltándole una pierna, es un bandido de tomo y lomo. Ahora todos lo temen».

El brigada se desesperaba por anotar los nombres en un trozo de papel; pero, receloso de su propia letra, no dejaba de rogarme: «¡Escríbalo usted, Kovalevski, *por Dios*[379]! ¡No se vaya a dejar ningún nombre!». Y volviéndose al síndico [le dijo]: «Bien, por esta vez está bien. Pasaremos la noche aquí. Y mañana saldremos con el alba a echar el guante a todos esos sospechosos». Y concluida así la parte, digamos, oficial de la visita, devolvió a su voz el tono musical y juguetón que tan bien controlaba: «Y ahora, amigo mío, a ver si nos acomodas en la mejor isba que tengáis por aquí y nos agasajas como Dios manda», le dijo. Probablemente contrariado, el viejo síndico abandonó sus confidencias y salió a gestionarnos el alojamiento. Nosotros echamos a andar detrás de él.

Tocaba también encontrar a nuestros hombres, así que entramos en la isba donde «se divertían». La fiesta ya había acabado y apenas quedaban nuestros «leones» y cuatro o cinco chicas. Dos parejas daban vueltas en la amplia habitación —«el salón»— al son de la música que brotaba de un gramófono ronco. Las jóvenes estaban mal vestidas y no destacaban en particular por su belleza. Me senté en un rincón, sin avisarlas de que era ruso como ellas. Quería observar qué tal funcionaba aquella *entente cordiale* entre rusos y españoles. No puedo decir que la escena destilara alegría alguna, especialmente después de que una de las jóvenes, atendiendo al ruego de un español, comenzara a cantar acompañada de una

guitarra.

La canción era muy triste y había sido compuesta hacía muy poco tiempo. Tanto la letra como el sentimiento con que la muchacha la cantaba me conmovieron y sorprendieron mucho. La canción narraba que su Patria había sido derrotada y que todo era ruina a su alrededor, que entre los montones de nieve y las hogueras que jalonaban su enorme país había jóvenes que vagaban abandonadas y deshonradas. Y se preguntaba también por el destino que las esperaba, y que más les valdría encontrar cobijo entre los enemigos cuando cayera la noche. La voz de la cantante se quebraba una y otra vez. Saltaba a la vista que a la pobre le costaba un gran esfuerzo ahogar las lágrimas. «*Muy bueno, muy bueno, cantas con mucha alma, Natacha*»[380], la piropeó uno de los *guardias civiles*[381] e intentó agradecerle el canto con un abrazo. Pareciéndole poco eso, se explayó ante ella: «*Éste es ruso, tu paisano*»[382].

La revelación causó una profunda impresión en aquellas jóvenes. «¿Es eso cierto? ¿Por qué os lo habéis callado? Nunca hubiéramos cantado [esa canción] delante de usted. Era para ellos, pues no se enteran», manifestó la muchacha. Sentí una enorme pena por ellas. Me contaron que eran todas de Nóvgorod y que no tenían familia ni medios de subsistencia. «No nos juzgue mal —me rogó una de ellas —, ¿acaso podíamos imaginar que un día nos veríamos en esta situación? Y eso no es lo peor: ¡lo peor es lo que nos aguarda! No quiero ni pensar en ello». Cuando me dispuse a marchar me imploraron a coro: «Pase a vernos algún día, pero venga solo, venga sin ellos, que no tenemos muchas ocasiones de congeniar con un ruso y tenemos tanto de qué hablar».

Sin embargo, me equivoqué al pensar que todos nuestros acompañantes se habían dejado seducir por el sexo débil. López y su amigo Iglesias[383] demostraron ser mucho más prácticos, y cuando llegamos a nuestro alojamiento nos los encontramos sentados a la mesa dando cuenta de una copiosa cena, que incluía patatas y un tierno cordero. De dónde obtuvieron el segundo manjar era un misterio para mí. Lo que sí sabía era que esos dos no tenían escrúpulos a la hora de salir a buscar un «rancho» adicional, y que las raciones estipuladas por el Estado [Mayor] solían acabar por servir al enriquecimiento de Talaste[384] y demás jefes.

Esa misma noche, sobre las tres, salimos hacia Osia, a unas seis o siete verstas de distancia. El viaje se nos hizo larguísimo, tanto por el mal estado de la carretera como porque nos movíamos con suma cautela. La primera isba a la entrada de la población era la de Nikitin [el responsable del almacén]. Media versta antes de llegar nos dispersamos, y cuando ya nos encontrábamos frente a la isba el brigada ordenó colocar la ametralladora apuntando a la puerta a la que el brigada y yo nos disponíamos a llamar. No puedo afirmar que el brigada fuese un hombre cobarde, porque jamás permitía que nadie tuviera [miedo] en las situaciones que presagiaban peligro (y especialmente yo), pero todo aquel despliegue revestía un carácter histérico (a la manera georgiana **[385]**), que ponía nervioso a todo el mundo y a mí me irritaba profundamente. «¿Por qué se pone a chillar como una chica? ¡Esté tranquilo, hombre!», le decía yo a veces, y él se ponía como loco.

Al grito de «*¡manos arriba!*» **[386]** el brigada irrumpió en la isba, lo que tenía su aspecto cómico, dado que, como es natural allí, nadie entendía una palabra de español y, además, la atmósfera en el recinto era absolutamente pacífica. Las dos habitaciones en las que se dividía la pequeña isba estaban llenas a rebosar de niños y mujeres, todos durmiendo apretujados en el suelo. Era tal el hacinamiento que resultaba imposible poner un pie en el suelo sin pisar antes a alguno de los yacientes. La gente soñolienta y semidesnuda saltaba de sus improvisados lechos. La luz opaca de una lámpara **[387]** alumbraba sus rostros demudados por el miedo.

«¿Quién de vosotros es Nikitin?», resonó la pregunta. Una pregunta totalmente inútil, porque había un solo hombre entre toda la concurrencia. Hasta el propio español se percató de lo fuera de lugar que parecía empuñando el revólver frente a todas aquellas mujeres y niños, y encañonando a un hombre en paños menores que no representaba peligro alguno. Pero el brigada no tenía intención de demorarse demasiado en ese lugar, y ya se disponía a salir a toda prisa para continuar con la ronda de arrestos al abrigo de la oscuridad de la noche. Al cuidado de la primera presa dejó a un único soldado con orden de disparar a cualquiera que pretendiera huir, y de detener a quien apareciera por allí.

Pero antes de que pudiéramos abandonar la *isba*, una mujer se postró a nuestros pies (desconozco por qué se ha recuperado en la

URSS esa costumbre ya anticuada). En un primer momento, supuse que iba a suplicar por el arrestado. Pero la cosa era bien distinta: imploraba apoyo y ayuda, porque había venido refugiada de Nóvgorod junto a su anciana madre y tres niños pequeños y, no teniendo nada que comer, llevaban varios días sin probar bocado.

Le di a la pobre mujer todo lo comestible que llevaba encima. También el brigada se conmovió y le dio lo que llevaba él. Yo, además, le prometí a la mujer que «ordenaría» al síndico que le entregase periódicamente algo del grano de sus reservas. A decir verdad, en mi fuero interno no tenía gran confianza en el éxito de la gestión porque, en verdad, ¿qué poder tenía allí yo para dar órdenes a nadie? Pero después supe que el síndico había sido receptivo a mi ruego y continuó ofreciéndole ayuda a la mujer. No fueron muchas las ocasiones en que conseguí aliviar los padecimientos de los necesitados en aquel océano de dolor y ruina. En la mayoría de los casos, y muy en contra de mis deseos, yo era más bien un instrumento del mal, y no un apoyo.

Antes de dar caza al peligroso maestro, un agente del poder soviético, fuimos a reunirnos con el síndico local. El representante de la autoridad en Osia, a diferencia del de Niejótovo, era un hombre de talante humilde, que no tenía ganas de enemistarse con nadie, y mucho menos de denunciarlo. A punto estuvo de rogarnos que dejásemos al maestro en paz asegurándonos que no podía ser peligroso en absoluto. Pero intentar despertar la clemencia del brigada era empresa condenada al fracaso. El propio síndico fue sumado a nuestra comitiva en calidad de guía y testigo, y nos encaminamos todos a la isba de Kuzmin.

Allí se repitió la escena que ya habíamos presenciado en casa de Nikitin, aunque en tono aún más repugnante, dado que el maestro era un pobre inválido al que le faltaba una pierna, y se desplazaba apoyándose en un par de muletas. La manera en que se condujo el registro, el trato brutal que se dispensó al acusado y la forma en que le ordenaron despedirse de su familia me dejó claro que no cabía esperar compasión alguna con él. Estaba claro que los españoles necesitaban un «chivo expiatorio», y que el brigada quería apuntarse un éxito tangible. Cuando nos llevamos al detenido, López dijo que se quedaría para registrar bien la isba en busca de armas. No lo volvimos a ver hasta que ya nos marchábamos del

pueblo, cuando apareció cargado con dos corderos y media docena de gallinas que no se sabía cómo había conseguido.

El arresto de Arkashka Davidov fue, en cambio, muy plácido. Había algo en la naturaleza del arrestado que privaba a todo el proceso de su naturaleza sombría y trágica. Con Arkashka era imposible ensayar una severidad de corte solemne. Su juventud y jovialidad desarmaron al brigada. La cosa llegó a tal extremo que, olvidándonos de nuestra importante misión, acabamos sentados a la mesa con el «criminal» compartiendo con él las viandas que nos brindó de todo corazón. Al irnos, mi jefe se había ablandado tanto que me pidió decirle a la mujer de Davidov unas palabras tranquilizadoras sobre la suerte que esperaba al joven. Ese arresto transcurrió, pues, sin incidentes. Lo que me puedo imaginar es la confusión y la furia que se habrían apoderado del brigada si supiese que en ese mismo instante, al otro lado de la calle, en la casa de Oparin, estaba echando una cabezada nada más y nada menos que Pável Ivánovich Davidov, el audaz tío del arrestado.

Fue poner un pie en la calle y escuchar unos disparos al otro lado del pueblo. Parecía que al fin había llegado el momento en que Zeiss [Sáez] y sus acompañantes podrían ver nuestra expedición bajo una luz dramática. Y es que la expedición perdía buena parte de su carácter y toda su teatralidad cuando no había tiros, ni resistencia armada de los arrestados, ni ataques de los partisanos.

El brigada echó a correr revólver en ristre hacia la casa de Nikitin, seguido por su tropa. Iba a socorrer al gendarme que había dejado allí apostado. Pero al llegar a la casa no nos encontramos con un suelo lleno de cadáveres, ni vimos signo alguno de mutación del pacífico cuadro anterior. El centinela estaba sentado en la puerta de la isba algo confundido, mientras los inquilinos y el «criminal» permanecían dentro de ella a buen recaudo.

¿Qué había pasado allí? El soldado nos lo explicó, exagerando la historia para dotarla de mayor dramatismo: un ruso acababa de aparecer por allí, y al recibir el alto y requerírsele que levantara los brazos se había dado la vuelta sin obedecer, escapando a la carrera. El gendarme había abierto fuego contra el huido, pero sin conseguir hacer blanco en él. Las palabras que crucé con los testigos me permitieron establecer que el temprano visitante había sido un tal Siomka Klímov, y que si se había marchado corriendo era por el

susto que le había pegado el guardia, que lo encañonaba gritándole en un idioma desconocido.

Así se lo trasladé al brigada, quien, fiel a su permanente suspicacia, se negó a aceptar una explicación tan simple. Sencillamente, necesitaba complicar la situación. En su opinión, nos enfrentábamos a una conjura o, cuando menos, a un intento de poner en libertad a Nikitin. Y si el enemigo había acabado huyendo despavorido había sido sólo gracias a la perspicacia y el arrojo del soldado español. Para el brigada, Siomka era la vanguardia de la fuerza atacante, de manera que salimos inmediatamente en su búsqueda. No tuvimos la suerte de encontrarlo en casa, pero su madre nos informó de que había ido al bosque a por leña. Ahora el brigada tenía ante sí un importante dilema: quedarse en Osia hasta que volviera Siomka y pudiéramos capturarlo, o regresar sin más demora a Podberezie con los tres detenidos y proceder a interrogarlos. Acabó eligiendo la segunda opción, porque el capitán Martínez necesitaba abrir a toda prisa un «caso» contra los comunistas, los agentes de la URSS y los cómplices de los partisanos, que cada vez se hacían notar más.

Tras prometerle al síndico que volveríamos pronto, como si nuestro regreso lo fuera a alegrar, subimos a los trineos acompañados de los detenidos y los corderos. Me costó un gran esfuerzo convencer al brigada de que no era necesario maniatar a los rusos capturados. ¿Qué podían hacer aquellos hombres, desarmados y a plena luz del día, contra siete u ocho españoles armados con fusiles y granadas de mano? Y eso sin mencionar que al principal sospechoso le faltaba una pierna y que, desprovisto de sus muletas, estaba absolutamente desvalido.

No nos habíamos alejado ni media versta del poblado, cuando nos dimos de bruces con Semión Klímov, el causante de la alarma. Fue obligatorio hacer una parada y allí mismo, en pleno bosque, se abrió la investigación para establecer el cómo y el por qué del suceso. Se le preguntó a Siomka la razón que lo había llevado a aparecer en aquella casa con las primeras luces del alba. Y dado que el culpable se callaba, comprendí enseguida que era por un lío de faldas. Que la cosa tenía que ver con alguna de las «viuditas» que habían encontrado alojamiento en la isba de Nikitin. De hecho, ya había sospechado algo así al ver el desasosiego de una de las

mujeres, una joven que no carecía de atractivos. E hice cuanto pude por convencer a mi jefe. Aun cuando estaba loco por poner en marcha investigaciones de toda índole, como era evidente que de aquello no había nada que sacar, el brigada decidió poner al «culpable» en libertad, no sin antes advertirle que lo mantendríamos bajo estricto seguimiento, por considerarlo sospechoso. «Apunte bien ahí el nombre de este sujeto, Kovalevski, por si acaso», me dijo. Y yo simulé que anotaba el nombre en mi cuaderno de campaña.

A nuestra llegada a «Pobereja» nos esperaba una desagradable sorpresa. Nos encontramos con que, durante nuestra ausencia, nos habían desalojado del habitáculo que ocupábamos. Nos vino a avisar de tan triste noticia el cocinero que nos servía. «¿Cómo y por qué ha podido ocurrir algo así? ¿Quién se ha atrevido a enfrentarse de esa manera al *Benemérito Cuerpo de la Guardia Civil*?»[388], le preguntamos.

De acuerdo con su relato, al maestro de música del 267.º Regimiento[389], alojado a la sazón en una isba ubicada en la retaguardia del emplazamiento de nuestra batería, le preocupaba la cantidad de proyectiles que caían junto a la casa. De acuerdo con él, su primer flautista, un hombre caracterizado por la flojedad de sus nervios y la manera desconsiderada con que trataba a los demás, dio orden de sacar nuestros bártulos de la isba que le había gustado. Ni los ruegos, ni las protestas, ni las amenazas del brigada consiguieron hacerle cambiar de opinión. El coronel E. [tachado a lápiz; tal vez, Esparza] apoyaba al jefe de la orquesta, y parece ser que también Muñoz Grandes estaba entre sus mayores aficionados. Por tanto, no tuvimos más remedio que someternos y buscar acomodo en una isba ruinosa.

El local era una verdadera calamidad. En las ventanas no había cristales. De hecho, ni siquiera quedaban ya los marcos. Una parte de la isba estaba completamente en ruinas y los tablones de las puertas estaban sujetos con masilla de cualquier manera. Ya la primera noche gozamos del encanto de los bombardeos. Las bombas caían tan cerca que había que agarrarse con fuerza para no caerse de la yacija, mientras la isba se estremecía como si sufriera un terremoto. La incomodidad era aún mayor, porque la isba estaba habitada por una familia numerosa y el espacio destinado a

nosotros era demasiado estrecho: dormíamos encima de las yacijas, debajo de ellas y en los corredores. Para salir de noche había que entregarse a complicados ejercicios de equilibrio.

Todos maldecían al primer flautista, y nuestro único consuelo fue que el enemigo, por razones para nosotros desconocidas, reorientó su fuego de artillería hacia la zona que habíamos ocupado antes. Nuestra antigua anfitriona nos contó más tarde que tampoco allí el valiente músico encontró el sosiego que buscaba y que se pasaba noches enteras metido en una suerte de trinchera abierta deprisa en medio del campo, que, de día, servía de letrina. Eso complació a nuestros hombres. «*El Benemérito cuerpo* **[390]** ha sido vengado», proclamaron.

Apenas nos hubimos instalado a medias en el nuevo alojamiento, el brigada, imbuido de celo profesional, dispuso que comenzaran los interrogatorios a los tres detenidos. Las acusaciones contra ellos se reducían, básicamente, a su pertenencia al Partido Comunista **[391]**. Al mutilado Kuzmin se le acusaba, además, de comportamiento cruel hacia la población local y de colaboración con el movimiento partisano.

Comenzaron por Nikitin, quien a todas las preguntas respondía con el silencio o con vaguedades. Insistía en que su puesto como responsable de la tienda de víveres no le dejaba tiempo para ocuparse de asuntos ajenos a su trabajo, y mucho menos de la organización del movimiento partisano.

El brigada, que buscaba hacer carrera con aquellos interrogatorios de los que yo no sabía qué esperaba en concreto, perdió los estribos: «¿Cómo puede ser tan sinvergüenza de negar su participación en el movimiento partisano, siendo comunista? A éste le voy a desenredar yo la lengua. López, átele las manos a la espalda a este maldito bolchevique hasta que lo confiese todo. ¡Y traedme al siguiente!», rugió.

Le tocó el turno a Arkashka Davidov. «Kovalevski, dígale que si se cierra en banda será castigado y hasta fusilado; por el contrario, si nos dice toda la verdad, lo dejaremos en libertad y lo condecoraremos», me pidió el brigada que le tradujera a modo de inicio. ¿Qué nos dijo Davidov? Básicamente, nada. En su opinión, el único que nos podía dar algún tipo de información era el maestro Kuzmin, por haber sido antes el presidente del partido en la

localidad. El brigada, aún prendado del «encanto» de Arkashka, no hizo más preguntas. Con ello, el detenido se libró de cualquier castigo e incluso salió del trance con la benevolente promesa de que sería reclutado como informante.

El interrogatorio de Kuzmin, por el contrario, fue muy bronco y se prolongó por tres horas, o tres horas y media. Si el maestro, acosado a preguntas y víctima de toda suerte de amenazas, acabó por desfallecer, imagínese cómo estaría yo, que tenía que traducir de un idioma al otro y, encima, añadir mis propias observaciones y consejos. Estoy convencido de que, sin estos últimos, aquel acto propio de la Inquisición se habría prolongado eternamente y no habría arrojado resultado alguno.

Es menester conocer el método que utilizan los españoles en los interrogatorios para comprender todo el absurdo que entrañaba, y así sentir la profunda repugnancia que inspira. Los españoles no interrogan para establecer los hechos, sino para exigir la admisión de la culpa y, sobre todo, para que sobrevenga el arrepentimiento. El gendarme se arroga los derechos del sacerdote que recibe la confesión, o del apóstol que propaga la fe. Yo acabé por estallar, y le espeté: «Brigada, aquí no estamos en un confesionario, ni necesitamos presenciar un acto de arrepentimiento o la remisión de los pecados, según los dogmas de la Iglesia católica. ¡Esto es un interrogatorio! Y lo que hemos conseguido ya es suficiente para que se dé por complacido. ¡Acabemos con esto de una vez!».

El interrogatorio había dado en verdad buenos frutos. Nos permitió conocer que cuando «los rojos» retrocedieron ante el empuje alemán y se esperaba la caída de Nóvgorod, los presidentes del partido comunista en las poblaciones de la región fueron invitados a reunirse en Nóvgorod para recibir instrucciones. Allí se les dieron armas con las que organizar el movimiento partisano. Nuestro maestro, sin ir más lejos, recibió unos doscientos fusiles, de los que repartió una parte y enterró la otra en el bosque. Parecía difícil sacarle algo más. Cuando se marchaba, concluido por fin el interrogatorio, alcancé a decirle que transmitiera a Nikitin, que esperaba maniatado su turno, que haría bien en simular su «arrepentimiento» y confirmar todo lo dicho por Kuzmin. ¿Qué sentido tenía soportar los tormentos, cuando ya estaba todo claro? Así lo hizo Nikitin, lo que le valió ser desatado.

Concluidos los interrogatorios, el brigada planteó la cuestión de qué hacer con los detenidos. Dejarlos retenidos con nosotros resultaba totalmente imposible. En un primer momento se le ocurrió enviarlos al Estado Mayor para que continuaran interrogándolos. Me costó horrores quitarle esa idea de la cabeza. «¿De qué son culpables, en realidad, Davidov y Nikitin? ¿De pertenecer al Partido Comunista? ¡Y de nada más! De hecho, todo el mundo nos ha hablado muy bien de ellos, por tanto: ¿por qué perseguirlos?», argüí.

Defender al maestro resultaba más difícil. Sí, era verdad que no se había enrolado personalmente en las filas partisanas, pero la mayoría de los vecinos se refería a él en términos muy negativos. No parecía posible devolverlo a su casa. Y una vez que el brigada había tomado la firme decisión de enviarlo al Estado Mayor, no quedaba más que contar con que el *alférez* **[392]** [ilegible] se apiadara de él y le salvara la vida. En aquellos tiempos yo aún creía en la existencia de ciertas dosis de humanidad en el capitán Martínez. Pero el futuro, como se vio después, le deparaba un trágico final al mutilado. Y tal vez también a Davidov y Nikitin.

Davidov y Nikitin fueron convocados de nuevo, y el brigada me pidió traducirles que quedaban en libertad y podían volver a sus casas. A cambio, tenían que comprometerse a proporcionarnos información acerca de los movimientos de los partisanos. «¡Por supuesto que están obligados a hacerlo!», exclamó. Adquirido ese compromiso, dejaron que se fueran. A Arkashka le fue asignada una misión desde el primer día: localizar una zona que había caído en manos de los partisanos en la población de Gori **[393]**, a treinta verstas de donde él mismo residía, y hacer acopio de todo tipo de información sobre ellos. El maestro, por su parte, fue enviado al Estado Mayor con el primer automóvil que cubría ese trayecto y el brigada dedicó una media hora larga a conferenciar con el capitán Martínez e informarle de los detalles de la captura de aquel peligrosísimo organizador del movimiento partisano.

El espacio del que disponíamos en la ruinosa nueva isba era muy pequeño. El único consuelo para los jóvenes españoles era que en ella vivían dos muchachas muy hermosas, las hijas de la dueña, a las que podían cortejar. Pero hay que decir que aquellos señores tenían unas maneras de cortejo muy peculiares: se pasaban todo el

día revoloteando alrededor de las jóvenes como diablos, se las comían con sus miradas lujuriosas, les hacían cosquillas cada vez que se les ponían a tiro, y al mismo tiempo las obligaban a trabajar para ellos, dándoles para lavar su apestosa ropa interior llena de piojos y, encima, echando sobre sus hombros todas las tareas de la cocina.

Desde primera hora de la mañana y hasta la última hora de la noche el fuego tenía que arder en la estufa y consumía una cantidad inmensa de leños, porque no hay mayor placer para un soldado español (y de cualquier otra nación) en sus ratos de ocio que asistir a la cocción del rancho, anticipando así el placer de comérselo. Para satisfacer esa necesidad de combustible, me tocó gestionar ante el síndico que se redujera a leña una de las isbas destruidas por las bombas enemigas. Una vez conseguido el objetivo, a los españoles sólo les quedaba acarrear los troncos y cortarlos, pero tampoco quisieron hacer eso. Fueron las lindas muchachas a las que cortejaban las que se encargaron de traer la madera en trineos de los que tiraban con los brazos, y las responsables de aserrarla después. Los mismos «caballeros» que habrían considerado un honor lustrar las botas de los señores o barrer las calles en su país, encontraban humillante cualquier trabajo aquí.

A mí, por cierto, también me tocó vivir un suceso desagradable. Un día en que trabajaba junto al síndico en las ruinas de una isba pasó una patrulla alemana y, al percatarse de que yo hablaba en ruso, me detuvieron creyendo que era un agente soviético enmascarado con el uniforme enemigo. Tuve que empeñarme en que vieran mis documentos donde aparecía vistiendo el uniforme español para sacar de su error a aquellos esforzados cazadores de espías.

La captura de uno de los responsables de la organización de la resistencia de los partisanos en la región de Nóvgorod deparó cierta satisfacción al brigada y al capitán Martínez. No obstante, la condición de mutilado del «criminal», al que le faltaba una pierna y, por lo tanto, no podía ser tenido por un activo partisano, negaba a los gendarmes la gloria que anhelaban. «El capitán Martínez está muy irritado, porque lo acusan de inacción, así que ahora nuestra tarea consiste en echarle el guante a un partisano, pero capturarlo con las armas en la mano y endosarle alguno de los últimos

atentados mortales contra oficiales españoles, que se han hecho tan frecuentes», decía el celoso brigada.

Sus palabras me producían un irreprimible temor, pues conocía la psicología de los españoles: en ausencia de perpetrador e incluso de crimen, si hacía falta se fabricaban. De hecho, ya se estaban produciendo decenas de arrestos en toda la comarca: a veces bastaba que se sospechara de tener trato con «los rojos», y a veces ni siquiera eso. Hubo el caso de un hombre a quien encontraron sobre las siete de la tarde sentado junto a una tapia haciendo sus necesidades y eso ya fue suficiente para que lo fusilasen. En su caso, bastó con acusarlo de estar escuchando a hurtadillas con el fin de vigilar los movimientos de las tropas españolas.

En cualquier momento del día o de la noche, mientras la Benemérita Guardia Civil disfrutaba de sus horas de descanso, se me convocaba a cualquier población de la zona para interrogar a «criminales». Para mayor desgracia, por esos días mi salud comenzó a quebrarse, y muchas veces me vi obligado a interrogar desde un trineo, en el que permanecía tumbado, a las personas que eran conducidas a mi presencia. A pesar de lo mucho que me repugnaba esa manera de tratar a la población local, en ocasiones me resultaba difícil reprimir una sonrisa cuando «el caso» se tornaba en una comedia. Por ejemplo, una campesina que acababa de ordeñar su vaca había sido detenida con el cubo de leche en la mano y acusada de tener relación con los partisanos, así como de proporcionarles alimento. A un campesino que encendió un cigarrillo que había conseguido con enorme esfuerzo, lo acusaron de hacer señales a los partisanos. Otro labriego, que llevaba una porción de heno en la punta de una horca, fue convertido en un partisano que se solazaba contemplando a sus víctimas.

Hubo un caso en particular que se convirtió en una farsa sin parangón. Un español detuvo a un anciano de apariencia venerable y lo acusó de seguirlo a todas partes con la intención de matarlo cuando se le presentara la ocasión propicia. ¿Qué se supo tras el interrogatorio? Pues que un buen padre, angustiado porque a su hija la cortejaba ese español, se creía en el deber de seguir a la joven pareja. Cuando se conoció la verdad, gracias a mis buenos oficios, el extrovertido español no pudo reprimir su arrepentimiento, y acusado y acusador abandonaron la escena

fundidos en un apretado abrazo.

Pero eso no era todo. En su manía persecutoria, uno de nuestros centinelas mató a un camarada suyo que había salido a aliviar la vejiga junto a la isba que ambos compartían. Y que nadie piense que ese acto despertó en el asesino arrepentimiento o remordimiento alguno. «Fue un *accidente*»[394], dijo, y con eso ya estaba todo solucionado. Naturalmente, el muerto fue incluido en la lista de los héroes de la *Cruzada*[395], caídos a manos de los bárbaros.

En más de una ocasión, tanto yo mismo como los demás intérpretes rusos que estábamos de nuevo en nuestro país nos preguntamos si en verdad al pueblo ruso le resultaba tan odioso el poder soviético, y si sería cierto que toda esa gente esclavizada sólo estaba esperando la ocasión para sacudirse el yugo de la opresión a cualquier precio. ¿O tal vez todo eso no eran más que bulos echados a rodar por los alemanes para justificar su política de conquista y los futuros asentamientos que planeaban en Rusia? Si lo segundo era verdad, entonces nosotros, los rusos que vinimos con ellos, estaríamos jugando un papel nada halagüeño, al estar traicionando a nuestra Patria y sirviendo a sus enemigos.

Esa duda me atormentaba a menudo. En ocasiones me venía a la cabeza la idea de que era el propio pueblo, y no el poder soviético, el que estaba defendiendo su país, y que el pueblo se había habituado tanto al poder comunista que no esperaba ya nada mejor[396]. Y mientras tanto nosotros, llegados de Occidente, sólo les habíamos traído muerte y desolación. En ese caso, habría que aceptar que toda la prensa de los exiliados rusos nos había estado engañando durante veinte años, presentando a la URSS como a un ente criminal, mientras se ocultaban los logros y el florecimiento de nuestra patria. En algunos momentos, esa idea llegaba a parecerme una verdad irrefutable. Pero la voz de la experiencia me obligaba a preguntarme si verdaderamente sería así. Al diablo, me decía a mí mismo, la cháchara de los Solonevich y semejantes: es verdad que ésos, con tal de justificar su huida de la URSS, no se ahorraban acusación alguna contra la Unión Soviética. Pero también estaban los desertores que se pasaban a nuestras filas allí mismo, en el frente, y ésos también daban testimonio del descontento de la población, sobre todo cuando manifestaban su alegría porque

pronto podrían empezar a trabajar para sí mismos y sólo para sí mismos, en vez de hacerlo para el *sovjós* [397] o el *koljós*. Y si bien el síndico de Niejótovo era un verdadero canalla que disfrutaba con sus acusaciones y denuncias, ¿por qué razón había otros, y eran muchos, que se dejaban la piel ayudándolos para alcanzar lo que consideraban su liberación?

De hecho, debo decir que en ocasiones me avergüenza que yo, siendo un intérprete al servicio de los españoles, ponga menos ahínco que toda esa pobre gente que de nosotros, los invasores, no recibe más que sinsabores. Y que lo hagan cuando, al servirnos, lo arriesgan todo. Y si es comprensible que nos ayuden los ancianos, que fueron soldados del Ejército del zar, ¿cómo se explica que jóvenes de quince o dieciséis años también sientan simpatía por nosotros? ¿Qué ganan con servirnos? Y si los alemanes (y no digo los jefes, sino los simples soldados) podían granjearse la simpatía de la población, los españoles, con su desenfreno y su constante saqueo de aquella población empobrecida, sólo podían despertar desprecio.

El caso de un chiquillo de Rogavka [398] se me quedó grabado en la memoria para siempre. Uno de esos días de diciembre en que el sol se pone a las cuatro de la tarde se presentó un muchacho en Podberezie, donde parábamos. Tras recorrer varias isbas en busca de la jefatura, llegó hasta la nuestra. Le preguntamos de dónde venía y qué quería. A modo de respuesta me alargó un trozo de papel arrugado que se sacó del fondo del bolsillo interior de la camisa en el que alguien había escrito lo siguiente: «Señor Jefe: hace dos días los partisanos mataron a uno de vuestros oficiales y a dos soldados junto a nuestra población. ¿Qué ordenáis hacer? ¿Les damos sepultura, o aguardamos a que vengáis a recoger sus cuerpos? Esperamos respuesta con el portador. Firmado: el síndico de Rogavka» [399].

La historia no era infrecuente: unos soldados españoles se habían internado en el bosque, en busca de comestibles o de conquistas galantes, y al alejarse demasiado de nuestras posiciones habían encontrado la muerte. Le pregunté dónde estaba ubicada la tal Rogavka, suponiendo que estaría a unas quince verstas de distancia. ¡Pero qué va! A treinta o cuarenta verstas, me dijo [400]. «Y entonces, chico: ¿cómo has llegado aquí?», le pregunté. Y él respondió: «¿Que cómo? Pues, caminando. Llevo dos días andando.

Salí de casa ayer al amanecer». «¿Y cómo nos has encontrado?», inquirí. «Los alemanes me fueron señalando el camino. —Tú ve a ver a los españoles —me decían—, que los nuestros no andan así vagando por los bosques». «Bueno, y dime una cosa, —continué preguntando—: ¿Cuántos partisanos hay allí donde vives?». «En lo que es mi pueblo partisanos no hay —explicó—: Vienen desde los bosques. Había unos cuarenta en un campamento que tenían, pero en todo el bosque sumarán más, unos ciento veinte». «¿Y no te daba miedo venir aquí?», le pregunté. «¿A qué le iba a tener miedo?», replicó, «Pues, a que los partisanos te capturasen. Te habrían matado, ¿no?», le dije. «Es verdad —admitió, pero añadió enseguida —: Eso sí, la nota me la guardé muy bien».

Aquel chico tendría catorce o quince años a lo sumo. Uno no podía dejar de preguntarse qué era lo que le había obligado a andar cuarenta verstas para darnos aquella noticia. Por cierto, no se lo agradecimos de manera especial. Apenas le dieron algo de cenar con lo que teníamos a mano, y tuve que librar una ardua batalla con el brigada para arrancarle al menos una caja de conservas que darle al recadero. Pero él se negaba hasta a eso. Es curiosa la opinión que los españoles tienen de sí mismos, la manera en que se creen que todo se lo merecen «por su cara bonita». El chico pernoctó en nuestra isba y salió a la mañana siguiente con instrucciones escritas para el síndico: enterrar a los muertos en ataúdes y esperar a que fuéramos a recoger los cuerpos con un destacamento apropiado. Antes mantuve una larga charla con él, en la que me reveló una larga lista de comunistas y partisanos activos. Entre ellos un tal Novikov, un tal Gavrilov y un tal Trishkov. También me reveló los nombres de Ksenia Vasilieva y la gorda Kuzmina, ambas mujeres partisanas, defensoras de la patria comunista. Y yo no podía dejar de preguntarme de qué lado, a fin de cuentas, estaba la verdad. Si del lado de Ksenia Vasilieva y la gorda Kuzmina, o del de nuestro pequeño héroe, un muchacho que se tragó cuarenta verstas, atravesando él solito el bosque frondoso, para avisar a unos forasteros de un evento desgraciado que los afectaba.

Hubo que esperar dos semanas para alistar media compañía que se desplazaría hasta la distante Rogavka. A su regreso, el jefe de la expedición me dio las gracias calurosamente, porque los cuerpos de

nuestros muertos habían sido debidamente enterrados en ataúdes bien trabados, y a cada uno le habían colocado un pequeño crucifijo entre las manos. Por si fuera poco, los miembros de la columna fueron debidamente alimentados y agasajados por un síndico que, con ello, se ganó la gloria. Ésa es la historia de uno de los asesinatos de soldados españoles en la URSS. Más tarde contaré los detalles, bien diferentes, de otro de ellos.

Pero la sed de gloria, de lauros baratos, le quitaba el sueño al celoso brigada. Las visitas al síndico de Niejótovo, tan amigo de las denuncias, se tornaron cada vez más frecuentes. Con todo, las nuevas delaciones no constituían terreno abonado para nuevos «actos heroicos». «Oseja» (Osia) ya era territorio libre de comunistas, pero aún quedaba la vecina población de Dólgovo y ni echando mano de toda su inventiva era capaz nuestro voluntario informante de ofrecernos datos valiosos acerca de las ovejas rezagadas del rebaño comunista en esa población. Pero un día, cediendo a la tozudez del español, el síndico se sacó un delincuente de la chistera. «Hay un tal Vaska Nikolin, al que llaman *el Masilla*, que fue miembro del partido y, aunque se trata de un hombre muy joven, es un comunista muy activo». «A ver si se pone a trabajar, Kovalevski», se dirigió a mí enseguida el brigada: «Mi capitán y yo estamos muy decepcionados con usted, para que lo sepa. ¡A ver si hace algo de una vez! Pregunte dónde podemos encontrar a ese tal Masilla y vayamos a detenerlo de una vez».

Salimos de nuestro Estado Mayor antes del amanecer, como solíamos hacer, para caer sobre Dólgovo en plena noche y coger desprevenido al «criminal». Además, hasta tuvimos la suerte de toparnos con «genuinos» partisanos, que era el sueño alimentado por Zeiss [Sáez] y el capitán Martínez.

El camino que conducía al poblado era una verdadera calamidad. Cabía pensar que en otoño y primavera fuese completamente impracticable, dado que Dólgovo se hallaba emplazada en una zona pantanosa. De hecho, incluso ahora, en pleno invierno y con el suelo helado, los finos troncos de los árboles que crecían en medio del camino se doblaban sobre el fango a medio helar obligándonos a los que íbamos sentados en los trineos a pegar botes y sujetarnos unos a otros para evitar ser arrojados fuera de los vehículos. Siguiendo las instrucciones del síndico de

Niejótovo, al entrar en Dólgovo nos fuimos directamente a ver al guardabosque para que nos informara del paradero de nuestro objetivo. «Eso será una pérdida de tiempo, camarada intérprete», me dijo enseguida nuestro hombre. «¿Y por qué me dice usted eso?», le pregunté. «Pues porque el Masilla no es nadie y, si me permite la expresión, sólo es un pobre idiota. Yo no sabría decirle con exactitud si militó o no en el Partido [Comunista], pero que es un rufián y un mujeriego, eso sí se lo puedo asegurar. ¡Y me juego lo que quiera a que no lo encontrará en su casa a estas horas, porque estará en algún lugar rodeado de chicas!», me advirtió. No quise decepcionar tan pronto al brigada y me callé el vaticinio del guardabosque, que, por cierto, acabó cumpliéndose a rajatabla.

Nuestro objetivo no estaba en su casa. «No sé dónde estará metido a estas horas, pero lo más probable es que esté en el lagar de aceite de linaza», nos avisó su madre. Nos encaminamos al lagar. Era noche cerrada. El brigada distribuyó sus fuerzas de acuerdo a las reglas de la estrategia militar. La pequeña isba que albergaba el lagar fue rodeada, y el grueso del destacamento se lanzó al asalto de la puerta principal. Como siempre, el brigada entró el primero, revólver en ristre. En el interior del recinto la oscuridad era casi completa, porque se alumbraban con una lámpara de aceite caliente que alimentaba una mecha de trapo.

Desde el primer momento saltaba a la vista que habíamos irrumpido en una corte matriarcal. Toda aquella gente asustada se lanzó en todas direcciones, escondiéndose en los rincones oscuros de aquella improvisada fábrica, detrás de los sacos o de la muela del lagar. «¿Quién es el Masilla?», preguntó el brigada. La penosa silueta de un chiquillo avanzó hacia nosotros. A la luz de la linterna eléctrica que lo alumbró se pudo ver la mueca de horror que le desfiguraba el rostro aniñado. El brigada estaba visiblemente incómodo. «¿Es éste?», preguntó. «Como puede ver, no hay otro», le dije. «Pues que se venga con nosotros», ordenó.

El interrogatorio al que el «criminal» fue sometido la mañana siguiente no arrojó ningún resultado, como era de esperar. Por lo tanto, no me costó mucho esfuerzo convencer a mi jefe para que lo dejara en libertad, sobre todo cuando le informé de que el muchacho se manejaba muy bien con los esquís y podía resultarnos de utilidad recorriendo los bosques y las poblaciones cercanas. Sin

embargo, no fue eso lo único que movió a Zeiss [Sáez] a mostrar compasión. López había descubierto en el arrestado un conocimiento y una habilidad especiales para conseguir víveres. No sé en qué lengua internacional trataron ese asunto, pero, en todo caso, bastó una sola jornada para que López «recogiera una abundante cosecha» entre la población. Y a partir de ese día aparecieron corderillos, gallinas y hasta un poco de mantequilla en nuestra modesta mesa. De ese modo, el viaje a Dólgovo fue calificado como un notable éxito.

Pero sólo hubo un suceso menor que enturbió el alegre estado de ánimo del brigada. A saber, una mujer con el rostro lleno de lágrimas, ya una anciana, que se arrojó a sus pies para implorarle que la protegiera del constante pillaje. Resultaba que un soldado español al que ella llamaba Iván (en realidad, Juan) le había matado todas las gallinas a tiros. El Juan de marras fue conducido a presencia del brigada, quien se dirigió a él en tono intimidatorio y le ordenó descubrirse. Todo parecía anunciar que estaba en camino un severo castigo. Pero en esas, para sorpresa de ambos, la campesina se arrojó nuevamente a los pies del brigada. «¿Y ahora qué quiere?», preguntó éste. «No sea muy severo con Iván, que es un chico muy bueno, pero a veces se le va la cabeza», imploró esta vez la anciana sin dejar de llorar. Traduje su ruego a Zeiss [Sáez], que se encogió de hombros: «¡No hay quien se aclare con estos rusos!», exclamó. La cosa acabó allí, aunque muy pronto «Iván» y la anciana volvieron a aparecer en escena.

El capitán Martínez no estaba nada satisfecho con nuestra búsqueda de partisanos, que en la práctica no arrojaba resultado alguno, y estaba dispuesto a implicarse personalmente en la captura y el ajusticiamiento de los asesinos de soldados españoles. Un día, de manera inesperada, se le presentó la oportunidad y tomó el camino de «Pobereja» acompañado de una tropa que viajaba en veinte trineos. Lo primero que hizo al llegar fue cubrirnos de reproches: «¡Aquí están matando a los abnegados hijos de España y vosotros no veis un carajo! En el Estado Mayor de la División se ha recibido la información de que los partisanos han atacado a varios soldados españoles en una pequeña población en el bosque, a corta distancia de Dólgovo. Han matado a uno y hay otro gravemente herido. Por eso me he venido con este destacamento a dar con el

paradero de esos partisanos, y a castigar a la población que les brinda cobijo», explicó. Y añadió a continuación, dirigiéndose a mí: «¡Busque un par de prácticos que nos lleven ahora mismo a ese poblado en el bosque, Kovalevski!».

Un nuevo integrante del séquito del capitán atrajo inmediatamente mi atención. A saber, el joven señor Castiella **[401]**, cuya juventud no le impedía ser profesor de Derecho Internacional y que, aunque ni era militar ni ostentaba rango militar alguno, llevaba el uniforme alemán. El papel de aquel esbirro en el entorno del capitán era sumamente extraño. Cabía pensar que, si en su calidad de civil quería observar la «*Cruzada* **[402]** contra los bárbaros» de cerca, debieron haberle hecho sitio en el Estado Mayor de la División o en algún regimiento, pero no en la Guardia Civil, cuyos métodos con la población no habrían sido del agrado del notable profesor. Pero yo todavía conocía demasiado poco a los españoles por aquel entonces. Y lo que me tocaría ver me demostró que lo que resulta imposible en cualquier país medianamente civilizado es posible en España. Con el pecho cubierto de condecoraciones, el señor Castiella sería más tarde y por largos años ministro de Asuntos Exteriores de España y dejó «hermosos recuerdos» de su paso por el puesto.

Una vez más, tomé al guardabosque de Dólgovo y nos internamos en el bosque subidos a los primeros trineos. Pedí al cochero que fuera a toda prisa, porque quería aclarar la situación antes de la llegada del capitán y conocer el grado de responsabilidad que los vecinos del poblado podían tener en la muerte de los españoles. En una pequeña isba a las afueras de la población me di de bruces con el ataúd donde reposaba el español muerto. Llevaba un pequeño crucifijo entre las manos. Seguí camino y en una amplia buhardilla me encontré con la cama en la que reposaba el herido. Los dueños de la casa lo rodeaban con temor. No será difícil imaginar mi sorpresa al descubrir al ya conocido «Iván» tumbado en aquella cama. Tenía que darme prisa. «Cuéntame rápidamente cómo se desarrolló el ataque de los partisanos», le ordené. Y él contestó: «¿De qué partisanos me habla? Fueron los alemanes. Nos vieron con las pellizas estas que apenas nos llegan a la cintura y los gorros, nos tomaron por partisanos y abrieron fuego. Yo me puse a gritar como un loco: "*Spanien,*

Spanien!”[403], pero ya era tarde. Después, al percatarse de que éramos españoles, nos trajeron a este pueblo y nos prometieron dar noticia a los nuestros».

El capitán, que había hecho tan largo viaje, sufrió una gran decepción. El desenlace no había sido el que ansiaba (como tampoco el esperado por el profesor). Se esmeró cuanto pudo para que «Iván» modificase su versión de los hechos, pero este último se negó tozudamente a desdecirse. Entretanto, yo me ocupé de localizar de nuevo al síndico y le recomendé que agasajase a los recién llegados de la mejor manera posible. Aunque no cabía hablar de abundancia, en esas poblaciones, las ubicadas en medio de los bosques de la región de Nóvgorod y distantes de los campos de batalla, todavía quedaban muchos víveres: ganado, cerdos, aves. Lo que no tenían era pan. Las voraces incursiones de los sucesivos «Ivanes» y sus semejantes no habían conseguido arruinar del todo sus haciendas. Nos dieron de comer de lo lindo. Y pensé que con el banquete acababa todo. Pero, qué va, poco conocía yo a los españoles y, en particular, al capitán Martínez.

En el camino de regreso, cuando apenas nos separaba media versta de nuestro destino, el capitán detuvo la marcha, me hizo llamar y me ordenó conducir a la tropa a Dólgovo. Él, entretanto, con el pretexto de impartir unas órdenes, se dio la vuelta y volvió sobre sus pasos acompañado, por cierto, del trineo en el que viajaba López. Creo que huelga explicar qué propósito perseguía al actuar de ese modo. Ya caía la noche y entrábamos en Dólgovo, cuando nos dio alcance con sus trineos cargados a más no poder.

En cuanto a nosotros, al llegar a Dólgovo los chicos saltaron de los trineos y se dispersaron por las isbas, unos con ganas de llevarse algo más a la boca, otros buscando compañía femenina y todos ansiosos por entrar en calor, pues con la caída de la noche helaba bastante. De modo que me quedé en el trineo a solas con el ataúd y con el herido y desvalido «Iván». El pobre estaba allí tumbado, paralizado y aterido de frío. Pero en eso apareció la anciana que no hacía mucho se había quejado de él con tanta vehemencia, y al verlo se puso a pegar gritos enterada de lo que le había sucedido. «¡Esos soldados no tienen Dios, si son capaces de abandonar así a su camarada con este frío!», protestó. Y dirigiéndose a él, le preguntó solícita: «¿Qué prefieres, Iván? ¿Algo de comer, o un poco de té?».

Unos instantes más tarde ya volvía apresurada trayéndole una manta, probablemente la única que tenía, y ya no se apartó del trineo mientras permanecimos en Dólgovo, dándole té y comida a su «gallardo Iván» y derramando sobre él lágrimas, como si de su propio hijo se tratara. Tuve que darle toda la razón al brigada: ¡a los rusos no hay quien los entienda!

Pero no tuvimos ocasión de dormirnos en los laureles en «Pobereja». Una «nota» llegada del Estado Mayor sembró la alarma al informar de que una gran partida de partisanos, restos de la [1]88.ª División soviética, que había sido destrozada por los alemanes, se estaba acercando a la línea del frente con el propósito de reunirse con los «rojos»**[404]**. La comunicación advertía de que era posible que los partisanos intentasen dar con grupos aislados de españoles, y atacarlos al amparo de la noche con el auxilio de la población.

El pánico se apoderó del brigada. Cada noche, cuando la penumbra se adueñaba de Dólgovo, mandaba patrullar las calles con orden de mantenerse en los terrenos adyacentes a la carretera Nóvgorod-Leningrado y disparar sobre cualquier silueta sospechosa. Así fue como la *Benemérita***[405]** segó la vida de uno de sus agentes, que salió en plena noche a aliviar el vientre.

La nota también informaba de un asunto acuciante: la Guardia Civil tenía que capturar a un «verdadero» partisano con las armas en la mano de una vez por todas, para justificar así su presencia en la guerra. El tono en que venía planteada la exigencia daba a entender que, si los resultados continuaban siendo tan pobres como hasta entonces, no cabía pensar en condecoraciones ni ascensos de ninguna índole. El brigada estaba que echaba humo. Tuve que explicarle que recluidos en Podberezie no íbamos a capturar un partisano de ninguna manera, porque sólo las tropas regulares podían ser capaces de romper las líneas del coronel Eo[ilegible], llegar hasta nosotros y atacarnos. Si lo que queríamos era capturar partisanos, le dije, teníamos que internarnos en *tierra de nadie***[406]**, moviéndonos hacia Osieja, Dólgovo e, incluso, Rogavka. Eso sí, añadí, hacerlo entrañaría riesgos, pues quien no arriesga nada gana. Y sería algo muy distinto a hacer el tonto, que era a lo que nos entregábamos allí.

A Zeiss [Sáez] se le subieron los colores a la cara, herido en su

vanidad y su orgullo (¡ay de la vanidad y el orgullo españoles!) y dio la orden de ponernos en camino inmediatamente. «Aquí no volvemos sin habernos cobrado una presa, y ha de quedar claro que si no tenemos éxito será por su culpa, Kovalevski», dijo. Y añadió: «El capitán y yo ya estamos empezando a perder la confianza en usted, porque qué clase de intérprete es usted si no quiere, o no puede, hacer nada de provecho». Parecía que era mi turno para mostrarme ofendido, pero me alegraba tanto de salir de la inhóspita «Pobereja», donde tanta hambre pasábamos y cada noche había que soportar los bombardeos, que no dije nada.

Nos decidimos por Osieja, por ser una población con un gran número de habitantes, más próspera y más hospitalaria. Y no nos equivocamos. El síndico nos alojó a los seis (en un primer momento, viajamos sólo seis de nosotros, sin llevar a López) en la casa de una familia que se mostró muy acogedora. La primera noche nos «montaron» tal cena que yo creo que no había vivido una igual en los veinte años que llevaba exiliado. Había de todo: de primero, se sirvieron bollos rellenos, *rastegaichiki* y setas marinadas. De segundo, nos ofrecieron un cochinillo con crema de leche y rábano picante. Hubo gelatina de arándano de postre, y bollitos dulces para acompañar el té. Me preguntaba cómo habían podido preservar del pillaje todas esas viandas…

Los españoles estaban que no cabían en sí de alegría, porque para colmo de su gozo nuestros anfitriones tenían dos hijas, adolescentes las dos y muy monas. Y no veas cómo se ponen los españoles con que les des algo que se asemeje siquiera a una mujer. Se vuelven locos. A mí me sorprendió muy positivamente otra circunstancia. A saber, que en cuanto entré a la casa, la hija menor, Zina, me abordó y me espetó sin ambages: «Debo entender que usted es Vladímir Ivánovich Kovalevski, ¿no es cierto?». Su pregunta me desconcertó. Su hermana se echó a reír: «Pero si os conocemos a todos —dijo—: A. Tingram, a Konstantín Andréyevich Goncharenko y a todos los demás». «¿Y cómo es eso?», pregunté. Y ella respondió: «Kolia Zotov [407] nos lo ha contado todo de vosotros y nos ha hecho una descripción de cada uno. Por eso le hemos descubierto a usted desde el primer momento». Pensé que no era nada bueno permitirse esa confianza en un lugar que «los rojos» tenían a tiro de piedra, y en el que podían presentarse mañana.

Pero me equivoqué: «los rojos» irrumpieron allí aquella misma noche, y ahora contaré cómo sucedió…

El desenlace

Las penumbras de las verdades más nimias me son más caras.

Que la más augusta mentira que nos eleva **[408]**.

Aquella noche nos fuimos a dormir con el estómago lleno y con buen ánimo. El brigada no estimó necesario colocar centinelas que vigilaran por turnos. Más aún: la tropa se echó a dormir desvestida y no tardó en entregarse al sueño de los justos. *Como si nada hubiera pasado* **[409]**, al decir de los españoles. No sé cuánto tiempo permanecí dormido hasta que me despertó una conversación a gritos en la habitación contigua. Me vestí a toda prisa y salí a ver qué pasaba. Los dueños de la casa y sus hijas, a medio vestir, mantenían una viva conversación con un adolescente que me resultó desconocido. Había una gran excitación en el ambiente. Mi aparición los hizo callar.

«¡¿Qué pasa aquí?!», pregunté. El chico, tal vez más asustado que confuso, respondió deprisa, tragándose las palabras, bajo la mirada reprobatoria de los dueños de la casa. «¡Unos partisanos armados han irrumpido en nuestra isba!», me informó. «¿Son muchos?», inquirí. «No lo sé», contestó. «¿Llevan mucho tiempo ahí?», quise saber. «Acaban de llegar. Y he aprovechado que están comiendo y bebiendo para correr a avisaros. No quiero que nos castiguéis después», se explicó. Tardé unos instantes en decidir qué hacer. El brigada y el resto de los españoles se nos habían unido. Zeiss [Sáez] se alteró en cuanto supo de qué iba la cosa: «¡Traed enseguida la ametralladora y los fusiles: caigamos sobre los recién llegados! Síndico, Kovalevski, ¡decidme de cuánta gente hablamos y qué armamento llevan!». El desconocimiento que teníamos del número preciso de los «rojos» lo desanimó un poco. «¿Y si resultara que son muchos, mientras que nosotros no somos más que seis y eso contando al chófer y al barbero?», preguntó.

Su pregunta me hizo reír. «¿De qué se ríe?», me espetó. «¿No le hace gracia imaginarse aquí a un barbero? ¡Bah! ¡Tonterías! Pregúntele mejor al dueño de esta casa si por aquí hay alemanes o

españoles, forrajeadores, por ejemplo, que nos puedan echar una mano». «Españoles no hay, pero sí cinco o seis alemanes que llegaron hace unos días y se están alojando en la casa de enfrente», nos respondió. El brigada se animó: «Vayamos a buscarlos enseguida, y que este hombre nos enseñe dónde viven», dispuso.

A los alemanes, con su sargento a la cabeza, los encontramos pronto, pero no mostraron ningún entusiasmo ante la idea de acompañarnos, escudándose en que no habían ido allí a pelear contra los partisanos. Me desentendí de ellos y eché a andar con paso firme tras el chico hacia el otro confín del pueblo, hacia la isba donde «los rojos» habían encontrado cobijo. «Pero ¿a dónde va? ¿Y yo qué?», exclamó el brigada, histérico, mientras corría detrás de mí empuñando el revólver y buscando darme alcance y encabezar la marcha. Creo que, en aquel momento, su anhelo de ser el primero no sólo respondía a su vanidad, sino al temor de que yo me pasara a las filas enemigas: ¡de ahí sacó el valor!

La isba que ocupaban los recién llegados se adivinaba desde lejos, porque sus ventanas eran las únicas en las que había luz. Las demás casas estaban en penumbra. El plan de ataque fue diseñado en un santiamén: rodear la isba con todas nuestras fuerzas (seis hombres, apenas) e instalar la ametralladora apuntando a la puerta, dispuesta a segar la vida de todo el que asomara por ella. Fue una suerte que se demoraran instalándola, por cierto, porque habrían podido llevarse por delante al dueño de la isba, el padre del chico que nos había dado aviso de la situación. Por él supimos que los partisanos eran seis, que tres de ellos iban armados con fusiles y el resto con revólveres y granadas de mano.

¿Qué hacer? ¿Debíamos atacar? ¿Cómo lo hacíamos? Si arrojábamos granadas de mano por las ventanas habría escasas probabilidades de que cayeran dentro; y, de hacerlo, podrían matar a la madre de la casa y a sus hijos. Los jefes no tardaron demasiado en diseñar el plan de ataque: «Vaya usted delante, Kovalevski, y propóngales que se entreguen, dada la desesperada situación en la que se encuentran debido a nuestra aplastante superioridad (¡¿?!). En caso de recibir una negativa, amenácelos con prender fuego a la isba. ¡Nosotros lo apoyaremos a cierta distancia con la ametralladora y el fuego de los fusiles!». Yo sabía muy bien que ese fuego de ametralladoras y fusilería tenía muchas más

probabilidades de acabar en mi espalda que en los cuerpos de los partisanos.

Me acerqué a la isba y llamé a la puerta. La primera en responder desde dentro fue la señora de la casa. Después se escuchó una voz masculina. Trasladé la oferta de que se entregaran. Se les sugirió arrojar sus armas por la ventana. Cinco minutos más tarde y en ausencia de respuesta, el brigada propuso iniciar los preparativos para prender fuego a la isba. Antes, para amedrentarlos, se arrojó una granada de mano que estalló ante la ventana. La explosión no causó efecto alguno. Los partisanos sofocaron rápidamente las llamas que ardieron dentro de la isba y mantuvieron un silencio sepulcral. La isba estaba unida a un cobertizo por medio de un techo de paja y se decidió prender fuego precisamente allí, para que la humareda obligara a los asediados a salir a la intemperie.

El techo de paja, para mi sorpresa, ardió enseguida a pesar de la espesa capa de nieve que lo cubría, y las llamas abrasaron el cobertizo por todos los lados. Una vez más ofrecimos a los asediados que se entregaran, porque el desenlace estaba cada vez más claro. Los partisanos ya tendrían que estar sufriendo los efectos del humo. En ese instante de máxima alerta, un avión atraído por el fuego en la isba apareció de repente en aquel cielo sin nubes y comenzó a bañarnos con una lluvia de plomo. El cuadro era apocalíptico y de auténtica *confusión* **[410]**, porque resultaba muy difícil dilucidar quién atacaba y quién se defendía. Cabe pensar que una completa turbación e indecisión se apoderaron de los asediados. Y eso fue lo que los perdió.

¿Qué podía ser más fácil que tirar la puerta abajo y acabar conmigo de un culatazo? Con toda probabilidad, el nervioso brigada, asistido nada menos que por un barbero y un chófer, no habría llegado a disparar e, incluso, de haberlo logrado, difícilmente habría hecho blanco en los fugados. Es igualmente probable que los rusos se hubieran apoderado de la ametralladora. Cuantitativamente, las fuerzas eran parejas, pero cualitativamente la ventaja la tenían ellos. No obstante, dejaron escapar la ocasión y, ahogados por el humo, arrojaron por la ventana sus revólveres, granadas y fusiles; antes de que los españoles tuvieran tiempo para lanzarse sobre sus «trofeos», ya salían de la isba seis corpulentos rusos con los brazos en alto, vestidos con pellizas enguatadas que

les llegaban hasta la cintura.

No sé a qué atribuirlo exactamente, pero lo cierto es que tuve la impresión de que mis compañeros estaban más nerviosos y atemorizados que los propios hombres que se estaban entregando. Con los fusiles en ristre y el dedo en el gatillo, parecía que «los vencedores» fueran a disparar a sus prisioneros en cualquier momento, sobre todo porque tuve que desviar mi atención hacia el fuego que se tragaba la isba para intentar salvar todo lo que pudiera de las pertenencias de sus dueños. Sin embargo, fue poco lo que se consiguió arrancar a unas llamas que avanzaban a toda velocidad. El brigada me apartó casi a la fuerza del fuego: «*Deja eso, deja esas tonterías*»[411], protestó. Y echamos a andar enseguida hacia la isba del síndico acompañando a nuestra «presa». Cuando iba a comenzar el interrogatorio apareció allí un sargento alemán como por arte de magia. Venía acompañado de media docena de sus hombres y un intérprete, un campesino ruso que hablaba alemán.

Tres de los prisioneros resultaron ser soldados rasos. También había un comandante de batallón, un capitán y un comisario político. Este último no admitía su posición, pero el intérprete de los alemanes aseguraba que la estrella que llevaba en la manga identificaba sin duda alguna a los comisarios políticos[412]. El registro no permitió encontrarles dinero, pero sí viejos relojes y cortaplumas, así como lápices y otras bagatelas. Llamaba la atención que llevasen consigo una buena cantidad de un material que parecía vidrio roto. Interrogados por la naturaleza de aquel material, los prisioneros, remanentes de la [1]88.ª División del Ejército Rojo, explicaron que habían encontrado un avión derribado y habían cogido esa sustancia incandescente de entre los restos del aparato, con el objetivo de alumbrarse con ella.

El capitán llevaba un pequeño diario, que le fue incautado, donde iba marcando el camino recorrido y la ruta que debían seguir para encontrarse con los que llamaba «nuestra gente». Por añadidura, cada uno de ellos llevaba una lista con los nombres y las direcciones de sus acompañantes para el caso en que sólo uno de ellos consiguiera atravesar con vida las filas enemigas. Aparte del nombre del capitán, a quien yo me propuse salvar (y, de hecho, condené), la lista incluía los siguientes nombres: Iván Novikov, Alekséi Ziganov, Timoféi Borovenko, Iván Vaguin y Veniamín

Belolípetski[413]. Todos ellos provenían de las provincias del norte (o regiones, como las llaman los soviéticos), excepto el capitán, oriundo de la provincia de Chernígov[414].

Dado que los rusos vestían de uniforme y llevaban a la vista el rango militar que ostentaban, su pertenencia a la derrotada [1]88.ª División soviética estaba fuera de dudas, por lo que entendí que no cabía imaginar ni por un instante que se les fuera a dar el trato reservado a los partisanos, es decir, fusilarlos. Tampoco percibí en el brigada la menor disposición a matarlos, máxime cuando se habían entregado sin ofrecer resistencia. Pero los alemanes, que ni siquiera habían participado en la captura de aquellos hombres, prorrumpieron a coro: «*Schieen! Schießen*!»[415], es decir: «¡Fusilar! ¡Fusilar!». Intenté explicarles mi punto de vista tanto a ellos como a los españoles, y creo que habría acabado saliéndome con la mía, puesto que a Zeiss [Sáez] le complacía la idea de aparecer en el Estado Mayor acompañado de aquellas presas. Pero, en esas, tuvo lugar una desafortunada intervención donde menos cabía esperarla.

A lo largo de todo el interrogatorio, el intérprete que acompañaba a los alemanes no paró de insultar a los detenidos, a la vez que sostenía que yo era un bolchevique enmascarado que, «conchabado» con los comunistas, me había puesto de su parte. Echando mano de toda suerte de groseros insultos en alemán (es posible que él mismo fuera prisionero de los alemanes) intentaba comprometerme ante sus amos. Los españoles no se enteraban demasiado de lo que se decía, pero a la vista de los gestos de aquel «engendro», que hasta se atrevió a agarrarme del cuello de la guerrera, y viendo las miradas salvajes que me lanzaban los alemanes, adivinaron que se me estaba acusando de traición. Consciente del carácter desconfiado de los españoles y la antipatía que el brigada sentía hacia mí, comprendí que más me valía abstenerme de defender a mis compatriotas, pues yo mismo podía acabar muy mal y nada conseguiría hacer por ellos. No obstante, se me ocurrió que al menos podía salvar a alguno. Animado por esa idea, exploté la vanidad del brigada y lo convencí de que sería una vergüenza presentarnos en el Estado Mayor con las manos vacías después de haber capturado a todos aquellos rusos. Con ese argumento, lo persuadí de que dejásemos con vida al menos a uno.

Al capitán, concretamente. Desconozco si las inminentes víctimas eran conscientes de la negociación que estaba teniendo lugar ante sus propios ojos. Con que sólo captaran algo, ya habría sido suficiente para que sufrieran horrores. Finalmente, los alemanes se llevaron a los «condenados». Uno de los españoles los acompañó, a modo de testigo. Tomé asiento al lado del capitán y lo tranquilicé explicándole que por el momento había conseguido salvar su vida, y que tenía plena confianza en que la influencia de un intérprete de mayor rango que el mío en el Estado Mayor serviría para conservársela. Nada le dije de la suerte que esperaba al resto de sus camaradas, pero pienso que él adivinaba muy bien a dónde los habían conducido los alemanes.

Me pidió un pitillo y, como yo no fumo, se lo pedí al brigada. Éste, por su parte, satisfecho por el «éxito» cosechado esa jornada, iba a satisfacer el ruego del capitán, pero una maléfica suerte se había posado sobre ese ruso. En ese mismo instante, la puerta se abrió de golpe e irrumpió el «testigo» español que se había marchado con los alemanes. Entró dominado por la excitación, agitando los brazos y el fusil que empuñaba. Sinceramente, yo creí entender que «los rojos» acababan de atacar la población, algo a todas luces imposible.

¡Pero no era eso! ¡No! No contentos con fusilar a *sus* **[416]** prisioneros, a los que conducían desarmados, los alemanes, guiados por sus sádicos instintos, decidieron quemarlos vivos. Así, tras conducirlos hasta la isba en llamas (los vecinos se habían abstenido de apagar el incendio por temor a represalias), aquellos bárbaros comenzaron a empujar a sus víctimas hacia el fuego. En ese momento, los prisioneros decidieron jugarse el último cartucho. Su comandante arrancó el fusil de las manos del sargento y echó a correr. Los demás prisioneros siguieron su ejemplo. Según el relato del «testigo» español, se produjo una «*confusión*» **[417]**, multiplicada por la súbita reaparición del avión, que comenzó a disparar desde arriba a los actores de aquel drama. La cosa acabó en que, de los cinco prisioneros conducidos al cadalso, tres escaparon y dos fueron asesinados. Ibáñez **[418]** se ufanó de haber dado muerte personalmente a uno de los últimos.

El relato de los hechos provocó el pánico entre los españoles de la isba. Hay que subrayar que el «pánico» de los españoles es un

«pánico» particular, rayano en la histeria, un estado que obnubila la razón y convierte al hombre en una fiera. En tales casos, no tiene sentido esperar algún tipo de actuación lógica. Y eso se vio claramente allí, cuando todos los presentes, sin necesidad de intercambiar una sola palabra, se abalanzaron inmediatamente sobre el capitán que había quedado con vida y, después de atarle las manos a la espalda, lo sacaron a empujones a la calle. El prisionero miraba horrorizado en torno suyo, como si esperara que le llegara la salvación de algún lado. Quise explicarle brevemente lo que sucedía, pero el brigada, histérico, me apartó de él de un empujón, mientras agitaba la pistola y me gritaba: «*¡Ni una sola palabra! ¡Ni una sola!*» **[419]**.

El cruel y codicioso Ibáñez obligó al ruso a quitarse las botas. El gesto era lo suficientemente elocuente como para que el pobre capitán comprendiera la suerte que le esperaba. Lo condujeron al «lugar del crimen». De la isba que fue pasto de las llamas apenas quedaban un montón de tizones. Había dos cadáveres tendidos sobre la nieve. El condenado avanzaba hacia su muerte inminente. Diez años después, sus ruegos todavía resuenan en mis oídos: «¡Sálveme, ruso! ¡Soy tan joven todavía y tengo tantas ganas de vivir! ¡Sálveme la vida! ¿Por qué me la quitáis, eh? ¿Qué he hecho yo? ¡Mi único crimen ha sido la defensa de mi Patria!». La bala en la nuca que le disparó con su fusil el despiadado Martínez puso fin a los sufrimientos del capitán.

En mi larga vida (en aquel momento yo contaba casi cincuenta años), de la que más de un cuarto había servido en el Ejército, yo [había] peleado en combates y batallas, y, por lo tanto, había asistido a asesinatos en masa y me había tocado ver la muerte de cerca, incluso a veces la de mis mejores amigos. Yo mismo, cuando me tocó apostarme detrás de la ametralladora, había repartido muerte sin saber a quién se la daba. En la guerra civil que libramos entre 1917 y 1921 mis enemigos fueron rusos también; pero verlos morir ante mis ojos siempre me había dejado indiferente. Y, no obstante, la muerte de este hombre en los recónditos bosques de la región de Nóvgorod, la muerte de un hombre al que nada me unía, de un hombre que probablemente nació después de que yo hubiera abandonado la Patria, alguien criado en una cultura distinta de la mía y guiado por otros intereses…, esa muerte me emocionó hasta

lo más profundo de mi alma.

¿Por qué me conmovió de esa manera? ¿Se trataba, tal vez, de que me arrepentía de haber vuelto a mi Patria acompañando a aquellos extranjeros? ¿Habría comenzado a dudar de que estaba defendiendo una «causa justa»? ¿Sería, tal vez, que me estaba haciendo viejo? ¿O, por fin, me estaría preguntando en mi fuero interno si tendría yo derecho a mis años, siendo ya un hombre con la vida cumplida, exhausto y decepcionado de todo, un hombre que nada esperaba ya de la existencia, un hombre agotado, harto de la vida que llevaba, de mi incesante ir y venir y mis falsas ilusiones, si tenía yo derecho a dar fin (porque, en esencia, yo maté a los tres rusos que se me entregaron) a una vida que apenas alumbraba, una vida llena de fe e ideales que, aunque yo no fuese capaz de comprenderlos, eran ideales sin duda? No soy yo de los que creen en la redención cristiana por medio del arrepentimiento; ni en los insensatos golpes de pecho al grito de «*mea culpa, mea máxima culpa*!». Pero como atento observador de mi alma, he de señalar con dolor que cada día caigo más y más bajo. Y que la línea que traza mi conducta se aleja cada vez más de los mejores ideales de la humanidad.

¿Qué más puedo añadir a propósito de aquel episodio con los soldados rusos? La mañana que no tardó en llegar, después de una noche colmada de sucesos, fue asquerosa. El sargento alemán tuvo la desvergüenza de acudir a nosotros con el ruego de que le entregáramos uno de los revólveres incautados al enemigo. El brigada se negó en redondo a compartir el «trofeo» con un cómplice tan indigno, pero aceptó cederle uno de los fusiles en sustitución del que habían perdido para ahorrarle así al alemán el castigo que le habría correspondido por la pérdida de un arma. Ambos acordaron también que ocultarían a sus respectivos jefes los detalles de lo sucedido, limitándose a informar de la captura y del fusilamiento de unos partisanos. A la hora de despedirse, el brigada le dio la espalda, negándose así a estrecharle la mano.

Lo que yo no sabía entonces era que aquella «tragedia en el bosque» acabaría provocando una de esas comedias que sólo son posibles en la España moderna. ¿Una comedia como la del Quijote? ¡No, no! Don Quijote conoció la demencia, el valor y la generosidad. Y aquí sólo había mezquindad, cobardía y una vanidad

y un interés desmedidos. Me temo que llamar escoria a esta gente sería quedarse corto…

Tras volver a «Pobereja», el brigada pasó casi todo el día al teléfono con el capitán Martínez. Elogiado por la jefatura, no paraba de frotarse las manos con satisfacción. «Y, sin embargo, usted tenía toda la razón, Kovalevski», me reconoció con una sonrisa culpable: «Haber traído a partisanos vivos habría causado una impresión aún mayor en los jefes. Tenemos sus armas, sí, ¡pero no es lo mismo!».

Los días pasaban, la Navidad estaba cada vez más próxima y yo alimentaba la secreta esperanza de que nos llevaran a pasar unos días de fiesta en el Estado Mayor. ¡Ni hablar! El 21 de diciembre se presentó el brigada a la carrera después de mantener sus *conferencias* [420] telefónicas, y se expresó de este modo: «¿Tiene información sobre los movimientos de los partisanos, Kovalevski? ¡Mañana al amanecer vendrá el capitán en persona, acompañado de un destacamento de soldados, para salir a dar caza a los partisanos! ¿Qué le parece?». «Esto es que le cogieron el gusto», pensé para mis adentros. Y me dije también que la cosa se parecía demasiado a aquello de «Mambrú se fue a la guerra».

A primera hora ya estaban allí. A mí me tocó enfriar enseguida las expectativas de una fácil captura de partisanos que alimentaba el capitán. «Lo primero —le dije—, será dejar el automóvil en Dólgovo o en "Oseja" e internarse unas treinta o cuarenta verstas en el bosque subidos a los trineos hasta llegar a la misma Rogavka». Su reacción fue elemental: «¿Y no podemos pillar a algunos partisanos por aquí cerca?». «¡Sí, mi capitán!», respondí. Y le expliqué: «De hecho, hay un campamento fortificado que no está demasiado lejos de aquí. Lo que sucede es que tendríamos que tomarlo al asalto». «¿*Por asalto* [421]? ¿Y no es posible evitarlo de alguna manera?», preguntó, palideciendo, el «bravo» capitán. A modo de respuesta, me limité a encogerme de hombros. Al final se decidió dejar el automóvil en Dólgovo y hacer una incursión sobre la población de Gori [422], situada a medio camino entre nuestra posición y Rogavka. Según salieran las cosas allá, se vería cómo actuar después. A tomar esa decisión ayudó que en Gori contáramos con un buen informante, el guardabosques K.

Puestos en marcha, nos internamos enseguida en el bosque

pantanoso. Me sorprendió ver que el capitán Martínez había sumado a nuestra expedición a todos los arrestados que teníamos. Es decir, que el maestro cojo Kuzmin, Nikitin y Davidov venían con nosotros. La mala suerte quiso que este último se atravesara delante de nuestro vehículo cuando salíamos de «Oseja». Tuve un mal presentimiento y le espeté con rabia: «¿Por qué demonios te nos atraviesas en el camino? ¡Esto no va a traer nada bueno!». El ingenuo Arkashka, seducido por el amable trato que le dispensaba el capitán, me miró sorprendido.

Llegamos a Gori de noche. Se trataba de una población bastante grande en la que no se apreciaba destrucción alguna. Me tocó alojarme junto al capitán y el sargento alemán. Como es natural, el profesor Castiella formaba parte del séquito de Martínez, de modo que cabía esperar ocurrencias que acabaran generando algún beneficio o motivando la concesión de medallas. Nos alojaba una familia integrada por una madre y sus dos hijas, la más pequeña de las cuales contaba cuatro o cinco años de edad y era una adorable criatura. El capitán no se cansaba de mimarla, cantándole romanzas. A la madre le decía en broma que le entregara aquel «tesoro» para llevárselo con él a España. Desconozco si la pobre mujer se tomaba en serio aquellas zalamerías, mientras se enjugaba disimuladamente las lágrimas, llorando en silencio la suerte de sus dos hijos, ambos *junkers* **[423]** que servían en las filas del Ejército Rojo.

Por cierto, a la mañana siguiente me costó horrores disuadir a ese mismo «tierno» capitán de arrestar y atormentar con sus preguntas a la infeliz madre y hospitalaria anfitriona que se había atrevido a salir al patio en plena noche a hacer no se sabía qué, según él mismo aseguraba. En su opinión, la mujer había salido con el propósito de entregarlo a los partisanos. Más adelante constaté que con todo aquello el capitán perseguía un objetivo muy distinto, un deseo que pudo satisfacer plenamente a la noche siguiente y, por suerte, bien lejos de aquella hospitalaria familia. En España resulta admisible lo que en cualquier país culto sería impensable.

Adelantándome al capitán, a la mañana siguiente salí rápidamente para reunirme con el guardabosque K. e informarme del emplazamiento de los partisanos. Nuestro informante resultó ser un tipo muy simpático, y mientras bebíamos un té me ofreció un

completo mapa de la situación. A unas cuatro verstas de donde nos encontrábamos, concretamente entre las poblaciones de Zaklinie y Sherkovo, estaba emplazado el campamento partisano más próximo. Según sus cálculos, que se basaban en la cantidad de ganado que los partisanos requisaban periódicamente a la población, debían ser unos cuarenta hombres. «¿De qué armamento disponen?», le pregunté. «Tendrán unas dos o tres ametralladoras», me informó. El hombre conocía bien el camino y me dijo que podríamos abordarlos desde su retaguardia.

En cuanto el capitán y el oficial alemán aparecieron les presenté un cumplido informe de la situación. Los vi dudar enseguida. «A mí es que no me gustaría atacar el campamento así de repente, Kovalevski, porque eso podría provocar muchas bajas —comenzó el capitán. Y continuó—: Me sería suficiente con capturar a dos o tres partisanos vivos y llevarme uno o dos muertos». No pude aguantarme y le pregunté a bocajarro: «Y esos muertos que dice, ¿de qué bando los quiere? ¿De ellos o de los nuestros?». Dicho esto, salí dando un portazo y dejé a los señores oficiales entregados a sus consultas. Unos minutos más tardes me convocaron de nuevo. Al entrar veo al brigada gesticulando mientras explica algo. Consigo escuchar unas palabras antes de que, al percatarse de mi presencia, calle: «Ese ruso vale tanto aquí como todos nosotros juntos, lo que pasa es que tiene un carácter que…».

Finalmente, se optó por seguir mis indicaciones. De manera que acabé poniéndome en marcha junto con el guardabosque y el alemán en uno de los trineos que abrían la marcha. La columna sumaba cuarenta trineos. Llegamos sobre el mediodía al lugar donde nos tocaba apearnos y adentrarnos en el bosque por una estrecha vereda. El campamento partisano se hallaba a una versta o versta y media de distancia. El oficial alemán y yo echamos a andar bosque adentro y, aconsejados por el guardabosque, comenzamos a preparar el despliegue de nuestras fuerzas. Pero éstas, por alguna razón, no llegaban, mientras que nosotros, acompañados de ocho o nueve hombres que integraban la vanguardia, avanzábamos a duras penas, balanceándonos entre los helados troncos de los árboles, con la nieve por las rodillas.

La orden de volver a los trineos no tardó en llegar. «He cambiado de opinión —anunció el capitán con gesto de virgen

inocente—: ¡Y, además, fijaos en lo tarde que se ha hecho! Así que nos damos la vuelta. ¡A usted le tocará cerrar la marcha, Kovalevski!», concluyó. El guardabosque y yo cruzamos una mirada. El pobre hombre bajó los ojos. «Ahora soy hombre muerto», dijo. El vehículo de Pershin, a quien el capitán se había traído consigo del Estado Mayor, abría la marcha en el camino de vuelta. «Eso es que nos espera cualquier numerito», me dije. Numeritos de la índole menos pensada y lo más sucios posible.

El camino de vuelta fue más corto, porque nos saltamos la población de Torzhi. Ya caía la noche cuando todavía faltaban dos o tres verstas para llegar a Dólgovo. En eso la columna dobló inopinadamente a la izquierda. «Se equivocan de camino», advirtió el guardabosque. A gritos, el oficial alemán dio orden de que pararan los transportes. Quería avisar al capitán del error. Pero éste hacía gestos con el brazo animándonos a seguir y se reía dando a entender que todo iba bien. «¿A dónde nos dirigimos?», le preguntó el alemán. «Vamos a Tátino, un pequeño apeadero, donde hay alemanes trabajando en la reparación de las vías», le aclaró.

En Tátino había apenas tres o cuatro isbas. Los ciento cincuenta hombres que formaban nuestro convoy, sin contar a los conductores, no paraban de andar sin moverse del sitio para entrar en calor. Como es natural, el capitán se había acomodado en la isba ocupada por el ingeniero alemán. El *honorable*[424] profesor [ilegible] los acompañaba[425]. Los demás vagaban, como sombras hambrientas, buscando cobijo. La larga noche invernal ya había caído sobre nosotros. Algunos, como yo mismo, tuvieron la suerte de colarse en alguna de las isbas llenas de soldados y peones alemanes y, de pie y recostados a la puerta, dormitábamos después de una jornada agotadora.

De repente, me dan aviso de que el capitán me ha mandado llamar. «¿Para qué demonios me necesitará éste, cuando tiene a Pershin allí con él?», me pregunté. «Averigüe con el comandante alemán dónde podemos fusilar al partisano que traemos prisionero, Kovalevski», me ordenó. «¿De qué prisionero habla?», inquirí. «Del maestro Kuzmin», me dijo. ¡Qué desatino! Me fui a ver al comandante alemán. Éste declaró categóricamente que no tenían por costumbre organizar fusilamientos nocturnos para evitar accidentes y que pudiera cundir el pánico entre la población.

Añadió que si el capitán español quería fusilar a alguien, que se buscara él mismo cómo hacerlo y dónde.

Trasladé la respuesta, que el capitán recibió con una amplia sonrisa: «¡Hay que ver lo quisquillosos que son estos alemanes!», exclamó. Y añadió después: «Y usted, Kovalevski, ¿qué tal si intenta arrancarle una última declaración al condenado? A lo mejor nuestro hombre decide arrepentirse antes de la ejecución…». «Líbreme de eso y déjeme en paz, capitán; aquí tiene a Pershin, que del asunto se ocupará muy bien…», me zafé. Y él añadió: «Pero ¿qué dice? Si yo sé que usted…». Pero no esperé a ver cómo acababa la frase y, haciéndole un gesto elocuente de fastidio con la mano, salí de allí. Después me contaron que Pershin estuvo «tomándole confesión» al pobre maestro una hora entera, antes de que lo condujeran al paredón.

Fue una noche insoportable. Éramos unas veinticinco o treinta personas hacinadas en una habitación. Tenía las piernas y los brazos entumecidos; la falta de espacio y el aire enrarecido apenas me permitían respirar. Una cierta agitación, acompañada de algunos gritos, me sacaron al amanecer de la duermevela en que pasé la noche. ¿Y ahora qué pasaba? En algunos de los rostros que me rodeaban había preocupación, pero en otros lo que se advertía era sorna e incredulidad. «¡Los partisanos nos han atacado y han herido al capitán!». «¿Dónde ha sido? ¿Cuándo?». «¿Cómo es que tan sólo han herido al capitán?». «¡No lo sabemos! ¡No lo sabemos!».

Salgo al patio. Los conductores preparan los trineos para la marcha. Las dos patrullas, la española y la alemana, pasean plácidamente entre las escasas isbas. Pregunto si hubo combate. Los alemanes me miran sorprendidos. El locuaz López discursea a los suyos: «El capitán salió a tomar el fresco en el balcón de la isba en plena noche y se produjo un disparo que lo hirió en la pierna. No obstante, tuvo la suficiente presencia de ánimo como para responder él mismo al disparo enemigo. Una patrulla española secundó sus disparos. Se dice que abatieron a un partisano».

Pershin pasa a mi lado. Le interrogo sobre el suceso. Evita mirarme a los ojos y repite la lección aprendida: «El capitán está herido. Fueron los partisanos. ¡Hay un cadáver en el bosque!». Me dirijo al lugar donde espero encontrar el cadáver en cuestión. El alemán que hace guardia por allí me dice que de cadáver nada, que

lo que hay son los restos de un ruso fusilado que lleva allí unos diez días, al que además arrancaron la cabeza. En ese momento están sacando en brazos al «héroe». Lo conducen al trineo. Tiene la dócil y resignada estampa del mártir que sufre por la verdad. La actuación es brillante. Tan sólo falta la aureola que le enmarque la cabeza para que tengamos al capitán por un santo. Cuando sus ojos se encuentran con los míos, cierra los párpados con gesto cansado. La situación es repugnante. ¿Hasta qué nivel de mezquindad y mentira puede descender un hombre?

Un par de apuntes más de aquella tragicomedia. Antes de salir hacia Dólgovo [el capitán] repartió diez rublos a los conductores de los trineos, ¡diez rublos para todos y eran cuarenta personas! A continuación, entregó a los alemanes a Nikitin y a Arkashka Davidov para que los fusilasen, como castigo por el «atentado» contra su persona.

Las condecoraciones llegaron poco después. A saber, seis cruces de hierro alemanas merecidas por actos heroicos y la liquidación de un grupo de partisanos ¡y su Estado Mayor! Las recibieron el capitán Martínez —el «héroe» herido en combate— y el profesor Castiella (que hoy sirve como embajador en Perú)[426] por su igual valentía. También recibieron sendas cruces de hierro el brigada Zeiss [Sáez], López y Pershin y, por último, el ordenanza del capitán, de quien tampoco se olvidaron[427]. Con esa «proeza» los españoles escribieron una de las gloriosas páginas de su historia. ¡La heroica gesta de la Cruzada de la División Azul eclipsaba así las conquistas de México y Perú!

He ahí dónde radica precisamente la tragedia de la España contemporánea. El español que vive bajo el régimen de Franco es menos capaz de realizar una proeza de lo que nunca lo ha sido en toda su historia, y menos de lo que lo fue pueblo alguno en el mundo; pero continúa viviendo a hombros de su noble pasado, y sus pretensiones de ser un pueblo «elegido» no tienen límites.

¡De ahí es de donde salen los héroes «*a la manera del capitán Martínez*»[428]! A nadie engañan, eso es seguro; pero cabe preguntarse si ellos mismos creen en esos nuevos [Hernán] Cortés y [Francisco] Pizarro. Yo lo dudo. Porque los españoles hace tiempo ya que perdieron la fe en los hombres… y en Dios. Para decirlo con una palabra de la que tanto gustan: para ellos ahora todo es

«*confusión*» **[429]** .

Notas

[1] Sobre la guerra civil rusa, vid. visiones sintéticas recientes en J. D. Smele, *The «Russian» Civil Wars Ten Years that Shook the World*
1916-1926.
, Oxford/Nueva York: Oxford UP, 2015; M. D. Steinberg, *The Russian Revolution,*
1905-1921
, Oxford: Oxford UP, 2017, pp. 99-121; M. Aust, *Die russische Revolution: Vom Zarenreich zum Sowjetimperium*, Múnich: Beck, 2017, pp. 156-201, y A. Jevakhoff, *La guerre civile russe:*
1917-1922
, París: Perrin, 2017. < <

[2] A. Kröner, *The White Knight of the Black Sea. The Life of General Peter Wrangel*, La Haya: Leuxenhoff, 2010; N. A. Kuznetsov, *Russkii flot na chuzhbine*, Moscú: Veche, 2009, p. 104. Vid. igualmente A. Pinti, «Revolución rusa y primera oleada migratoria
(1917-1923)»,
Stvdivm. Revista de Humanidades, 23 (2016), pp. 195-226. < <

[3] B. Bruno, «Lemnos, l'île aux Cosaques», *Cahiers du Monde Russe*, 1 (2009), pp. 187-230; K. M. Ostapenko (V. E. Koisin y A. A. Konovalov, eds.), *Lemnosskii dnevnik ofitsera Terskogo voiska gg kazach'ego 1920-1921*., Moscú: Sodruzhestvo "Posev", 2015; G. F. Voloshin, V. K. Mironovich, V. V. Polianskii, P. S. Savchenko, V. V. Sakhanev y S. M. Shevliakov (eds.), *Russkie v Gallipoli. Sbornik statei, posviashchennyi prebyvaniiu Armeiskogo korpusa Russkoi armii v Gallipoli 1-go*, Berlín: EAG/Druck, 1923, en University of North Carolina at Chapel Hill, Louis Round Wilson Library, Rare Book Collection, André Savine Collection (UNC-CH/Savine). < <

[4] A. Shmelev, «Gallipoli to Golgotha: Remembering the Internment of the Russian White Army at Gallipoli, 1920-3», en J. Macleod (ed.), *Defeat and Memory: Cultural Histories of Military Defeat in the Modern Era*, Basingstoke/Nueva York: Palgrave Macmillan, 2008, pp. 195-213. < <

[5] P. Pashkov, *Ordena i znaki otlichiia Grazhdanskoi voiny godov 1917-1922*
, París: 1961, pp. 24-25
(UNC-CH/Savine)
. < <

[6] M. I. Boiarintsev, «Epokha
1937-1965
gg.», pp. 33-4, en Columbia University (Nueva York), Rare Book and Manuscript Library, Bakhmeteff Archive, Mitrofan Ivánovich Boiarintsev Papers (BAR Ms Coll/Boiarintsev), c. 1 < <

[7] P. Robinson, *The White Russian Army in Exile, 1920-1941*
, Oxford: Clarendon Press, 2002, pp. 99-100. < <

[8] Cf. por ejemplo E. Chinyaeva, *Russians outside Russia: The Émigré Community in Czechoslovakia, 1918-1938*, Múnich: Oldenbourg, 2001, pp. 121-130; S. V. Mironenko (ed.), *Putevoditel'*. Tom. 4. *Fondy Gosudarstvennogo arkhiva Rossiiskoi Federatsii po istorii belogo dvizheniia i emigratsii*, Moscú: ROSSPEN, 2004, p. 607; V. G. Chicheriukin-Meingardt, «Drozdovtsy posle Gallipoli», en R. G. Gagkuev (ed.), *Drozdovskii i drozdovtsy*, Moscú: NP Posev, 2006, p. 634. < <

[9] Sobre la prensa y la producción cultural de los exiliados, vid. A. Zelenin, *Iazyk russkoi emigrantskoi pressy (1919-1939)*, San Petersburgo: Zlatoust, 2007, y M. Raeff, *Russia Abroad: A Cultural History of the Russian Emigration, 1919-1939*, Nueva York/Oxford: Oxford UP, 1990. <<

[10] P. Robinson, «Zemgor and the Russian Army in Exile», *Cahiers du Monde Russe*, 46:4 (2005), pp. 719-737 (en particular, 720-721).
< <

[11] L. Manchester, «How statelessness can force refugees to redefine their ethnicity: what can be learned from Russian émigrés dispersed to six continents in the interwar period?», *Immigrants & Minorities*, 34:1 (2016), pp. 70-91. < <

[12] M. Housden, «White Russians crossing the Black Sea: Fritdjof Nansen, Constantinople and the first Modern Repatriation of Refugees Displaced by Civil Conflict,
1922-1923»,
The Slavonic and East European Review, 88:3 (2010), pp. 495-524; C. Gousseff, *russe. La fabrique du réfugié apatride,*
L'exil
1920-1939
, París: CNRS Éditions, 2008. < <

[13] M. Esch, *Parallele Gesellschaften und soziale Räume. Osteuropäische Einwanderer in Paris,*
1880-1940
, Fráncfort del Meno: Campus, 2012; R. H. Johnston, *New Mecca, New Babylon: Paris and the Russian Exiles,*
1920-1945
, Montreal:
McGill-Queen's
UP, 1988; A. Jevakhoff, *Les Russes blancs*, París: Tallandier, 2011.
<<

[14] Vid. G. Cardona, *El gigante descalzo. El ejército de Franco*, Madrid: Aguilar, 2003, p. 113, quien añade que Franco decidió entonces suscribirse a una publicación anticomunista en francés editada por exiliados rusos. < <

[15] Cf. N. Katzer, *Die Weisse Bewegung in Russland: Herrschaftsbildung, praktische Politik und politische Programmatik im Bürgerkrieg*, Colonia et al.: Böhlau, 1999, pp. 495-532. <<

[16] S. V. Volkov, «Kharakter i perspektivy Vtoroi mirovoi voiny v otsenke russkoi voennoi emigratsii», en I. Beliakova (ed.), *Russkoe i Vtoraia mirovaia voina: chteniia «Russkaia emigratsiia XX veka» (Moskva, marta sb. dokl*
zarubezh'e
IV Kul'turolog.
28-29
2011 g.):
., Moscú: Dom-muzei Mariny Tsvetaevoi, 2013, p. 15; «Informatsionnyĭ list Alekseevtsev», *Vestnik Obshchestva gallipoliitsev*, 38, 24 agosto 1936, pp. 6-7
(UNC-CH/Savine)
. < <

[17] I. S. Tsurganov, «Istoriia antibol'shevistskoĭ emigratsii v gody Vtoroi mirovoi voiny v dokumentakh Gosudarstvennogo arkhiva Rossiyskoi Federatsii», en K. Aleksandrov, O. Shevtsov y A. Shmelev (eds.), *Trudy II mezhdunarodnykh istoricheskikh chtenii, posviashchennykh pamiati professora, shtaba general-leitenanta Nikolaia Nikolaevicha Golovina. Belgrad, sentiabria 2011 goda. Sbornik statei i materialov General'nogo 10-14*, San Petersburgo: Skriptorium, 2012, p. 290. < <

[18] M. Aizpuru, «Ciudadanía e inmigración: los exiliados rusos en España,
1914-1936»,
Ayer, 78 (2010), pp. 171-193. < <

[19] Cf. C. G. Krüger y S. Levsen (eds.), *War Volunteering in Modern Times. From the French Revolution to the Second World War*, Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2011; N. Arielli y B. Collins (eds.), *Transnational Soldiers: Foreign Military Enlistment in the Modern Era*, Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2013. < <

[20] V. K. Abdank-Kossovskii, «Rossiiskie ofitsery v izgnanii», *Voenno-istoricheskii zhurnal*, 2 (1996), pp. 91-92; R. C. Austin, *Founding a Balkan State: Experiment with Democracy, Albania's 1920-1925*, Toronto: University of Toronto Press, 2012, pp. 146-156. <<

[21] Cf. J. A. Hutchins, «The Wrangel Refugees: A Study of General Baron Peter N.
Wrangel's
Defeated White Russian Forces, Both Military and Civilian, in Exile», tesis de maestría, University of Louisville, 1972, pp. 145 y ss.; A. V. Okorokov, *V boiakh za Podnebesnuiu. Russkii sled v Kitae*, Moscú: Veche, 2013. < <

[22] L. E. Giovine Gramatchicof, *Aporte de los inmigrantes rusos al desarrollo del Paraguay*, Asunción: Ministerio de Relaciones Exteriores, 2009. < <

[23] D. Porch, *The French Foreign Legion. A Complete History of the Legendary Fighting Force*, s. l.: Skyhorse, 2010 [1991], pp. 385-386; Ch. Köhler, *Die Fremdenlegion. Kolonialismus, Söldnertum, Gewalt 1831-1962*, Paderborn: Schöningh, 2013, pp. 35-36. < <

[24] Vid. M. Ballenilla y García de Gamarra, *La Legión 1920-1927*, Lorca: Fajardo el Bravo, 2010, pp. 86-88, 111 y 364; igualmente, la información retrospectiva de M. Daranas, «Los feligreses de la Santa Rusia», *ABC*, 26 de septiembre de 1942, pp. 3-4. Los rusos representaron un porcentaje ínfimo (0,13 % en 1930), de los extranjeros enrolados en el Tercio, frente a la mayor presencia de portugueses, alemanes, latinoamericanos y franceses. A diferencia de la Legión Extranjera, cuyas tropas apenas tenían contacto con unidades francesas, el Tercio español colaboraba a diario con tropas metropolitanas, lo que alimentaba el temor gubernamental al «contagio» bolchevique. < <

[25] E. Traverso, *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945*, Buenos Aires: Prometeo, 2009 [Bolonia 2008]; vid. también N. Katzer, «Der Weiße Mythos: Russischer Antibolschevismus im europäischen Nachkrieg», en R. Gerwarth y J. Horne (eds.), *Krieg im Frieden. Paramilitärische Gewalt in Europa nach dem Ersten Weltkrieg*, Gotinga: Wallstein, 2013, pp. 57-93. < <

[26] Cf. X. M. Núñez Seixas, *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid: Marcial Pons, 2006, pp. 180-189 y 245-261.

< <

[27] Cf. M. Alonso Ibarra, «Guerra Civil española y contrarrevolución. El fascismo europeo bajo el signo de la santa cruz», *Ayer*, 109 (2018), pp. 269-295. Igualmente, cf. J. Keene, *Luchando por Franco. Voluntarios europeos al servicio de la España fascista, 1936-1939*, Barcelona: Salvat, 2001, 2002 [Londres 2001] y C. Othen, *Las Brigadas Internacionales de Franco*, Barcelona: Destino, 2007 [Londres 2006]. < <

[28] Citado en K. K. Semenov, «Litsom k solntsu: uchastie beloemigrantov v Grazhdanskoi voine v Ispanii (1936-1939)», en N. F. Gritsenko (ed.), *Ezhegodnik Doma russkogo imeni Aleksandra Solzhenitsyna, 2010 zarubezh'ia*, Moscú: Dom russkogo zarubezh'ia imeni Aleksandra Solzhenitsyna, 2010, p. 49. <<

[29] A. V. Okorokov, *Russkie dobrovol'tsy*, Moscú: OOO «Avuar-konsalting», 2004, p. 109. <<

[30] Yaremchuk II, *Russkie v Ispanii dobrovol'tsy*, op. cit., pp. 26 y 81. < <

[31] Keene, *Luchando por Franco*, op. cit., pp. 290-294; Othen, *Las Brigadas Internacionales de Franco*, op. cit., p. 168. < <

[32] P. P. Savin, «Gibel’ generala E. K. Millera (ne vymysel, a istoricheskaia byl’)», pp. 3 y 8, en Stanford University, Hoover Institution Archives, Petr Panteleimonovich Savin Papers [HIA/Savin], c. 1, carpeta «Gibel’ generala Millera». Ibid, p. 8. Vid. también carta de Miller a general Fidel Dávila, noviembre de 1936, citada por Alonso Ibarra, «Guerra Civil española y contrarrevolución», op. cit., p. 280. < <

[33] Keene, *Luchando por Franco*, op. cit., p. 295; Othen, *Las Brigadas Internacionales de Franco*, op. cit., pp. 169-171; A. P. Yaremchuk II, *Russkie v Ispanii,*
dobrovol'tsy
1936-1939
, San Francisco:
Izdatel'stvo
«Globus», 1983, pp. 2-3; Semenov, «Litsom k solntsu», op. cit., pp. 59-61; A. A. Pchelinov-Obrazumov, «Grazhdanskaia voina v Ispanii
1936-1939
gg. i rossiiskaia politicheskaia emigratsiia», tesis de maestría, BelGU, 2015, p. 134. Vid. también una descripción más amplia en K. K. Semenov, *Russkaia emigratsiia i grazhdanskaia voina v Ispanii gg*
1936-1939
., Moscú: Algoritm, 2016, pp. 73-74. < <

[34] Yaremchuk II, *Russkie v Ispanii dobrovol'tsy*, op. cit., p. 18; Savin, «Gibel' generala E. K. Millera (ne vymysel, a istoricheskaia byl')», p. 12, en HIA/Savin, c. 1, carpeta «Gibel' generala Millera». < <

[35] *Ispanskie pis'ma o voinstve*, Berlín:
Letopis',
1939
(UNC-CH/Savine);
Keene, *Luchando por Franco*, op. cit., pp. 298-299. < <

[36] N. Belogorskii, «Privet ispanskim “kornilovtsam”. San Jago! Espana!», *Chasovoi*, 172 (agosto de 1936), p. 3. < <

[37] «Russkii dobrovolets v Ispanii (iz pis'ma)».
Chasovoi, 173 (1 de septiembre de 1936), p. 5. < <

[38] «Grazhdanskaia voina v Ispanii», *Chasovoi*, 185 (20 de febrero de 1937), p. 10; Keene, *Luchando por Franco*, op. cit., p. 298. <<

[39] N. Belogorskii, «Chudo
Al'kazara»,
Chasovoi, 176 (15 de octubre de 1936), pp. 3-5. < <

[40] Keene, *Luchando por Franco*, op. cit., pp. 304-305; Alonso Ibarra, «Guerra Civil española y contrarrevolución», op. cit., pp. 289-290. El general armenio Arsène Torcom propuso igualmente a Franco reclutar en varios países un ejército de 300 000 hombres. <<

[41] «Glava II. Pulia v golovu», pp. 23-24, en Stanford University, Hoover Institution Archives, Nikolái Vsevolodovich Shinkarenko Memoirs (HIA/Shinkarenko), c. 4. < <

[42] Vid. su hoja de servicios en Archivo General Militar, Segovia (AGMS) 2262. < <

[43] Yaremchuk II, *Russkie v Ispanii dobrovol'tsy*, op. cit., pp. 43-44; C. D. Eby, *Comrades and Commissars: the Lincoln Battalion in the Spanish Civil War*, University Park, PA: Pennsylvania State UP, 2007, pp. 212-216. < <

[44] N. N. Platoshkin, *Grazhdanskaia voina v Ispanii. 1936-1939 gg.*, Moscú: Olma-Press/OAO PF «Krasnyi proletarii», 2005, p. 358; A. H. Landis, *The Abraham Lincoln Brigade*, Nueva York: Citadel Press, 1967, pp. 276 y 279. < <

[45] P. N. Carroll, *The Odyssey of the Abraham Lincoln Brigade: Americans in the Spanish Civil War*, Stanford, CA: Stanford UP, 1994, pp. 155-156; R. Baxell, *Unlikely Warriors: The British in the Spanish Civil War and the Struggle Against Fascism*, Londres: Aurum Press, 2012, p. 268; C. Nelson y J. Hendricks (eds.), *Madrid 1937: Letters of the Abraham Lincoln Brigade from the Spanish Civil War*, Nueva York: Routledge, 1996, p. 204; M. E. Koltsov, *Diario de la guerra española*, Madrid: Akal, 1978, p. 512 [Moscú 1957]. <<

[46] *Diario Oficial del Ministerio del Ejército*, 261 (20 de noviembre de 1941), p. 586; «Glava XVI. Iz Frantsii v Ispaniiu. V dva razdel'nykh priema», dos páginas adicionales y no numeradas, en HIA/ Shinkarenko, c. 3. < <

[47] R. Palacios-Fernández, «Russkie dobrovol'tsy v ispanskoi grazhdanskoi voine», *Tseikhgauz*, 4 (1995), pp. 36-37. <<

[48] Yaremchuk II, *Russkie v Ispanii dobrovol'tsy*, op. cit., pp. 177-178. < <

[49] Archivo General Militar de Ávila (AGMAV) 6205/119. Para las gestiones de Boltin a favor de sus camaradas, que se prolongaron hasta 1940, vid. la abundante correspondencia contenida en AGMAV 24017/2. < <

[50] Cifras actualizadas en Alonso Ibarra, «Guerra Civil española y contrarrevolución», op. cit., p. 272. < <

[51] Semenov, *Russkaia emigratsiia i grazhdanskaia voina v Ispanii gg*
1936-1939
., op. cit., p. 103; Othen, *Las Brigadas Internacionales de Franco*, op. cit., p. 175. < <

[52] Testimonio de Vladímir Dvoichenko, en
J. de Urbino,
«Rusos blancos en San Sebastián», *Unidad*, 30 de junio de 1941, p. 3. < <

[53] N. Boltin, «Memoria», Madrid, 19 de abril de 1940 (AGMAV 24017/2). < <

[54] Muchos voluntarios franceses, canadienses o norteamericanos eran en realidad inmigrantes de Europa oriental, o hijos de refugiados y/o inmigrantes. Con todo, los rusos no aportaron contingentes importantes a las Brigadas: cf. R. Skoutelsky, *Novedad en el frente. Las brigadas internacionales en la guerra civil*, Madrid: Temas de Hoy, 2006, pp. 168-173. Sobre el origen étnico de los voluntarios rusos por la República, vid. K. K. Semenov, «Pervyi opyt antifashistskoi
bor'by
- beloemigranty v armii Ispanskoi respubliki», en K. K. Semenov y M. I. Sorokina (eds.), *Rossiiskaia emigratsiia v s fashizmom. Mezhdunarodnaia nauchnaia konferentsiia, Moskva, maia 2015 goda*
bor'be
14-15
, Moscú: Dom russkogo
zarubezh'ia
imeni Aleksandra Solzhenitsyna, 2015, pp. 59-60. < <

[55] Robinson, *The White Russian Army in Exile*, op. cit., p. 225. <<

[56] Así, en abril de 1939, la Unión de Galípoli de Praga envió una carta de felicitación al general Franco. Vid. la respuesta del Cuartel General de Franco, 9 de mayo de 1939, en Archivo Estatal de la Federación Rusa (GARF), f.
R-5759,
op. 1, d. 65, l. 139. < <

[57] Carta del coronel Kondratiev al capitán de Estado Mayor Yaremchuk, 24 de abril de 1938. Stanford University, Hoover Institution Archives, Obedinenie Chinov Kornilovskogo Udarnogo Polka Records (HIA/OCKUdP), c. 1, carpeta 1. < <

[58] A. Yaremchuk II, «Poslednie tuchi rasseiannoi buri (lichnye vospominaniia
dobrovol’tsa
Ispanskoi voiny)», p. 17, en Hoover Institution Archives, Globus Publishers Records (HIA/Globus), c. 7. < <

[59] J. Sanz y Díaz, *Por las Rochas del Tajo. Visión y andanzas de guerra*, Valladolid: Santarén, 1938, p. 102. < <

[60] M. Kellogg, *The Russian Roots of Nazism: White Émigrés and the Making of National-Socialism, 1917-1945*, Cambridge: Cambridge UP, 2005. < <

[61] K. Brüggemann, «Max Erwin von Scheubner-Richter (1884-1923)
- der “Führer des Führers”?», en M. Garleff (ed.), *Deutschbalten, Weimarer Republik und Drittes Reich*, Colonia et al.: Böhlau, 2008, vol. I, p. 129; T. Weber, *De Adolf a Hitler. La construcción de un nazi*, Madrid: Taurus, 2018 [Londres 2017], pp. 328-333. < <

[62] Robinson, *The White Russian Army in Exile*, op. cit., p. 219. <<

[63] B. A. Khol’mston-Smyslovskii, *Izbrannye i rechi stat’i*
, Buenos Aires: Rossiiskoe
voenno-natsional’noe
osvoboditel’noe
dvizhenie im. gen. A. V. Suvorova, 1953, p. 6. < <

[64] F. L. Sinytsin, «Sovetsko-germanskoe ideologicheskoe protivoborstvo na okkupirovannoi territorii SSSR: natsional'nyi i religioznyi aspekty», tesis doctoral, Academia Rusa de las Ciencias/Instituto de Historia Rusa, 2017, p. 107. < <

[65] Cf. varias referencias en su diario: J. Matthäus y F. Bajohr (eds.), *Alfred Rosenberg. Diarios 1934-1944*, Barcelona: Crítica, 2015 [Fráncfort del Meno 2015]. < <

[66] Para síntesis actualizadas en castellano, vid. Ch. Hartmann, *La Operación Barbarroja. La guerra alemana en el Este, 1941-1945*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2018 [Múnich 2013] y X. M. Núñez Seixas, *El frente del Este. Historia y memoria de la guerra germano-soviética (1941-1945)*, Madrid: Alianza, 2018. < <

[67] Entrada del Diario de Guerra del Estado Mayor del OKW, 3 de marzo de 1941, reproducida en E. Moritz (ed.), *Fall Barbarossa: Dokumente zur Vorbereitung der faschistischen Wehrmacht auf die Aggression gegen die Sowjetunion (1940/41)*, Berlín: Deutscher Militärverlag, 1970, pp. 285-287. < <

[68] El 22 de octubre de 1938, la Segunda Sección de la ROVS (Alemania) fue transformada, bajo presión de las autoridades germanas, en una organización formalmente independiente, la Asociación de Uniones Militares Rusas (Obedinenie Russkikh Voinskikh Soiuzov, ORVS). < <

[69] Orden n.º 46 del ORVS, 17 de agosto de 1941 (GARF, f. R-5845, op. 1, d. 4, l. 15-16).

< <

[70] M. Shkarovskij, *Die Kirchenpolitik des Dritten Reiches gegenüber den orthodoxen Kirchen in Osteuropa (1939-1945)*, Münster: Lit, 2004, p. 117; M. V. Shkarovskii, *Natsistskaia Germaniia i Pravoslavnaia natsistskaia politika v otnoshenii Pravoslavnoi Tserkvi i religioznoe vozrozhdenie na okkupirovannoi territorii SSSR*
Tserkov':
, Moscú:
Izd-vo
Krutitskogo Patriarshego
Podvor'ia,
2002, p. 248. < <

[71] Cf. A. Dallin, *Deutsche Herrschaft in Rußland Eine Studie über Besatzungspolitik*
1941-1945.
, Düsseldorf: Droste, 1958, p. 123; Núñez Seixas, *El frente del Este*, op. cit., pp. 87-89. < <

[72] J. Baur, *Die russische Kolonie in München Deutsch-russische Beziehungen im 20. Jahrhundert*
1900-1945:
, Wiesbaden: Harrasowitz, 1998, p. 295; O. Beyda, «Re-Fighting the Civil War: Second Lieutenant Mikhail Aleksándrovich Gubanov», *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, 66: 2 (2018), pp. 254-256.
<<

[73] Sobre la formación y vicisitudes de la División Azul, vid. entre otros X. Moreno Juliá, *La División Azul: sangre española en Rusia, 1941-1945*, Barcelona: Crítica, 2004, y X. M. Núñez Seixas, *Camarada invierno. Experiencia y memoria de la División Azul, 1941-1945*, Barcelona: Crítica, 2016. < <

[74] Sobre el papel de los exiliados rusos en algunas de las legiones extranjeras, vid. D. Alegre Lorenz, «Experiencia de guerra y colaboracionismo político-militar: Bélgica, Francia y España bajo el Nuevo Orden
(1941-1945)»,
tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 2017, pp. 45-46, 58, 110 y 228. < <

[75] Escrito de Ernst von Weizsäcker, 4 de julio de 1941 (*Akten zur Deutschen Auswärtigen Politik, Serie D: Band XIII. 1. Die Kriegsjahre. Sechster Band, Erster Halbband. 23. Juni bis 14. September 1941*
1918-1945.
1937-1941.
, Gotinga:
Vandenhoeck & Ruprecht,
1970, p. 69); informe retrospectivo de Heberlein, *Russische Freiwillige*, Madrid, 22 de julio de 1941 (Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes, Berlín, Sammlung der Berichte, Madrid 553/3, c. 761). < <

[76] A. Gabrieli [A. Yaremchuk II], «S
ital'ianskoi
armiei v Rossii. Moia posledniaia (chetvertaia) voina», pp. 83-84, en HIA, Globus Publishers Records, c. 1. < <

[77] Escritos de N. Boltin, Madrid, 28 de junio de 1941 y 3 de julio de 1941 (AGMAV 2005/3/2/18 y 2005/3/2/2/21). < <

[78] «España, en pie contra el comunismo», *ABC*, 29 de junio de 1941, p. 3; J. Miquelarena, «Los rusos blancos van a llegar cuando esté barrida "esa basura"», *ABC*, 29 de junio de 1941, p. 5. <<

[79] «Carta abierta a Jaime de Urbino», *Unidad*, 3 de julio de 1941, p. 3. < <

[80] Instancia de M. Ali Gurski, Madrid, 23 de junio de 1941 (AGMAV 2005/3/2/33). Su petición, apoyada por el general Aranda, fue finalmente admitida (Moreno Juliá, *La División Azul*, op. cit., p. 454, nota 132). < <

[81] «Glava XII. V Ispanii. O godakh voiny, v kotoroi ia ne uchastvoval. I besplodnye popytki, kotorye ia delal, chtoby priniat' v nei uchastie», p. 171, HIA/Shinkarenko, c. 6; Zinkevich a Dobrokhotov, 15 de septiembre de 1941 (GARF, f. R-5759, op. 1, d. 55, l. 48); Nazarov a Dobrokhotov, 27 de febrero de 1944 (GARF, f. R-5759, op. 1, d. 76, l. 101). < <

[82] Cf. *Relación de los voluntarios rusos con expresión de sus empleos y antecedentes*, s. f. [julio 1941], AGMAV 2005/3/2/3; Moreno Juliá, *La División Azul*, op. cit., pp. 97-98 y 454, nota 133, así como Yaremchuk II, *Russkie v Ispanii dobrovol'tsy*, op. cit., pp. 365-369, 372. Algunas fotografías en G. Morales y L. E. Togores, *La División Azul: las fotografías de una historia*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2009, pp. 45-49. < <

[83] Gabrieli [A. Yaremchuk II], «S
ital'ianskoi
armiei v Rossii», op. cit., pp. 83-84. Vid. igualmente O. Beyda, «Iron Cross of the
Wrangel's
Army':
Russian Emigrants as Interpreters in the Wehrmacht». *The Journal of Slavic Military Studies*. 27:3 (2014), pp. 430-448. < <

[84] Fue el caso de Konstantin A. *Iñusin*, nacido en 1926, probablemente un adolescente huérfano que, tras realizar servicios para las tropas españolas, gozó de la protección de un teniente que lo llevó consigo a España. En mayo de 1944 se alistó en la Legión, aprendió el oficio de mecánico y tractorista, y tras licenciarse trabajó en el Servicio Agronómico de Larache. Vid. F. J. Tortosa Antón, «El "legía" que surgió del frío», *La Legión*, 540 (2017), pp. 38-39. <<

[85] Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., pp. 392-402; J. Guzmán Mora, «Visiones de Rusia en la narrativa española. El caso de la División Azul», tesis doctoral, Universidad de Salamanca, 2016. < <

[86] Para una comparación con las prácticas de ocupación de los italianos en Ucrania y el Don, cf. X. M. Núñez Seixas, «Unable to hate? Some comparative remarks on the war experience of Spanish and Italian soldiers on the Eastern front,
1941-44»,
Journal of Modern European History, 16: 2 (2018), pp. 269-289.
<<

[87] Cf. B. N. Kovalev, *na cyzoj voyne. Ocerki istorii golyboj divizii Dobrovol'cí*
, Veliki Novgorod: Novgorodskij
gosydarstveii'j
universitet, 2014; X. M. Núñez Seixas, «Good Invaders? The Occupation Policy of the Spanish Blue Division in Northwestern Russia,
1941-1944»,
War in History, 25:3 (2018), pp. 361-386. < <

[88] T. P. Filippova, N. G. Lisevich, «“V grudi moei chto-to szhalos”, i s etoi tiazhest’iu ia i zhil vsiu voinu…’ Iz vospominanii uchenogo-entomologa K. F. Sedykh», *Vestnik arkhivista*, 1 (2015), p. 235. < <

[89] Cf. Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., pp. 284-291; Kovalev, *na cyzoj voyne*
Dobrovol'ci
, op. cit., pp. 330-334. < <

[90] Por ejemplo, Vladímir Rudinski, un ciudadano soviético que trabajó para los españoles como intérprete desde fines de 1941: cf. V. Rudinski, «Ispantsy Goluboi divizii», *Nasha strana*, 2827 (8 septiembre 2007), p. 5; e id., «Patriarkh russkoi zarubezhnoi publitsistiki», *Nasha strana*, 2921 (6 agosto 2011), p. 1. < <

[91] Vid. M. Torra i Puigdellívol, *Ideals i desenganys. Cartes des de Rússia a un germà (1941-1942)*, s. l.: Mecenix, 2013, pp. 67 y 83-84.

< <

[92] P. Luknitskii, *Leningrad deistvuet… Kniga tret'ia*, Moscú: Sovetskii pisatel', 1968, pp. 488-490. < <

[93] L. Fabritsius, *Sem'ia Belago: roman*, Toronto: Samizdat, 1984, pp. 8-10. < <

[94] B. Filippov, *Izbrannoe*, Londres: OPI, 1984, pp. 151-153, 155-157
. < <

[95] O. V. Budnitskii y G. S. Zelenina (eds.), «*Svershilos». Prishli kollaboratsionizm v SSSR v period Velikoi Otechestvennoi voiny nemtsy!' Ideynyi*
, Moscú: Rossiiskaia politicheskaia entsiklopediia, 2012, pp. 138-139,
146-148 y 156.
Igualmente, vid. N. Lomagin (ed.) *Neizvéstnaya blocada*, San Petersburgo: Izdatelski Dom Neva, 2004), vol. II, pp. 464-470. < <

[96] I. Bratyshenko, «Ispantsy, nemtsy, balalaika: iz vospominanii». *Chelo:*
al'manakh
, 18:2 (2000), p. 82. < <

[97] Cf. AGMAV 5347/4. Igualmente, el testimonio del propio A. Tringam, «Sluzhba moia v Goluboi divizii», pp. 1-4, en Museo Central de las Fuerzas Armadas de la Federación Rusa (TsMVS RF), DF. 4-47.

762-2.

< <

[98] B. Kovalev, «Na sluzhbe Franko. Kollaboratsionisty v “Goluboi divizii”», *Rodina*, 4 (2013), p. 109; sobre Nikolái Krivosheia, vid. su expediente en AGMAV 4569/15. < <

[99] Gabrieli, «S ital'ianskoi armiei v Rossii», op. cit., p. 118. < <

[100] Algunos acabaron por trabajar durante un tiempo para los programas en ruso de Radio Nacional de España, dirigidos, al igual que otras emisiones en idiomas eslavos, húngaro y rumano, al bloque soviético. Vid. K. K. Semenov, «Russkaia sektsiia Ispanskogo radio kak instrument antisovetskoi
bor'by»,
*Elektronnyi zhurnal «Istoriia»
nauchno-obrazovatel'nyi*
, 8:10 (2017), https://history.jes.su/s207987840001993-1-1. < <

[101] *Gallipoli. Iubileinyi izdannyi k 35-letiiu prebyvaniia v Gallipoli Russkoi Armii,*
al'manakh-pamiatka,
1920-1955
, Hollywood: Rodnye Dali, 1955. < <

[102] «S chest'iu pavshie v Ispanii», *Gallipoli gg. K tridtsatiletiiu vysadki Armeiskogo korpusa v Gallipoli*
1920-1950
1-go
, p. 14 (HIA, N. A. Tsurikov Papers, c. 3). < <

[103] «K tridtsatipyatiletiiu ostavleniia Kryma», *Informatsiia Glavnogo pravleniia Obshchestva gallipoliitsev*, 14 (30 de noviembre de 1955), p. 17; *Informatsiia otdela Obshchestva gallipoliitsev vo Frantsii*, 7 (diciembre 1958), p. 1. < <

[104] K. K. Semenov, «Vernut'sia domoi!? Beloemigranty v riadakh ispanskoi divizii na Vostochnom fronte», en I. A. Nikiforov y D. V. Surzhik (eds.), *K 75-letiiu nachala Velikoi Otechestvennoi voiny. Na grani katastrofy. Mezhdunarodnaia konferentsiia (Moskva, muzei Velikoi Otechestvennoi voiny gg., iiunia*
Tsentral'nyi
1941-1945
22-23
2016 g.),
Chast' II
, Briansk: OOO ID «Istoricheskoe soznanie», 2017, p. 47. < <

[105] «Madridskii voennyi muzei», *Suvorovets*, 21 (31 de mayo de 1952), p. 3. < <

[106] Instancia de V. Kovalevski a la Jefatura Provincial de Milicias de Guipúzcoa, San Sebastián, 15 de enero de 1944 (AGMS, Trasf. 82, 113). < <

[107] Así lo recogen, sin citar fuente, C. G. Vera y J. L. Orella, «Poddannye traditsii. “Belye russkie” v ispanskoi “Rekete” i drugikh voinskikh chastiakh natsionalistov v 1936-1939 gg.», en O. R. Airapetov et al. (eds.), *Russkii Sbornik: SSSR i Grazhdanskaia voina v Ispanii 1936-1939*, Moscú: Modest Kolerov, 2016, pp. 351-370 (p. 364). Sin embargo, su nombre no aparece en la relación de casi setenta oficiales rusos blancos que llegaron a Paraguay entre 1924 y principios de los años treinta, y que combatieron en la guerra del Chaco (cf. Gramatchicof, *Aporte de los inmigrantes rusos al desarrollo del Paraguay*, op. cit.). < <

[108] Declaración jurada de V. Kovalevski, 18.1.1944 (AGMS, Trasf. 82, 113). Kovalevski relató algunas de estas operaciones en una memoria, reproducida en Semenov, *Russkaia emigratsiia i grazhdanskaia voina v Ispanii gg 1936-1939*., op. cit., pp. 211-215. < <

[109] Yaremchuk II, *Russkie v Ispanii dobrovol'tsy*, op. cit., p. 368; V. V. Markovchin, «Russkie ispantsy: vek XX», *Izvestiia Iugo-Zapadnogo gosudarstvennogo universiteta. Seriia Istoriia i Pravo*, 7:2 (2017), pp. 120-121; Semenov, *Russkaia emigratsiia i grazhdanskaia voina v Ispanii gg 1936-1939*., op. cit., p. 146; K. Semenov, «"Biali" Rosjanie przeciwko czerwonej Hiszpanii. Rosyjska "biała" emigracja w czasie wojny domowej w Hiszpanii (1936-1939)», *Glaukopis*, 32 (2015), p. 24. < <

[110] *Boletín Oficial del Estado*, 6 de octubre de 1939, p. 5604. <<

[111] «San Sebastián se manifiesta contra la Rusia soviética», *La Voz de España*, 26 de junio de 1941, p. 1. <<

[112] Urbino, «Rusos blancos en San Sebastián», op. cit. < <

[113] Se trataba de una pequeña expedición de heridos y convalecientes que fue objeto de un recibimiento caluroso por parte de autoridades provinciales y de FET; unos días después, los heridos fueron visitados por el jerarca falangista Dionisio Ridruejo, también él vuelto de Rusia semanas antes. Vid. «El paso de heridos y repatriados de la División Azul», *Unidad*, 18 de mayo de 1942, p. 1; «Regreso de voluntarios», *La Voz de España*, 19 de mayo de 1942, p. 2; «El regreso de los héroes», *La Voz de España*, 20 de mayo de 1942, pp. 1 y 5. < <

[114] Instancia de Vladímir Kovalevski ante la jefatura de Milicias de Guipúzcoa, San Sebastián, 8 de febrero de 1944; ficha de inscripción en la División Azul, 30 de junio de 1941; informe de Nikolái Boltin, Madrid, 12 de febrero de 1942 (AGMAV 6237/41, 5537/28 y 24017/2). Igualmente, informe médico, San Sebastián, 24 de enero de 1944 (AGMS, Trasf. 82, 113). < <

[115] Vladímir Kovalevski, *Siniaia diviziia i pokhod v Rossiiu*, s. f. (HIA-Globus, c. 7). < <

[116] Vladímir N. Azarenko-Zarovski (Vladímir Azar) nació en 1925 en Yugoslavia, como hijo de padres exiliados; fue educado en el colegio de cadetes rusos de Bela Zrvka (Voivodina), y asistió después a la Universidad de Heidelberg. En
1944-1945
se unió al Ejército del general Andréi Vlásov, reclutado entre prisioneros de guerra rusos, colaboracionistas y exiliados. Sobrevivió a la guerra, y en 1949 emigró a Estados Unidos, donde falleció en 1984. Además de la editorial Globus, fundó una librería rusa en San Francisco. Cf. A. A. Khisamutdinov, *Russkoe pechatnoe slovo v Kalifornii*, Vladivostok: Izdatelstvo Dalnevostochnogo Universiteta, 2017, pp. 92-96. < <

[117] R. V. Zavadski (O. Beyda, ed.), *Svoia chuzhaia voina. Dnevnik russkogo ofitsera vermakhta, gg 1941-1942*
., Moscú: Sodruzhestvo «Posev», 2014. < <

[118] Cf. por ejemplo E. Schertsjanoi (ed.), *Rotarmisten schreiben aus Deutschland. Briefe von der Front (1945) und historische Analysen*, Múnich: De Gruyter, 2004; A. Peri, *The War Within. Diaries from the Siege of Leningrad*, Cambridge, Ma/Londres: Harvard UP, 2017; S. Aleksievich, *La guerra no tiene rostro de mujer*, Barcelona: Debate, 2015 [Minsk 1985]; Lomagin, *Neizvéstnaya blocada*; J. Hellbeck, *Stalingrado. La ciudad que derrotó al Tercer Reich*, Barcelona: Galaxia-Gutenberg, 2018 [Fráncfort 2012]. < <

[119] Sobre el papel protagonista que adquieren los traductores, a menudo improvisados, en tiempos de guerra, vid. J. Baigorri Jalón, «War, languages, and the role(s) of interpreters», en VV. AA., *Les liaisons dangereuses: Langues, traduction, interprétation*, Beirut: Université Saint-Joseph, 2010, pp. 173-204. < <

[120] G. Corni, *Raccontare la guerra: la memoria organizzata*, Milán: Mondadori, 2012; J. Echternkamp, «Mit dem Krieg seinen Frieden schließen. Wehrmacht und Weltkrieg in der Veteranenkultur
(1945-1960)»,
en T. Kühne (ed.), *Von der Kriegskultur zu der Friedenskultur? Zum Mentalitätswandel in Deutschland seit 1945*, Münster: Lit, 2000, pp. 80-95. < <

[121] B. Cabanes y G. Piketty (dir.), *Retour à au sortir de la guerre l'intime*
, París: Tallandier, 2009. < <

[122] M. A. Heberle, *A Trauma Artist: Tim and the Fiction of Vietnam O'Brien*, Iowa City: University of Iowa Press, 2001, p. 37. < <

[123] Vid. sobre el particular J. García Hispán, *La Guardia Civil en la División Azul*, Alicante: García Hispán, 1991, así como J. N. Núñez Calvo, «La Guardia Civil en la División Española de Voluntarios», *Aportes*, 61 (2006), pp. 86-118. < <

[124] Sobre el concepto «espacio de violencia», cf. J. Baberowski, *Räume der Gewalt*, Fráncfort del Meno: Fischer, 2018. < <

[125] Vid. A. Hill, *The War behind the Eastern Front. The Soviet Partisan Movement in North-West Russia 1941-1944*, Londres/Nueva York: Frank Cass, 2005, pp. 47-68 y 113-119.

< <

[126] Cf. K. C. Berkhoff, *Motherland in Danger. Soviet Propaganda during World War II*, Cambridge, Ma: Cambridge UP, 2012; Núñez Seixas, *El frente del Este*, op. cit., pp. 276-307. < <

[127] Cf. B. Musial, *Sowjetische Partisanen Mythen und Wirklichkeit 1941-1944:* , Paderborn: Schöningh, 2009, pp. 351-353. < <

[128] Sobre la variedad de motivaciones que movían a los colaboracionistas cf J. Burds, «"Turncoats, Traitors, and Provocateurs": Communist Collaborators, the German Occupation, and
Stalin's
NKVD,
1941-1943»,
East European Politics and Societies and Cultures, 2017 (publicado *online*: https://doi.org/10.1177/0888325417742486). < <

[129] N. Nikulin, *Vospominaniia o voine*. San Petersburgo: Izd-vo
Gos. Ermitazha, 2008 [2.ª ed.], introducción. <<

[130] Nikolái Alekséievich Nekrásov
(1821-1877),
poeta y escritor clásico de la literatura rusa. < <

[131] *Ut desint vires, tamen est laudanda voluntas*, aforismo latino citado de las *Cartas desde el Ponto*, de Ovidio. < <

[132] Se refiere al frente en la Guerra Fría, es decir, a las personas que se encontraban en la URSS. < <

[133] Como vimos, Kovalevski fue evacuado, enfermo, al Hospital de Campaña de Grigórovo el 27 de febrero de 1942, y de allí a un hospital de retaguardia cerca de Colonia, donde permaneció hasta ser dado de alta. Regresó a España el 17 de mayo de 1942. < <

[134] Ciertamente, la URSS no era el Imperio zarista, y no existía en 1914, pero Kovalevski equipara aquí a ambos. < <

[135] Tras la derrota y la subsiguiente ocupación en abril de 1941, el territorio yugoslavo fue repartido entre los países limítrofes, reparto sancionado por el encuentro entre los ministros de Asuntos Exteriores italiano y alemán el 21 y 22 de abril. Italia y Alemania fueron los principales beneficiarios del acuerdo, pero también lo fueron Hungría, Bulgaria y Albania. Como resultado, se instituyó un Estado independiente de Croacia, así como un Montenegro independiente bajo la égida de Italia. En algunos de los territorios recién creados tuvieron lugar limpiezas étnicas y asesinatos masivos de serbios y judíos. Las protestas soviéticas no han podido ser acreditadas. Cf. J. Tomasevich, *War and Revolution in Yugoslavia, Occupation and Collaboration*
1941-1945:
, Stanford: Stanford UP, 2001, pp. 61-64. < <

[136] Kovalevski refleja la opinión preponderante entre los exiliados rusos. Los analistas alemanes que estudiaron la prensa de las organizaciones del exilio ruso en 1940 hallaron que tanto los «derrotistas» como los «militantes» veían el pacto entre Hitler y Stalin con gran escepticismo, y no creían que duraría demasiado. Informe del Dr. Kurt Krupinski, *Die Emigrantenpresse*, finales de 1940, p. 7 (Archivo del Institut für Zeitgeschichte, Múnich, MA 128/2). <<

[137] El destino del Estado polaco ya fue sellado el 23 de agosto de 1939, cuando la URSS y el Tercer Reich firmaron un tratado fronterizo y de amistad mutua. Aunque la Unión Soviética y la Alemania nazi no fueron aliados *de iure*, sí existía colaboración y comercio entre ellos *de facto*. Cf. E. E. Ericson III, *Feeding the German Eagle: Soviet Economic Aid to Nazi Germany, 1933-1941*, Westport, Co/Londres: Traeger, 1999, pp. 69 y ss. <<

[138] Kovalevski incurre aquí en un error. La invasión tuvo lugar a primera hora de la mañana del 22 de junio de 1941, y no el día 23. El embajador alemán en Moscú, conde Werner von der Schulenburg, recibió de Berlín el telegrama con la declaración de guerra a la URSS y la entregó al ministro de Exteriores soviético, Viacheslav Mólotov, solo dos horas después del inicio de las hostilidades. < <

[139] Se trata de un error evidente por parte de Kovalevski. El Imperio guillermino o Segundo Reich existió entre 1871 y 1918. La Alemania nazi, como es conocido, adoptó el nombre de Tercer Reich. < <

[140] Angelo Brunetti (1800-1849): político italiano, conocido en su tiempo por defender a los judíos. < <

[141] De hecho, la gran mayoría de la opinión pública europea, así como los propios oficiales alemanes, estaba convencida de que la Wehrmacht estaría desfilando en Moscú en el otoño. Cf. X. M. Núñez Seixas, *El frente del Este. Historia y memoria de la guerra germano-soviética (1941-1945)*, Madrid: Alianza, 2018, pp. 37-38. < <

[142] En varias capitales de provincia y núcleos importantes de población tuvieron lugar, en efecto, manifestaciones organizadas por Falange los días 24 y 25 de junio. Mientras que a varias de ellas concurrieron sus militantes y simpatizantes, otras tuvieron menos asistencia, como informaban los cónsules alemanes. En San Sebastián tuvo lugar una manifestación en la tarde del 25, no excesivamente concurrida, a juzgar por las fotos publicadas por la prensa local. Cf. X. M. Núñez Seixas, *Camarada invierno. Experiencia y memoria de la División Azul, 1941-1945*, Barcelona: Crítica, 2016, pp. 60-61, y «San Sebastián se manifiesta contra la Rusia soviética», *La Voz de España*, 26 de junio de 1941, p. 1. <<

[143] El 25 de junio por la noche se cursaron instrucciones para todos los jefes provinciales de FET con el fin de organizar rápidamente el reclutamiento. Primero se recomendaba que los voluntarios fuesen seleccionados entre los mejores falangistas, tanto por formación militar como por antecedentes morales y políticos; y se abría la mano a oficiales «de espíritu falangista». Los combatientes debían tener entre 20 y 28 años, se daría preferencia a quien tuviese experiencia militar en las distintas armas y servicios del Ejército, tenían que superar un examen médico, y en principio se establecía un cupo de un 75 % para excombatientes y de un 25 % para excautivos y voluntarios políticamente solventes. Los militares profesionales se podrían presentar en 48 horas, los falangistas tenían de plazo hasta el 2 de julio. En teoría, entre los militares se seleccionaría a los mejor preparados, si había varios candidatos por plaza. Al mismo tiempo, se cursó una instrucción a las capitanías generales del Ejército y a los efectivos acantonados en Marruecos para solicitar relaciones de voluntarios. Una disposición posterior amplió el cupo de suboficiales y especialistas que podría reclutar el Ejército. También cubriría el cupo de tropa allí donde no hubiese suficientes voluntarios civiles. < <

[144] Nikoláii Nikoláieevich Boltin, aristócrata ruso, ostentaba el rango de coronel del Regimiento de granaderos a caballo de la Guardia Real del zar. Durante la Primera Guerra Mundial sirvió en el Regimiento de Dragones de la Guardia Real en Pskov. Durante la guerra civil española fue uno de los organizadores del destacamento ruso adscrito al Ejército franquista, sirviendo él mismo en el Tercio Doña María de Molina y, tras ser herido, en la 55.ª División. Tras 1939, fue nombrado coronel honorario de milicias, gozando de la protección del jerarca falangista Raimundo Fernández-Cuesta. Como «decano» de los combatientes voluntarios rusos, Boltin desempeñó en
1940-1941,
como vimos, el papel de representante de sus intereses ante las autoridades militares españolas. Murió en Madrid en 1954. Cf. Archivo General Militar de Ávila [AGMAV] 6205/119. < <

[145] Como ya hemos visto, el 30 de junio de 1941 se aprobaron por parte alemana las directrices generales para encuadrar a los distintos contingentes nacionales, dándoles uniforme alemán en legiones o unidades nacionales, según una cuidada jerarquización étnica. < <

[146] El autor se refiere aquí a la Milicia Nacional de FET de las JONS, en la que se unificaban desde abril de 1937 todas las milicias de partido del bando franquista. En julio de 1940 fue reorganizada y colocada bajo la tutela del Ejército, perdiendo todo carácter autónomo como fuerza de choque falangista; a sus filas fueron destinados oficiales cuyo cometido sería la formación paramilitar de la juventud. A fines de julio de 1944, la Milicia fue disuelta. Como sucedáneo de la misma, surgió poco después la Guardia de Franco, dependiente de FET e integrada sobre todo por falangistas de *camisa vieja* y radicales, así como algunos excombatientes. < <

[147] Como vimos, fueron en concreto 28, además de Serguéi Ponomariov e Ígor Pershin. < <

[148] Aleksandr Vladímirovich Bibíkov (1906-?), natural de la ciudad de Vladímir, de profesión marinero, salió de Rusia como adolescente. Participó en la Legión Extranjera francesa y, desde el 15 de julio de 1937, sirvió en la guerra civil española encuadrado en una bandera de la Legión. Combatió en Teruel, el Ebro y Levante, resultando herido en dos ocasiones. Se asentó en Madrid en 1939, donde escribió programas para la radio española, y después se estableció en San Sebastián, donde era sargento provisional de la Jefatura de Milicias de Guipúzcoa, y se enroló para el frente ruso. Se alistó en la División Azul en julio de 1941, y retornó en julio de 1942, tras haber servido en la Plana Mayor del Grupo Antitanque, y después en la Plana Mayor del 3.er Batallón del 269.º Regimiento. A su regreso, volvió a residir en San Sebastián (AGMAV 5531/7, 4497/51). < <

[149] Más adelante tuve ocasión de lamentarlo al descubrir que a mis años habría estado más tranquilo como intérprete y soldado raso [nota del autor, en adelante
N. del A.]
. < <

[150] Así fueron, aproximadamente, las condiciones iniciales, como también publicó la prensa donostiarra: cf. «Banderín de enganche para luchar contra el comunismo», *La Voz de España*, 1 de julio de 1941, p. 1. < <

[151] Hubo notorias desigualdades territoriales en lo relativo al éxito de la recluta. En general, ciudades como Madrid, Sevilla y Valencia, y las regiones que permanecieron en poder de la República hasta el fin de la guerra, como Levante y Murcia, y donde existían estudiantes falangistas y partidarios del franquismo que no habían podido hacer la guerra en el bando que deseaban, respondieron positivamente al llamamiento. En Guipúzcoa se apuntaron 257 voluntarios en junio/julio de 1941, y 346 en los reemplazos siguientes, procedentes en su mayoría de los núcleos urbanos, empezando por San Sebastián. Era la provincia vasca con más voluntarios para la División, con un claro predominio de los sectores subalternos urbanos: obreros y artesanos representaban el 38 % del contingente, los jornaleros un 7 %, los empleados un 26 %, y los estudiantes un 8 %. Vid. I. Fernández Vicente, «El proyecto fascista en el País Vasco, 1933-1945», tesis doctoral, Universidad del País Vasco, 2019, pp. 345-346 y 350-351.

< <

[152] Aunque en teoría los falangistas recibían prioridad, y el personal de tropa fue reclutado por las oficinas de Falange, lo cierto es que no era requisito imprescindible ser miembro del partido único. El porcentaje de falangistas es difícil de evaluar, pero debió oscilar en la primera expedición entre el 20 y el 25 % del total. <<

[153] El número total de deserciones en la División Azul fue muy inferior al presumido por Kovalevski, a lo que contribuía la selección previa del contingente y su control por parte de la Sección de Inteligencia de la propia División, el alto nivel de cohesión ideológica del primer contingente, y las dificultades prácticas para la deserción. Hasta febrero de 1942 se registraron entre seis y doce desertores. Se puede considerar que, en los dos años de despliegue de la División Azul en el frente, el número de desertores osciló entre ochenta y cien, apenas un 2 % de promedio total (cf. Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., pp. 104-106). < <

[154] Semejante entusiasmo, y el afán de participar en la que se preveía como una pronta toma de Moscú, caracterizarían tanto a otros voluntarios de la División Azul como a los integrantes de otras legiones de voluntarios extranjeros de la Wehrmacht, como la Legión de Voluntarios Franceses. La recluta apresurada constituyó una razón adicional de la precaria instrucción de los soldados. Vid. D. Ridruejo (X. M. Núñez Seixas, ed.), *Los cuadernos de Rusia*, Madrid: Fórcola, 2013 [2.ª ed.], entradas del 17 y 19 de septiembre de 1941, pp. 156-167, y O. Beyda, «"La Grande Armée in Field Gray": The Legion of French Volunteers Against Bolshevism, 1941», *The Journal of Slavic Military Studies*, 29: 3 (2016), pp. 500-518. <<

[155] En efecto, el plazo para que los militares profesionales se alistasen, según la orden del 25 de junio, era de 48 horas, y para los reclutados por Falange expiraba el 2 de julio; el 28 de junio se amplió el cupo de personal que reclutaría el Ejército (tres cuartos de los suboficiales y personal especialista), y se cubriría el porcentaje de tropa en cada provincia con reclutas procedentes del Ejército allí donde no hubiese suficientes voluntarios civiles para cubrir los cupos provinciales. Las primeras avanzadillas salieron el 8 de julio para Alemania, y los primeros contingentes de oficiales y tropa partieron en tren el 13 de julio. Cf. Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., pp. 62-64. < <

[156] Como ya vimos, en una crónica publicada en el diario *Unidad* se entrevistaba al tercer ruso blanco de Milicias de San Sebastián, Vladímir Dvoichenko, quien ya contaba entonces 57 años, y había combatido en cuatro guerras (la guerra ruso-japonesa, la turco-búlgara de
1912-1913,
la Primera Guerra Mundial, la guerra civil rusa y la guerra civil española). Tres días después, Bibíkov o Kovalevski se presentaron en el periódico para agradecer al director su mención de los rusos blancos, y se despedía con las maletas «preparadas para emprender el gran viaje de vuelta, con el que tantos años soñamos», dispuestos a cantar el *Cara al sol* y continuar «en nuestra estepa» la guerra empezada en España. < <

[157] En español en el original. En algunas ocasiones el autor escribe con faltas de ortografía en castellano («Crusada» por «Cruzada» o «Espanauna…» por «España, una»). Esos errores se han corregido para esta edición. Todas las palabras que aparecen en español en el original lo hacen aquí en cursiva. En adelante, todas las referencias a palabras en español y otros idiomas en el original son del traductor [N. del T.]. < <

[158] En español en el original. < <

[159] En español en el original. < <

[160] En español en el original. < <

[161] En español en el original. < <

[162] La imagen del *ruso* en la España del primer franquismo se asociaba de modo casi inseparable al enemigo comunista, y había sido reforzada por la propaganda de guerra del bando insurgente durante la guerra civil. Los propios rusos blancos que combatieron en el bando franquista percibían a menudo la dificultad de muchos de sus camaradas españoles para separar ambos conceptos. Vid. X. M. Núñez Seixas, *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid: Marcial Pons, 2006, pp. 245-261, y *Camarada invierno*, op. cit., pp. 23-27. < <

[163] El capitán zarista y topógrafo Pável Ivánovich Rashevski (1898-?), natural de San Petersburgo, era un personaje peculiar. Se alistó hacia septiembre u octubre de 1936 en el Tercio requeté aragonés Virgen del Pilar, del que pasó después al Tercio Doña María de Molina, donde era sargento. Se distinguió en combate, y fue herido. En septiembre de 1937 solicitó permiso para viajar a Francia y Alemania —en Toulouse vivía su hija Natalia, que apenas sabía de su paradero en octubre de 1939, según notificaba el cónsul español en aquella ciudad—, pero desapareció; en el Tercio María de Molina también se alegaba como causa de su baja «su deplorable conducta y su incorregible abuso de la bebida». Sin embargo, en mayo de 1941 se le otorgó la Medalla de Sufrimientos por la Patria, y ostentaba el rango de sargento de milicias. En la División Azul fue finalmente incorporado a la Primera Sección del Estado Mayor. Si sufrió cárcel en España o Francia, o si fue detenido antes de salir para el frente, son extremos que no figuran en su expediente (AGMAV 4346/100; diversa documentación en AGMS, CG/R3). <<

[164] En español en el original. < <

[165] En español en el original. < <

[166] Probablemente se trate del teniente Ismael García-Romeu, alias *Tirolaipi* (1918-1999), barcelonés y veterano de la guerra civil, cuyas excentricidades y arrojo en combate le hicieron merecedor de cierta fama en la División, convirtiéndose en un oficial muy citado en la memorialística divisionaria. Era tuerto de un ojo, con lo que es posible que Kovalevski confunda en su recuerdo a capitán y teniente. < <

[167] En español en el original. < <

[168] En español en el original. < <

[169] Se trataba del capitán José Fernández Rodríguez, quien asumió el mando de la 4.ª compañía de ametralladoras el 1 de agosto de 1941, y permaneció en él hasta el 11 de junio de 1942. < <

[170] Se trataba del coronel Pedro Pimentel Zayas (1893-1963), militar africanista de dilatada carrera, oficial de la Legión y profesor de la Academia Militar de Zaragoza. En 1936 tomó parte activa en la sublevación del Ejército de África, y pasó a la península al mando de una bandera legionaria. Ocupó el puesto de jefe del 262.º Regimiento hasta mayo de 1942. A su retorno a España fue promovido a teniente general, ocupó la comandancia de una región militar y fue procurador en Cortes. < <

[171] Se refiere a Tartarín de Tarascón, personaje literario creado por el escritor francés Alphonse Daudet (*Les aventures prodigieuses de Tartarin de Tarascon*, 1872). < <

[172] Los gestos hostiles por parte de la población francesa, y de refugiados republicanos españoles, a lo largo del viaje en tren entre Hendaya y Alsacia fueron una constante en las expediciones de voluntarios del verano de 1941, y aun de los convoyes posteriores. Hubo también incidentes varios, como pedradas, botellazos y algún altercado durante las paradas en las estaciones de tren; a menudo, los centinelas alemanes permanecían pasivos. Cf. diversos informes de la Segunda Sección de Estado Mayor, Grafenwöhr, 19-22 de julio de 1941, en AGMAV 2005/2/2. < <

[173] Lo que Kovalevski identifica como monjas eran seguramente enfermeras de la Cruz Roja alemana (*Krankenschwestern*). < <

[174] En español en el original. < <

[175] En español en el original. < <

[176] En español en el original. < <

[177] En español en el original. < <

[178] Se trataba de la ciudad de Estrasburgo, incorporada al Tercer Reich tras 1940. < <

[179] En español en el original. < <

[180] Equivalente de un proverbio ruso. < <

[181] En español en el original. < <

[182] En español en el original. < <

[183] En español en el original. < <

[184] De los intercambios de fotos y direcciones en esos encuentros nacieron, en efecto, varias relaciones epistolares con *madrinas de guerraalemanas*, a menudo idealizadas por los soldados. Kovalevski sin duda sobrevalora retrospectivamente la candidez de esas relaciones. A menudo, los divisionarios fueron incapaces de leer las direcciones escritas por las chicas germanas en los reversos de sus fotos, por utilizar la grafía *Fraktur* o *altdeutsche Schrift*, equivalente a la letra gótica. < <

[185] La positiva percepción de los sargentos divisionarios por parte de Kovalevski contrastaba con la negativa imagen de ellos por parte de los voluntarios falangistas, muchos de los cuales despreciaban a los primeros por su falta de estudios, sus rudos modales y su escaso falangismo; por el contrario, muchos suboficiales del Ejército, formados durante la guerra civil y partidarios de los valores básicos del régimen franquista, mostraban escaso aprecio por los voluntarios de clase media y urbana, a menudo vistos como «señoritos». Vid. Ridruejo, *Los cuadernos de Rusia*, op. cit., entradas del 30 de julio, 13 y 14 de noviembre, pp. 76-78 y 280-294;
igualmente, Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., pp. 100-102. < <

[186] Los soldados españoles se lamentaron de forma repetida durante el período de instrucción del régimen de comidas del Ejército alemán y su, para ellos, espartana austeridad, así como de que la cena se sirviese en frío, escasease el vino, algunos platos como la cebada perlada resultasen extraños a los paladares ibéricos, o apenas hubiese tabaco negro. Cf. Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., pp. 66-67. < <

[187] Se trataba del batallón 262. < <

[188] Comandante Ángel Enríquez Larrondo. < <

[189] Podría ser el teniente José María Vicente Izquierdo, burgalés, procedente de la Academia de Infantería de Zaragoza, que asumió después (1 de agosto) el mando de la 1.ª Compañía del Grupo de Transporte 250, y después pasó al 2.º batallón del 269.º Regimiento. Fue herido en una pierna en marzo de 1942 y repatriado a España (AGMAV 4499/4). < <

[190] En español en el original. < <

[191] Dado que el Ejército español fue incapaz de proporcionar transportes motorizados, la División Azul se trasladó a pie y con caballos de tiro al frente, como la mayoría de las unidades de infantería de la Wehrmacht. Le asignaron 5610 caballos incautados por el Ejército alemán en los Balcanes, que llegaron a Grafenwöhr en estado lastimoso tras un largo viaje. Eso, y la inexperiencia de muchos de los cuidadores de las caballerías, como el propio Kovalevski, sería una fuente constante de problemas para la movilidad de la División en las próximas semanas. < <

[192] En español en el original. < <

[193] En español en el original. < <

[194] Agustín Muñoz Grandes
(1896-1970),
oficial africanista, antiguo director de la Guardia de Asalto en los años republicanos y primer comandante en jefe de la División Azul, disfrutaba de cierta popularidad entre los soldados. Era cercano a los falangistas —había sido secretario general de Falange entre agosto de 1939 y marzo de 1940— y gustaba de los gestos populacheros, como pasear de incógnito entre la tropa y las posiciones, regalar cigarrillos a los soldados rasos y, en ocasiones, abroncar a sus superiores delante de ellos. Como estratega, su valía era más discutida entre los contemporáneos. < <

[195] En alemán en el original. < <

[196] En español en el original. < <

[197] En español en el original. < <

[198] En alemán en el original. < <

[199] En español en el original. < <

[200] En la División Azul tenían importante presencia sargentos y alféreces provisionales, ascendidos por méritos de guerra y mediante cursos específicos durante la guerra civil, y que habían permanecido en el Ejército tras 1939. Compartían los valores básicos del franquismo, moldeados por la experiencia de guerra: catolicismo y visión tradicional del orden social y de las jerarquías, pero su relación con los voluntarios falangistas en el período de instrucción fue a menudo bastante tensa. Su formación técnica, a ojos alemanes, era precaria. Kovalevski, en cambio, desarrolló hacia ellos un notable aprecio. < <

[201] En alemán en el original. < <

[202] En español en el original (en esta y en la siguiente línea). < <

[203] En español en el original. < <

[204] Podría tratarse del sargento Mariano Alonso Tomillo (1920-2008), empleado en la Plana Mayor del 1.er Batallón del 262.º Regimiento, quien tras la campaña de Rusia continuó en el Ejército, sirviendo incluso en la Compañía de Operaciones Especiales, y se retiró como coronel. En su expediente, sin embargo, no figura ninguna mención a este incidente (AGMAV 4439/23). < <

[205] Podría tratarse del sargento Marcelino Cortés García (1915-?), procedente del Regimiento de Infantería n.º 24 de San Sebastián, y destinado en el 1.er Batallón del 262.º Regimiento. Su expediente personal apenas proporciona más información (AGMAV 4191/43). <<

[206] La homosexualidad dentro del Ejército es un tabú muy usual en los testimonios de combatientes y excombatientes, y son pocas las memorias o diarios en los que se registra algún caso. Eso no implica que no existiesen casos dentro de la División Azul, que también fueron objeto de expediente y castigo. Hasta fines de 1941 se incoaron dentro de la División hasta setenta procesos contra oficiales, clases y soldados por «delito de inversión»; dos oficiales fueron expulsados del Ejército por ese motivo (vid. Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., p. 218). < <

[207] Kovalevski cuenta aquí sólo, presumimos, las prácticas de campo. Pero el período de instrucción completo del contingente español (entre cinco y seis semanas) fue corto para lo que era usual en el Ejército alemán (unos tres meses), pero los mandos consideraron que la formación había avanzado a buen ritmo. Además, las prisas por participar en la guerra, el hecho de que parte de los soldados españoles tuviese ya experiencia previa en la guerra de
1936-1939,
y la necesidad de reemplazar bajas en el frente, fueron factores que contribuyeron a ello. Los mandos alemanes lamentarían posteriormente la, a su juicio, deficiente cualificación técnica y el parco adiestramiento de las tropas españolas una vez que entraron en combate. < <

[208] Ya durante la instrucción se constataron los roces entre la cultura militar tudesca y la española, acentuada por el hecho de que muchos voluntarios eran reticentes a aceptar la disciplina militar. Las quejas de los mandos germanos, y de la Plana de Enlace alemana con la División Azul, no hicieron sino aumentar en lo sucesivo. < <

[209] Se refiere a la MG 34 (Maschinengewehr 34). < <

[210] Se refiere a la ametralladora ligera Degtiarev DP-27, utilizada por el Ejército Rojo desde 1928. < <

[211] En español en el original. < <

[212] La percepción germana coincidía en este punto. Los informes de la Plana de Enlace y otros observadores alemanes acerca del deficiente trato a los caballos por parte de la División Azul llegaron hasta el Alto Mando de la Wehrmacht, e incluso hasta los jerarcas nazis. Eso se debía en parte a la falta de suboficiales y soldados especialistas en caballería, lo que Muñoz Grandes ya demandaba al Ministerio del Ejército español en agosto de 1941. Vid. Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., pp. 66 y 116-118.

< <

[213] El 31 de julio de 1941 el grueso de la División se desplegó en formación en el campo de Kramerberg, situado en el centro del complejo de campamentos, para prestar juramento de obediencia al «jefe del Ejército alemán Adolf Hitler en la lucha contra el comunismo», ante «Dios y por vuestro honor de españoles», bajo las banderas española y alemana. La fórmula de juramento fue adoptada de la que era usual en la Wehrmacht, pero se omitió el término *Führer* y se introdujo en ella que la fidelidad de los soldados españoles a Hitler sólo se circunscribía al frente oriental. Presidieron la ceremonia, además de Muñoz Grandes, los generales Conrad von Cochenhausen, comandante en jefe de la XIII Región Militar alemana, y Friedrich Fromm, comandante en jefe del Ejército de Reserva (*Ersatzheer*). En su discurso, Cochenhausen insistió en los tópicos de la Cruzada antibolchevique, y la defensa de la civilización europea contra el dominio judeomarxista. < <

[214] No era una simple coincidencia. La pieza había sido compuesta en 1794 por Dmitri Bortnyanski, con letra de Mijaíl Jeráskov. Funcionó como himno oficioso hasta que la composición *Dios proteja al Zar* se estableció como himno oficial del Imperio ruso en la década de 1830. En Alemania, su melodía fue utilizada en la canción alemana *Ich bete an die Macht der Liebe* (*Rezo por la fuerza del amor*), con versos de Gerhard Tersteegen. Con el tiempo, este himno religioso pasó a ser parte integral del ceremonial militar (*Großer Zapfenstreich*) y su música acostumbraba a tocarse hasta mayo de 1944 en diversos actos de la Wehrmacht. Cf. R.-D. Müller, *Hitlers Wehrmacht 1935 bis 1945*, Múnich: Oldenbourg, 2012, p. 38. < <

[215] Aunque tres semanas antes había salido un grupo de oficiales españoles a distintas unidades del frente oriental para familiarizarse con los métodos de combate alemanes, que regresaron tras unos días, el 20 de agosto partió el primer convoy, compuesto de seis trenes, para el este. El conjunto de la División salió de forma escalonada a lo largo de cinco días en 66 trenes, y los vehículos motorizados partieron en una columna de doscientas unidades. < <

[216] A fines de julio de 1941 se reestructuró la organización interna de la División Española de Voluntarios (DEV) con el fin de adaptarla al modelo *antiguo* de la Wehrmacht, pero fundiendo el Regimiento de Depósito, que por lo general permanecía en Alemania, en los tres que se desplegarían en el frente, más un batallón de reserva móvil (250.º Batallón) con plana mayor y tres compañías, dos de infantería y una mixta, que se quedarían en la retaguardia inmediata para poder intervenir cuando fuese requerido. La División Azul pasó a ser así, oficialmente, la 250.ª División de la Wehrmacht (*Spanischen Freiwilligen Division*). Sus cuatro regimientos iniciales se convirtieron en tres, contando con tres batallones y dos compañías adicionales cada uno, al mando del coronel Pedro Pimentel (262.º Regimiento), José Vierna (263.º Regimiento) y José Martínez Esparza (269.º Regimiento), pasando el coronel sobrante, Miguel Rodrigo, al puesto de segundo jefe de la División. Además de ello, la División se dotó de un regimiento de artillería, sendos batallones de transmisiones y zapadores, y grupos de anticarros, transmisiones, exploración, transportes, sanidad, intendencia y veterinaria, así como una sección de Policía militar (a cargo de números y oficiales de la Guardia Civil, reconvertidos en *Feldgendarmen* de la Wehrmacht), correo militar, Plana Mayor y Estado Mayor. Los efectivos totales de la DEV ascendían a casi dieciocho mil hombres. < <

[217] Kovalevski tiende a reproducir la visión de los suboficiales del Ejército, y exagera la influencia de los cuadros falangistas en la jerarquía interna de la División Azul. Los jerarcas de FET devenidos en voluntarios habían pasado en su mayoría a ser simples soldados. Ciertamente, conservaban un notable ascendiente entre sus camaradas, y en varias unidades se configuraba así una «doble jerarquía» política, paralela a la militar, como era el caso de la 2.ª Compañía de Antitanques, integrada en buena parte, además de por dirigentes como Agustín Aznar, Enrique Sotomayor o Dionisio Ridruejo, por falangistas de la Vieja Guardia de Madrid. Sin embargo, los mandos militares profesionales recelaban a menudo de los «señoritos» falangistas, como bien anotaba Dionisio Ridruejo, entre otros. < <

[218] Se refiere a la Escuadrilla Azul (*15 Spanische Staffel*), integrada en la Luftwaffe y conformada por varias decenas de pilotos de la fuerza aérea española, además de personal de apoyo en tierra, y desplegada en el área del Grupo de Ejércitos Centro. Por ella pasaron cerca de un centenar de pilotos en cuatro relevos. Cf. J. Fernández-Coppel, *La escuadrilla azul: los pilotos españoles en la Luftwaffe*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2007. < <

[219] Antigua unidad de medida rusa equivalente a 1066,8 metros [N. del T.]. < <

[220] No ha sido posible identificar esta población. < <

[221] El número de «aspeados», aquejados de ampollas y dolores en los pies, constituyó un serio problema para la División durante su marcha a pie al frente. Según el médico militar Bernardino López Romero, sólo entre el 8 y el 28 de septiembre fueron atendidos 2177 soldados, «en su inmensa mayoría despeados en sus distintos grados, otros simplemente fatigados por la dureza de la marcha y algunos enfermos», al tiempo que anotaba que la moral de la tropa ingresada era «bastante relajada», soldados que «llegaban hasta nosotros quejumbrosos, llenos de lamentaciones, en una palabra, faltos de espíritu. Muchos de ellos, a los pocos días de marcha se presentaban ya llenos de miseria, con la ropa rota, pelo largo, barba crecida, y con bastantes piojos». Cf. *Hospital de campaña 250. Memoria. Desde el día 8 de septiembre al 1.º de octubre de 1941* (Archivo de D. Carlos López del Río, Boiro/Madrid). < <

[222] En realidad, el término «segundo exilio» (o «segunda emigración») se reserva a los exiliados que abandonaron la URSS tras la Segunda Guerra Mundial. Los autores que Kovalevski menciona formaron parte de la primera ola de exiliados, quienes abandonaron Rusia entre la revolución de octubre de 1917 y los primeros años veinte, con el Ejército Blanco, aunque se sumaron de forma tardía. < <

[223] Iván L. Solonevich
(1891-1953)
fue un escritor, periodista y político ruso. Huyó de la URSS en los años treinta y desarrolló una intensa actividad en el exilio. Ardiente partidario de la monarquía, escribió libros como *Rusia en el campo de concentración*, y editó los periódicos *Golos Rossii* (*La voz de Rusia*) en Bulgaria y *Nasha straná* (*Nuestro país*) en Argentina.
< <

[224] Grigori Z. Besedovski
(1896-1963)
fue consejero de la embajada soviética en Francia y solicitó asilo político en aquel país en 1929. Desarrolló una gran actividad en las filas del exilio y escribió para los periódicos *Vozrozhdenie* (*Resurrección*) y *Poslednie novosti*(*Últimas noticias*). < <

[225] Serguéi V. Dmitrievski
(1893-1964)
era consejero en la embajada soviética en Suecia, de la que huyó en 1930, exiliándose en París, donde participó en el movimiento de los socialistas monárquicos (*mladoróssi*) y colaboró con diversas publicaciones exiliadas. Más tarde, se restableció en Suecia. < <

[226] La impresión de Kovalevski es bastante certera, y fue corroborada por otros miembros de la División Azul. La población de la antigua Polonia Oriental, ocupada por los soviéticos a fines de septiembre de 1939, fue víctima de una fuerte represión, que incluyó, además de la colectivización forzosa, deportaciones de supuestos anticomunistas y ejecuciones de miembros de la élite económica y profesional polaca a manos del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD). La población polaca percibió, además, que los judíos locales simpatizaban con los soviéticos, lo que acentuó su tradicional antisemitismo. Cf. F. Ackermann, *Palimpsest Grodno. Nationalisierung, Nivellierung und Sowjetisierung einer mitteleuropäischen Stadt, 1919-1991*, Wiesbaden: Harrasowitz Verlag, 2011, pp. 93-127. <<

[227] En territorio polaco, bielorruso y lituano, los divisionarios protagonizaron numerosas escapadas a las poblaciones que hallaban en su camino y trabaron contacto con los campesinos, a los que compraban —o hurtaban— víveres a cambio de dinero o partes de su equipamiento. En algunos casos se encontraron con polacos que podían hacerse entender en castellano, en parte porque habían retornado de un período de emigración en Argentina. Cf. Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., pp. 148-153. < <

[228] Esta era una reacción muy habitual entre los exiliados rusos. Aunque la Rusia zarista había desaparecido veinte años atrás, se resistían a aceptar la realidad de las nuevas fronteras políticas. < <

[229] En los testimonios divisionarios de posguerra, la evocación del catolicismo que compartían polacos, lituanos y españoles fue un lugar común. A menudo se recordaron las misas concelebradas por capellanes de la División Azul y curas polacos en modestas iglesias rurales. Sin embargo, eso no impedía los ocasionales actos de pillaje o los engaños a la población civil. < <

[230] Cuando, en septiembre de 1941, el resistente judío de Grodno Leib Reizer pasó por la localidad bielorrusa de Radun, camuflado en compañía de unos chóferes holandeses que trabajaban para la Organización Todt, preguntó a una campesina si los españoles habían estado por el pueblo: «"Sí, estuvieron aquí", respondió ella […]. Habían gesticulado con sus manos en lenguaje de signos y preguntado por "materia grasa" —mantequilla—, así como por "kikirikí" y "oink-oink" —o sea, pollos y cerdos, a cambio de camisas, bufandas, calcetines y cosas así» (L. Reizer, *In the Struggle. Memoirs from Grodno and the Forests*, Nueva York/Jerusalén: Yad Vashem/The Holocaust
Survivors' Memoirs
Project, 2009, p. 96). Según la Plana de Enlace alemana en la División Azul, no todo habían sido trueques o adquisiciones, sino que también se habían registrado hurtos: vid. diario de guerra de la Plana de Enlace, entradas del 26 de agosto, 1 y 6 de septiembre de 1941, en Bundesarchiv-Militärarchiv
(BA-MA),
Friburgo de Brisgovia, RH 26-250/2. < <

[231] En las directrices repartidas a las tropas de la Wehrmacht en vísperas de la Operación Barbarroja, se recogía que el trato a los prisioneros soviéticos no debía ajustarse a las normas de la Convención de Ginebra. Una parte de ellos debía morir, y otra ser sometida a trabajos forzados hasta su agotamiento físico. Hasta mayo de 1942, casi la mitad de los cerca de 3,8 millones de cautivos del Ejército Rojo en manos alemanas había perecido. La contemplación de las largas filas de prisioneros soviéticos camino de la retaguardia causó un fuerte impacto en los testimonios divisionarios, tanto coetáneos como posteriores. Algunos experimentaron compasión por los prisioneros; otros vieron en su lastimoso estado una confirmación de los estereotipos propagandísticos que retrataban a los combatientes soviéticos como seres infrahumanos. Cf. Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., pp. 235-236; K. Streit, *Keine Kameraden. Die Wehrmacht und die sowjetischen Kriegsgefangenen 1941-1945*, Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1978. < <

[232] Grodno (Bielorrusia), situada entonces en un área de frontera étnica en la que convivían, no sin problemas, polacos católicos, bielorrusos ortodoxos, lituanos y judíos, en su mayoría hablantes de yidis. En septiembre de 1941 vivían en la ciudad casi treinta mil judíos, de los que apenas sobrevivió un 2 % al Holocausto. < <

[233] Kovalevski, pese a su antisemitismo tradicional, no emplea aquí el término despectivo *zhidi*, usado habitualmente para referirse a los judíos por parte de los antisemitas rusos, sino el más neutro *evrei*, quizá condicionado por el hecho de haber escrito sus memorias tras 1945. < <

[234] La alusión a los «crímenes» judíos muestra que Kovalevski participaba de la popular hipótesis del origen judío del bolchevismo. Como era habitual en los círculos antisemitas, y entre los oficiales zaristas y del Ejército ruso blanco, también magnificaba el papel desempeñado por los judíos en el Estado soviético. Cf. J. Frankel, *Crisis, Revolution, and Russian Jews*, Cambridge et al.: Cambridge UP, 2009, y S. Goldin, *Russkaya armia i ievrei, 1914-1917*, Moscú: Mosty Kultury, 2018. < <

[235] Cuando los españoles llegaron a Grodno, las medidas segregacionistas de los ocupantes alemanes habían obligado a los judíos a portar distintivos externos, prestar trabajos forzados y ceder el paso a los soldados de la Wehrmacht, entre otras humillaciones públicas; también habían sido asesinados en varias masacres buena parte de los miembros de la clase media y profesional hebrea. Sin embargo, cuando los españoles llegaron todavía no se había concentrado a los judíos en dos guetos, uno en el centro de la ciudad y otro en las afueras, a los que fueron trasladados a principios de noviembre de 1941. Su situación empeoró de forma progresiva, y los supervivientes fueron deportados a Treblinka, donde la inmensa mayoría pereció. En marzo de 1943, la comunidad judía de Grodno había llegado a su fin. Cf. Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., pp. 302-308, y Ackermann, *Palimpsest Grodno*, pp. 115-127. < <

[236] La frase parece sugerir que Kovalevski fue testigo de algunos episodios de humillación a los judíos, aunque no ofrece detalles de ellos. El uso de la moderada expresión «medidas represivas» evidencia cierta actitud justificativa por parte del autor, pues los judíos no eran castigados por faltas contra los códigos impuestos por los ocupantes, sino que eran víctimas de criterios arbitrarios. <<

[237] Tal vez se trate de la población de Zitomlia, que se encuentra en la ruta descrita. < <

[238] Nikolái Yevguénievich Krivosheia
(1897-1970),
natural de Lugansk, fue capitán de artillería del Ejército zarista, así como durante la guerra civil rusa. En 1920 partió hacia el exilio, primero a París. En febrero de 1937 se incorporó en San Sebastián al Tercio Zumalacárregui, y de ahí pasó, con rango de teniente, a mandar el grupo ruso del Tercio de Navarra. Acabada la guerra le fue concedida la nacionalidad española, y el empleo de alférez honorífico del 2.º Tercio Duque de Alba de la Legión. En 1941 se alistó para el frente ruso, y sirvió como intérprete de la Plana Mayor del Regimiento 262; volvió en diciembre de 1943. En España continuó destinado en la Legión. Desde julio de 1969 y hasta su muerte por un ictus cerebral en diciembre de 1970, estuvo adscrito al servicio de traductores del Estado Mayor del Ejército: en abril de 1970 tuvo incluso que acreditar ante un tribunal sus conocimientos de ruso… Su hermano Vasili era sargento de la Legión y también intérprete en la División Azul. Cf. AGMAV 4569/15, y hoja de servicios en AGMS 3809. < <

[239] Vilna, en donde sí existía un gueto judío a la llegada de los soldados de la División Azul, y donde se estableció un hospital de retaguardia español en el que muchos divisionarios pasaron un tiempo como heridos convalecientes, acostumbra a ser descrita por los testimonios españoles como una ciudad «europea», a diferencia de Rusia llena de iglesias católicas. Cf. Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., pp. 153-154. < <

[240] En realidad, Molodechno no se encuentra en territorio lituano, sino cerca de la ciudad de Minsk, la capital de Bielorrusia. < <

[241] Poltava es una ciudad de Ucrania central. A fines de julio de 1941, el mando alemán dio la orden de liberar a los prisioneros de guerra soviéticos que pertenecían a algunas nacionalidades no rusas: alemanes del Volga, bálticos, ucranianos y, más adelante, bielorrusos. No obstante, una resolución de noviembre del mismo año dejó en suspenso esa orden, durante cuya vigencia fueron liberados 318 770 cautivos, en su gran mayoría ucranianos. Cf. G. F. Krivosheev et al. (eds.), *Velikaia otechestvennaia bez grifa sekretnosti. Kniga Noveishee spravochnoie izdanie poter'*.
, Moscú: Veche, 2010, pp. 320-321. < <

[242] Se refiere al proyecto de creación de una Ucrania independiente. < <

[243] Simon V. Petliura
(1879-1926),
político nacionalista ucraniano y feroz antisemita, fue presidente del Directorio de la República Popular de Ucrania entre 1919 y 1920. Se exilió en París, donde fue asesinado por un exiliado judío.
<<

[244] Pável P. Skoropadski
(1873-1945),
hetman o comandante supremo del Ejército de Ucrania entre abril y diciembre de 1918, y presidente del *hetmanato* de Ucrania, suerte de autocracia militar apoyada por Alemania que sucedió a la República Popular Ucraniana, hasta que fue derrocado por un directorio que restauró la República ucraniana. < <

[245] Kovalevski se refiere aquí a la antigua frontera entre Lituania y la URSS, pues los estados bálticos habían sido incorporados a la Unión Soviética en 1940, tras imponer gobiernos títeres. < <

[246] Granja colectivizada. < <

[247] Especie de cobertizos techados que se utilizan para secar las balas de heno. < <

[248] A pesar de la propaganda acerca de la «liberación de los campesinos», los alemanes mantuvieron el anterior sistema de explotación de la tierra, mediante una disposición fechada a fines de agosto de 1941, y se limitaron a cambiar el nombre de *koljós* por el de «finca agrícola común». Con todo, es dudoso que las condiciones de los trabajadores experimentasen una mejora: el volumen de producción que había que entregar a los ocupantes no podía ser inferior al del año anterior, con lo que la explotación de los campesinos no varió, y se vio empeorada por el pillaje practicado por el Ejército alemán. Con todo, la administración civil de los territorios ocupados no seguía una línea uniforme, y cada comandancia local tenía potestad para aplicar sus propias normas, que a menudo divergían sustancialmente de un lugar a otro. Cf. O. I. Plenkov, *Tretii Reich. Sotsializm Gitlera (Ocherk istorii i ideologuii)*, San Petersburgo: Izdatelski dom «Neva», 2004, p. 212: Núñez Seixas, *El frente del Este*, op. cit., pp. 191-198. < <

[249] El 27 de febrero de 1942 el Ministerio para los Territorios Ocupados del Este, bajo la dirección de Alfred Rosenberg, decretó una liquidación progresiva del sistema de *koljós*, que favorecería un tránsito a la propiedad privada de la tierra en tres etapas. Primero, el *koljóssería* convertido en una finca agrícola de uso común, sujeta a gravámenes adicionales sobre el ganado y los inmuebles. Después, esas fincas serían reconvertidas en cooperativas agrícolas. En una tercera etapa, cuya fecha no se especificaba, las explotaciones agrícolas se dividirían en pequeñas fincas privadas. Sin embargo, se trataba de medidas propagandísticas que no hallaron aplicación práctica. < <

[250] Además de concordar con las impresiones de los soldados ocupantes, los recuerdos de Kovalevski acerca de la miseria coinciden con los de la mayoría de los exiliados rusos que estuvieron en los territorios ocupados. Cf. K. Aleksandrov, *Russkie soldaty Vermakhta. Geroi ili predateli: sbornik materialov*, Moscú/ Iauza: Eksmo, 2005, pp. 512-529. < <

[251] La colectivización y sovietización del campesinado eran inseparables de la destrucción de las iglesias y de la fe religiosa, y los bolcheviques procedieron a ello con determinación durante la segunda mitad de los años treinta: sólo en 1937 se cerraron más de ocho mil iglesias, mientras los sacerdotes eran enviados a campos de trabajo, y algunos fusilados. Con todo, entre las generaciones socializadas antes de 1917 la fe persistía como práctica semiclandestina, y los ocupantes alemanes toleraron la restauración del culto religioso. Cf. M. V. Shkarovski, *Russkaia pravoslavnaia tserkov pri Staline i Jruschove: gosudarstvenno-tserkovnie otnoshenia v SSSR v godaj 1939-1964*, Moscú: Krutitskoie Patriarshee Podvorie, 1999, p. 92, y H. Kuromiya, «Why the Destruction of Orthodox Priests in the Soviet Union in 1937-38?», *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, 55:1 (2007), pp. 86-93. <<

[252] Antigua medida rusa equivalente a 1,09 hectáreas [N. del T.].
< <

[253] Céntimos de rublo. < <

[254] La contraposición entre las órdenes germanas y las prácticas de ocupación de los españoles es en buena medida falsa. Autoabastecerse sobre el terreno era una práctica usual en la Wehrmacht, favorecida desde el verano de 1941, mezcla de prejuicio racial, conciencia de superioridad y necesidad logística. Ello situaba a la población civil soviética bajo la amenaza de morir de hambre en el invierno siguiente. Cf. entre otros J. Rutherford, *Combat and Genocide on the Eastern Front: The German War, Infantry's 1941-1944*, Cambridge: Cambridge UP, 2014, pp. 71, 105, 110, 145-147; Núñez Seixas, *El frente del Este*, op. cit., pp. 191-206. < <

[255] En este punto, la opinión de Kovalevski vuelve a coincidir con las de otros exiliados. En cambio, las de los soldados españoles eran más contradictorias: mientras algunos apreciaban en los mayores un respeto escrupuloso por las tradiciones, y una falta de religiosidad y moral en los jóvenes educados en el sistema soviético, otros lamentaban la falta de moralidad de los campesinos, que atribuían tanto al comunismo como a características innatas de la mentalidad rusa y el atraso intrínseco de las gentes. Cf. X. M. Núñez Seixas, «Russia and the Russians in the Eyes of the Spanish Blue Division Soldiers,
1941-4»,
Journal of Contemporary History, 52:2 (2017), pp. 352-374. < <

[256] Kovalevski utiliza aquí un término anacrónico que denota sus largos años de ausencia de Rusia. El vocablo *kursitska* designaba a las oyentes de los últimos cursos en la Rusia zarista. Los jóvenes del medio rural tenían escaso acceso a la educación, aunque en los últimos años del imperio se dictaron medidas para corregir esa situación. En 1941 ya no existían cursos exclusivos para chicas, porque las mujeres tenían franco acceso a los estudios universitarios. < <

[257] Lev N. Tolstói (1828-1910), escritor clásico de la literatura rusa. Aquí Kovalevski alude a que el conde Tolstói, aun siendo aristócrata, intentaba aproximarse a los campesinos y erigirse en representante de sus intereses. < <

[258] Como ya señalamos, el exilio ruso configuró una cultura nacional alternativa, cimentada por sólidos vínculos y ritos comunitarios. Aunque se interesaban por la situación de quienes vivían en la URSS, los expatriados se consideraban los auténticos rusos, mientras que los que habían permanecido en el país se habrían convertido en soviéticos, y habrían sufrido fuertes cambios religiosos, políticos y morales, lo que ahondaba la distancia identitaria entre ambos grupos. < <

[259] El interés y hasta la admiración por las costumbres tradicionales del pueblo ruso, cuya *alma* religiosa constituiría una prueba de que nunca sería contaminado en su íntimo ser por el comunismo, era un rasgo distintivo de varios divisionarios, en particular de quienes estaban imbuidos de un profundo humanismo cristiano. Algunos también creían hallar en los rusos una confirmación de los estereotipos difundidos por la literatura clásica rusa, de Tolstói a Dostoyevski. Un buen ejemplo era el muy católico capitán médico Manuel de Cárdenas, pero también divisionarios falangistas, como Guillermo Alonso del Real (cf. Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., p. 256). < <

[260] En español en el original. < <

[261] Kovalevski, como muchos divisionarios, emplea la denominación *autopista de Stalin*, pero confunde dos vías distintas. La autopista Moscú-Minsk, cuya construcción comenzó en febrero de 1936, no guarda relación alguna con el nombre de Stalin. La denominación *Línea de Stalin* designaba la serie de fortificaciones erigidas a lo largo de la frontera de la URSS, desde el istmo de Karelia hasta el mar Negro. En efecto, la autopista en cuestión no tenía nada que envidiar a cualquier otra de su tiempo. Gracias a la capacidad de movilización de la economía soviética y el empleo de mano de obra forzada —prisioneros del gulag—, las obras se terminaron en un plazo muy breve. Cf. O. Kornilova, «Slavnuiu dorogu stroiat chekisty: stroitelstvo avtomagistrali Moskva-Minsk v 1936 godu», *Istoricheskii zhurnal: nauchnie issledovania*, 6 (2014), pp. 660-676. < <

[262] Aunque el *relato divisionario* tendió a interpretar el hecho de que la División Azul tuviese que desplazarse a pie y con caballos como una discriminación frente a las divisiones germanas, se trataba de una contraposición falsa. Sólo una minoría de las unidades del *Heer* (Ejército de Tierra) alemán estaba motorizada; las divisiones de infantería recurrían a los caballos para transportar armamento y suministros, y se desplazaban a pie. Cf. D. Stahel, *Operation Barbarossa and Defeat in the East*
Germany's
, Cambridge: Cambridge UP, 2009, pp. 183-185. < <

[263] Peniques de marco alemán. < <

[264] Rostislav Zavadski, exiliado ruso que fue intérprete en la Legión valona, asistió a escenas semejantes, como narraba en su diario a principios de diciembre de 1941: «Soy testigo de constantes escenas dramáticas. Los alemanes arrancan a los lugareños sus últimas posesiones: el heno, la vaca, el cerdo, etc. Todo son gritos y lágrimas. ¡Y no puedo hacer nada! Alguna que otra cosa les he podido salvar, pero las más de las veces me tengo que limitar a ser testigo de todo ello apretando los dientes. Anoto esta escena, que presencié: los alemanes no conseguían que uno de sus carros atravesara un puente, porque el pavimento estaba muy resbaladizo. Salieron del paso arrancando el techo de paja de una casa y extendiéndolo sobre el pavimento. El carro consiguió pasar, pero los vecinos se quedaron sin techo. ¡Y en pleno invierno!». Cf. R. V. Zavadski (O. Beyda, ed.), *Svoia chuzhaia voina. Dnevnik russkogo ofitsera vermajta gg*
1941-1942
., Moscú: Sodruzhestvo «Posev», 2014, p. 135. < <

[265] Las quejas de la Plana de Enlace alemana y de las autoridades de ocupación germanas, por la escasa disciplina de las columnas de marcha españolas en septiembre/octubre de 1941, fueron constantes, lo que también incluía los lamentos de los campesinos por hurtos y requisas, práctica que sin embargo también era usual entre los alemanes. Cf. Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., pp. 115-117 y
264-265.
< <

[266] En español en el original. < <

[267] El uso del término *hambruna*, que sugiere en Kovalevski paralelismos con las muertes masivas provocadas por el hambre acaecidas en Ucrania (*holodomor*) y parte de Rusia en
1932-1933,
es equívoco. Con todo, lo cierto era que la España de posguerra estaba afectada por la escasez y el racionamiento de alimentos. <<

[268] Media botella de vodka. < <

[269] Ciertamente, y aun sin alcanzar las magnitudes que imaginaba Kovalevski, durante el período de instrucción y la marcha a pie la División Azul registró sus primeras bajas por muertes accidentales; varios soldados también perecieron al pisar una mina. < <

[270] Se trata del ya veterano comandante Claudio Rivera Macías (1893-1971),
quien había combatido en la guerra de África, donde fue condecorado con la Cruz Laureada de San Fernando. En mayo de 1931 se acogió a la Ley Azaña y se retiró con empleo de comandante; dos años después entró en contacto con José Antonio Primo de Rivera y el grupo fundacional de Falange Española, partido del que ostentaba el carné n.º 29. Durante la guerra civil sufrió presión en la zona republicana, y tras la contienda se reincorporó a la escala activa. Tras su vuelta de Rusia ocupó diversos puestos, y se retiró como general de división. < <

[271] Kovalevski tenía una percepción errónea. Durante la Primera Guerra Mundial el Ejército alemán ya disponía de capellanes castrenses, tanto católicos como protestantes, práctica que continuó la Wehrmacht, en la que sirvieron unos 550 capellanes católicos, además de unos 17 000 clérigos y seminaristas que sirvieron en otras tareas. Vid. D. Pöpping, *Kriegspfarrer an der Ostfront: Evangelische und katholische Wehrmachtseelsorge im Vernichtungskrieg 1941-1945*, Gotinga: Vandenhoeck & Ruprecht, 2017. Para el caso de la División española, vid. la exhaustiva descripción de P. Sagarra, *Capellanes en la División Azul. Los últimos cruzados*, Madrid: Actas, 2012. < <

[272] Se refiere probablemente a la contraofensiva soviética que principió el 13 de enero de 1942, cuando el II Ejército de Choque cruzó el Ilmen por Myasnoy Bor, y a continuación se dirigió hacia el noroeste. Los contraataques hispanoalemanes de mediados de marzo cercaron a su vez a los soviéticos en la llamada Bolsa del Vóljov, que no fue aniquilada hasta fines de junio. < <

[273] *Bólshoye* quiere decir grande, y *Malóye* pequeño [N. del T.]. < <

[274] Los síndicos (*stárosta*) eran alcaldes colaboracionistas designados por los ocupantes alemanes. Aunque eran de procedencia muy variada, y a veces fueron designados para el puesto antiguos funcionarios soviéticos, a menudo desempeñaron la función antiguos soldados u oficiales del Ejército zarista. < <

[275] En español en el original. < <

[276] Joseph Rudyard Kipling (1865-1936): escritor y poeta británico. < <

[277] En su novela *Kim*, Kipling sostiene: «Si quieres confiar un secreto a alguien, confíaselo a un niño» [N. del A.]. < <

[278] Las percepciones de Kovalevski acerca de la ineficacia de los oficiales españoles, y los privilegios de sus asistentes y allegados no eran muy distintas de las impresiones de los enlaces alemanes: vid. Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., pp. 123-124. < <

[279] En el otoño de 1941, una media de 8348 prisioneros soviéticos fallecía cada día en los campos alemanes. Como se señaló, la situación sólo mejoró a partir de mediados de 1942, cuando los cautivos fueron movilizados como mano de obra forzada. Vid. R. Keller, *Sowjetische Kriegsgefangene im Deutschen Reich 1941/42*, Gotinga: Wallstein, 2011, pp. 320-323. < <

[280] En español en el original. < <

[281] Las denuncias de la corrupción y amiguismo de los servicios de intendencia de la División Azul fueron constantes, tanto por parte de los alemanes como de muchos combatientes, incluyendo jerarcas falangistas como Dionisio Ridruejo. Es dudoso, sin embargo, que los oficiales corruptos perteneciesen en su mayoría a Falange, como insinúa Kovalevski. Cf. Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., pp. 122-123. < <

[282] En español en el original. < <

[283] El colaboracionista soviético Daniil F. Petrov (1918-2011), más conocido como Vladímir Rudinski, quien también trabajó para la División Azul, relataba un episodio similar en sus breves memorias publicadas en 1952: «Había una campesina trabajando en su huerto y un soldado español se le acercó y trabó conversación con ella. Al poco tiempo, la azada pasó de manos de la muchacha a las del soldado, quien comenzó a trabajar con todas sus fuerzas. Enseguida se les acercaron otros españoles. Uno de ellos cogió un cubo de agua y comenzó a regar los surcos, otro se aplicó en alguna tarea semejante, y la dueña del huerto sólo tenía que impartir órdenes. ¡Jamás se vio a un soldado alemán intentar esa técnica de cortejo!». Cf. V. Rudinski, «S ispantsami na leningradskom fronte», *Pod belim krestom*, 2 (abril de 1952), p. 13. < <

[284] En español en el original. < <

[285] Se trataba del comandante Ángel Enríquez Larrondo, comandante del primer batallón del regimiento 262. < <

[286] La falta de pericia de los soldados españoles en el manejo de la lumbre en las estufas de las viviendas campesinas o isbas provocaba, de hecho, un alto número de incendios accidentales, que sorprendía tanto a los lugareños como a los alemanes. Cf. Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., p. 267. < <

[287] En español en el original. < <

[288] En español en el original. < <

[289] En alemán en el original (equivalente a sargento) [N. del T.].
< <

[290] Locución alemana que significa «rayos y truenos». < <

[291] En español en el original. < <

[292] Probablemente se trate del sargento navarro Hipólito Echeverría Ibarrola, veterano de la guerra civil, durante la que ascendió a sargento provisional. Fue destinado al III Batallón del 262.º Regimiento, en el que fue condecorado con la Cruz de Guerra. Retornó con la segunda expedición de repatriados, en mayo de 1942 (AGMAV 4593/7). < <

[293] La División Azul era un buen ejemplo de la cohesión generada por «grupos primarios» de correligionarios, antiguos camaradas de armas de la guerra civil española y convecinos. Incluso alguien como Kovalevski se encontraba con conocidos que habían luchado junto a él en unidades requetés entre 1938 y 1939. < <

[294] Kovalevski se equivoca de número de compañía: se trataba de la 3.ª Compañía, comandada por el capitán Antonio Leiva Leaniz-Barrutia, quien en agosto de 1942 obtendría la Cruz de Hierro de segunda clase. < <

[295] En francés en el original. < <

[296] Cabeza de puente. < <

[297] Curiosamente, los alemanes acostumbraban a atribuir a los combatientes españoles la preferencia por usar bombas de mano en el combate que Kovalevski adscribe aquí a los alemanes. < <

[298] Se trataba del capitán Sergio Gómez Alba, procedente de la Academia de Zaragoza. < <

[299] Kovalevski confunde aquí el número del regimiento: se trataría del 263.º Regimiento de la División Azul. < <

[300] El comandante Rivera Macías ocupó el mando del 1.er Batallón del 262.º Regimiento del 1 al 12 de octubre de 1942, sucediendo a Enríquez Larrondo; el capitán Fernández había ocupado, en realidad, la jefatura provisional de batallón por tres días, del 27 de septiembre al 1 de octubre de 1941. Kovalevski parece confundir aquí las fechas y las circunstancias. < <

[301] En español en el original. < <

[302] Se trata de Manuel María Gómez y Fernández de Bobadilla, residente en Irún e hijo de un notario de la localidad. Tras pasarse a la zona insurgente al principio de la guerra civil se alistó en la Legión, donde ascendió de cabo a alférez provisional, siendo condecorado y herido varias veces. Sirvió en la 4.ª Compañía del 1.er Batallón del 262.º Regimiento, hasta que cayó en diciembre de 1941 (AGMAV4686/19). < <

[303] En español en el original. < <

[304] Las quejas de los soldados españoles por la sobriedad del rancho alemán, el tipo de alimentos que incluía y la falta de cena caliente arreciaron, como vimos, desde los primeros días pasados en el campamento de instrucción de Grafenwöhr, y se prolongaron a lo largo de los meses siguientes. < <

[305] Kovalevski adelanta aquí algunos acontecimientos. Los soldados de la División Azul podían recibir paquetes de sus parientes desde España, y a fines de noviembre de 1941 el laureado general Moscardó viajó personalmente al frente ruso para entregar un *donativo especialde* Franco, consistente en tabaco y licores. No obstante, tuvieron que esperar al aguinaldo alemán, que se repartió en la Nochebuena de 1941, y al aguinaldo de la División Azul, campaña de recolección de alimentos, bebidas y ropa promovida por la Sección Femenina de FET, que fue repartido entre la tropa a fines de enero de 1942 (cf. Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., p. 359). < <

[306] La tétrica descripción de Kovalevski es sin duda hiperbólica. Con todo, era cierto que la ineficacia y las corruptelas de la intendencia divisionaria empujaban a muchos soldados a cometer hurtos en la retaguardia próxima al frente. Así lo corroboraban desde octubre de 1941 los oficiales de enlace alemanes: cf. Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., pp. 266-267. < <

[307] Nuevamente, Kovalevski exagera el número de deserciones. Hasta principios de diciembre se habían producido cinco casos, a los que se añadían un número de intentos abortados: entre noviembre de 1941 y agosto de 1942 se instruyeron en la División veinticuatro procesos por deserción (Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., p. 105). No se ha podido determinar la identidad del supuesto desertor que tenía conocimientos de ruso, aunque sí el suceso en el que un desertor fue abatido al intentar cruzar el río (cf. informe de la Dirección General de Seguridad al general Varela, s. f., ca. principios de diciembre de 1941, en
FV-AMC,
c. 115). < <

[308] Aleksandr A. Tringam
(1896-1981),
nacido en Varsovia, era oficial de caballería y había participado en la Primera Guerra Mundial. Durante la guerra civil rusa se desempeñó como capitán de caballería, y en noviembre de 1920 se exilió desde Crimea, pasando un tiempo en el campamento de Galípoli. Desde agosto de 1938, como voluntario «falangista-tradicionalista», participó en la guerra civil española en el Tercio requeté de Navarra y el Tercio Doña María de Molina; aunque fue herido, fue declarado «mutilado útil». En septiembre de 1939 adquirió la nacionalidad española. Asentado en Madrid, trabajaba en una fábrica de electrodos como oficinista. En julio de 1941 se alistó en la jefatura de Milicias de Madrid, mintiendo sobre su edad (se quitó diez años), y prestó sus servicios en la compañía veterinaria, hasta que en octubre de 1942 fue destinado como intérprete a la Segunda Sección del Estado Mayor de la División, siendo ascendido en mayo siguiente a *Sonderführer* (sargento); en noviembre de 1943 pasó a la Primera Sección del Estado Mayor. Tras casarse en el frente, regresó con su esposa en febrero de 1944 a España, donde fue objeto de varias distinciones, declarado alférez de caballería honorífico y sargento caballero mutilado permanente. Se instaló en Pinto, a las afueras de Madrid, donde falleció en febrero de 1981 (AGMAV 4390/112, 5347/4). < <

[309] Lev G. Totski participó en la Primera Guerra Mundial y la guerra civil rusa; desde marzo de 1937 tomó parte en la guerra civil española. En julio de 1941 se alistó como chófer en la División Azul. Tras retornar a España, emigró al poco tiempo a la Argentina, donde residió hasta su muerte. < <

[310] Kovalevski se refiere a la *Eiserne Portion* o «ración de hierro», una reserva de alimento debidamente empaquetada que sólo podía abrirse por orden del mando en casos de extrema necesidad, cuando el aprovisionamiento regular se interrumpía. El lote constaba de 300 gramos de galletas y pan de centeno endurecido (*Knäckebrot*), así como de 200 gramos de carne en conserva, 150 gramos de concentrado de potaje, y 20 gramos de café en polvo. Muchos divisionarios consumieron la «ración de hierro» en el propio campamento de Grafenwöhr, llevados de la curiosidad. < <

[311] Serguéi T. Aksákov
(1791-1859),
escritor y político ruso. < <

[312] Nikolái V. Gógol
(1809-1852),
escritor clásico de la literatura rusa. < <

[313] Mijaíl Y. Saltykov-Shchedrin
(1826-1889),
escritor ruso. < <

[314] En español en el original. < <

[315] En español en el original. < <

[316] Konstantín Andréyevich Goncharenko (Chudov, 1902-1942), caballero de la Cruz de San Jorge, participó en la guerra civil rusa como subteniente. Tras exiliarse, luchó desde agosto de 1937 en la guerra civil española con el rango de sargento; en 1941 era alférez honorario del 3.er Tercio de la Legión. Se alistó en la División Azul con ese grado, y fue asignado a la plana mayor del 263.º Regimiento. En marzo de 1942 cayó en combate (AGMAV 4688/11). < <

[317] Según otros datos, Goncharenko sirvió de intérprete en el 2.º Batallón del 269.º Regimiento. < <

[318] En español en el original. < <

[319] Stalin llamó a la población soviética a resistir al invasor en nombre de la patria en dos alocuciones, una pronunciada en la estación de metro de Mayakovski, ante los diputados del Sóviet de trabajadores y representantes del partido y las organizaciones sociales de Moscú, y otra al día siguiente tras el desfile militar celebrado en la Plaza Roja. Ambos discursos fueron repartidos en forma de octavillas. Eso sitúa el episodio narrado a mediados o finales de noviembre de 1941. Cf. Núñez Seixas, *El frente del Este*, op. cit., p. 74; el texto en K. Pätzold, *Der Überfall. Der 22. Juni 1941: Ursachen, Pläne und Folgen*, Berlín: Edition Ost, 2016, pp. 205-208. < <

[320] La fecha de su muerte se puede situar algo más tarde, entre el 21 y el 22 de marzo de 1942. < <

[321] Ali (Serguéi) Konstantínovich Gurski Mahometov (1895-?), tártaro de Crimea, natural de Sebastopol, fue capitán de caballería en la Primera Guerra Mundial; después luchó en la guerra civil rusa, llegando a coronel. Desde febrero de 1937 participó en la guerra civil española en las filas de la Legión, del Tercio Doña María de Molina y del Tercio de Montejurra. Fue herido dos veces y recibió varias condecoraciones, lo que le valió ser nombrado alférez honorario de la Legión. Sus conocimientos de cartografía le sirvieron para desempeñar el puesto de jefe del Gabinete de Dibujo en la Escuela Superior del Ejército. Falleció en Madrid años después (AGMAV1978/3). < <

[322] El autor se refiere en realidad a Anna Zhemchúzhnikova, quien a sus 35 años ejercía como jefa del departamento de enfermos leves en el hospital psiquiátrico de Kólmovo. En el otoño de 1941, 250 enfermos fueron sacados del hospital, sedados y conducidos a un cobertizo a veinte kilómetros de Nóvgorod, donde fueron asesinados. Según las declaraciones tras la guerra de los responsables de esa matanza, Zhemchúzhnikova aplicó en persona las inyecciones a los enfermos antes de subirlos a los camiones. Falleció de gripe un mes después de desposar a Goncharenko, a principios de 1942. Cf. B. N. Kovalev, «Palachí i zhertvi Kolmovskoi bolnitsy», *Peterburgskii Istoricheskii Zhurnal*, 3 (2016), pp. 254-256. < <

[323] Tal misterio es probablemente una especulación. No obstante, lo cierto es que ni Goncharenko ni Zhemchúzhnikova consiguieron sobrevivir al invierno de
1941-1942.
<<

[324] Para las funciones de Policía militar (*Feldgendarmerie*), el Ministerio del Ejército dispuso el reclutamiento de voluntarios de la Guardia Civil. Sus labores comprendían el control del tráfico en la retaguardia próxima, así como la escolta y vigilancia del tránsito de soldados españoles en la retaguardia lejana mediante puestos creados en varias localidades alemanas y bálticas —Vilna, Bruckberg, Hof, Riga, Königsberg y Berlín, entre otras—, así como en territorio francés, y dos «brigadillas» móviles para labores de información y contraespionaje con sede en Riga, Königsberg, Pskov y Berlín. Igualmente, la Guardia Civil también tenía a su cargo la contrainteligencia e información sobre el enemigo, la población civil, la propia tropa y la lucha antipartisana (Sección Segunda del Estado Mayor). El contingente inicial de 54 guardias civiles fue ampliado de forma progresiva, mediante diversos relevos llegados desde España. En la División Azul y la Legión Azul participaron un total de cinco capitanes, 16 tenientes y 320 suboficiales y soldados pertenecientes a la Guardia Civil. Cf. una aproximación en J. García Hispán, *La Guardia Civil en la División Azul*, Alicante: García Hispán, 1991, así como J. N. Núñez Calvo, «La Guardia Civil en la División Española de Voluntarios», *Aportes*, 61 (2006), pp. 86-118. <<

[325] El juicio de Kovalevski era en este aspecto bastante atinado. A pesar de los ditirambos prodigados a la División Azul por los partes diarios del Alto Mando de la Wehrmacht (OKW, *Oberkommando der Wehrmacht*), lo cierto era que los mandos alemanes tenían una mala opinión profesional de la División española, y en especial de sus oficiales y suboficiales. Con todo, los *Landser* o soldados de a pie apreciaban algunas cualidades positivas en sus camaradas españoles, y pronto se difundió una imagen romántica y heroica de estos últimos, que bebía en buena parte de estereotipos previos. Cf. Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., pp. 123-127. < <

[326] En español en el original. < <

[327] José Miguel Guitarte Yrigaray
(1914-1943),
antiguo comunista, fue fundador de Falange Española y del Sindicato Español Universitario (SEU), del que era jefe nacional en 1941. Asistió al Congreso Universitario Europeo celebrado en Dresde en abril de 1942. A los pocos meses de volver a España, donde fue nombrado procurador en Cortes, falleció de una enfermedad contraída en Rusia. < <

[328] El general José Enrique Varela
(1891-1951),
destacado militar africanista y conspirador contra la República, tuvo una actuación destacada en las fuerzas sublevadas durante la guerra civil. Entre agosto de 1939 y agosto de 1942 desempeñó el cargo de ministro del Ejército, distinguiéndose por su animadversión hacia Falange; después fue Alto Comisario de Marruecos. Aunque proclamaba a menudo su admiración por la Wehrmacht, recibió jugosos sobornos británicos para garantizar que España no entraría en guerra al lado del Eje. < <

[329] Se refiere a la Cruz Laureada de San Fernando, condecoración que Varela había obtenido dos veces por sus actuaciones en la guerra de África. < <

[330] En español en el original. < <

[331] En español en el original. < <

[332] Probablemente se refiere al coronel José María Troncoso Sagredo, jefe del Estado Mayor divisionario. < <

[333] Kovalevski se refiere aquí a la estrategia de erigir puntos fortificados, los llamados *blocaos* (del alemán *Blockhaus*), ocupados por un destacamento de soldados, para controlar el territorio. Werner Beumelburg
(1899-1963),
oficial alemán que combatió en la Primera Guerra Mundial, después periodista, además de convencido nazi y escritor sobre temas militares, editó un libro sobre las experiencias de la Legión Cóndor, *Kampf um Spanien*, Oldemburgo/Berlín: Gerhard Stalling, 1939. < <

[334] El coronel José Martínez Esparza (¿-1949), comandante en jefe del 269.º Regimiento, era un veterano militar africanista que también participó con los sublevados en la División Azul. Aunque tenía aura de militar competente, era poco querido por muchos divisionarios, en particular por los falangistas, que le achacaban su falta de empatía con sus ideales, la dureza de sus métodos, sus gestos iracundos hacia sus subordinados y sus ataques presuntamente suicidas. Los retornados del frente ruso cantaban a veces una copla: «¿De dónde vienes, Esparza, de dónde vienes, cabrón?/ Vengo de Rusia, de joder a la División». Kovalevski se hace eco aquí de esa extendida opinión, compartida también por testimonios como el de Dionisio Ridruejo, quien se refería a él en alguna carta como «la bestia del coronel Esparza» (cf. Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., p. 219). < <

[335] La ofensiva del Vóljov, protagonizada en buena medida por el 269.º Regimiento, además de por unidades germanas, no era obviamente un plan personal de Martínez Esparza, sino parte de una ofensiva más amplia del Grupo de Ejércitos Norte para conquistar el nudo de comunicaciones de Tijvin, contactar con las tropas finlandesas al norte del lago Ládoga y estrechar el cerco de Leningrado. Los españoles cruzaron el Vóljov desde el 19 de octubre y ocuparon varias localidades, en medio de feroces combates y gélidas temperaturas. A principios de noviembre los españoles relevaron a los alemanes en las posiciones de Possad, Otenski y Posselok. En Possad, los divisionarios resistieron durante varios días embestidas de infantería soviética y fuego de artillería ligera. A principios de diciembre, los soviéticos, con tropas frescas, contraatacaron para asegurar Tijvin, y amenazaban con cruzar el Vóljov, arrollar a la División Azul y reconquistar Nóvgorod, por lo que el mando alemán ordenó el abandono de la cabeza de puente y el retorno de los españoles a la orilla occidental del río. Las pérdidas españolas fueron considerables, y no eran inferiores a 700 muertos, 1800 heridos y 1300 enfermos. La prensa de campaña de la División y los medios falangistas glorificaron a los caídos, entre los que figuraban destacados dirigentes falangistas, como el seuísta Enrique Sotomayor, y transformaron los combates de Possad y Otenski en gestas heroicas; además, la División Azul recibió un número de cruces de hierro proporcionalmente superior al de las unidades alemanas. Vid. Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., pp. 165-169. < <

[336] Las apreciaciones de Kovalevski son un tanto subjetivas, y quizá reflejen el estado de ánimo de parte de la tropa. Entre el 11 de noviembre y el 31 de marzo de 1942, los españoles recibieron 159 cruces de hierro de segunda clase, frente a 161 del resto de unidades alemanas bajo el mando del XXXVIII Cuerpo de Ejército, y 325 soldados españoles fueron condecorados con la medalla de méritos de guerra de segunda clase, frente a 210 alemanes. < <

[337] Kovalevski vuelve a hacer gala del antisemitismo, prejuicio común entre los oficiales rusos. < <

[338] En alemán en el original (literalmente: capitán y comandante). <<

[339] Hubo ciertamente casos conocidos de oficiales con amantes rusas, y eran varias las chicas rusas que ofrecían sus encantos a los ocupantes, oficiales y soldados, a cambio de alimentos y protección (cf. Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., pp. 281-283). Las aseveraciones de Kovalevski acerca del Estado Mayor de la División son difíciles de comprobar, y en todo caso parecen muy subjetivas. < <

[340] En español en el original. < <

[341] La imagen de los campesinos rusos como inmorales y víctimas del ateísmo soviético era común en los testimonios divisionarios. Cf. por ejemplo Ridruejo, *Los cuadernos de Rusia*, op. cit., entrada del 28 de octubre de 1941 (pp. 261-262). < <

[342] Kovalevski se confunde de número de Regimiento, pues en la División Azul existían tres regimientos, el 262, 263 y 269. < <

[343] Ígor Perchine (Posnak)
(1917-1979),
residente en Madrid e intérprete de la Agencia Havas, además de haber colaborado con la censura, se alistó como voluntario en la División Azul en 1941. Era el único de los voluntarios rusos que era paisano en la vida civil. Natural de Maguilov (actual Bielorrusia), y sin duda hijo de exiliados que había crecido en Madrid, declaraba como oficio al alistarse «redactor», así como ser católico. En octubre de 1941 fue destinado a la Segunda Sección del Estado Mayor de la División, y en febrero de 1942 fue promovido a *Sonderführer* (equivalente a sargento). A fines de mayo de 1942 fue repatriado a España, donde permaneció hasta su muerte, después de naturalizarse español en 1954 (AGMAV 4336/30). < <

[344] Como vimos, en 1930 residían sólo 171 rusos en España, concentrados sobre todo en Barcelona y Madrid. Su dispersión geográfica impedía que conformasen comunidades cohesionadas, y sólo en Barcelona algunos aristócratas rusos se reunían para rezar en una capilla privada ortodoxa. A esa reducida comunidad se unirían los 48 combatientes rusos blancos que sobrevivieron a la guerra civil, y dos o tres decenas de soldados rusos de la Legión. < <

[345] Nuevamente, Kovalevski exagera los hechos, sin duda porque le fueron relatados por terceras personas. De la vida de Ponomariov (Sergio Ponomareff) anterior a 1941 apenas sabemos que era de San Petersburgo y había combatido como capitán de caballería en la guerra civil rusa. En algún momento recaló en España; militaba en Falange Española desde 1934. Durante la guerra civil española había actuado en FET y en el frente de Teruel como sargento de infantería; en 1941 residía en Barcelona, donde se dedicaba al comercio. A fines de junio de 1941 se enroló en la División Azul. El 7 de abril de 1942 se instruyó un Consejo de Guerra, presidido por el teniente coronel Ramón Rodríguez Vita, contra Ponomariov, por «un supuesto delito contra el derecho de gentes», ocurrido a mediados o finales de enero de 1942. Según la acusación, el intérprete gestionaba en el pueblo de Tschetschulino «la provisión de víveres y material para el Regimiento al que pertenece». Con motivo de un registro en la casa de una civil, Vera Korichava, esposa del jefe local de Partido Comunista «huido sin duda con el Ejército enemigo» y sospechosa de ocultar armas, fue acusado de haber abusado sexualmente de ella, y de haber robado objetos y dinero, según declararon varios testigos rusos. Sin embargo, el acusado fue absuelto por considerar el tribunal que los dos soldados de la División Azul y el síndico del pueblo —recién nombrado por Ponomariov, quien había destituido al anterior por estimar que hacía dejación de sus funciones—, que lo acompañaban en el registro, declararon no haber presenciado violación, robo o abuso alguno, así como que cumplía órdenes de su superior, el teniente Fernández Carnicer, y que los testimonios de los campesinos provenían de «personal civil ruso cuyos familiares se hallan combatiendo con el Ejército enemigo y sin duda para contribuir al desprestigio del de ocupación». Ponomariov fue absuelto, aunque condenando a tres meses de arresto en el pelotón de castigo del regimiento por haberse excedido en el cumplimiento de sus órdenes, «vejando sin necesidad a la población civil, a la que amenazaba». Se reincorporó a su unidad el 5 de mayo de 1942. Dos meses después causó baja en la División y retornó a Barcelona. Cf. acta de la sentencia del Consejo de Guerra, 7 de abril de 1942, y

oficios del auditor de la División Azul, 7 de marzo de 1942 y 17 de abril de 1942 (AGMAV 3791/30); ficha de alistamiento en AGMAV 5126/58. < <

[346] En español en el original. < <

[347] Su nombre correcto era Konstantín Aleksándrovich Gognidzhonashvili (1895-1965).
Natural de Georgia, tenía el rango de capitán de caballería, y participó en la Primera Guerra Mundial y en la guerra civil rusa. Se exilió a Francia, y en noviembre de 1936 se alistó en San Sebastián en el Tercio de Navarra, con actuaciones destacadas en varios frentes, por lo que fue ascendido en abril de 1937 a teniente de requetés. Fue herido varias veces, y perdió un ojo. Tras la guerra, y con el rango de teniente honorífico de la Legión, fue destinado al Servicio Histórico Militar. En julio de 1941 se alistó como voluntario en la División Azul, donde estuvo destinado en el Servicio de Información del Estado Mayor, en la Plana Mayor del 269.º Regimiento y, desde febrero de 1943, fue nombrado oficial y jefe de la Segunda Sección bis del Estado Mayor. Permaneció en la Legión Azul hasta su retorno en abril de 1944. En su hoja de servicios consta que descubrió un «plan de espionaje ruso» en la zona del lago Ilmen, «deteniendo multitud de espías comunistas fugados de campos de concentración», además de prestar servicios «informativos sobre fuerzas rojas», así como que se distinguió en varias operaciones, como la protagonizada por la compañía de esquiadores en el lago Ilmen (enero 1942) y en la batalla de Krasni Bor (febrero de 1943), haciéndose acreedor a varias condecoraciones. Desde 1947, con el rango de capitán honorífico de la Legión, prestó sus servicios como traductor —tuvo que acreditar sus conocimientos de ruso ante un tribunal…— en el Estado Mayor Central del Ejército, hasta su muerte; también colaboró con la Delegación de Repatriados de la URSS (AGMAV 3784/6, 4678/37 y 4702/37; hoja de servicios en AGMS 2262). < <

[348] Otras fuentes acreditan el trato despótico de Gognidzhonashvili a la población rusa. Antón Yaremchuk II, oficial e intérprete en el Ejército italiano, fue a parar al campamento de Hof tras ser desmovilizado en 1943. Según su testimonio, «en aquellos días la División Azul pasaba por Hof, de vuelta a España. Llegaban del frente con los uniformes alemanes, allí les hacían tomar una ducha y les daban uniformes españoles, antes de mandarlos a formar para que un oficial alemán pronunciara el discurso correspondiente y tomaran el camino de la estación de ferrocarril. Todos los soldados y oficiales pernoctaban en nuestro barracón y, como encontramos a muchos oficiales conocidos, les preguntamos sobre los nuestros (es decir, sobre los otros intérpretes rusos). De todos ellos nos hablaron maravillas, pero cuando salía a colación un georgiano, oficial de la Legión de nombre Constantino y apellido georgiano de difícil pronunciación, los oficiales españoles callaban, visiblemente molestos. Más tarde supimos que trataba salvajemente a la población local. Un oficial que conocíamos […] nos dijo que lo despreciaban porque se ocupaba de traerles mujeres rusas a los oficiales de rango superior». Cf. A. Gabrieli
[A. Yaremchuk II],
«S
ital'ianskoi
armiei v Rossii. Moia posledniaia (chetvertaia) voina», en HIA, Globus Publishers Records, p. 118. < <

[349] En la Wehrmacht, el cuidado de la cultura y moral de la tropa era tarea prioritaria, y para ello también se editaban periódicos de trinchera en muchas divisiones. Ya en Grafenwöhr y durante las marchas fueron confeccionados algunos periódicos murales de la División Azul. Al llegar al frente, esos boletines irregulares dieron paso a un órgano periódico, la *Hoja de Campaña*. Editada primero en Grigórovo, después en Riga y más tarde en Tallin, hasta principios de marzo de 1944, fue alentada por el teniente coronel Ruiz de la Serna. En ella colaborarían varios divisionarios *cultivados*, como el catedrático y posterior ministro de Asuntos Exteriores Fernando Castiella o el escritor Álvaro de Laiglesia. < <

[350] En español en el original. < <

[351] Otras fuentes situaban, sin embargo, al propio Ali Gurski como un proveedor habitual de prostitutas para oficiales divisionarios. Según una nota de la Dirección General de Seguridad al general Varela, del 9 de diciembre de 1941 (Fondo General Varela, Archivo Municipal de Cádiz
[FGV-AMC],
c. 115), Gurski había escrito en algunas cartas dirigidas a oficiales que cursaban estudios en la Escuela Superior del Ejército de Madrid que «el comportamiento de los oficiales españoles en Rusia es muy escandaloso. La principal labor de Gurski es proporcionar prostitutas a los españoles, rusas que participan en orgías y fiestas diariamente. La moral ha caído en este sentido lo más bajo». < <

[352] Abundantes muestras de interrogatorios a prisioneros en AGMAV 2005/6, 2005/7/3 y 2005/9. < <

[353] Con toda probabilidad, tanto aquí como en adelante Kovalevski confunde el número de la División. La 88.ª División de fusileros estuvo destinada en el frente de Karelia y no en la región de Nóvgorod. Seguramente se trate de la 188.ª División de fusileros, que en otoño de 1941 sufrió graves pérdidas cerca de Demiansk y Stáraya Rusa, aunque no fue desmantelada formalmente. Más tarde, la 188.ª División de fusileros libró combates en el lago Ilmen. < <

[354] Se refiere al teniente coronel de infantería Manuel Ruiz de la Serna (¿-1952), quien tras la campaña de Rusia fue coronel de Estado Mayor, así como gobernador civil de Huesca y Badajoz. < <

[355] Pedro Martínez de Tudela García (1905-?), capitán de la Guardia Civil, había destacado como comandante de una sección durante la revolución de octubre de 1934 en Asturias, tomando diversas poblaciones; al iniciarse la guerra civil fue hecho prisionero en Bilbao, pero pudo evadirse y unirse a las fuerzas insurgentes. Martínez de Tudela fue encargado de organizar el servicio de información interna de la División, que dependía directamente de la Segunda Sección (información y contraespionaje) del Estado Mayor, y que contaba además con algunos medios motorizados. < <

[356] En español en el original. < <

[357] En español en el original. < <

[358] En español en el original. < <

[359] En español en el original. < <

[360] Kovalevski se refiere con toda probabilidad al sargento de la Guardia Civil Enrique Sáez Jiménez (1903-?), cuyo apellido le resultaría fonéticamente extraño, por lo que lo transcribió de manera aproximada y con grafía alemana (*Zeiss*). Sáez procedía del 1.er Tercio Móvil «Madrid» de la Guardia Civil. En mayo de 1942 se le concedió el ascenso a brigada, con antigüedad del 1 de junio de 1940, según consta en su expediente, tras haberlo solicitado en diciembre de 1941, lo que explica que Kovalevski siempre se refiera a él de modo retrospectivo como brigada (AGMAV 4982/27). < <

[361] En español en el original. < <

[362] Se trata del cabo de la Guardia Civil Francisco Galeote Cortés (1895-?), natural de Málaga y procedente de la Dirección General de la Guardia Civil de Madrid. Cayó enfermo y fue repatriado en mayo de 1942 (AGMAV 4643/18). < <

[363] En español en el original. < <

[364] Otras fuentes dan una versión distinta del suceso, del que fue víctima el síndico de Nóvgorod desde noviembre de 1941, Fiódor I. Morozov. En las dependencias de la alcaldía se organizó un puesto de reparto de leche para los empleados de la propia alcaldía, niños y mujeres embarazadas. Pero los soldados españoles comenzaron a presentarse allí en busca de leche, lo que incomodaba a la población local. El 17 de diciembre de 1941 varios españoles se presentaron de improviso y reclamaron leche. Morozov, algo borracho y visiblemente airado, exigió a los divisionarios que se fuesen; en el forcejeo, un soldado acabó por descerrajar dos disparos al síndico. En otros testimonios, se mencionaba que el asesinado era el síndico de Grigórovo. Sólo tras ardua insistencia consiguió el mando alemán que el culpable fuese juzgado, condenado a tres años de prisión y repatriado en enero de 1942. Se trataba en efecto de un soldado muy joven, de unos diecisiete años, que se ganó el apodo de *Mataalcaldes*. Cf. Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., p. 268; M. Iglesias-Sarria y Puga, *Mi suerte dijo sí. Evocación autobiográfica de Guerra y Paz (1918-1936-1945)*, Madrid: San Martín, 1987, p. 282, y B. N. Kovalev, *Povsednevnaia zhizn naselenia Rossii v period nasistkoi okupatsii*, Moscú: Molodaia Gvardia, 2011, p. 21. <<

[365] Probablemente se trate del guardia José López Martínez. < <

[366] Los iconos ortodoxos eran de las piezas más codiciadas por los saqueadores, tanto españoles como alemanes, como reconocen varias memorias y testimonios. Cf. Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., p. 265. < <

[367] Se refiere al descarrilamiento del tren del zar que tuvo lugar el 29 de octubre de 1888. La estación de ferrocarril de Borki se encuentra a 50 kilómetros de la ciudad ucraniana de Járkiv (Járkov en ruso). < <

[368] En español en el original. < <

[369] En español en el original. < <

[370] En español en el original. < <

[371] En español en el original. < <

[372] En español en el original. < <

[373] En español en el original. < <

[374] En español en el original. < <

[375] En español en el original. < <

[376] La percepción de Kovalevski acerca de los niños campesinos rusos, más allá de sus prejuicios, era hasta cierto punto compartida por muchos divisionarios, que acostumbraban a tener un trato cercano con ellos, considerándolos además víctimas inocentes del comunismo que, en su pureza, representarían la esperanza de una Rusia «reconvertida» al cristianismo. Eran, además, criaturas en un entorno marcado por la penuria, a los que se añadían a menudo grupos de niños huérfanos o abandonados, que formaban bandas dedicadas al pillaje en búsqueda de supervivencia. < <

[377] La ambigua relación en este sentido entre ocupantes (españoles o alemanes) y lugareños se manifestaba también en otros testimonios. Los propios soldados alojados en las isbas consumían o requisaban las escasas reservas de los campesinos; las muestras de cariño o proximidad, y las ocasionales dádivas —desde ceder parte de su rancho hasta dulces— a los civiles por parte de los soldados no compensaban la miseria de las familias campesinas, que procuraban esconder todo lo que podían sus provisiones de sus forzados huéspedes, lo que los divisionarios también percibían. Cf. ejemplos en Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., pp. 273-275. < <

[378] Corrupción vulgar del apellido «Kuzmin» [N. del T.]. < <

[379] En español en el original. < <

[380] En español en el original. < <

[381] En español en el original. < <

[382] En español en el original. < <

[383] Personaje no identificado. < <

[384] Personaje no identificado. < <

[385] Estereotipo del georgiano: en Rusia, los georgianos —y los caucásicos del sur en general— suelen ser caracterizados como gente emocional y extrovertida. < <

[386] En español en el original. < <

[387] El queroseno escaseaba y tampoco había velas, de manera que la población civil se alumbraba con trapos untados de sebo [N. del T.]. < <

[388] En español en el original. < <

[389] Una vez más, Kovalevski se equivoca de número: probablemente se tratase del maestro de música del 269.º Regimiento. < <

[390] En español en el original. < <

[391] Se refiere al antiguo Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (bolchevique), fundado en 1912, que al comenzar la guerra germano-soviética ostentaba el nombre oficial de Partido Comunista de toda la Unión (bolchevique), y en 1952 fue rebautizado como Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). Hacia 1933, el partido contaba con unos 3,5 millones de afiliados, número que se había reducido de forma notable en 1941 a causa de las purgas estalinistas. < <

[392] En español en el original. < <

[393] Selo-Gora. < <

[394] En español en el original. < <

[395] En español en el original. < <

[396] Kovalevski captaba, aunque se trate de una reflexión *a posteriori*, el efecto que la apelación a la *rodina* (patria local) y al nacionalismo ruso o granrruso causaba entre la población civil, que sobre todo en las zonas rurales se mostraba indiferente o reacia al estalinismo. El propio régimen había llamado desde julio a combatir a los invasores en nombre de la patria, haciendo un menor uso de lemas revolucionarios o del antifascismo abstracto. < <

[397] Granjas estatales donde los campesinos trabajaban por un sueldo pagado en dinero. < <

[398] Esa localidad, en la actualidad, forma parte de la población de Tiosovo-Nietylski. < <

[399] El incidente tuvo lugar el 3 de diciembre de 1941, y coincidía con un sustancial incremento de la actividad guerrillera en la retaguardia cercana del sector ocupado por los españoles. Según el parte diario de la División Azul al XXVIII Cuerpo de Ejército fechado el día siguiente, se había procedido a detener a varios culpables y a sus informantes; según el testimonio posterior de una campesina que fue testigo de los hechos siendo una adolescente, un partisano de nombre Tumánov fue ahorcado. Cf. Núñez Seixas, *Camarada invierno*, op. cit., p. 290. < <

[400] La distancia que separa Podberezie de la antigua Rogavka es de 44,6 kilómetros en dirección noroeste. < <

[401] Fernando María Castiella y Maíz
(1907-1976),
doctor en Derecho, era catedrático de la Universidad de Madrid desde 1935 y falangista. El mismo año había publicado, junto con José María de Areilza, el libro *Reivindicaciones de España*, donde exponía el programa máximo de los sueños imperiales falangistas. En Rusia estuvo adscrito al Cuartel General como enlace motorizado, y —frente a lo que sugiere Kovalevski— portaba uniforme alemán por ser soldado encuadrado en la División Azul. A su vuelta de Rusia ocupó los cargos de presidente del Instituto de Estudios Políticos
(1943-1948),
embajador en Perú y en el Vaticano
(1951-1956),
y ministro de Asuntos Exteriores
(1959-1969).
<<

[402] En español en el original. < <

[403] «España, España» (en alemán en el original). < <

[404] En diciembre de 1941 la guerra partisana en la retaguardia ocupante todavía no había sido organizada y planificada de forma precisa por el mando soviético. Había entonces no menos de cincuenta mil partisanos, dispersos en centenares de grupos, en toda la zona ocupada por los alemanes y sus aliados. La gran mayoría de sus integrantes procedían de restos de unidades del Ejército Rojo que habían quedado aisladas por el avance de los invasores, nutridas por militantes comunistas, miembros de escuadrones del NKVD y judíos, que temían ser ejecutados si se entregaban; otros destacamentos habían sido formados por voluntarios del NKVD. En el frente de Leningrado abundaban sobre todo en zonas boscosas y pantanosas de difícil acceso para los ocupantes, caso de la región al noroeste de Nóvgorod. Muchos de ellos intentaban de manera desesperada volver a sus líneas, y se alimentaban sobre el terreno, hallando a menudo poca cooperación por parte de los campesinos. Cf. A. Hill, *The War behind the Eastern Front. The Soviet Partisan Movement in North-West Russia 1941-1944*, Londres/Nueva York: Frank Cass, 2005, pp. 69-80; Núñez Seixas, *El frente del Este*, op. cit., pp. 173-174. < <

[405] En español en el original. < <

[406] En español en el original. < <

[407] El cabo Kolia Zotov —según la lista oficial era sargento— era uno de los intérpretes rusos más jóvenes. Había sido herido varias veces en la guerra civil española, y las secuelas le hacían cojear. También se alistó en la División en julio de 1941. A diferencia de lo que sucedía con I. Pershin, Zotov era muy querido por todos, gracias a su talante amistoso, y era solícito en sus tratos con la población local. Al volver de Rusia, Zotov sirvió en la Legión, donde alcanzó el grado de teniente [N. del A.]. < <

[408] Verso de un poema del poeta ruso Aleksandr S. Pushkin (1830). < <

[409] En español en el original. < <

[410] En español en el original. < <

[411] En español en el original. < <

[412] Había buenas razones para que el prisionero negase su condición de comisario político. La llamada Orden sobre el Trato a los Comisarios Políticos (*Kommissarbefehl*), del 8 de junio de 1941, distribuida a las unidades de la Wehrmacht, y presumiblemente también a la División Azul, establecía que los comisarios del Ejército Rojo debían ser «despachados» de modo inmediato a su captura, tras ser separados de los demás prisioneros. Justificaba tal proceder en que se trataba de miembros del Partido Comunista y no de soldados, que actuaban como «ejes de la resistencia», adalides de una lucha sin cuartel. El 6 de mayo de 1942 la instrucción fue finalmente anulada por la pérdida de influencia de los comisarios en el Ejército Rojo y la radicalización de la combatividad de los comisarios, que sabían que no podían esperar piedad. Hasta entonces, varios miles de ellos cayeron víctimas del Ejército alemán y sus aliados. Algunos indicios indirectos sugieren que la División Azul también aplicaba la orden. Vid. F. Römer, *Der Kommissarbefehl. Wehrmacht und NS-Verbrechen an der Ostfront 1941/42*, Paderborn: Schöningh, 2008. < <

[413] Probablemente se trate del sargento de primera Veniamín M. Belolípetski
(1909-1941),
quien fue ayudante primero de uno de los batallones del 399.º Regimiento de infantería, en la 111.ª División del Ejército Rojo. En los registros oficiales figura como desaparecido en diciembre de 1941. < <

[414] Chernígov/Chernihiv es una ciudad del norte de Ucrania. < <

[415] En alemán en el original. < <

[416] Más bien «nuestros» prisioneros [N. del A.]. < <

[417] En español en el original. < <

[418] Personaje no identificado. < <

[419] En español en el original. < <

[420] En español en el original. < <

[421] En español en el original. < <

[422] Se refiere a Selo-Gora. < <

[423] Kovalevski echa mano de un término anticuado, que en la Rusia zarista designaba a los estudiantes de las escuelas militares. <<

[424] En español en el original. < <

[425] Tal vez se refiera a Fernando María Castiella. < <

[426] Aunque Kovalevski escribió sus memorias entre 1948 y 1951, cuando Castiella era embajador en Perú, el hecho de que más atrás aludiese a la posterior condición de ministro de Exteriores del mismo Castiella sugiere que al manuscrito original se le realizaron algunos añadidos en momentos posteriores. < <

[427] Un relato alternativo de los acontecimientos, más aséptico, en García Hispán, *La Guardia Civil en la División Azul*, op. cit., pp. 46-47. Los condecorados fueron Pedro Martínez de Tudela, su ordenanza Florentino Cortijo Marín y Eugenio Sáez Jiménez; no consta que José López Martínez fuese distinguido con medalla alguna. Cf. A. G. Pinilla, *Héroes entre valientes. Los condecorados en la División Azul*, Madrid: Ágora, s. f. < <

[428] En español en el original. < <

[429] En español en el original. < <